

## MANUSCRITOS AUTOBIOGRÁFICOS (HISTORIA DE UN ALMA)

### MANUSCRITO DEDICADO A LA REVERENDA MADRE INÈS DE JESÛS

Manuscrito «A»

#### CAPITULO I

ALENÇON (1873 - 1877) [2rº]

El cântico de las Misericordias del Serior

Rodeada de amor

Viaje a Le Mans

Mi carâcter

Yo lo escojo todo

#### CAPITULO II

EN LOS BUISSONNETS (1877-1881)

Muerte de mamâ

Lisieux

Delicadezas de papa

Primera confesiôn

Fiestas y domingos en familia

Vision profética

Trouville

### CAPITULO III

#### ANOS DOLOROSOS (1881 - 1883)

Alumna en la Abadia

Dias de vacaciôn

Primera comuniôn de Celina

Paulina en el Carmelo

Extraña enfermedad

La sonrisa de la Virgen

### CAPITULO IV

#### PRIMERA COMUNION - EN EL COLEGIO (1883-1886)

Estampas y lecturas

Primera comuniôn

Confirmation

Enfermedad de los escrúpulos

Senora de Papinau

Hija de Maria

Nuevas separaciones

## CAPITULO V

### DESPUÉS DE LA GRACIA DE NAVIDAD (1886-1887)

La sangre de Jesûs

Pranzini, mi primer hijo

La Imitaciôn y Arminjon

Deseos de entrar en el Carmelo

Confidencia a mi padre

Mi tio cambia de opinion

Oposiciôn del superior

Viaje a Bayeux

## CAPITULO VI

### EL VIAJE A ROMA (1887)

Paris: Nuestra Senora de las Victorias

Suiza

Milan, Venecia, Bolonia, Loreto

El coliseo y las catacumbas

Audiencia con Leôn XIII

Napoles, Asis, regreso a Francia

Tres meses de espera

## CAPITULO VII

### PRIMEROS ANOS EN EL CARMELO (1888-1890)

Confesiôn con el P. Pichon

Teresa y sus superiores

La Santa Faz

Toma de habito

Enfermedad de papa

Pequehas virtudes

## CAPITULO VIII

### DESDE LA PROFESIÔN HASTA LA OFRENDA AL AMOR

Toma de vélo

Madré Genoveva de Santa Teresa

Epidemia de la gripe

Retiro del P. Alejo

Priorato de la madré Inès

Entrada de Celina

### ESCUDO DE ARMAS Y SU EXPLICACIÔN

## CARTA A SOR MARIA DEL SAGRADO CORAZON

Manuscrito «B»

### CAPITULO IX

MI VOCACION: EL AMOR (1896) [1 rº]

Los secretos de Jesûs

La Venerable Ana de Jesûs

Todas las vocaciones

Arrojar flores

El pajarillo

El âguila divina

## MANUSCRITO DIRIGIDO A LA MADRE MARIA DE GONZAGA

Manuscrito «C»

### CAPITULO X

LA PRUEBA DE LA FE

Teresa y su priora

El ascensor divino

Primeras hemoptisis

La mesa de los pecadores

La vocación misionera

La caridad

## CAPITULO XI

### LOS QUE USTED ME DIO

Novicias y hermanos espirituales

Instrumentos de Dios

El pincelito

Poder de la oración y el sacrificio

Sor San Pedro

Los misioneros

Atraeme, y correremos

MANUSCRITO DEDICADO A LA REVERENDA MADRE INÈS DE JESÛS

## **Manuscrite «A»**

CAPITULO I

ALENÇON (1873 - 1877) [2r°]

J.M.J.T.

Jesûs

Enero de 1895

Historia primaveral de una Florecita blanca,

escrita por ella misma

y dedicada a la Reverenda Madré Inès de Jesûs.

### **El cântico de las Misericordias del Señor**

A ti, Madré querida, a ti que eres doblemente mi madré, quiero confiar la historia de mi aima... El dia que me pediste que lo hiciera, pensé que eso disiparía mi corazôn al ocuparlo de si mismo; pero después Jesûs me hizo comprender que, obedeciendo con total sencillez, le agradaría. Ademâs, solo pretendo una cosa: comenzar a cantar lo que un dia repetiré por toda la eternidad: «jjjLas misericordias del Señor !!!»...

Antes de coger la pluma, me he arrodillado ante la imagen de Maria (la que tantas pruebas nos ha dado de las predilecciones maternas de la Reina del cielo por nuestra familia), y le he pedido que guie ella mi mano para que no escriba ni una linea que no sea de su agrado. Luego, abriendo el Evangelio, mis ojos se encontraron con estas palabras: «Subiô Jesûs a una montana y fue llamando a los que él quiso, y se fueron con él» (San Marcos, cap. II, v. 13). He ahí el misterio de mi vocaciôn, de mi vida entera, y, sobre todo, el misterio de los privilegios que Jesûs ha querido dispensar a mi aima... El no llama a los que son dignos, sino a los que él quiere, o, como dice san Pablo: «Tendré misericordia de quien quiera y me apiadaré de quien me plazca. No es, pues, cosa del que quiere o del que se afana, sino de Dios que es misericordioso» (Cta. a los Romanos, cap. IX, v. 15 y 16).

Durante mucho tiempo me he preguntado por qué tenía Dios preferencias, por qué no recibían todas las almas las gracias en igual medida. Me extranaba verle prodigar favores extraordinarios a los santos que le habían [2v0] ofendido, como san Pablo o san Agustín, a los que forzaba, por así decirlo, a recibir sus gracias; y cuando leía la vida de aquellos santos a los que el Señor quiso acariciar desde la cuna hasta el sepulcro, retirando de su camino todos los obstáculos que pudieran impedirles elevarse hacia él y previniendo a esas almas con tales favores que no pudiesen empañar el brillo inmaculado de su vestidura bautismal, me preguntaba por qué los pobres salvajes, por ejemplo, morían en tan gran número sin haber oído ni tan siquiera pronunciar el nombre de Dios...

Jesús ha querido darme luz acerca de este misterio. Puso ante mis ojos el libro de la naturaleza y comprendí que todas las flores que él ha creado son hermosas, y que el esplendor de la rosa y la blancura del lirio no le quitan a la humilde violeta su perfume ni a la margarita su encantadora sencillez... Comprendí que si todas las flores quisieran ser rosas, la naturaleza perdería su gala primaveral y los campos ya no se verían esmaltados de florecillas...

Eso mismo sucede en el mundo de las almas, que es el jardín de Jesús. Él ha querido crear grandes santos, que pueden compararse a los lirios y a las rosas; pero ha creado también otros más pequeños, y éstos han de conformarse con ser margaritas o violetas destinadas a recrear los ojos de Dios cuando mira a sus pies. La perfección consiste en hacer su voluntad, en ser lo que él quiere que seamos...

Comprendí también que el amor de Nuestro Señor se revela lo mismo en el alma más sencilla que no opone resistencia alguna a su gracia, que en el alma más sublime. Y es que, siendo propio del amor el abajarse, si todas las almas se parecieran a las de los santos doctores que han iluminado a la Iglesia [3rº] con la luz de su doctrina, parecería que Dios no tendría que abajarse demasiado al venir a sus corazones. Pero él ha creado al niño, que no sabe nada y que solo déjá oír débiles gemidos; y ha creado al pobre salvaje, que solo tiene para guiarse la ley natural. ¡Y también a sus corazones quiere él descender! Estas son sus flores de los campos, cuya sencillez le fascina...

Abajándose de tal modo, Dios muestra su infinita grandeza. Así como el sol ilumina a la vez a los cedros y a cada florecilla, como si solo ella existiese en la tierra, del mismo modo se ocupa también Nuestro Señor de cada alma personalmente, como si no hubiera más que ella. Y así como en la naturaleza todas las estaciones están ordenadas de tal modo que en el



momento preciso se abra hasta la mas humilde margarita, de la misma manera todo esta ordenado al bien de cada alma.

Seguramente, Madré querida, te estés preguntando extrahada adônde quiero ir a parar, pues hasta ahora nada he dicho todavia que se parezca a la historia de mi vida. Pero me has pedido que escribiera lo que me viniera al pensamiento, sin trabas de ninguna clase. Asi que lo que voy a escribir no es mi vida propiamente dicha, sino mis pensamientos acerca de las gracias que Dios se ha dignado concederme.

Me encuentro en un momento de mi existencia en el que puedo echar una mirada hacia el pasado; mi alma ha madurado en el crisol de las pruebas exteriores e interiores. Ahora, como la flor fortalecida por la tormenta, levanto la cabeza y veo que en mi se hacen realidad las palabras del salmo XXII: «El Serior es mi pastor, nada me falta: en verdes praderas me hace recostar; me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas... Aunque camine por canadas [3v°] oscuras, ningùn mal temeré, jporque tû, Señor, vas conmigo!» Conmigo el Señor ha sido siempre compasivo y misericordioso..., lento a la ira y rico en clemencia... (Salmo CH, v. 8). Por eso, Madré, vengo feliz a cantar a tu lado las misericordias del Serior... Para ti sola voy a escribir la historia de la florecita cortada por Jesûs. Por eso, te hablaré con confianza total, sin preocuparme ni del estilo ni de las numerosas digresiones que pueda hacer. Un corazôn de madré comprende siempre a su hijo, aun cuando no sepa mas que balbucir. Por eso, estoy segura de que voy a ser comprendida y hasta adivinada por ti, que modelaste mi corazôn y que se lo ofreciste a Jesûs...

Me parece que si una florecilla pudiera hablar, diria simplemente lo que Dios ha hecho por ella, sin tratar de ocultar los regalos que él le ha hecho. No diria, so pretexto de falsa humildad, que es fea y sin perfume, que el sol le ha robado su esplendor y que las tormentas han tronchado su tallo, cuando esta intimamente convencida de todo lo contrario.

La flor que va a contar su historia se alegra de poder pregonar las delicadezas totalmente gratuitas de Jesûs. Reconoce que en ella no habia nada capaz de atraer sus miradas divinas, y que solo su misericordia ha obrado todo lo bueno que hay en ella...

El la hizo nacer en una tierra santa e impregnada toda ella como de un perfume virginal. El hizo que la precedieran ocho lirios deslumbrantes de blancura. El, en su amor, quiso preservar a su florecita del aliento envenenado dei mundo; y apenas empezaba a entreabrirse su corola, este divino Salvador la trasplantô a la montana del Carmelo, donde los dos lirios

que la habian rodeado de carino y acunado dulcemente en la primavera de su vida expandian ya [4r°] su suave perfume...

Siete anos han pasado desde que la florecilla echo raices en el jardin del Esposo de las virgenes, y ahora très lirios -contândola a ella- cimbrean alli sus corolas perfumadas; un poco mas lejos, otro lirio se esta abriendo bajo la mirada de Jesûs. Y los dos tallos benditos de los que brotaron estas flores estân ya reunidos para siempre en la patria celestial... Alli se han encontrado con los otros cuatro lirios que no llegaron a abrir sus corolas en la tierra... ¡Ojalâ Jesûs tenga a bien no dejar por mucho tiempo en tierra extraria a las flores que aùn quedan el destierro! ¡Ojala que pronto el ramo de lirios se vea completo en el cielo!

## **Rodeada de amor**

Acabo, Madré, de resumir en pocas palabras lo que Dios ha hecho por mi. Ahora voy a entrar en los detalles de mi vida de niñia. Sé muy bien que donde cualquier otro no veria mas que un relato aburrido, tu corazôn de madré encontrarâ verdaderas delicias... Ademâs, los recuerdos que voy a evocar son también tuyos, pues a tu lado fue transcurriendo mi ninez y tengo la dicha de haber tenido unos padres incomparables que nos rodearon de los mismos cuidados y dei mismo carino. ¡Que ellos bendigan a la mas pequena de sus hijas y le ayuden a cantar las misericordias del Serior...!

En la historia de mi alma, hasta mi entrada en el Carmelo, distingo très periodos bien definidos. El primera, a pesar de su corta duraciôn, no es el menos fecundo en recuerdos. Se extiende desde el despertar de mi razôn hasta la partida de nuestra madré querida para la patria del cielo.

[4v°] Dios me concediô la gracia de despertar mi inteligencia en muy temprana edad y de que los recuerdos de mi infancia se grabasen tan profundamente en mi memoria, que me parece que las cosas que voy a contar ocurrieron ayer. Seguramente que Jesûs, en su amor, queria hacerme conocer a la madré incomparable que me habia dado y que su mano divina tenia prisa por coronar en el cielo...

Durante toda mi vida, Dios ha querido rodearme de amor. Mis primeras recuerdos estân impregnados de las mas tiernas sonrisas y caricias... Pero si él puso mucho amor a mi lado, también lo puso en mi corazôn, creândolo carinoso y sensible. Y asi, queria mucho a papa y a marna, y les demostraba de mil maneras mi carino, pues era muy efusiva.. Solo que los

medios que empleaba, a veces eran raros, como lo demuestra este pasaje de una carta de marna:

«La nina es un verdadero diablillo, que viene a acariciarme deseândome la muerte: "¡Corno me gustaria que te murieras, mamaita...!" La rinen, y me dice: "¡Pero si es para que vayas al cielo! <,No dices que tenemos que morirnos para ir alla?" Y cuando esta con estos arrebatos de amor, desea también la muerte a su padre». [5r0]

Y mira lo que el 25 de junio de 1874, cuando yo tenia apenas 18 meses, decia mama de mi:

«Tu padre acaba de instalar un columpio. Celina esta loca de contenta, ipero hay que ver columpiarse a la pequena! Es de risa; se sostiene como una jovencita, no hay peligro de que suelte la cuerda, y cuando va demasiado despacio se pone a gritar. La sujetamos por delante con otra cuerda, pero a pesar de todo yo no me siento tranquila cuando la veo colgada alia arriba.

«Ultimamente me ocurriô una curiosa aventura con la pequena. Tengo costumbre de ir a la Misa de cinco y media. Los primeros dias, no me atrevia a dejarla sola; pero al ver que nunca se despertaba, me decidi a hacerlo. La acuesto en mi cama y arrimo la cuna de manera que sea imposible que se caiga. Pero un dia me olvidé de acercar la cuna. Llego, y la pequena ya no estaba en la cama. En ese mismo momento escuché un grito; miro y la veo sentada en una silla que habia trente a la cabecera de mi cama, con la cabecita apoyada en el respaldo y durmiendo un mal sueno, pues estaba enfadada. No puedo explicarme como pudo caer sentada en aquella silla, pues estaba acostada. Di gracias a Dios de que no le hubiera pasado nada; tue realmente providencial, pues deberia haber caido rodando al suelo. El ângel de la guarda ha velado por ella, y las almas del purgatorio, a las que todos los dias rezo una oraciôn por la pequena, la protegieron. Asi me explico yo lo sucedido..., tû explicated como quieras...».

Al final de la carta mama anadia:

«Ahora la nina ha venido a pasarme la manita por la cara y a darme un beso. Esta criatura no quiere dejarme ni un instante y no se aparta de mi lado. Le gusta mucho salir al jardin, [5v°], pero si yo no estoy alii no quiere quedarse y se echa a llorar y no para de hacerlo hasta que me la traen...»

(Y éste es un pasaje de otra carta):

«Teresita me preguntaba el otro día si iría al cielo. Yo le dije que sí, si se portaba bien, y me contestó: "Ya, y si no soy buena, iré al infierno... Pero sé muy bien lo que haré en ese caso: me echaré a volar contigo, que estarás en el cielo, <y como se las arreglará Dios para cogerme...? Tú me apretarás muy fuertemente entre tus brazos." Y lei en sus ojos que estaba firmemente convencida de que Dios no podría hacerle nada mientras estuviese en brazos de su madre...

«Maria quiere mucho a su hermanita, y dice que es muy buena. No es extraño, pues esta criatura tiene miedo a darle el menor disgusto. Ayer quise darle una rosa, pues sé que le gustan mucho, pero se puso a suplicarme que no la cortase, porque Maria se lo había prohibido. Estaba excitadísima. No obstante, le di dos y no se atrevía a aparecer por casa. En vano le decía que las rosas eran mías: "Que no, decía ella, que son de Maria..."

«Es un niño que se emociona con gran facilidad. Cuando hace algún pequeño desaguisado, todo el mundo tiene que saberlo. Ayer rasgué sin querer una esquinita del empapelado y se puso que daba lástima, había que decirselo enseguida a su padre. Cuando éste llegó, cuatro horas más tarde, ya nadie pensaba en lo sucedido, pero ella fue corriendo a decirle a Maria: "Dile enseguida a papa que he rasgado el papel". Y estaba allí como un criminal que espera su condena; pero tiene su teoría de que, si se acusa, la perdonarán más fácilmente».

[4vº sigue] Quería mucho a mi madrina.

Parecía que no, pero me fijaba mucho en todo lo que se hacía y se decía a mi alrededor, y me parece que juzgaba ya las cosas como ahora. Escuchaba muy atentamente lo que Maria enseñaba a Celina, para actuar yo como ella. [6rº] Después que salí de la Visitation, para obtener el favor de ser admitida en su cuarto durante las clases que le daba a Celina, me portaba muy bien y hacía todo lo que me mandaba. Por eso, me colmaban de regalos, que, pese a su escaso valor, me hacían mucha ilusión.

Estaba muy orgullosa de mis dos hermanas mayores, pero mi ideal de niño era Paulina... Cuando estaba empezando a hablar y mamá me preguntaba «<En qué piensas?», la respuesta era invariable: «¡En Paulina...!» Otras veces pasaba mi dedo por el cristal de la ventana y decía: «Estoy escribiendo: ¡Paulina...!»

Oía decir con frecuencia que seguramente Paulina sería religiosa, y yo entonces, sin saber lo que era eso, pensaba: Yo también seré religiosa. Es éste uno de mis primeros recuerdos, y desde entonces ya nunca cambié

de intention... Fuiste tû, Madré querida, la persona que Jesûs escogiô para desposarme con él; tû no estabas enfonces a mi lado, pero ya se habia creado un lazo entre nuestras aimas... Tû eras mi ideal, yo queria parecerme a ti, y tu ejemplo fue lo que me arrastro, desde los dos anos de edad, hacia el Esposo de la virgenes. ¡Cuântos hermosos pensamientos quisiera confiarte! Pero tengo que continuar con la historia de la florecilla, con su historia completa y general, pues si quisiera hablar detalladamente de sus relaciones con «Paulina», ¡tendria que dejar de lado todo lo demàs...!

Mi querida Leonia ocupaba también un lugar importante en mi corazôn. Me queria mucho. Por las tardes, cuando toda la familia salia a dar un paseo, era ella quien me cuidaba... Aùn me parece estar escuchando las lindas tonadas que me cantaba para dormirme... Buscaba la forma de contentarme en todo; por eso, me habria dolido mucho darle algùn disgusto. [6v°] Me acuerdo muy bien de su primera comuniôn, sobre todo dei momento en que me cogiô en brazos para hacerme entrar con ella en la casa rectoral. ¡Me parecia tan bonito ser Nevada en brazos por una hermana mayor toda vestida de blanco como yo...! Por la noche, me acostaron temprano, pues yo era muy pequena para quedarme al solemne banqueté; pero aùn estoy viendo a papa trayéndole, a los postres, a su reinecita unos trozos de tarta...

Al dia siguiente, o pocos dias después, fuimos con marna a casa de la companerita de Leonia. Creo que fue ese dia cuando nuestra mamaita nos llevô detrâs de una pared para hacernos beber un poco de vino después de la comida (que nos habia servido la pobre senora de Dagorau), pues no queria dejar en mal lugar a la buena mujer pero tampoco queria que nos faltase nada... ¡Qué tierno es el corazôn de una madré! ¡Y cômô expresa su ternura en mil detalles previsores en los que nadie pensaria...!

Ahora me falta hablar de mi querida Celina, la companerita de mi infancia, pero son tantos los recuerdos, que no sé cuâles elegir. Voy a extraer algunos pasajes de las cartas que marna te escribia a la Visitation, pero no voy a copiarlo todo, pues sería demasiado largo...

El 10 de julio de 1873 (aho de mi nacimiento), te decia:

«La nodriza trajo el jueves a Teresita. Se pasô todo el tiempo riendo. La que mas le gustô fue la pequena Celina. Se reia con ella a carcajadas. Se diria que ya tiene ganas de jugar, no tardará en hacerlo. Se sostiene sobre las piernecitas, mas tiesa que una estaca. Creo que pronto empezará a andar y que tendra buen carácter. Parece muy inteligente y tiene pinta de predestinada...»

[7r°] Pero cuando mostré mi cariño a mi querida Celinita, fue sobre todo después de dejar a mi nodriza. Nos entendíamos muy bien; solo que yo era mucho más vivaracha y mucho menos ingenua que ella. Aunque tenía tres años y medio menos, me parecía que fuésemos de la misma edad. Este pasaje de una carta de Marna te hará ver lo buena que era Celina y lo mala que era yo:

«Mi Celinita está decididamente inclinada a la virtud. Es ésta una inclinación profunda de su ser. Tiene un alma candorosa y siente horror al pecado. En cuanto al huroncillo, no sabemos lo que saldrá de él. ¡Es tan pequeño y tan atolondrado! Tiene una inteligencia superior a la de Celina, pero es mucho menos dulce, y, sobre todo, de una terquedad casi indomable. Cuando dice "no", no hay nada que la haga ceder; aunque la metiésemos un día entero en el cuarto de los trastos, dormiría allí antes que decir "sí"...

«Sin embargo, tiene un corazón de oro, es muy cariñosa y sincera. Es curioso verla correr iras de mí para acusarse: -Marna, he empujado a Celina, pero solo una vez, la he pegado una vez, pero no lo volveré a hacer. (Y así, en todo lo que hace). El jueves por la tarde, fuimos a dar un paseo hacia la estación, y se empeñó en entrar en la sala de espera para ir a buscar a Paulina. Corría delante con una alegría que daba gloria verla. Pero cuando vio que teníamos que volvernos sin subir al tren para ir a buscar a Paulina, se pasó todo el camino llorando».

Esta última parte de la carta me recuerda la dicha que sentía al verte volver de la Visitación. Tú, Madre querida, me cogías en brazos y María cogía en los suyos a Celina. Entonces yo te hacía mil caricias y me echaba [7v°] hacia atrás para admirar tu larga trenza... Luego me dabas una tableta de chocolate que habías guardado durante tres meses. ¡Imaginate qué reliquia era eso para mí...!

## **Viaje a Le Mans**

Me acuerdo también del viaje que hice a Le Mans. Era la primera vez que iba en tren. ¡Qué alegría verme viajar sola con mamá...! Sin embargo, ya no recuerdo por qué, me eché a llorar, y nuestra pobre mamá solo pudo presentar a nuestra tía de Le Mans a un feo bichito todo enrojecido por las lágrimas que había derramado en el camino... No guardo ningún recuerdo de la visita al locutorio, a no ser del momento en que mi tía me pasó un ratoncito blanco y una cestita de cartulina llena de bombones, sobre los que campeaban dos preciosos anillos de azúcar, justamente del tamaño

de mi dedo. Inmediatamente exclamé: «¡Qué bien! ¡Ya tengo un anillo para Celina!» Pero, ¡ay dolor!, cojo la cesta por el asa, doy la otra mano a marna y nos vamos. A los pocos pasos, miro la cesta y veo casi todos los bombones desparramados por la calle, como si fueran los guijarros de Pulgarcito... Miro mas atentamente y veo que uno de los preciosos anillos habia corrido la suerte fatal de los bombones... ¡Ya no tenia nada que llevar a Celina...! Enfonces estalla mi dolor, pido volver sobre mis pasos, pero marna no parece hacerme caso. ¡Aquello era demasiado! A mis lâgrimas siguieron mis gritos... No podia comprender que marna no compartiese mi dolor, y eso acrecentaba todavia mas mi sufrimiento...

## **Mi carâcter**

Vuelvo ahora a las cartas en las que marna te habia de Celina y de mi. Es el mejor medio que puedo emplear para darte a conocer mi carâcter. He aqui un pasaje en el que mis defectos brillan en todo su esplendor:

[8r°] «Celina esta entretenida con la pequena jugando a los dados, y rinen de vez en cuando. Celina cede para anadir una perla a su corona. Yo me veo obligada a reprender a esta pobre nina, que coge unas rabetas terribles cuando las cosas no salen a su gusto y se revuelca por el suelo como una desesperada pensando que todo esta perdido. Hay momentos en que es mas fuerte que ella, y se le corta la respiraciôn. Es una nina muy nerviosa. De todas maneras, es un encanto, y muy inteligente, y se acuerda de todo».

¡Ya ves, Madré mia, qué lejos estaba yo de ser una nina sin defectos! Ni siquiera se podia decir de mi «que fuese buena cuando estaba dormida», pues de noche era todavia mas revoltosa que de dia. Mandaba a paseo todas las mantas, y (dormida y todo) me daba golpes contra los largueras de mi camita; el dolor me despertaba, y enfonces decia: «¡Mamá, me he golpeado...! Nuestra pobre mamaita se veia obligada a levantarse y comprobaba que, en efecto, tenia chichones en la frente y me habia golpeado. Me tapaba bien y volvia a acostarse; pero al cabo de un momento yo volvia a golpearme. De suerte que se vieron obligados a atarme en la cama. Todas las noches, la pequena Celina venia a anudar las incontables cuerdas destinadas a evitar que el diablillo se golpease y despertara a su marna. Esta medida dio buen resultado, y desde enfonces ya fui buena mientras dormia...

Ténia también otro defecto (estando despierta), del que marna no habia en sus cartas, que era un gran amor propio. No voy a darte mas que dos ejemplos para no alargar demasiado mi narraciôn. Un dia, me dijo marna:

«Teresita, si besas el suelo, te doy cinco céntimos». Cinco céntimos eran para mi toda una fortuna, y para ganarlos no tenia que bajar demasiado de mi altura, pues mi exigua estatura no me separaba muchos palmos de suelo. Sin embargo, mi orgullo se rebelô a [8v°] la sola idea de besar el suelo, y poniéndome muy tiesa le dije a mama: -jNo, mamaita, prefiero quedarme sin los cinco céntimos...!

En otra ocasiôn teniamos que ir a Grogny, a visitar a la senora de Monnier. Marna le dijo a Maria que me pusiese mi precioso vestido azul celeste, adornado de encajes, pero que no me dejara los brazos al aire, para que el sol no me los tostase. Yo me dejé, con la indiferencia propia de las ninas de mi edad; pero interiormente pensaba que habria estado mucho mas bonita con los bracitos al aire.

Con una forma de ser como la mia, si hubiera sido educada por unos padres sin virtud, o incluso si hubiese sido mimada por Luisa como Celina, habria salido muy mala, y tai vez hasta me habria perdido... Pero Jesûs velaba por su pequena prometida y quiso que todo redundase en su bien; incluso sus defectos, que, corregidos a tiempo, le sirvieron para crecer en la perfection...

Como tenia amor propio y también amor al bien, en cuanto empecé a pensar seriamente (y lo hice desde muy pequena), bastaba que me dijeran que algo no estaba bien para que se me quitasen las ganas de hacérmelo repetir dos veces... Veo con agrado que en las cartas de marna, a medida que iba creciendo, le daba mayores alegrías. Como no ténia mas que buenos ejemplos a mi alrededor, queria seguirlos como la cosa mas natural del mundo. Esto es lo que escribia en 1876:

«Hasta Teresa quiere ponerse a veces a hacer pràcticas... Es una nina encantadora, mas lista que el hambre, muy vivaracha, pero de corazôn sensible. Celina y ella se quieren mucho. Se bastan solas para entretenerse. Todos los dias, en cuanto acaban de comer, Celina va a buscar su gallo y atrapa al primer golpe la gallina de Teresa. Yo no consigo hacerlo, pero ella es tan hàbil que la coge a la primera. Después se van las dos con sus animalitos a sentarse al amor de la [9r°] lumbre, y asi se entretienen un buen rato. (La gallina y el gallo me los habia regalado Rosita, y yo le di el gallo a Celina).

«El otro dia Celina durmiô conmigo y Teresa se acostô en el segundo piso en la cama de Celina. Habia pedido a Luisa que la bajase abajo para vestirla, y cuando Luisa subiô a buscarla encuentre la cama vacia. Teresa habia oido a Celina y habia bajado con ella. Luisa le dijo: -^O sea, que no quieres bajar a vestirme? -No, Luisa, no, nosotras somos como las dos



gallinitas, que no pueden separarse. Y al decir esto, se abrazaban y se estrechaban la una contra la otra...

«Luego, por la tarde, Luisa, Celina y Leonia se fueron al Circulo Católico y dejaron en casa a la pobre Teresa, que entendia perfectamente que ella era demasiado pequena para ir, y decia: -¡Si por lo menos quisieran acostarme en la cama de Celina...! Pero no, no quisieron... Ella no dijo nada y se quedô sola con su lamparita. Al cuarto de hora estaba ya profundamente dormida...»

Otro dia, mama escribia también:

«Celina y Teresa son inseparables, no es fácil ver a dos ninas que se quieran tanto. Cuando Maria viene a buscar a Celina para la clase, la pobre Teresa se queda hecha un mar de lágrimas. ¡Ay, qué va a ser de ella si se va su amiguita...! Maria se compadece y se la lleva también, y la pobre criatura se pasa dos o tres horas sentada en una silla. Le dan unas cuentas para que las ensarte o algùn trapo para que cosa; no se atreve a rebullir y lanza con frecuencia profundos suspiros. Cuando se le desenhebra la aguja, intenta volver a enhebrarla, y es curioso verla cuando no lo consigue y sin atreverse a molestar a Maria. Pronto se ven dos gruesas lágrimas correr por sus mejillas... Maria [9vº] la consuela inmediatamente y le vuelve a enhebrar la aguja, y el pobre angelito sonne a través de sus lágrimas...»

Recuerdo, en efecto, que no podia vivir sin Celina, y que preferia levantarme de la mesa sin terminar el postre a no irme tras ella. En cuanto se levantaba, me volvia en mi silla alta, pidiendo que me bajasen, y nos ibamos las dos juntas a jugar.

A veces nos ibamos con la hija de gobernador, lo cual me gustaba mucho a causa del parque y de los preciosos juguetes que nos enseñaba; pero más que nada iba allí por complacer a Celina, ya que preferia quedarme en nuestro jardincito raspando las tapias, pues quitábamos todas las brillantes lentejuelas que habia en ellas y luego ibamos a vendérsela a papâ que nos las compraba muy serio.

Los domingos, como yo era muy pequena para ir a las funciones religiosas, mamá se quedaba a cuidarme. Yo me portaba muy bien y andaba de puntillas mientras duraba la misa. Pero en cuanto veia abrirse la puerta, se producia una explosion de alegria sin igual: me precipitaba al encuentro de mi preciosa hermanita, que llegaba adornada como una capilla..., y le decia: «¡Celina, dame enseguida pan bendito!» A veces no lo traia, porque habia llegado demasiado tarde... ¡Qué hacer entonces? Yo

no podía pasarme sin él, era «mi misa»... Pronto encontré la solución: «¿No tienes pan bendito? ¡Pues hazlo!» Dicho y hecho: Celina cogía una silla, abría la alacena, cogía el pan, cortaba una rebanada, y rezaba muy seria un Ave María sobre él. Luego me lo ofrecía, y yo, después de hacer con él la señal de la cruz, lo comía con gran devoción, encontrándole exactamente el mismo gusto [10rº] que el del pan bendito...

Con frecuencia hacíamos juntas conferencias espirituales. He aquí un ejemplo que entresaco de las cartas de mamá:

«Nuestras dos queridas pequeñas, Celina y Teresa, son ángeles de bendición, tienen una naturaleza verdaderamente angelical. Teresa constituye la alegría y la felicidad de María, y su gloria. Es increíble lo orgullosa que está de ella. La verdad es que tiene salidas de lo más sorprendentes para su edad y le da cien vueltas a Celina, que tiene el doble de años. El otro día decía Celina: "¿Cómo puede estar Dios en una hostia tan pequeña?" Y la pequeña contestó: "Pues no es tan extraño, porque Dios es todopoderoso". "<,Y qué quiere decir todopoderoso?" "¡Pues que hace todo lo que quiere"..."»

## **Yo lo escojo todo**

Un día, Leonia, creyéndose ya demasiado mayor para jugar a las muñecas, vino a nuestro encuentro con una cesta llena de vestiditos y de preciosos retazos para hacer más. Encima de todo venía acostada su muñeca. «Tomad, hermanitas -nos dijo-, escoged, os lo doy todo para vosotras». Celina alargó la mano y cogió un mazo de orlas de colores que le gustaba. Tras un momento de reflexión, yo alargué a mi vez la mano, diciendo: «¡Yo lo escojo todo!», y cogí la cesta sin más ceremonias. A los testigos de la escena la cosa les pareció muy justa, y ni a la misma Celina se le ocurrió quejarse (aunque la verdad es que juguetes no le faltaban, pues su padrino la colmaba de regalos, y Luisa encontraba la forma de agenciarle todo lo que deseaba).

Este insignificante episodio de mi infancia es el resumen de toda mi vida. Más tarde, cuando se ofreció ante mis ojos el horizonte de la perfección, comprendí que para ser santa había que sufrir mucho, buscar siempre lo más perfecto y olvidarse de sí misma. Comprendí que en la perfección había muchos grados, y que cada alma [10vº] era libre de responder a las invitaciones del Señor y de hacer poco o mucho por él, en una palabra, de escoger entre los sacrificios que él nos pide. Entonces, como en los días de mi niñez, exclamé: «Dios mío, yo lo escojo todo. No quiero ser santa a

medias, no me asusta sufrir por ti, solo me asusta una cosa: conservar mi voluntad. Tômala, jpues "yo escojo todo" lo que tû quieres...!

Pero tengo que cortar. No debo adelantarme todavia a hablarte de mi juventud, sino de aquel diablillo de cuatro anos.

Recuerdo un sueno que debi tener por esta edad, y que se me grabô profundamente en la imaginaciôn. Una noche soné que salia a dar un paseo, yo sola, por el jardin. Al llegar al pie de la escalera que tenía que subir para llegar él, me paré, sobrecogida de espanto. Delante de mi, cerca del emparrado, habia un bidon de cal y sobre el bidon estaban bailando dos horribles diablillos con una agilidad asombrosa a pesar de las planchas que llevaban en los pies. De repente, fijaron en mi sus ojos encendidos y luego, en ese mismo momento, como si estuvieran todavia mas asustados que yo, saltaron del bidon al suelo y fueron a esconderse en la roperia, que estaba alli enfrente. Al ver que eran tan poco valientes, quise saber lo que iban a hacer y me acerqué a la ventana. Alli estaban los pobres diablillos, corriendo por encima de las mesas y sin saber qué hacer para huir de mi mirada; a veces se acercaban a la ventana mirando nerviosos si yo seguia alli, y, al verme, volvian a echar a correr como desesperados.

Seguramente este sueno no tiene nada de extraordinario. Sin embargo, creo que Dios ha querido que lo recuerde siempre para hacerme ver que un aima en estado de gracia no tiene nada que temer de los demonios, que son unos cobardes, capaces de huir ante la mirada de un nino...

[11 rº] Voy a copiar aqui otro pasaje que encuentro en las cartas de marna. Nuestra pobre mamaita presentia ya el final de su destierro:

«Las dos pequenas no me preocupan. Estân muy bien las dos, son naturalezas privilegiadas; sin duda alguna, serân buenas. Maria y tû podréis educarlas perfectamente. Celina no comete nunca la menor falta voluntaria. También la pequena sera buena; no diria una mentira ni por todo el oro dei mundo. Tiene una agudeza como no la he visto en ninguna de vosotras».

«El otro dia estaba en la tienda con Celina y con Luisa. Hablaba de sus practices y discutia animadamente con Celina. La seriora le pregunté a Luisa: <Qué es lo que quiere decir? Cuando juega en el jardin, no se oye hablar mas que de practices? La senora de Gaucherin se asoma a la ventana para tratar de entender qué significa esa discusion sobre las practices...»

«Esta criatura constituye nuestra felicidad. Sera buena, se le ve ya el germen: no sabe hablar mas que de Dios, y por nada dei mundo dejaria de rezar sus oraciones. Me gustaria que la vieras contar cuentos, no he visto nunca cosa mas graciosa. Encuentra ella solita la expresiôn y el tono apropiados, sobre todo cuando dice: "Nino de rubios cabellos, ^donde crees que esta Dios?" Y cuando llega a aquello de "Alla arriba, en lo alto del cielo azul", dirige la mirada hacia lo alto con una expresiôn angelical. No nos cansamos de hacérselo repetir, jresulta tan hermoso! Hay algo tan celestial en su mirada, que uno se queda extasiado...»

Madré mia querida, jqué feliz era yo a esa edad! Empezaba ya a gozar de la vida, se me hacia atractiva la virtud y creo que me hallaba en las mismas disposiciones que hoy, con un gran [11vº] dominio ya sobre mis actos.

jAy, qué rapidos pasaron los anos soleados de mi ninez! Pero también iqué huella tan dulce dejaron en mi alma! Recuerdo ilusionada los dias en que papa nos llevaba al Pabellôn. Hasta los mas pequenos detalles se me grabaron en el corazôn...

Recuerdo, sobre todo, los paseos del domingo, en los que siempre nos acompañaba marna... Aún siento en mi interior las profundas y poéticas impresiones que nacian en mi aima a la vista de los campos de trigo esmaltados de acianos y de flores silvestres. Me gustaban ya los amplios horizontes... El espacio y los gigantescos abetos, cuyas ramas tocaban el suelo, dejaban en mi aima una impresiôn parecida a la que siento hoy todavia a la vista de la naturaleza...

Con frecuencia, durante esos largos paseos, nos encontrâbamos con algùn pobre, y Teresita era siempre la encargada de llevarles la limosna, cosa que le encantaba. Pero a menudo también, pareciéndole a papa que el camino era demasiado largo para su reinecita, la llevaba a casa antes que a las demás (muy a su pesar); y enfonces, para consolarla, Celina llenaba de margaritas su linda cestita y, a la vuelta, se las daba. Pero, jay!, la pobre abuelita pensaba que su nieta tenía demasiadas y cogia una buena parte de ellas para su Virgen... Esto no le gustaba a Teresita, pero se guardaba muy bien de decir nada, pues habia adquirido la buena costumbre de no quejarse nunca. Incluso cuando le quitaban lo que era suyo o cuando la acusaban injustamente, preferia callarse y no excusarse, lo cual no era mérito suyo sino virtud natural... jQué lastima que esta buena disposition se haya desvanecido...!

[12rº] Si, verdaderamente todo me sonreía en la tierra. Encontraba flores a cada paso que daba, y mi carácter alegre contributa también a hacerme agradable la vida.

Pero un nuevo periodo se iba a abrir para mi alma. Tenía que pasar por el crisol de la prueba y sufrir desde mi infancia, para poder ofrecerme mucho antes a Jesûs. Igual que las flores de la primavera comienzan a germinar bajo la nieve y se abren a los primeras rayos del sol, así también la florecita cuyos recuerdos estoy escribiendo tuvo que pasar también por el invierno de la tribulation...

## CAPITULO II

### EN LOS BUISSONNETS (1877-1881)

#### **Muerte de mama**

Todos los detalles de la enfermedad de nuestra querida madre siguen todavía vivos en mi corazón. Me acuerdo, sobre todo, de las últimas semanas que pasô en la tierra.

Celina y yo vivíamos como dos pobres desterradas. Todas las mananas, venía a buscarnos la señora de Leriche y pasâbamos el día en su casa. Un día, no habíamos tenido tiempo de rezar nuestras oraciones antes de salir, y por el camino Celina me dijo muy bajito: -«<,Tenemos que decirle que no hemos rezado...» -«Si», le contesté, y enfonces ella se lo dijo muy timidamente a la señora de Leriche, que nos respondiô: -«Bien, hijitas, ahora las haréis». Y dejândonos solas en una habitation muy grande, se fue... Enfonces Celina me mira y dijimos: «¡Ay, no es como con marna...! Ella nos hacía rezar todos los días...»

Cuando jugâbamos con las niñas, nos perseguía de continuo el recuerdo de nuestra madre querida. Una vez que a Celina le dieron un albaricoque, se inclinó hacia mí y me dijo muy bajito: «No lo comeremos, se lo daré a marna». Pero, ¡ay!, nuestra pobre mamaita estaba ya demasiado enferma para comer las frutas de la tierra. Ya solo en el cielo podría saciarse con la gloria de Dios y beber con Jesûs el vino misterioso del que él hablô en la última cena cuando dijo que lo compartiría con nosotros en el reino de su Padre.

También la impresionante ceremonia de la unción de los enfermos se quedó grabada en mi alma. Aún veo el lugar donde yo estaba, al lado de Celina. Estábamos las cinco colocadas por [12vº] orden de edad, y nuestro pobre papaito estaba también allí sollozando...

El día de la muerte de marna, o al día siguiente, me cogió en brazos, diciéndome: «Ve a besar por última vez a tu pobre mamaita». Y yo, sin decir nada, acerqué mis labios a la frente de mi madre querida...

No recuerdo haber llorado mucho. No le hablaba a nadie de los profundos sentimientos que me embargaban... Miraba y escuchaba en silencio... Nadie tenía tiempo para ocuparse de mí, así que vi muchas cosas que hubieran querido ocultarme. En un determinado momento, me encontré frente a la tapa del ataúd... Estuve un largo rato contemplándolo. Nunca había visto ninguno. Sin embargo, comprendía... Era yo tan pequeña, que, a pesar de la baja estatura de marna, tuve que levantar la cabeza para verlo entero, y me pareció muy grande... y muy triste...

Quince años más tarde, me encontré delante de otro ataúd, el de la madre Genoveva. Era del mismo tamaño que el de marna, y me pareció estar volviendo a los días de mi infancia...! Todos los recuerdos se agolparon en mi mente. Era la misma Teresita la que miraba; pero ahora había crecido y el ataúd le parecía pequeño: ya no necesitaba levantar la cabeza para verlo, tan solo la levantaba para contemplar el cielo, que le parecía muy alegre, porque todas sus pruebas se habían terminado y el invierno de su alma había pasado para siempre...

El día en que la Iglesia bendijo los restos mortales de nuestra mamaita del cielo, Dios quiso darme otra madre en la tierra, y quiso que yo misma la eligiese libremente. Estábamos juntas las cinco, mirándonos entristecidas. También Luisa estaba allí, y al vernos a Celina y a mí, dijo: «¡Pobrecitas, ya no tenéis madre!» Entonces Celina se echó en brazos de María, diciendo: «¡Bueno, tú serás mi marna!» Yo estaba acostumbrada a [13rº] imitarla en todo; sin embargo, me volví hacia ti, Madre mía, y como si el futuro hubiera rasgado ya su vélo, me eché en tus brazos, exclamando: «¡Pues mi marna será Paulina! »

Como ya dije antes, a partir de esta época de mi vida entré en el segundo periodo de mi existencia, el más doloroso de los tres, sobre todo tras la entrada en el Carmelo de la que yo había escogido para que fuese mi segunda «marna». Este periodo se extiende desde la edad de cuatro años y medio hasta la de catorce, época en la que recuperé mi carácter de la niñez, a la vez que entraba en lo serio de la vida.

Tengo que decirte, Madré, que a partir de la muerte de marna, mi temperamento feliz cambio por completo. Yo, tan vivaracha y efusiva, me hice timida y callada y extremadamente sensible. Bastaba un mirada para que prorrumpiese en lâgrimas, solo estaba contenta cuando nadie se ocupaba de mi, no podia soportar la compafiia de personas extranas y solo en la intimidad del hogar volvia a encontrar mi alegria. Sin embargo, seguia rodeada de la mas delicada ternura.. El corazôn tan tierno de papa habia anadido al amor que ya ténia un amor verdaderamente maternai... Y tû, Madré, y Maria <,no erais para mi las mas tiernas y desinteresadas de las madrés...? No, si Dios no hubiese prodigado a su florecilla esos sus rayos bienhechores, nunca ella hubiera podido aclimatarse a la tierra, pues era todavia demasiado débil para soportar las lluvias y las tormentas, y necesitaba calor, el suave rocio y las brisas de primavera. Nunca le faltaron [13v°] todas esas ayudas, Jesûs hizo que las encontrase incluso bajo la nieve del sufrimiento.

## **Lisieux**

No senti la menor pena al dejar Alençon; a los ninos les gustan los cambios, y vine contenta a Lisieux. Me acuerdo del viaje y de la llegada al anochecer a la casa de mi tia. Aùn me parece estar viendo a Juana y a Maria esperândonos a la puerta... Me sentia muy feliz de tener unas primitas tan buenas. Las queria mucho, lo mismo que a mi tia y, sobre todo, a mi tio; solo que él me daba miedo y no me hallaba tan a gusto en su casa como en los Buissonnets, donde mi vida si que fue verdaderamente feliz...

Por la manana, tû te acercabas a mi, preguntândome si habia ofrecido ya mi corazôn a Dios; luego me vestias, hablândome de él, y a continuation rezaba mis orationes a tu lado.

Después venia la clase de lectura. La primera palabra que logré leer sola fue ésta: «cielos». Mi querida madrina se encargaba de las clases de escritura, y tû, Madré, de todas las demâs. No tenia gran facilidad para aprender, pero si buena memoria. El catecismo, y sobre todo la Historia Sagrada, eran mis asignaturas preferidas, las estudiaba con verdadero placer; en cambio la gramàtica me hizo derramar muchas lâgrimas... <,Te acuerdas dei masculino y el femenino?

En cuanto terminaba la clase, subia al mirador para llevarle a papa mi condecoraciôn y mis notas. ¡Qué feliz me sentia cuando podia decirle: «Tengo un 5 sin exception, Paulina lo dijo la primera...!» Pues cuando te preguntaba yo si ténia 5 sin exception y tû me contestabas que si, era

para mi como obtener un punto menos. También me dabas vales, y cuando habia reunido un cierto número de ellos conseguia un recompensa y un dia de asueto. Recuerdo que esos dias [14r°] se me hacian mucho mas largos que los otros, cosa que a ti te agradaba pues era serial de que no me gustaba estar sin hacer nada.

## **Delicadezas de papa**

Todas la tardes me iba a dar un paseito con papa. Haciamos juntos una visita al Santisimo Sacramento, visitando cada dia una nueva iglesia. Fue asi como entré por vez primera en la capilla del Carmelo. Papa me enseñó la reja del coro, diciéndome que al otro lado habia religiosas. ¡Qué lejos estaba yo de imaginarme que nueve anos mas tarde iba a encontrarme yo entre ellas...!

Terminado el paseo (durante el cual papa me compraba siempre un regalito de cinco o diez céntimos), volvia a casa. Hacia entonces los deberes, y después me pasaba todo el resto del tiempo brincando en el jardin en torno a papa, pues no sabia jugar a las muhecas. Una cosa que me encantaba era preparar tisanas con semillas y cortezas de árbol que encontraba por el suelo; luego se las llevaba a papa en una linda tacita; nuestro pobre papaito suspendia su trabajo y, sonriendo, hacia como que bebia, y antes de devolverme la taza me preguntaba (como a hurtadillas) si habia que tirar el contenido; algunas veces yo le decia que si, pero la mayoría de ellas volvia a llevarme mi preciosa tisana para que me sirviese para mas veces...

Me gustaba cultivar mis florecitas en el jardin que papa me habia regalado. Me entretenia levantando altarcitos en un hueco que habia en medio de la tapia; cuando terminaba, corria a buscar a papa y arrastrándole detrás de mi le decia que cerrase bien los ojos y que no los abriera hasta que yo se lo mandase. El hacia todo lo que yo queria y se dejaba conducir ante mi jardincito. Entonces yo gritaba: «¡Papâ, abre los ojos!» El los abria [14v°] y, por complacerme, se quedaba extasiado, admirando lo que a mi me parecia toda una obra de arte...

Si quisiera contar otras mil anécdotas de esta indole que se agolpan en mi memoria, nunca terminaria... ^Como relatar todas las caricias que «papa» prodigaba a su reinecita? Hay cosas que siente el corazón y que ni la palabra ni siquiera el pensamiento pueden expresar...

¡Qué hermosos eran para mi los dias en que mi rey querido me llevaba con él a pescar! ¡Me gustaban tanto el campo, las flores y los pájaros! A



veces intentaba pescar con mi canita. Pero preferia ir a sentarme sola en la hierba florida. Enfonces mis pensamientos se hacfan muy profundos, y sin saber lo que era meditar, mi alma se abismaba en una verdadera oraciôn... Escuchaba los ruidos lejanos... El murmullo del viento y hasta la mùsica difusa de los soldados, cuyo sonido llegaba hasta mi, me llenaban de dulce melancolia el corazôn... La tierra me parecia un lugar de destierro y sonaba con el cielo...

La tarde pasaba ràpidamente, y pronto habia que volver a los Buissonnets. Pero antes de partir, tomaba la merienda que habia llevado en mi cestita. La hermosa rebanada de pan con mermelada que tù me habias preparado habia cambiado de aspecto: en lugar de su vivo color, ya no veia mas que un pàlido color rosado, todo rancio y revenido... Enfonces la tierra me parecia aùn mas triste, y comprendia que solo en el cielo la alegria sería sin nubes...

Hablando de nubes, me acuerdo que un dia el hermoso cielo azul de la campana se encapotô y que pronto se puso a rugir la tormenta. Los relâmpagos hacian surcos en las nubes oscuras y vi caer un rayo a corta distancia. Lejos de asustarme, estaba encantada: jme parecia que Dios [15rº] estaba muy cerca de mi...! Papa no estaba en absoluto tan contento como su reinecita; no porque tuviese miedo a la tormenta, sino porque la hierba y las grandes margaritas (que levantaban mas que yo) centelleaban de piedras preciosas y teniamos que atravesar varios prados antes de encontrar un camino; asi que mi querido papaito, para que los diamantes no mojasen a su hijita, se la echo a hombros a pesar de su equipo de pesca.

Durante los paseos que daba con papa, le gustaba mandarme a llevar la limosna a los pobres con que nos encontrâbamos. Un dia, vimos a uno que se arrastraba penosamente sobre sus muletas. Me acerqué a él para darle una moneda; pero no sintiéndose tan pobre como para recibir una limosna, me miré sonriendo tristemente y rehusô tomar lo que le ofrecia. No puedo decir lo que sentí en mi corazôn. Yo queria consolarle, aliviarle, y en vez de eso, pensé, le habia hecho sufrir. El pobre enfermo, sin duda, adivinô mi pensamiento, pues lo vi volverse y sonreirme. Papa acababa de comprarme un pastel y me entraron muchas ganas de dârselo, pero no me atrevi. Sin embargo, queria darle algo que no me pudiera rechazar, pues sentia por él un afecto muy grande. Enfonces recordé haber oido decir que el dia de la primera comuniôn se alcanzaba todo lo que se pedia. Aquel pensamiento me consolé, y aunque todavia no tenía mas que seis anos, me dije para mi: «El dia de mi primera comuniôn rezaré por mi pobre». Cinco anos mas tarde cumpli mi promesa, y espero que Dios habrà

escuchado la oraciôn que él mismo me habia inspirado que le dirigiera por uno de sus miembros dolientes...

[15vº] Amaba mucho a Dios y le ofrecia con frecuencia mi corazôn, sirviéndome de la breve formula que marna me habia ensenado. Sin embargo, un dia, o mejor una tarde del mes de mayo, cometi una falta que vale la pena contar aqui. Esta falta me ofreciô una buena ocasiôn para humillarme y creo que he tenido de ella perfecta contriciôn.

Como era demasiado pequena para ir al mes de Maria, me quedaba en casa con Victoria y hacia con ella mis devociones ante mi altarcito de Maria, que yo arreglaba a mi manera. Era todo tan pequeno, candeleros y floreros, que dos cerillas, que hacian de velas, bastaban para alumbrarlo. En alguna que otra ocasiôn, Victoria me daba la sorpresa de regalarme dos cabitos de vela, pero raras veces. Una tarde, estaba todo preparado para ponernos a rezar, y le dije: «Victoria, ¿quieres comenzar el Acordaos? Voy a encender». Ella hizo ademân de empezar, pero no dijo nada y me miré riéndose. Yo, que veia que mis preciosas cerillas se consumian ràpidamente, le supliqué que dijese la oraciôn. Ella continuo callada. Enfonces, levantândome, le dije a gritos que era mala y, saliendo de mi dulzura habituai, empecé a patear con todas mis fuerzas.... A la pobre Victoria se le quitaron las ganas de reir, me miré asombrada y me enseñô los cabos de vela que habia traído...Y yo, después de haber derramado làgrimas de rabia, lloré làgrimas de sincero arrepentimiento, con el firme proposito de no volver a hacerlo nunca...

En otra ocasiôn me ocurriô una nueva aventura con Victoria, pero de ésta no tuve que arrepentirme, pues conservé perfectamente la calma. Yo queria un tintero, que estaba sobre la chimenea de la cocina. Como era muy pequena para cogerlo, le pedi muy amablemente a Victoria que [16rº] me lo diese, pero ella se negô, diciéndome que me subiese a una silla. Cogi una silla sin replicar, pero pensando que ella no habia sido nada amable que digamos. Y queriendo hacérselo saber, busqué en mi cabecita el insulto que mas me ofendia. Ella, cuando estaba enfadada conmigo, solia llamarme «mocosa», lo cual me humillaba mucho. Asi que, antes de bajarme de la silla, me volvi hacia ella con gran dignidad y le dije: «¡Victoria, eres una mocosa!» Y me escapé corriendo, dejândola que meditase las profundas palabras que acababa de dirigirle... El resultado no se hizo esperar, pues pronto la oi gritar: «¡Sefiorita Maria..., Teresa acaba de llamarme mocosa!» Vino Maria y me hizo pedirle perdôn, pero lo hice sin contriciôn, pues me parecia que si Victoria no habia querido estirar su largo brazo para hacerme un pequeno favor, merecia bien el titulo de mocosa...

Sin embargo, Victoria me queria mucho, y yo también a ella. Un dia me sacé de un gran aprieto, en el que yo habia caido por mi culpa. Victoria estaba planchando y tenia a su lado un cubo de agua. Yo estaba mirándola, balanceândome (como de costumbre) en una silla. De repente, me fallô la silla y cai, pero no al suelo, sino jdentro del cubo...!!! Estaba tocando la cabeza con los pies, y llenaba el cubo como un pollito llena el huevo... La pobre Victoria me miraba enormemente sorprendida, pues nunca habia visto cosa igual. Yo no veia la hora de salir del cubo, pero imposible, la prisién era tan justa que no podia hacer el menor movimiento. Con cierta dificultad, Victoria me salvo del gran aprieto; lo que no pudo salvar fue mi vestido y todo lo demâs, y se vio obligada a cambiarme, pues estaba hecha una sopa.

Otra vez me cai en la chimenea. Por suerte el fuego no estaba [16vº] encendido, y Victoria no tuvo mas trabajo que el de levantarme y sacudirme la ceniza que me cubria de pies a cabeza. Todas estas aventuras me sucedian los miércoles, mientras tù y Maria estabais en el canto.

### **Primera confesiôn**

Fue también un miércoles cuando vino a visitarnos el Sr. Ducellier. Cuando Victoria le dijo que no habia nadie en casa, mas que Teresita, entré a la cocina para verme, y estuvo mirando mis deberes. Me senti muy orgullosa de recibir a mi confesor, pues habia hecho poco antes mi primera confesiôn.

¡Qué dulce recuerdo aquel...! ¡Con cuâto esmero me preparaste, Madré querida, diciéndome que no era a un hombre a quien iba a decir mis pecados, sino a Dios! Estaba profundamente convencida de ello, por lo que me confesé con gran espiritu de fe, y hasta te pregunté si no tendria que décidé al Sr. Ducellier que lo amaba con todo el corazén, ya que era a Dios a quien le iba a hablar en su persona...

Bien instruida acerca de todo lo que ténia que decir y hacer, entré al confesonario y me puse de rodillas; pero al abrir la ventanilla, el Sr. Ducellier no vio a nadie: yo era tan pequena, que mi cabeza quedaba por debajo de la tabla de apoyar las manos. Enfonces me mandé ponerme de pie. Obedeci en seguida, me levanté y, poniéndome exactamente frente a él para verle bien, me confesé como una persona mayor, y recibí su bendicién con gran fervor, pues tù me habias dicho que en esos momentos las lâgrimas del Nino Jesûs purificarian mi aima. Recuerdo que en la primera exhortation que me hizo me invité, sobre todo, a que tener

devoción a la Santísima Virgen, y yo prometí redoblar mi ternura hacia ella. Al salir del confesionario, me sentía tan contenta y ligera, que nunca había sentido tanta alegría en mi [17r°] aima. Después volví a confesarme en todas las fiestas importantes, y cada vez que lo hacía era para mí una verdadera fiesta.

## **Fiestas y domingos en familia**

¡Las fiestas...! ¡Cuántos recuerdos me trae esta palabra...! ¡Cómo me gustaban las fiestas...! Tú, Madre querida, sabías explicarme tan bien todos los misterios que en cada una de ellas se encerraban, que eran para mí auténticos días de cielo. Me gustaban, sobre todo, las procesiones del Santísimo. ¡Qué alegría arrojar flores al paso del Señor...! Pero en vez de dejarlas caer, yo las lanzaba lo más alto que podía, y cuando veía que mis hojas deshojadas tocaban la sagrada custodia, mi felicidad llegaba al colmo...

¡Las fiestas! Si bien las grandes eran raras, cada semana traía una muy entrañable para mí: «el domingo». ¡Qué día el domingo...! Era la fiesta de Dios, la fiesta del descanso. Empezaba por quedarme en la cama más tiempo que los otros días; además, mamá Paulina mimaba a su hijita llevándole el chocolate a la cama, y después la vestía como a una reñecita...

La madrina venía a peinar los rizados de su ahijada, que no siempre era buena cuando le alisaban el pelo, pero luego se iba muy contenta a coger la mano de su rey, que ese día la besaba con mayor ternura aún que de ordinario.

Después toda la familia iba a misa. Durante todo el camino, y también en la iglesia, la reñecita de papa le daba la mano. Su sitio estaba junto al de él, y cuando teníamos que sentarnos para el sermón, había que encontrar también dos sillas, una junto a otra. Esto no resultaba muy difícil, pues todo el mundo parecía encontrar tan entrañable el ver a un anciano tan venerable con una hija tan pequeña, que la gente se apresuraba a cedernos el asiento. Mi tío, que ocupaba los bancos de los mayordomos, gozaba al vernos Hegar y decía que yo era su [17v°] rayito de sol...

No me preocupaba lo más mínimo que me mirasen. Escuchaba con mucha atención los sermones, aunque no entendía casi nada. El primero que entendí, y que me impresionó profundamente, fue uno sobre la pasión, predicado por el Sr. Ducellier, y después entendí ya todos los demás. Cuando el predicador hablaba de santa Teresa, papa se inclinaba y me

decía muy bajito: «Escucha bien, reinécita, que esta hablando de tu santa patrona». Y yo escuchaba bien, pero miraba más a papa que al predicador. ¡Me decía tantas cosas su hermoso rostro...! A veces sus ojos se llenaban de lágrimas que trataba en vano de contener. Tanto le gustaba a su aima abismarse en las verdades eternas, que parecía no pertenecer ya a esta tierra... Sin embargo, su carrera estaba aún muy lejos de terminar: tenían que pasar todavía largos años antes de que el hermoso cielo se abriera ante sus ojos extasiados y de que el Señor enjugara las lágrimas de su servidor fiel y cumplidor...

Pero vuelvo a mi jornada del domingo. Aquella alegre jornada, que pasaba con tanta rapidez, tenía también su fuerte tinte de melancolía. Recuerdo que mi felicidad era total hasta Completas. Durante esta Hora del Oficio, me ponía a pensar que el día de descanso se iba a terminar, que al día siguiente había que volver a empezar la vida normal, a trabajar, a estudiar las lecciones, y mi corazón sentía el peso del destierro de la tierra... y suspiraba por el descanso eterno del cielo, por el domingo sin ocaso de la patria...

Hasta los paseos que dábamos antes de volver a los Buissonnets dejaban en mi aima un sentimiento de tristeza. En ellos la familia ya no estaba completa, pues papa, por dar gusto a mi tío, le dejaba a María o a Paulina la tarde de los domingos. [18r°] Solo me sentía realmente contenta cuando me quedaba yo también. Prefería eso a que me invitasen a mi sola, pues así se fijaban menos en mí.

Mi mayor placer era oír hablar a mi tío, pero no me gustaba que me hiciese preguntas, y sentía mucho miedo cuando me ponía sobre una de sus rodillas y cantaba con voz de trueno la canción de Barba Azul...

Cuando papa venía a buscarnos, me ponía muy contenta. Al volver a casa, iba mirando las estrellas, que titilaban dulcemente, y esa visión me fascinaba... Había, sobre todo, un grupo de perlas de oro en las que me fijaba muy gozosa, pues me parecía que tenían forma de T (poco más o menos esta forma). Se lo enseñaba a papa, diciéndole que mi nombre estaba escrito en el cielo, y luego, no queriendo ver ya cosa alguna de esta tierra miserable, le pedía que me guiase él. Y enfonce, sin mirar dónde ponía los pies, levantaba bien alta la cabeza y caminaba sin dejar de contemplar el cielo estrellado...

ôY qué decir de las veladas de invierno, sobre todo de las de los domingos? ¡Cómo me gustaba sentarme con Celina, después de la partida de damas, en el regazo de papa...! Con su hermosa voz, cantaba tonadas

que llenaban el alma de pensamientos profundos..., o bien, meciéndonos dulcemente, recitaba poesías impregnadas de verdades eternas.

Luego subíamos para rezar las oraciones en común, y la reinécita se ponía solita junto a su rey, y no tenía más que mirarlo para saber cómo rezan los santos...

Finalmente, íbamos todas, por orden de edad, a dar las buenas noches a papa y a recibir un beso. La reina iba, naturalmente, la última, y el rey, para besarla, la [18v°] cogía por los codos, y ella exclamaba bien alto: «Buenas noches, papa, hasta mañana, que duermas bien». Y todas las noches se repetía la escena...

Después mi mamaita me cogía en brazos y me llevaba hasta la cama de Celina, y yo entonces le decía: «Paulina, ¿he sido hoy bien buenecita...? ¿Vendrán los angelitos a volar a mi alrededor?» La respuesta era siempre sí, pues de otro modo me hubiera pasado toda la noche llorando... Después de besarme, al igual que mi querida madrina, Paulina volvía a bajar y la pobre Teresita se quedaba completamente sola en la oscuridad. Y por más que intentaba imaginarse a los angelitos volando a su alrededor, no tardaba en apoderarse de ella el terror; las tinieblas le daban miedo, pues desde su cama no alcanzaba a ver las estrellas que titilaban dulcemente...

Considero una auténtica gracia el que tú, Madré querida, me hayas acostumbrado a superar mis miedos. A veces me mandabas sola, por la noche, a buscar un objeto cualquiera en alguna habitación alejada. De no haber sido tan bien dirigida, me habría vuelto muy miedosa, mientras que ahora es difícil que me asuste por nada...

A veces me pregunto cómo pudiste educarme con tanto amor y delicadeza, y sin mimarme, pues la verdad es que no me dejabas pasar ni una sola imperfección. Nunca me reprendías sin motivo, pero tampoco te volvías nunca atrás de una decisión que hubieras tomado. Tan convencida estaba yo de esto, que no hubiera podido ni querido dar un paso si tú me lo habías prohibido. Hasta papa se veía obligado a someterse a tu voluntad. Sin el consentimiento de Paulina, yo no salía de paseo; y si cuando papa me pedía que fuese, yo respondía: «Paulina no quiere», [19r°] entonces él iba a implorar gracia para mí. A veces Paulina, por complacerlo, decía que sí, pero Teresita leía en su cara que no lo decía de corazón y entonces se echaba a llorar y no había forma de consolarla hasta que Paulina decía que sí y la besaba de corazón.

Cuando Teresita caía enferma, como le sucedía todos los inviernos, es imposible decir con qué ternura maternal era cuidada. Paulina la acostaba en su propia cama (merced incomparable) y le daba todo lo que le apetecía. Un día, Paulina sacó de debajo de la almohada una preciosa navajita suya y se la regaló a su hijita, dejándola sumida en un arrobamiento imposible de describir. -«¡Paulina!, exclamo, <,asi que me quieres tanto, que te privas por mi de tu preciosa navajita que tiene una estrella de nácar...? Y si me quieres tanto, ^sacrificarías también tu reloj para que no me muriera...» -«No solo sacrificaría mi reloj para que no te murieras, sino que lo sacrificaría ahora mismo por verte pronto curada». Al oír esas palabras de Paulina, mi asombro y mi gratitud llegaron al colmo...

En verano, a veces tenía mareos, y Paulina me cuidaba con la misma ternura. Para distraerme -y éste era el mejor de los remedios-, me paseaba en carretilla alrededor del jardín; y luego, bajándome a mi, ponía en mi lugar una matita de margaritas y la paseaba con mucho cuidado hasta mi jardín, donde la colocaba con gran solemnidad...

Paulina era quien recibía todas mis confidencias íntimas y aclaraba todas mis dudas... En cierta ocasión, le manifesté mi extraneza de que Dios no [19vº] diera la misma gloria en el cielo a todos los elegidos y mi temor de que no todos fueran felices. Enonces Paulina me dijo que fuera a buscar el vaso grande de papa y que lo pusiera al lado de mi dedalito, y luego que los llenara los dos de agua. Enonces me pregunté cuál de los dos estaba más lleno. Yo le dije que estaba tan lleno el uno como el otro y que era imposible echar en ellos más agua de la que podían contener. Enonces mi Madré querida me hizo comprender que en el cielo Dios daría a sus elegidos tanta gloria como pudieran contener, y que de esa manera el último no tendría nada que envidiar al primero. Así, Madré querida, poniendo a mi alcance los más sublimes secretos, sabías tú dar a mi aima el alimento que necesitaba...

¡Con qué alegría veía yo llegar cada año la entrega de premios...! Enonces como siempre, se hacía justicia, y yo no recibía más recompensas que las que había merecido. Sola y de pie en medio de la noble asamblea, escuchaba la sentencia, que era leída por el rey de Francia y Navarra. El corazón me latía muy fuerte al recibir los premios y la corona..., jera para mi como una imagen del juicio...! Inmediatamente después de la entrega, la reinécita se quitaba su vestido blanco, y se apresuraban a disfrazarla para que tomara parte en la gran representation...!

## Vision profética

¡Qué alegres eran aquellas fiestas familiares...! ¡Y qué lejos estaba yo entonces, viendo a mi rey querido tan radiante, de presagiar las tribulaciones que iban a visitarlo...!

Un día, sin embargo, Dios me mostrô, en una vision verdaderamente extraordinaria, la imagen viva de la prueba que él queria prepararnos de antemano, pues su câliz se estaba ya llenando.

Papa se encontraba de viaje desde hacia varios dias, y aún faltaban dos [20rº] para su regreso. Serian las dos o las três de la tarde, el sol brillaba con vivo resplandor y toda la naturaleza parecia estar de fiesta.

Yo estaba sola, asomada a la ventana de una buhardilla que daba a la huerta grande. Miraba al frente, con el aima ocupada en pensamientos risuenos, cuando vi delante del lavadero, que se encontraba justamente allí enfrente, a un hombre vestido exactamente igual que papa, de la misma estatura y con la misma forma de andar; solo que estaba mucho mas encorvado... Ténia la cabeza cubierta con una especie de delantal de color indefinido, de suerte que no le puede ver la cara. Llevaba un sombrero parecido a los de papa. Lo vi avanzar con paso regular, bordeando mi jardincito... De pronto un sentimiento de pavor sobrenatural invadiô mi aima; pero inmediatamente pensé que seguramente papa habia regresado y que se ocultaba para darme una sorpresa. Entonces le llamé a gritos, con voz trémula de emoción: «¡Papâ, papa...!» Pero el misterioso personaje no pareció oirme y prosiguiô su marcha regular sin siquiera volverse. Siguiéndole con la mirada, le vi dirigirse hacia el bosquecillo que cortaba en dos la avenida principal. Esperaba verlo reaparecer al otro lado de los grandes árboles, ¡pero la vision profética se habia desvanecido...!

Todo esto no duré mas que un instante, pero se grabé tan profundamente en mi corazón, que aún hoy, quince años después..., conservo tan vivo su recuerdo como si la vision estuviese todavia delante de mis ojos...

Maria estaba contigo, Madré mia, en una habitación que tenía comunicación con aquella en la que yo me encontraba. Y al oirme llamar a papa, tuvo una sensación de pavor y pensé, según me dijo después, que debía estar ocurriendo algo extraordinario. Disimulando su emoción corré junto a mi, preguntándome qué me pasaba para estar llamando a papa que estaba en Alençon. [20vº] Entonces le conté lo que acababa de ver. Para tranquilizarme, Maria me dijo que seguramente habria sido Victoria, que, para meterme miedo, se habia cubierto la cabeza con el delantal. Pero al preguntarle, Victoria aseguré que ella no habia salido de la cocina.



Ademâs, yo estaba bien segura de haber visto a un hombre y de que ese hombre tenia todas las trazas de papa. Entonces fuimos las três al otro lado del macizo de ârboles, y al no encontrar la menor huella de que alguien hubiese pasado por allí, tû me dijiste que no pensara mas en ello...

Pero no pensar mas en ello era algo que no estaba en mi poder. Mi imaginaciôn me representaba una y otra vez la escena misteriosa que habia visto... Muchas veces también intenté levantar el vélo que me ocultaba su significado, pues en el fondo del corazôn abrigaba la intima convicciôn de que esta vision tenía un sentido que algùn dia se me iba a revelar...

Ese dia se hizo esperar largo tiempo, pero catorce anos mas tarde Dios mismo rasgô ese vélo misterioso. Estâbamos en licencia sor Maria del Sagrado Corazôn y yo, y hablâbamos como siempre de cosas de la otra vida y de nuestros recuerdos de la infancia. Yo le recordé la vision que habia tenido a la edad de seis a siete anos, y de pronto, al contar los detalles de aquella extrana escena, comprendimos las dos a la vez lo que significaba... Era a papa a quien yo habia visto, caminando encorvado por la edad... Era él, llevando en su rostro venerable y en su cabeza encanecida el signo de su prueba gloriosa... Asi como la Faz adorable de Jesûs estuvo velada durante su Pasiôn, asi tenía que estar también velada la faz de su fiel servidor en los dias de sus sufrimientos, para que en la patria celestial pudiera resplandecer junto a su Sehor, el Verbo eterno... Y desde el seno de esa gloria inefable, nuestro querido padre, que reina ya en el cielo, nos ha alcanzado la gracia de comprender la vision [21 rº] que su reinecita habia tenido a una edad en la que no era de temer que sufriera una ilusiôn. Desde el seno de la gloria, nos ha alcanzado el dulce consuelo de comprender que, diez anos antes de nuestra gran tribulaciôn, Dios quiso mostrârnosla ya, como un padre hace vislumbrar a sus hijos el porvenir glorioso que les tiene preparado y se complace en considerar por adelantado las riquezas incalculables que constituirân su herencia...

^Pero por qué Dios me concediô precisamente a mi esta revelaciôn? <,Por qué mostrô a una nina tan pequena algo que ella no podia comprender, algo que, de haberlo comprendido, la hubiera hecho morir de dolor? ^Por qué...? Es éste, sin duda, uno de esos misterios que comprenderemos en el cielo jy que sera para nosotras causa de eterna admiraciôn...!

jQué bueno es el Senor...! El acompasa siempre sus pruebas a las fuerzas que nos da. Como acabo de decir, yo nunca hubiera podido soportar ni tan siquiera la idea de los amargos sufrimientos que me reservaba el porvenir... Era incapaz hasta de pensar, sin estremecerme, que papa pudiese morir...

Una vez, estaba subido a lo alto de una escalera, y como yo quedaba justamente debajo de él, me gritô: «Apàrtate, chiquitita, que si caigo te voy a aplastar». Al oír eso, me sublevé interiormente, y, en vez de apartarme, me pegué mas a la escalera, pensando: «Por lo menos, si papa se cae, no tendré el dolor de verle morir, pues yo moriré con él».

Me es imposible decir lo mucho que queria a papa. Todo en él me causaba admiracion. Cuando me explicaba sus ideas (como si yo fuese ya una jovencita), yo le decia ingenuamente que seguro que si decia [21 v°] todas esas cosas a los hombres importantes del gobierno, vendrian a buscarlo para hacerlo rey, y entonces Francia seria feliz como no lo habia sido nunca... Pero en el fondo me alegraba (y me lo reprochaba a mi misma como si fuese un pensamiento egoista) de que no hubiese nadie mas que yo que conociese bien a papa, pues sabia que si llegara a ser rey de Francia, seria desdichado, porque ésta es la suerte de todos los monarcas; y, sobre todo, ya no seria mi rey, jun rey solo para mi...!

## **Trouville**

Tenia yo seis o siete anos cuando papa nos llevo a Trouville. Nunca olvidaré la impresi3n que me causé el mar. No me cansaba de mirarlo. Su majestuosidad, el rugido de las olas, todo le hablaba a mi alma de la grandeza y del poder de Dios.

Recuerdo que, durante el paseo que dimos por la playa, un serior y una seriora me miraban correr feliz junto a papa y, acercándose, le preguntaron si era suya, y dijeron que era una nina muy guapa. Papa les respondí que si, pero me di cuenta de que les hizo senas de que no me dirigiesen elogios...

Era la primera vez que yo oía decir que era guapa, y me gusto, pues no creía serlo. Tú ponias gran cuidado, Madre querida, en alejar de mi todo lo que pudiese empanar mi inocencia, y sobre todo en no dejarme escuchar ninguna palabra por la pudiese deslizarse la vanidad en mi coraz3n. Y como yo solo hacia caso a tus palabras y a las de Maria, y vosotras nunca me habiais dirigido un solo piropo, no di mayor importancia a las palabras y a las miradas de admiracion de aquella seriora.

Al atardecer, a esa hora en la que el sol parece querer banarse en la inmensidad de las olas, dejando tras de si un surco luminoso, iba a sentarme, a solas con Paulina, en una roca... Y alii recordé el cuento conmovedor de «El surco de oro»...

Estuve contemplando durante mucho tiempo aquel surco luminoso, imagen de la gracia que ilumina el camino que debe recorrer la barquilla de airosa vela blanca... Allí, al lado de Paulina, hice el propósito de no alejar nunca mi alma de la mirada de Jesûs, para que pueda navegar en paz hacia la patria del cielo...

Mi vida discurría serena y feliz. El cariño de que vivía rodeada en los Buissonnets me hacía, por decirlo así, crecer. Pero ya era, sin duda, lo suficientemente grande para empezar a luchar, para empezar a conocer el mundo y las miserias de que está lleno...

### CAPITULO III

ANOS DOLOROSOS (1881 - 1883)

#### **Alumna en la Abadía**

Tenia yo ocho años y medio cuando Leonia salió del internado y yo ocupé su lugar en la Abadía.

He oído decir muchas veces que el tiempo pasado en el internado es el mejor y el más feliz de la vida. Para mí no lo fue. Los cinco años que pasé en él fueron los más tristes de toda mi vida. Si no hubiera tenido a mi lado a mi querida Celina, no habría aguantado allí ni un mes sin caer enferma... La pobre florecita había sido acostumbrada a hundir sus frágiles raíces en una tierra selecta, hecha expresamente para ella. Por eso se le hizo muy duro verse en medio de flores de toda especie, que tenían a menudo raíces muy poco delicadas, y obligada a encontrar en una tierra ordinaria la savia que necesitaba para vivir...

Tú me habías educado tan bien, Madré querida, que cuando llegué al internado era la más adelantada de las niñas de mi edad. Me pusieron en [22v°] una clase en la que todas las alumnas eran mayores que yo.

Una de ellas, de 13 a 14 años de edad, era poco inteligente, pero sabía imponerse a las alumnas, e incluso a las profesoras. Al verme tan joven, casi siempre la primera de la clase y querida por todas las religiosas, se ve que sintió envidia -muy comprensible en una pensionista- y me hizo pagar de mil maneras mis pequeños éxitos...

Dado mi natural tímido y delicado, no sabía defenderme, y me contentaba con sufrir en silencio, sin quejarme ni siquiera a ti de lo que sufría. Pero no tenía la suficiente virtud para sobreponerme a esas miserias de la vida y mi pobre corazoncito sufría mucho...

Gracias a Dios, todas las tardes volvía al hogar paterno, y allí se expansionaba mi corazón. Saltaba al regazo de mi rey, diciéndole las notas que me habían dado, y sus besos me hacían olvidar todas las penas...

¡Con qué alegría anuncié el resultado de mi primera composición (una composición sobre la Historia Sagrada)! Solo me falté un punto para llegar al máximo, por no haber sabido el nombre del padre de Moisés. Era, por lo tanto, la primera de la clase y traía una hermosa condecoración de plata. Como premio, papá me regaló una preciosa monedita de veinte céntimos que eché en un bote destinado a recibir casi todos los jueves una nueva moneda, siempre del mismo valor... (De este bote sacaba yo dinero en determinadas fiestas solemnes, cuando quería dar de mi bolsillo una limosna para la colecta de la Propagación de la Fe u otras obras parecidas.) Paulina, encantada con el triunfo de su pequeña alumna, le regaló un [23rº] aro muy bonito, para animarla a seguir siendo tan estudiosa.

Buena necesidad tenía la pobre niña de estas alegrías de la familia. Sin ellas, la vida del internado habría sido demasiado dura para ella.

## **Días de vacation**

Los jueves por la tarde nos daban asueto. Pero no era como los asuetos de Paulina, y no los pasaba con papá en el mirador... Tenía que jugar, no con mi Celina, cosa que me gustaba mucho cuando estábamos las dos solas, sino con mis primitas y con las pequeñas Maudelonde. Era para mí un verdadero martirio, y como no sabía jugar como las demás niñas, no era una compañera agradable. Sin embargo, hacía todo lo posible por imitar a las otras, sin conseguirlo, y me aburría enormemente, sobre todo cuando había que pasarse toda la tarde bailando cuadrillas. Lo único que me gustaba era ir al jardín de la estrella. Allí era la primera en todo: como cogía flores en cantidad y sabía encontrar las más bonitas, despertaba la envidia de mis compañeras...

Otra cosa que también me gustaba era quedarme sola con Maria, lo cual solo ocurría por casualidad: como entonces no tenía a Celina Maudelonde que la arrastrase a juegos corrientes, me dejaba elegir a mi, y yo elegía alguno totalmente nuevo. Maria y Teresa se convertían en ermitanas, que no tenían más que una pobre cabana, un pequeño campo de trigo y unas pocas legumbres que cultivar. Su vida transcurría en continua contemplación; o sea, una de las ermitanas reemplazaba a la otra en la oración cuando había que ocuparse de la vida activa. Todo se hacía con tal armonía, con tal silencio y con un estilo tan religioso, que resultaba perfecto. Cuando nuestra tía venía a buscarnos para ir a dar un paseo, continuábamos el juego también en la calle. Las dos ermitanas rezaban [23v°] juntas el rosario, sirviéndose de los dedos para no exhibir su devoción ante un público indiscreto. Pero un día, la más joven de las ermitanas se olvidó: le habían dado un pastel para la merienda, y ella, antes de comerlo, hizo una gran señal de la cruz, lo que hizo reír a todos los profanos del siglo...

Maria y yo nos entendíamos a la perfección. Hasta tal punto teníamos los mismos gustos, que una vez nuestra unión de voluntades se pasó de la raya. Volviendo una tarde de la Abadía, yo le dije a Maria: «Guíame, voy a cerrar los ojos». «Yo también quiero cerrarlos», me respondió. Dicho y hecho. Cada una hizo su propia voluntad sin discutir... Ibamos por la acera, por lo que no teníamos por qué temer a los coches. Tras un delicioso paseo de varios minutos, y de saborear el placer de caminar a ciegas, las dos pequeñas atolondradas cayeron sobre unas cajas colocadas a la puerta de una tienda, o, mejor dicho, las tiraron al suelo. El tendero salió, todo furioso, a recoger su mercancía. Las dos ciegas voluntarias se levantaron ellas solas y escaparon a todo correr, con los ojos bien abiertos y perseguidas por los justos reproches de Juana, que estaba tan enfadada como el tendero...

En consecuencia, como castigo, decidí separarnos, y desde aquel día Maria y Celina fueron juntas, mientras que yo iba con Juana. Eso puso fin a nuestra excesiva unión de voluntades y no les vino mal a las mayores, que nunca estaban de acuerdo y se pasaban todo el camino discutiendo. De esa manera, la paz fue completa.

### **Primera comunión de Celina**

Aún no he dicho nada de mi íntima relación con Celina. [24r°] Si fuera a contar todo, nunca acabaría...

En Lisieux se cambiaron los papeles: Celina se convirtiô en un travieso diablillo y Teresa ya no era mas que una ninita muy buena, pero excesivamente llorona... Eso no era obstaculo para que Celina y Teresa se quisiesen cada dia mas. A veces habia entre ellas pequenas discusiones, pero no era nada serio, y en el fondo estaban siempre de acuerdo.

Puedo decir que nunca mi querida hermanita me dio el menor disgusto, sino que fue para mi como un rayo de sol, una fuente continua de alegria y de consuelo... ^Quién podrâ decir con qué intrepidez me defendia en la Abadia cuando alguien me acusaba...? Se preocupaba tanto por mi salud, que a veces me cansaba. De lo que no me cansaba era de verla jugar. Ponia en fila a toda la tropa de nuestras muñecas y les daba clase como una maestra consumada; solo que ténia mucho cuidado de que las suyas se portasen siempre bien, mientras que a las mias las echaba a menudo de clase por su mala conducta...

Me contaba todas las cosas nuevas que aprendia en clase, lo cual me divertia mucho, y la ténia por un pozo de ciencia.

Me habia dado el titulo de «hijita de Celina», y asi, cuando se enfadaba conmigo, su mejor muestra de que estaba enojada era decirme: «¡Ya no eres mi hijita, se acabô, me acordaré por toda la vida...!» Enfonces yo no ténia mas remedio que echarme a llorar como una Magdalena, suplicândole que me volviese a admitir como su hijita. Inmediatamente me besaba y me prometia que ya no se volveria a acordar de nada... Y para consolarme, cogia una de sus muñecas y le [24v°] decia: «Carino, besa a tu tia». Una vez, la muñeca ténia tanta prisa por besarme tiernamente, que me metiô sus dos bracitos por la nariz... Celina, que no lo habia hecho adrede, me miraba estupefacta, viendo a la muñeca colgândome de la nariz. La tia no tardé mucho en rechazar las efusiones demasiado tiernas de su sobrina, y se echo a reir con todas las ganas ante tan singular aventura.

Lo mas divertido era vernos comprar las dos a la vez, en la tienda, los aguinaldos. Nos escondiamos cuidadosamente la una de la otra. Con solo 50 céntimos teniamos que comprar, por lo menos, cinco o seis objetos diferentes, y la cuestiôn era quién compraria las cosas mas bonitas. Encantadas con nuestras compras, esperâbamos con impaciencia el primer dia del ano para poder ofrecernos una a otra nuestros magnificos regalos. La primera que se despertaba se apresuraba a felicitarle a la otra el ano nuevo. Luego nos entregâbamos los aguinaldos y las dos nos quedâbamos extasiadas ante los tesoros que la otra habia conseguido con 50 céntimos...

Esos regalitos nos causaban casi tanto placer como los ricos aguinaldos de mi tío.

Por lo demás, eso no era más que el principio de nuestras alegrías. Aquel día nos vestíamos a toda prisa y estábamos al acecho para saltar al cuello de papa. En cuanto salía de su habitación, toda la casa se llenaba de gritos de alegría y nuestro papaito se mostraba feliz de vernos tan contentas...

Los aguinaldos que María y Paulina daban a sus hijitas no eran de gran valor, pero les causaban también una gran alegría... Y es que en esa edad aún no estábamos embotadas; nuestra aima, en toda su lozania, se abría como una flor, feliz de recibir el rocío de la mañana... Un mismo soplo mecía nuestras corolas, y lo que hacía gozar o sufrir a [25r°] una hacía gozar o sufrir a la vez a la otra.

Si, nuestras alegrías eran comunes. Lo comprobé muy bien el día de la primera comunión de mi querida Celina. Yo no iba aún a la Abadía, pues solo tenía siete años; pero conservo en mi corazón el dulcísimo recuerdo de la preparación que tú, Madré querida, le hiciste hacer a Celina. Todas las tardes la sentabas en tu regazo y le hablabas del acto tan importante que iba a realizar. Yo escuchaba, ávida de prepararme también, pero muy frecuentemente me decías que me fuera porque era todavía demasiado pequeña. Entonces me ponía muy triste y pensaba que cuatro años no eran demasiados para prepararse a recibir a Dios...

Una tarde, te oí decir que a partir de la primera comunión había que empezar una nueva vida. En ese mismo momento decidí no esperar a ese día, sino comenzarla al mismo tiempo que Celina...

Nunca supe cuánto la quería como durante su retira de tres días. Era la primera vez en mi vida que estaba lejos de ella y que no me acostaba en su cama... El primer día me olvidé de que no iba a volver, y guardé un manojito de cerezas, que papa me había comprado, para comerlo con ella; cuando vi que no llegaba, sentí mucha pena. Papa me consolé diciéndome que al día siguiente me llevaría a la Abadía para ver a mi Celina y que podría darle otro manojito de cerezas...

El día de la primera comunión de Celina me dejó una impresión parecida a la de la mía. Al despertarme por la mañana, yo sola en aquella cama tan grande, me sentí inundada de alegría. «¡Es hoy...! Ha llegado el gran día...» No me cansaba de [25v°] repetir estas palabras. Me parecía que era yo la que iba a hacer la primera comunión. Creo que ese día recibí

grandes gracias, y lo considero como uno de los mas hermosos de mi vida...

## **Paulina en el Carmelo**

He vuelto un poco atrás para evocar este delicioso y dulce recuerdo. Ahora quiero hablarte de la dolorosa prueba que vino a destrozar el corazón de Teresita cuando Jesûs le arrebatô a su querida marna, a su Paulina ja la que tan tiernamente queria...!

Un dia, yo habia dicho a Paulina que me gustaria ser solitaria, irme con ella a un desierto lejano. Ella me contesté que ése era también su deseo y que esperaria a que yo fuese mayor para marcharnos. La verdad es que aquello no lo dijo en serio, pero Teresita si lo habia tornado en serio. Por eso, tscuâl no seria su dolor al oir un dia hablar a su querida Paulina con Maria de su prôxima entrada en el Carmelo...?

Yo no sabla lo que era el Carmelo, pero comprend! que Paulina iba a dejarme para entrar en un convento, comprend! que no me esperaria y que iba a perder a mi segunda madré... <Cômo podré expresar la angustia de mi corazón...? En un instante comprend! lo que era la vida. Hasta entonces no me habia parecido tan triste, pero entonces se me apareciô en todo su realismo, y vi que no era mas que un puro sufrimiento y una continua separaciôn. Lloré lâgrimas muy amargas, pues aùn no comprendia la alegria dei sacrificio. Era débil, tan débil, que considero una gracia muy grande el haber podido soportar una prueba como aquella, que parecia muy superior a mis fuerzas... Si me hubiese ido enterando poco a poco de la partida de mi Paulina querida, tal vez no hubiera sufrido tanto; pero [26rº] al saberlo de repente, fue como si me hubieran clavado una espada en el corazón.

Siempre recordaré, Madré querida, con qué ternura me consolaste... Luego me explicaste la vida del Carmelo, que me pareciô muy hermosa. Evocando en mi interior todo lo que me habias dicho, comprend! que el Carmelo era el desierto adonde Dios queria que yo fuese también a esconderme... Lo comprend! con tanta evidencia, que no quedô la menor duda en mi corazón. No era un sueno de nina que se déjà entusiasmar fâcilmente, sino la certeza de una Hamada de Dios: queria ir al Carmelo, no por Paulina, sino solo por Jesûs... Pensé muchas cosas que las palabras no pueden traducir, pero que dejaron una gran paz en mi aima.



Al día siguiente, confié mi secreto a Paulina, quien, viendo en mis deseos la voluntad del cielo, me dijo que pronto iría con ella a ver a la madre priora del Carmelo y que tendríamos que decidir lo que Dios me hacía sentir...

Se escogió un domingo para esta solemne visita, y mi apuro fue grande cuando supe que María G. debería acompañarme, por ser yo aún demasiado pequeña para ver a las carmelitas. Sin embargo, yo tenía que encontrar la forma de quedarme a solas con la priora, y he aquí lo que se me ocurrió. Le dije a María que, ya que teníamos el privilegio de ver a la madre priora, debíamos ser muy amables y educadas con ella, y que por eso debíamos confiarle nuestros secretos; así que cada una tendría que salir un momento, y dejar a la otra a solas con la Madre. María creyó lo que le decía, y, a pesar de su repugnancia a confiar secretos que no tenía, nos quedamos a solas, una después de otra, con la madre María de Gonzaga.

[26v°] Después de escuchar mis importantes confidencias, la Madre creyó en mi vocation, pero me dijo que no recibían postulantes de nueve años, y que tendría que esperar hasta los dieciséis... Yo me resigné, a pesar de mis vivos deseos de entrar cuanto antes y de hacer la primera comunión el día de la toma de hábito de Paulina...

Ese día me echaron piropos por segunda vez. Sor Teresa de San Agustín, que había bajado a verme, no se cansaba de llamarme guapa. Yo no pensaba venir al Carmelo para recibir alabanzas; así que, después de la visita, no cesaba de repetirle a Dios que yo quería ser carmelita solo por él.

Durante las pocas semanas que mi querida Paulina permaneció todavía en el mundo, procuré aprovecharme bien de ella. Todo los días, Celina y yo le comprábamos un pastel y bombones, pensando que ya pronto no volvería a comerlos. Estábamos continuamente a su lado, sin dejarle ni un minuto de descanso.

Por fin, llegó el 2 de octubre, día de lágrimas y de bendiciones, en que Jesús cortó la primera de sus flores, destinada a ser la madre de las que pocos años después irían a reunirse con ella.

Aún me parece estar viendo el lugar donde recibí el último beso de Paulina. Luego, mi tía nos llevó a todas a Misa, mientras papa subía a la montaña del Carmelo para ofrecer su primer sacrificio...

Toda la familia lloraba, de modo que, al vernos entrar en la iglesia, la gente nos miraba extranada. A mí me daba igual, y no por eso dejé de llorar. Creo que, si el mundo entero se hubiera derrumbado a mi alrededor, no

me habria dado cuenta. Miraba al hermoso cielo azul, y me maravillaba de que el sol pudiese seguir brillando con [27r°] tanto resplandor mientras mi alma estaba inundada de tristeza...

Tai vez, Madre querida, te parezca que exagero la pena que senti... Comprendo muy bien que no debiera haber sido tan grande, pues tenia la esperanza de volver a encontrarte en el Carmelo, pero mi alma estaba LEJOS de estar madura y tenia que pasar por muchos crisoles antes de alcanzar la meta que tanto deseaba...

El 2 de octubre era el dia fijado para volver a la Abadia, y no tuve mas remedio que ir, a pesar de mi tristeza...

Por la tarde, nuestra tia vino a buscarnos para ir al Carmelo, y vi a mi Paulina querida detrás de las rejas... ¡Ay, cuánto he sufrido en ese locutorio del Carmelo...!

Como estoy escribiendo la historia de mi alma, debo decirselo todo a mi Madre querida, y confieso que los sufrimientos que precedieron a su entrada no fueron nada en comparaciôn con los que vinieron después...

Todos los jueves, ibamos en familia al Carmelo. Y yo, que estaba acostumbrada a hablar con Paulina de corazôn a corazôn, apenas si conseguia dos o tres minutos al final de la visita, que, por supuesto, me pasaba llorando, y luego me iba con el corazôn desgarrado... No comprendia que si tû dirigias preferentemente la palabra a Juana y Maria, en vez de hablar con tus hijitas, era por delicadeza hacia nuestra tia... No lo comprendia, y pensaba en lo mas hondo del corazôn: «jjjHe perdido a Paulina!!!»

## **Extraña enfermedad**

Es asombroso ver como se desarrollô mi espiritu en medio del sufrimiento. Se desarrollô de tal manera, que no tardé en caer enferma.

La enfermedad que me aquejô provenia, ciertamente, del demonio. Furioso por tu entrada en el Carmelo, quiso vengarse en mi dei dano que nuestra familia iba a causarle en el futuro. Pero lo que él no sabia era que la [27v°] amorosa Reina del cielo velaba por su frâgil florecilla, que ella le sonreia desde lo alto de su trono y que se aprestaba a calmar la tempestad en el mismo momento en que su flor iba a quebrarse sin remedio...

Hacia finales de año, me sobrevino un continuo dolor de cabeza, pero que se podía aguantar bien. Podía seguir estudiando, y nadie se preocupó por mí. Esto duro hasta el día de Pascua de 1883.

Papa había ido a París con María y Leonia, y nuestra tía nos llevó a su casa a Celina y a mí. Una tarde, nuestro tío me llevó con él y empezó a hablarme de mamá y de recuerdos pasados con tanta bondad, que me emocionó profundamente y me hizo llorar. Entonces me dijo que era demasiado sensible y que necesitaba mucho distraerme, y que mi tía y él habían decidido tratar de hacernos pasar bien durante las vacaciones de Pascua. Esa tarde teníamos que ir al Círculo Católico; pero viendo que estaba demasiado cansada, mi tía me hizo acostar. Al desnudarme, me entró un extraño temblor. Creyendo que tenía frío, mi tía me envolvió entre mantas y me puso botellas calientes, pero nada pudo reducir mi agitación, que duré casi toda la noche. Al volver mi tío del Círculo Católico con mis primas y Celina, se quedó muy sorprendido al encontrarme en aquel estado, que juzgó muy grave, pero no quiso decirlo por no asustar a mi tía. Al día siguiente, fue a buscar al doctor Notta, el cual coincidí con mi tío en que tenía una enfermedad muy grave, que nunca había padecido una niña tan joven como yo.

Todos estaban consternados. Mi tía tuvo que dejarme en su casa y me cuidó con una solicitud verdaderamente maternal.

Cuando papa volví de París con mis hermanas mayores, Amada los recibí con una cara tan triste, que María [28rº] creyó que me había muerto... Pero esta enfermedad no era de muerte, sino, como la de Lázaro, para que Dios fuera glorificado...

Y así lo fue, en efecto, por la admirable resignación de mi pobre papaito, que creyó que «su hijita se iba a volver loca o que se iba a morir».

¡Lo fue también por la de María...! ¡Cuánto sufrí por causa mía...! ¡Y qué agradecida le estoy por los cuidados que tan desinteresadamente me prodigó...! Su corazón le dictaba lo que yo necesitaba, y, verdaderamente, un corazón de madre es mucho más sabio que el de un médico y sabe adivinar lo que conviene para la enfermedad de su hijo...

La pobre María tuvo que venir a instalarse en casa de mi tío, pues era imposible trasladarme por entonces a los Buissonnets.

Entretanto, se acercaba la toma de hábito de Paulina. Delante de mí evitaban hablar de ello, pues sabían la pena que sentía por no poder ir;

pero yo hablaba de ello con frecuencia, diciendo que para entonces ya estaria lo bastante bien para ir a ver a mi Paulina querida.

Y en efecto, Dios no quiso negarme ese consuelo, o, mejor, quiso consolar a su querida prometida, que tanto habia sufrido con la enfermedad de su hijita... He observado que Jesûs no quiere probar a su hijas en el dia de sus esponsales, esta fiesta debe ser una fiesta sin nubes, un anticipo de las alegrias dei paraíso. <,No lo ha demostrado ya cinco veces...?

Pude, pues, abrazar a mi Madre querida, sentarme en su regazo y colmarla de caricias... Pude contemplarla radiante con su blanco vestido de desposada... ¡Si, fue un hermoso dia, en medio de mi oscura prueba! Pero aquel dia pasô veloz... Pronto hube de subir al coche que me llevé muy lejos de Paulina..., muy lejos de mi Carmelo querido.

Al llegar a los Buissonnets, me hicieron acostar a mi pesar, pues aseguraba [28v°] que estaba totalmente curada y que ya no necesitaba mas cuidados. ¡Pero, ay, solo estaba todavia en los comienzos de mi prueba...! Al dia siguiente, volvi a estar igual que antes, y la enfermedad se agravô tanto, que, segùn los calculos humanos, no tenia remedio...

No sé como describir una enfermedad tan extraria. Hoy estoy convencida de que fue obra del demonio, pero durante mucho tiempo después de mi curaciôn crei que habia fingido estar enferma, y eso fue para mi alma un verdadero martirio.

Se lo dije asi a Maria, que me tranquilizô lo mejor que pudo con su bondad habitual. Lo dije en la confesiôn, y también mi confesor intenté tranquilizarme, diciéndome que no era posible que hubiese simulado estar enferma hasta el punto que yo lo habia estado. Dios, que, sin duda, queria purificarme, y sobre todo humillarme, me dejé en este martirio intimo hasta mi entrada en el Carmelo, donde el Padre de nuestras almas barrió como con la mano todas mis dudas, y desde entonces quedé totalmente tranquila.

No es extraño que temiese haber fingido estar enferma sin estarlo de verdad, pues decia y hacia cosas que no pensaba. Parecia estar en un continuo delirio, diciendo palabras que no tenian sentido, y sin embargo estoy segura de que no perdi ni un solo instante el uso de la razon... Con frecuencia me quedaba como desmayada, sin hacer el menor movimiento; en esos momentos, me habria dejado hacer todo lo que hubieran querido, incluso matarme; sin embargo, oia todo lo que se decia a mi alrededor, y todavia me acuerdo de todo. En una ocasiôn me aconteció estar mucho tiempo sin poder abrir los ojos, y abrirlos un instante al encontrarme sola...

Pienso que el demonio habia recibido un poder exterior sobre mi, pero [29rº] que no podia acercarse a mi alma ni a mi espiritu, a no ser para inspirarme grandisimos terrores a ciertas cosas, por ejemplo a las medicinas sencillisimas que intentaban en vano hacerme tomar..

Pero si Dios permitia al demonio acercarse a mi, me enviaba también ângeles visibles...

Maria no se separaba de mi cama, cuidândome y consolândome con la ternura de una madre. Nunca me demostro el mas ligero enfado, y eso que yo le daba mucho trabajo, pues no soportaba que se alejase de mi lado. Sin embargo, tenia necesariamente que ir a comer con papa, pero yo no cesaba de llamarla durante todo el tiempo que no estaba. Victoria, que se quedaba a mi cuidado, a veces no tenia mas remedio que ir a buscar a mi querida «marna», como yo la llamaba... Si Maria queria salir, tenia que ser para ir a Misa o para ver a Paulina; solo entonces yo no decia nada...

Nuestros tios eran también muy buenos conmigo. Mi querida tiita venia todos los dias a verme y me traia mil golosinas.

También fueron a visitarme otras personas amigas de la familia; pero yo pedi a Maria que les dijese que no queria recibir visitas. No me gustaba «ver a la gente sentada alrededor de mi cama como ristras de cebollas y mirândome como a un bicho raro». La única visita que me gustaba era la de nuestros tios.

Me seria imposible decir cuánto crecio mi carino hacia ellos a partir de esta enfermedad. Comprend! como nunca que ellos no eran para nosotros unos parientes cualquiera. ¡Qué razon tenia nuestro papaito cuando nos repetia tantas veces estas palabras que acabo de escribir! Mas tarde él mismo supo por experiencia que no se habia equivocado, y seguro que ahora protege y bendice a quienes le prodigaron tan generosos cuidados... Yo todavia estoy en el destierro, y no sabiendo como demostrarles mi gratitud, solo tengo una manera de aligerar mi corazon: jrezar por estos familiares tan queridos que fueron y que siguen siendo tan buenos conmigo!

También Leonia era muy buena conmigo, y hacia todo lo posible por distraerme. Yo, a veces, la hacia sufrir, pues se daba perfectamente cuenta de que Maria era insustituible a mi lado...

ôY mi Celina querida? <,Qué no hizo por su Teresa...? Los domingos, en vez de salir de paseo, venia a encerrarse horas enteras con una pobre nina que parecia idiota. Verdaderamente, [29vº] se necesitaba mucho

amor para no huir de mi... ¡Hermanitas queridas, cuánto os hice sufrir...! Nadie os hizo sufrir tanto como yo, y nadie recibí nunca tanto amor como el que vosotras me prodigasteis... Gracias a Dios, tendré el cielo para resarcirme. Mi Esposo es enormemente rico, y yo meteré la mano en sus tesoros de amor para poder devolveros centuplicado todo lo que sufristeis por causa mía...

Mi mayor consuelo mientras estuve enferma era recibir carta de Paulina. La leía y la releía hasta sabérmela de memoria... Un día, Madré querida, me mandaste un reloj de arena y una de mis muñecas vestida de carmelita. Es imposible decir la alegría que sentí... A mi tío no le gustó. Decía que, en vez de hacerme pensar en el Carmelo, habría que alejarlo de mi mente. Yo, por el contrario, pensaba que la esperanza de ser un día carmelita era lo único que me hacía vivir...

Me encantaba trabajar para Paulina. Le hacía pequeños trabajos en cartulina, y mi ocupación preferida era hacer coronas de margaritas y de miosotis para la Santísima Virgen. Estábamos en el mes de mayo. Toda la naturaleza se vestía de flores y respiraba alegría. Solo la «florecita» languidecía y parecía marchita para siempre...

## **La sonrisa de la Virgen**

Sin embargo, tenía un sol cerca de ella. Ese sol era la estatua milagrosa de la Santísima Virgen, que le había hablado por dos veces a María, y la florecita volvía muchas, muchas veces su corola hacia aquel astro bendito...

Un día vi que papa entraba en la habitación de María, donde yo estaba acostada, y, dándole varias monedas de oro con expresión muy triste, le dijo que escribiera a París y encargase unas misas a Nuestra Señora de las Victorias para que le curase a su pobre hijita. ¡Cómo me emocionó ver la fe y el amor de mi querido rey! [30rº] Hubiera deseado poder decirle que estaba curada, ¡pero le había dado ya tantas alegrías falsas! No eran mis deseos los que podían hacer ese milagro, pues la verdad es que para curarme se necesitaba un milagro...

Se necesitaba un milagro, y fue Nuestra Señora de las Victorias quien lo hizo.

Un domingo (durante el novenario de misas), María salió al jardín, dejándome con Leonia, que estaba leyendo al lado de la ventana.

Al cabo de unos minutos, me puse a llamar muy bajito: «Marna... marna». Leonia, acostumbrada a oirme llamar siempre así, no hizo caso. Aquello duré un largo rato. Entonces llamé más fuerte, y, por fin, volvió María. La vi perfectamente entrar, pero no podía decir que la reconociera, y seguí llamando, cada vez más fuerte: «Marna...» Sufrió mucho con aquella lucha violenta e inexplicable, y María sufrió quizás todavía más que yo. Tras intentar inútilmente hacerme ver que estaba allí a mi lado, se puso de rodillas junto a mi cama con Leonia y Celina. Luego, volviéndose hacia la Santísima Virgen e invocándola con el fervor de una madre que pide la vida de su hija, María alcanzó lo que deseaba...

También la pobre Teresita, al no encontrar ninguna ayuda en la tierra, se había vuelto hacia su Madre del cielo, suplicándole con toda su alma que tuviese por fin piedad de ella...

De repente, la Santísima Virgen me pareció hermosa, tan hermosa, que yo nunca había visto nada tan bello. Su rostro respiraba una bondad y una ternura inefables. Pero lo que me caló hasta el fondo del alma fue la «encantadora sonrisa de la Santísima Virgen».

En aquel momento, todas mis penas se disiparon. Dos gruesas lágrimas brotaron de mis párpados y se deslizaron silenciosamente por mis mejillas, pero eran lágrimas de pura alegría... ¡La Santísima Virgen, pensé, me ha sonreído! ¡Qué feliz soy...! Si, [30vº] pero no se lo diré nunca a nadie, porque entonces desaparecería mi felicidad.

Bajé los ojos sin esfuerzo y vi a María que me miraba con amor. Se la veía emocionada, y parecía sospechar la merced que la Santísima Virgen me había concedido... Precisamente a ella y a sus súplicas fervientes debía yo la gracia de la sonrisa de la Reina de los cielos. Al ver mi mirada fija en la Santísima Virgen, pensé: «¡Teresa está curada!» Si, la florecita iba a renacer a la vida. El rayo luminoso que la había reanimado no iba ya a interrumpir sus favores. No actué de golpe, sino que lentamente, suavemente fue levantando a su flor y la fortalecí de tal suerte, que cinco años más tarde abría sus pétalos en la montaña del Carmelo.

Como he dicho, María había adivinado que la Santísima Virgen me había concedido alguna gracia secreta. Así que, cuando me quedé a solas con ella, me pregunté qué había visto. No pude resistirme a sus tiernas e insistentes preguntas; y sorprendida de ver que mi secreto había sido descubierto sin que yo lo revelara, se lo confié enteramente a mi querida María...

Pero, ¡ay!, como lo había imaginado, mi dicha iba a desaparecer y a convertirse en amargura... El recuerdo de aquella gracia inefable que había recibido fue para mí, durante cuatro años, un verdadero sufrimiento del alma. Solo volvería a encontrar mi dicha a los pies de Nuestra Señora de las Victorias, y entonces la recibí en toda su plenitud... Mas adelante volveré a hablar de esta segunda gracia de la Santísima Virgen. Ahora quiero contarte, Madre mía, como mi dicha se convirtió en tristeza.

María, después de escuchar el ingenuo y sincero relato de «mi gracia», me pidió permiso para contarlo en el Carmelo, y no podía decirle que no....

En mi primera visita a ese Carmelo querido me sentí inundada de gozo al ver a mi Paulina vestida con el hábito de la Virgen. [31 rº] Fue un momento muy dulce para las dos... Teníamos tantas cosas que decirnos, que a mí no me salía nada, me ahogaba de emoción...

La madre María de Gonzaga también estaba allí y me daba mil muestras de cariño. Vi también a otras hermanas, y delante de ellas me preguntaron por la gracia que había recibido, y [María] me preguntó si la Santísima Virgen llevaba al Niño Jesús, y si había mucha luz, etc.

Todas estas preguntas me turbaron y me hicieron sufrir. Yo no podía decir más que una cosa: «La Santísima Virgen me había parecido muy hermosa..., y la había visto sonreírme. Lo único que me había impresionado era su rostro.

Por eso, al ver que las carmelitas se imaginaban otra cosa muy distinta (mis sufrimientos del alma respecto a mi enfermedad ya había comenzado), me imaginé que había mentado...

Seguramente, si hubiera guardado mi secreto, habría conservado también mi felicidad. Pero la Santísima Virgen permitió este tormento para bien de mí. Sin él, tal vez hubiera tenido algún pensamiento de vanidad, mientras que, tocándome en suerte la humillación, no podía mirarme a mí misma sin un sentimiento de profundo horror...

¡Solo en el cielo podré decir cuánto sufrí...!



## CAPITULO IV

### PRIMERA COMUNION - EN EL COLEGIO (1883-1886)

Al hablar de las visitas a las carmelitas, me viene a la memoria la primera, que tuvo lugar poco después de la entrada de Paulina. Me olvidé de hablar de ella mas arriba, pero hay un detalle que no quiero omitir.

La mañana del día en que debía ir al locutorio, reflexionando sola en la cama (pues era allí donde hacia yo mis meditaciones mas profundas y donde, a diferencia de la esposa del Cantar de los Cantares, encontraba yo siempre a mi Amado), me preguntaba cómo me llamaría en el Carmelo. Sabía que había ya en él una sor Teresa de Jesûs; sin embargo, no podían quitarme mi bonito nombre de Teresa. De pronto, pensé [31 vº] en el Niño Jesûs, a quien tanto quería, y me dije: «¡Cómo me gustaría llamarme Teresa del Niño Jesûs!»

En el locutorio no dije nada del sueño que había tenido completamente despierta. Pero al preguntar la madre Maria de Gonzaga a las hermanas qué nombre me pondrían, se le ocurrió darme el nombre que yo había sonado... Me alegré enormemente, y aquella feliz coincidencia de pensamientos me pareció una delicadeza de mi Amado, el Niño Jesûs.

### **Estampas y lecturas**

Me he olvidado también de algunos pequeños detalles de niñez de antes de tu entrada en el Carmelo. No te he hablado de mi amor a las estampas y a la lectura... Y, sin embargo, a las preciosas estampas que tú me dabas como premio debo una de las mas dulces alegrías y de las mas fuertes impresiones que me han incitado a la práctica de la virtud... Me pasaba las horas muertas mirándolas. Por ejemplo, la «florecita dei divino Prisionero» era tan sugestiva, que me quedaba ensimismada mirándola. Al ver que el nombre de Paulina estaba escrito al pie de la florecita, me hubiera gustado que el de Teresa estuviera también allí, y me ofrecía a Jesûs para ser su florecita...

No sabía jugar, pero me gustaba mucho la lectura, y me hubiera pasado la vida leyendo. Afortunadamente tenía unos ángeles de la tierra que me elegían unos libros que, a la vez que me distraían, alimentaban mi espíritu y mi corazón. Además, no podía dedicar a la lectura mas que un determinado tiempo, lo cual era para mi motivo de grandes sacrificios, pues muchas veces tenía que interrumpirla en lo mas interesante de un pasaje...

Esta afición a la lectura duró hasta mi entrada en el Carmelo. Me sería imposible decir el número de libros que pasaron por mis manos; pero nunca permitió Dios que leyera ni uno solo que pudiera hacerme daño. Es cierto que, al leer ciertos relatos caballerescos, no siempre percibía en un primer momento la realidad de la vida; pero pronto Dios me daba a [32rº] entender que la verdadera gloria es la que ha de durar para siempre y que para alcanzarla no es necesario hacer obras deslumbrantes, sino esconderse y practicar la virtud de manera que la mano izquierda no sepa lo que hace la derecha...

Así, al leer los relatos de las hazanas patrióticas de las heroínas francesas, y en especial las de la venerable JUANA DE ARCO, me venían grandes deseos de imitarlas. Me parecía sentir en mi interior el mismo ardor que las había animado a ellas y la misma inspiración celestial.

Por entonces recibí una gracia que siempre he considerado como una de las más grandes de mi vida, ya que en esa edad no recibía las luces de que ahora me veo inundada. Pensé que había nacido para la gloria, y, buscando la forma de alcanzarla, Dios me inspiró los sentimientos que acabo de escribir. Me hizo también comprender que mi gloria no brillaría ante los ojos de los mortales, sino que consistiría en [ ] llegar a ser una gran santa... !!!

Este deseo podría parecer temerario, si se tiene en cuenta lo débil e imperfecta que yo era, y que aún soy después de siete años vividos en religión. No obstante, sigo teniendo la misma confianza audaz de llegar a ser una gran santa, pues no me apoyo en mis méritos -que no tengo ninguno-, sino en Aquel que es la Virtud y la Santidad mismas. Solo él, contentándose con mis débiles esfuerzos, me elevará hasta él y, cubriéndome con sus méritos infinitos, me hará santa.

Yo no pensaba entonces que para llegar a la santidad había que sufrir mucho. Dios no tardó en mostrármelo, enviándome las pruebas que he contado antes...

Ahora he de reanudar mi relato en el punto en que lo había dejado.

Très meses después de mi curación, papa nos llevó de viaje a Alençon. Era la primera vez que volvía allí, y fue muy grande mi alegría al volver a ver los parajes en los que había transcurrido mi niñez, [32vº] y sobre todo al poder rezar sobre la tumba de mi madre y pedirle que me protegiera siempre...

Dios me concediô la gracia de no conocer el mundo, a no ser justo para despreciarlo y alejarme de él. Podria decir que durante mi estancia en Alençon fue cuando hice mi presentation en sociedad. Todo era alegria y felicidad en torno a mi. Me veia festejada, mimada, admirada. En una palabra, durante quince dias mi vida solo se vio sembrada de flores... Y confieso que aquella vida tenia sus encantos para mi. La Sabiduria tiene mucha razon cuando dice: «El hechizo de las bagatelas del mundo seduce hasta a las mentes sin malitia». A los diez anos, el corazôn se deja facilmente deslumbrar. Por eso considero como una gratia muy grande el no haberme quedado en Alençon. Los amigos que teniamos alii eran demasiado mundanos y compaginaban demasiado las alegrias de la tierra con el servitio de Dios. No pensaban lo bastante en la muerte, y sin embargo la muerte ha venido a visitar a un gran nûmero de personas a las que yo conoci, jjjôvenes, ricos y felices!!! Me gusta volver con el pensamiento a los lugares encantadores donde vivieron, preguntarme dônde estân, qué les queda hoy de los castillos y los parques donde las vi disfrutar de las comodidades de la vida... Y veo que todo es vanidad y aflicciôn de espiritu bajo el sol..., y que el ùnico bien que vale la pena es amar a Dios con todo el corazôn y ser pobres de espiritu aqui en la tierra...

Tal vez Jesûs quiso mostrarme el mundo antes de hacerme la primera visita, para que eligiera mas libremente el camino que iba a prometerle seguir.

## **Primera comuniôn**

La época de mi primera comuniôn ha quedado grabada en mi corazôn como un recuerdo sin nubes. Creo que no podia estar mejor preparada de lo que lo estuve, y mis sufrimientos del aima desaparecieron durante casi un ano. Jesûs queria darme a gustar la alegria mas plena posible en este valle de lâgrimas...

33r°] ^Recuerdas, Madré querida, el pretioso librito que me preparaste :res meses antes de mi primera comuniôn...? Aquel librito me ayudô a preparar metôdica y ràpidamente mi corazôn; pues si bien es cierto que ya lo venia preparando desde hacia mucho tiempo, era necesario darle un nuevo impulso, llenarlo de flores nuevas para que Jesûs pudiese descansar a gusto en él...

Todos los dias hacia un gran nûmero de practices, que eran otras tantas flores. Decia también un nûmero todavia mayor de jaculatorias, que tû me habias escrito para cada dia en el librito, y esos actos de amor eran los capullos de las flores...

Todas las semanas tÙ me escribías una linda cartita, que me llenaba el alma de pensamientos profundos y me ayudaba a practicar la virtud. Aquella carta era un consuelo para tu pobre hijita, que hacía un sacrificio tan grande al aceptar que no fueras tÙ quien la preparara cada tarde en tu regazo, como lo habías hecho con Celina....

Maria reemplazô a Paulina. Me sentaba en su regazo y allí escuchaba con avidez lo que me decía. Creo que todo su corazón, tan grande y tan generoso, se volcaba en el mío. Como los grandes guerreros enseñan a sus hijos el oficio de las armas, así me hablaba ella de las luchas de la vida y de la palma que se entregará a los vencedores... Maria me hablaba también de las riquezas inmortales que podemos atesorar fácilmente cada día, y de la desgracia que sería pasar junto a ellas sin querer tomarse la molestia de extender la mano para cogerlas. Luego me enseñaba la forma de ser santa por la fidelidad en las cosas más pequeñas. Me dio la hojita «El renunciamento», que yo meditaba con auténtico placer...

¡Y qué elocuente que era mi querida madrina! Me hubiera gustado no ser yo la única que escuchase sus profundas enseñanzas. Me llegaban tan a lo hondo, que, en mi ingenuidad, pensaba que hasta los más grandes pecadores se habrían conmovido como yo, y que, abandonando sus riquezas perecederas, solo querían ganarse [33v°] las del cielo...

Hasta entonces, nadie me había enseñado todavía la forma de hacer oración, a pesar de que tenía muchas ganas. Pero Maria pensaba que era ya bastante piadosa, y no me dejaba hacer más que mis oraciones.

Un día, una de las profesoras de la Abadía me preguntô qué hacía los días libres cuando estaba sola. Yo le contesté que me metía en un espacio vacío que había detrás de mi cama y que podía cerrar fácilmente con la cortina, y que allí «pensaba». -¿,Y en qué piensas?, me dijo. -Pienso, en Dios, en la vida..., en la ETERNIDAD, bueno, pienso... La religiosa se rió mucho de mí. Más tarde, le gustaba recordarme aquel tiempo en que yo pensaba, y me preguntaba si todavía seguía pensando... Ahora comprendo que, sin saberlo, hacía oración y que ya Dios me instruía en lo secreto.

Los tres meses de preparación pasaron rápidamente, y pronto tuve que entrar en ejercicios, y para ello hacerme pensionista interna y dormir en la Abadía.

Me resulta imposible expresar el dulce recuerdo que me dejaron estos ejercicios. Verdaderamente, si había sufrido mucho en el internado, la

dicha inefable de aquellos pocos días pasados a la espera de Jesûs me compensé abundantemente... No creo que se puedan saborear estas alegrías en otra parte que en las comunidades religiosas.

Como éramos pocas niñas, era fácil ocuparse de cada una en particular, y nuestras profesoras nos prodigaron en esos días unos cuidados verdaderamente maternos. De mí se ocupaban aún más que de las otras. Todas las noches, la primera profesora venía con su linternita a darme un beso en la cama y me demostraba un gran cariño. Una noche, ganada por su bondad, le dije que iba a confiarle un secreto; y sacando misteriosamente mi precioso librito de debajo de la almohada, se lo enseñé con los ojos resplandecientes de alegría...

Por la mañana, me resultaba muy divertido ver a todas las alumnas levantarse apenas nos despertaban [34rº], y hacer lo que todas. Pero yo no estaba acostumbrada a arreglarme sola, y María no estaba allí para rizarme el pelo. Así que tenía ir tímidamente a presentar mi peine a la profesora encargada del cuarto de tocador, la cual se reía al ver a una jovencita de once años que no sabía arreglarse por sí sola; pero me peinaba, aunque no con la delicadeza de María; sin embargo, no me atrevía a chillar, como hacía todos los días bajo la delicada mano de mi madrina...

Durante estos ejercicios pude comprobar que era una niña mimada y rodeada de cariño como pocas en el mundo, sobre todo entre las niñas huérfanas de madre... Todos los días, María y Leonia venían a verme con papa, que me colmaba de caricias. Así que no sufrí por estar lejos de la familia y no hubo nada que oscureciese el hermoso cielo de mis ejercicios.

Escuchaba con mucha atención las pláticas que nos daba el Sr. abate Dornin, y hasta escribía un resumen de las mismas. En cuanto a mis propios pensamientos, no quise escribir ninguno, segura de que me acordaría bien de ellos, como así fue...

Me gustaba mucho ir con las religiosas a todos los oficios. Llamaba la atención entre mis compañeras por un gran crucifijo que me había regalado Leonia y que llevaba puesto en el cinturón como los misioneros. Aquel crucifijo despertaba la envidia de las religiosas, que pensaban que, al llevarlo, yo quería imitar a mi hermana la carmelita...

¡Y sí, hacia ella volaban mis pensamientos! Yo sabía que mi Paulina estaba de ejercicios como yo, no para que Jesûs se entregase a ella, sino para entregarse ella a Jesûs, y aquella soledad, pasada en la espera, me resultaba por eso doblemente grata...

Recuerdo que una mañana me habían llevado a la enfermería porque tosía mucho (desde mi enfermedad, las profesoras se preocupaban mucho por mi salud: por un ligero dolor de cabeza, o si me veían más pálida que de [34v°] costumbre, me mandaban ya a tomar el aire o a descansar en la enfermería). Vi entrar a mi Celina querida; había conseguido permiso para verme, a pesar de estar en ejercicios, para regalarme una estampa que me gustó mucho; era «La florecita del Divino Prisionero». ¡Cómo me gustó recibir este recuerdo de manos de Celina...! ¡Cuántos sentimientos de amor no me ha inspirado...!

La víspera del gran día recibí por segunda vez la absolución. La confesión general me dejó una gran paz en el alma, y Dios no permitió que viniera a turbarla ni la más ligera nube.

Por la tarde pedí perdón a toda la familia, que fue a verme, pero solo pude hablar el lenguaje de las lágrimas, pues estaba demasiado emocionada... Paulina no estaba allí, pero sabía que estaba muy cerca de mí con el corazón. Me había mandado con María una preciosa estampa, que no me cansaba de admirar y de hacer admirar a todo el mundo...

Había escrito al P. Pichon para encomendarme a sus oraciones, y diciéndole también que pronto sería carmelita y que enfances él sería mi director espiritual. (Y así ocurrió efectivamente cuatro años más tarde, pues en el Carmelo pude abrirle mi alma...). María me entregó una carta suya. ¡Realmente, era feliz...! Todas las alegrías me llegaban juntas. Lo que más me gustó de su carta fue esta frase: «¡Manana celebraré el santo sacrificio por ti y por Paulina!» El 8 de mayo Paulina y Teresa quedaron más unidas que nunca, pues Jesús parecía fundirlas en una, inundándolas de sus gracias...

Finalmente llegó el más hermoso de los días. ¡Qué inefables recuerdos han dejado en mi alma hasta los más pequeños detalles de esta jornada de cielo...! El gozoso despertar de la aurora, los besos respetuosos y tiernos de las profesoras y de las [35r°] compañeras mayores... La gran sala repleta de copos de nieve, con los que nos iban vistiendo a las niñas una tras otra. Y sobre todo, la entrada en la capilla y el precioso canto matinal «¡Oh altar sagrado, que rodean los ángeles!»

Pero no quiero entrar en detalles. Hay cosas que si se exponen al aire pierden su perfume, y hay sentimientos del alma que no pueden traducirse al lenguaje de la tierra sin que pierdan su sentido íntimo y celestial. Son como aquella «piedra blanca que se dará al vencedor, en la que hay escrito un nombre nuevo que solo conoce el que la recibe».

¡Qué dulce fue el primer beso de Jesûs a mi aimã...! Fue un beso de amor. Me sentia amada, y decia a mi vez: «Te amo y me entrego a ti para siempre».

No hubo preguntas, ni luchas, ni sacrificios. Desde hacia mucho tiempo, Jesûs y la pobre Teresita se habian mirado y se habian comprendido... Aquel dia no fue ya una mirada, sino una fusion. Ya no eran dos: Teresa habia desaparecido como la gota de agua que se pierde en medio del océano. Solo quedaba Jesûs, él era el dueno, el rey. ¿No le habia pedido Teresa que le quitara su libertad, pues su libertad le daba miedo? ¿Se sentia tan débil, tan frágil, que queria unirse para siempre a la Fuerza divina...!

Su alegria era demasiado grande y demasiado profunda para poder contenerla. Pronto la inundaron lágrimas deliciosas, con gran asombro de sus compãeras, que mas tarde comentaban entre ellas: «¿Por qué lloraba? ¿Habria algo que la atormentaba? -No, sería porque no tenía a su madre a su lado, o a su hermana la carmelita a la que tanto quiere». No comprendian que cuando toda la alegria del cielo baja a un corazón, este corazón desterrado no puede soportarlo sin deshacerse en lágrimas...

No, el dia de mi primera comuniõn, no me entristecia la ausencia de madre: ¿no estaba el cielo [35v°] dentro de mi aimã, y no ocupaba en él un lugar mi madre desde hacia mucho tiempo? Entonces, al recibir la visita de Jesûs, recibia también la de mi madre querida, que me bendecia y se alegraba de mi felicidad...

Y no lloraba tampoco la ausencia de Paulina. Qué duda cabe que me habria encantado verla a mi lado, pero hacia mucho tiempo que habia aceptado ese sacrificio. Aquel dia, solo la alegria llenaba mi corazón; y yo me unia a mi Paulina, que se estaba entregando de manera irrevocable a Quien tan amorosamente se entregaba a mi...

Por la tarde, fui yo la encargada de pronunciar el acto de consagración a la Santisima Virgen. Era justo que yo, que habia sido privada tan joven de la madre de la tierra, hablase en nombre de mis compãeras a mi Madre del cielo. Puse toda mi aimã al hablarle y al consagrarme a ella, como una nina que se arroja en los brazos de su Madre y le pide que vele por ella. Y creo que la Santisima Virgen debió de mirar a su florecita y sonreirle. ¿No la habia curado ella con su sonrisa visible...? ¿No habia ella depositado en el cáliz de su florecita a su Jesûs, la Flor de los campos y el Lirio de los valles...?

Al atardecer de aquel hermoso día, volví a encontrarme con mi familia de la tierra. Ya por la mañana, después de Misa, había abrazado a papa y a todos mis queridos parientes. Pero ahora fue la verdadera reunión. Papa, tomando de la mano a su reinocita, se dirigió al Carmelo... Allí vi a mi Paulina, convertida en esposa de Cristo. La vi con su velo, blanco como el mío, y con su corona de rosas... ¡Fue una alegría sin amarguras! ¡Esperaba reunirme pronto con ella, y esperar juntas el cielo!

No fui insensible a la fiesta de familia que tuvo lugar en aquel atardecer de mi primera comunión. El precioso reloj que me regaló mi rey me gustó muchísimo. Pero mi alegría era serena, y nada vino a turbar mi paz interior.

Maria me acostó con ella la noche que siguió a aquel hermoso día, pues a los días más radiantes les sigue la oscuridad, y solo el día de la primera, de la única, [36r°] de la eterna comunión del cielo será un día sin ocaso...

El día siguiente a mi primera comunión fue también un día hermoso, pero estuvo tenido de melancolía. Ni el precioso vestido que Maria me había comprado, ni todos los regalos que había recibido me llenaban el corazón. Solo Jesús podía saciarme. Ansiaba el momento de poder recibirle por segunda vez.

Aproximadamente un mes después de mi primera comunión, fui a confesarme para la fiesta de la Ascensión, y me atreví a pedir permiso para comulgar. Contra toda esperanza, el Sr. abate me lo concedió, y tuve la dicha de arrodillarme a la Sagrada Mesa entre papa y Maria. ¡Qué dulce recuerdo he conservado de esta segunda visita de Jesús! De nuevo corrieron las lágrimas con inefable dulzura. Me repetía a mi misma sin cesar estas palabras de san Pablo: «Ya no vivo yo, ¡es Jesús quien vive en mí...!»

A partir de esta comunión, se fue haciendo cada vez mayor mi deseo de recibir al Señor. Obtuve permiso para comulgar en todas las fiestas importantes. La víspera de estos días dichosos, Maria me ponía al atardecer en su regazo y me preparaba como lo había hecho para mi primera comunión. Recuerdo que una vez me habló del sufrimiento, diciéndome que probablemente yo no transitaria por ese camino, sino que Dios me llevaría siempre como a una niña...

Al día siguiente, después de comulgar, me volvieron a la memoria las palabras de Maria. Y sentí nacer en mi corazón un gran deseo de sufrir, y, al mismo tiempo, la íntima convicción que Jesús me tenía reservado un



gran número de cruces. Y me senti inundada de tan grandes consuelos, que los considero como una de las mayores gracias de mi vida.

El sufrimiento se convirtiô en mi sueño dorado. Tenia un hechizo que me fascinaba, aun sin acabar de conocerlo. Hasta entonces, habia sufrido sin amar el sufrimiento; a partir de ese dia, senti por él [36vº] un verdadero amor.

Sentia también el deseo de no amar mas que a Dios y de no hallar alegría fuera de él. Con frecuencia, durante las comuniones, le repetia estas palabras de la Imitación: «¡Oh, Jesûs, dulzura infinita, câmbiame en amargura todos los consuelos de la tierra...!» Esta oración brotaba de mis labios sin esfuerzo y sin dificultad alguna. Me parecia repetirla, no por propia voluntad, sino como una nina que repite las palabras que le inspira un amigo...

Mas adelante te diré, Madré querida, como tuvo a bien Jesûs hacer realidad mi deseo y como solo él fue siempre mi dulzura inefable. Si te hablase de ello ahora, tendria que anticipar el relato de mis años de juventud, y aún me quedan por contar muchos detalles de mi vida de nina.

## **Confirmación**

Poco después de mi primera comunién entré de nuevo en ejercicios espirituales para la confirmación. Me preparé con gran esmero para recibir la visita del Espiritu Santo. No entendia como no se cuidaba mucho la reception de este sacramento de amor. Normalmente, para la confirmation solo se hacia un dia de retiro. Pero como Monsenor no pudo venir para el dia fijado, tuve el consuelo de pasar dos dias de soledad. Para distraernos, la profesora nos llevô al Monte Casino, donde cogi a manos llenas margaritas gigantes para la fiesta del Corpus.

¡Qué gozo sentia en el alma! Al igual que los apostoles, esperaba jubilosa la visita del Espiritu Santo... Me alegraba al pensar que pronto seria una cristiana perfecta, y, sobre todo, que iba a llevar eternamente marcada en la frente la cruz misteriosa que traza el obispo al administrar este sacramento...

Por fin, llego el momento feliz. No senti ningûn viento impetuoso al descender el Espiritu Santo, sino mas bien aquella brisa tenue cuyo susurro escuchô Elias en el monte Horeb...

Aquel día recibí la fortaleza para sufrir, ya que pronto iba a comenzar el martirio de mi alma...

[37rº] Mi Leonia querida fue la madrina, y estaba tan emocionada, que no dejé de llorar durante toda la ceremonia. Recibí conmigo la sagrada comunión, pues aquel día feliz tuve la dicha de volver a unirme a Jesús.

Pasadas estas fiestas deliciosas e inolvidables, mi vida volvió a la normalidad; es decir, tuve que reanudar la vida de pensionista, que tan penosa me resultaba.

Aquellos días que rodearon mi primera comunión, me gustaba convivir con las niñas de mi edad, todas ellas llenas de buena voluntad y decididas, como yo, a tomar en serio la práctica de la virtud. Pero ahora tenía que volver a ponerme en contacto con alumnas muy diferentes, disipadas, que no querían guardar el reglamento, y eso me hacía muy desgraciada.

Yo era de carácter alegre, pero no sabía jugar a los juegos de las niñas de mi edad. Muchas veces, en el recreo, me apoyaba en un árbol y desde allí contemplaba el espectáculo sumida en profundas reflexiones.

Había inventado un juego que me gustaba mucho. Consistía en enterrar a los pobres pajaritos que encontrábamos muertos bajo los árboles. Muchas alumnas se animaron a ayudarme, de forma que nuestro cementerio quedó muy bonito, todo plantado de árboles y flores proporcionados al tamaño de nuestros pajaritos.

También me gustaba contar historietas que yo misma inventaba a medida que me iban viniendo a la imaginación. Entonces mis compañeras me rodeaban presurosas, y a veces algunas de las mayores se unían al grupo de las oyentes. Una misma historia solía durar varios días, pues me gustaba hacerla cada vez más interesante a medida que iba viendo en los rostros de mis compañeras la impresión que producía. Pero la profesora no tardó en prohibirme ese oficio de orador, pues quería vernos jugar y correr, en lugar de discurrir...

Retenia con facilidad el sentido de lo que estudiaba, pero me costaba trabajo aprender de memoria. Por eso, el año que precedió a mi primera comunión, pedía [37vº] permise casi todos los días para estudiar el catecismo durante el recreo. Mi esfuerzo se vieron coronados por el éxito, y fui siempre la primera. Si, por casualidad, perdía ese puesto por una sola palabra que hubiera olvidado, mi dolor se exteriorizaba en lágrimas amargas que el Sr. abate Dornin no sabía cómo calmar... Estaba muy

contento de mi (excepto cuando lloraba) y me llamaba su doctorcito, debido a mi nombre de Teresa.

Una vez, la alumna que me seguía no supo hacer a su compañera la pregunta del catecismo. El Sr. abate preguntó en vano a toda la fila de alumnas, hasta Hegar a mi, y enfoncez dijo que quería ver si merecía el primer puesto. Yo, en mi profunda humildad, no deseaba otra cosa, y, levantandome, muy segura de mi misma, contesté a lo que se me preguntaba sin cometer ni un solo error, con gran asombro de toda la clase...

Mi interés por el catecismo continué, después de mi primera comunión, hasta que salí del internado.

Me iba muy bien en los estudios y era casi siempre la primera. En lo que más descollaba era en historia y en redacción. Todas mis profesoras me tenían por una alumna muy inteligente. Pero no sucedía lo mismo en casa de mi tío, donde pasaba por ser una pequeña ignorante, buena y dulce, sí, pero poco capaz y torpe...

No me extraña esa opinión que mis tíos tenían de mí, y que sin duda aún siguen teniendo, pues apenas hablaba y era muy tímida, y cuando escribía, mi letra de gato y mi ortografía, que no es más que normalita, no eran para entusiasmar a nadie...

Verdad es que las pequeñas labores de costura, de bordado y otras por el estilo se me daban bien y a gusto de mis profesoras. Pero la manera torpe y desmanada de sujetar la labor justificaba la opinión poco favorable que tenían de mí.

Todo esto lo considero como una gracia, pues Dios, que quería mi corazón [38rº] solo para él, escuchaba ya mi súplica, «cambiándome en amargura todos los consuelos de la tierra». Y, por cierto, que tenía una gran necesidad de ello, pues no era precisamente insensible a los elogios. Con bastante frecuencia alababan delante de mí la inteligencia de las demás, pero nunca la mía, por lo que llegué a la conclusión de que no era inteligente, y me resigné a no serlo...

Mi corazón sensible y cariñoso se hubiera entregado fácilmente si hubiera encontrado un corazón capaz de comprenderlo.

Intenté trabar amistad con algunas niñas de mi edad, sobre todo con dos de ellas. Yo las quería, y también ellas me querían a mí en la medida en que podían. Pero, ¡¡¡ay, qué raquitico y voluble es el corazón de las

criaturas...!!! Pronto comprobé que mi amor no era correspondido. Una de mis amigas tuvo que irse a su casa, y regresô pocos meses después. Durante su ausencia, yo la habia recordado y habia guardado cuidadosamente un pequena sortija que me habia regalado. Al ver de nuevo a mi comparera, me alegré mucho, pero, ¡ay!, solo logré de ella una mirada indiferente... Mi amor no era comprendido. Lo senti mucho, y no quise mendigar un carino que me negaban. Pero Dios me ha dado un corazôn tan fiel, que cuando ama a alguien limpiamente, lo ama para siempre; por eso, seguí rezando por mi comparera y aùn la sigo queriendo...

Al ver que Celina se habia encarinado de una de nuestras profesoras, yo quise imitarla; pero como no sabia ganarme la simpatia de las criaturas, no pude conseguirlo.

¡Feliz ignorancia, que me ha librado de tantos males...! ¡Cômo le agradezco a Jesûs que no me haya hecho encontrar mas que «amargura en las amistades de la tierra»! Con un corazôn como el mio, me habria dejado atrapar y cortar las alas, y enfonces <,cômo hubiera podido «volar y hallar reposo»? <,Cômo va a poder unirse intimamente a Dios un corazôn entregado al afecto de las criaturas?... Pienso que es imposible. Aunque no he llegado a beber de la copa emponzonada [38v<sup>o</sup>] del amor demasiado ardiente de las criaturas, sé que no me equivoco. ¡He visto a tantas aïmas volar como pobres mariposas y quemarse las alas, seducidas por esta luz enganosa, y luego volver a la verdadera, a la dulce luz del amor, que les daba nuevas alas, mas brillantes y mas ligeras, para poder volar hacia Jesûs, ese Fuego divino «que arde sin consumirse»!

¡Si, lo sé! Jesûs me veia demasiado débil para exponerme a la tentaciôn. Tal vez me hubiera dejado quemar toda entera por esa luz enganosa, si la hubiera visto brillar ante mis ojos... Pero no fue asi. Yo solo he encontrado amargura donde otras aïmas mas fuertes encuentran alegria y se desasen de ella por fidelidad.

No tengo, pues, ningûn mérito por no haberme entregado al amor de las criaturas, ya que solo la misericordia de Dios me préservé de hacerlo... Reconozco que, sin El, habria podido caer tan bajo como santa Maria Magdalena, y las profundas palabras de Nuestro Senor a Simon resuenan con gran dulzura en mi aïma... Lo sé muy bien: «Al que poco se le perdona, poco ama». Pero sé también que a mi Jesûs me ha perdonado mucho mas que a santa Maria Magdalena, pues me ha perdonado por adelantado, impidiéndome caer.

¡Cómo me gustaría saber explicar lo que pienso...! Voy a poner un ejemplo.

Supongamos que el hijo de un doctor muy competente encuentra en su camino una piedra que le hace caer, y que en la caída se rompe un miembro. Su padre acude enseguida, lo levanta con amor y cura sus heridas, valiéndose para ello de todos los recursos de su ciencia; y pronto su hijo, completamente curado, le demuestra su gratitud. ¡Qué duda cabe de que a ese hijo le sobran motivos para amar a su padre!

Pero voy a hacer otra suposición. El padre, sabiendo que en el camino de su hijo hay una piedra, se apresura a ir antes que él y la retira (sin que nadie lo vea). Ciertamente que el hijo, [39r°] objeto de la ternura previsor de su padre, si DESCONOCE la desgracia de que su padre lo ha librado, no le manifestará su gratitud y le amará menos que si lo hubiese curado... Pero si llega a saber el peligro del que acaba de librarse, ¿no lo amará todavía mucho más?

Pues bien, yo soy esa hija, objeto del amor previsor de un Padre que no ha enviado a su Verbo a rescatar a los justos sino a los pecadores. Él quiere que yo le ame porque me ha perdonado, no mucho, sino todo. No ha esperado a que yo le ame mucho, como santa María Magdalena, sino que ha querido que YO SEPA hasta qué punto él me ha amado a mí, con un amor de admirable prevención, para que ahora yo le ame a él ¡con locura...!

He oído decir que no se ha encontrado todavía un alma pura que haya amado más que un alma arrepentida. ¡Cómo me gustaría desmentir esas palabras...!

## **Enfermedad de los escrúpulos**

Veo que me he alejado mucho del tema, así que me apresuro a volver a él.

El año que seguí a mi primera comunión transcurrió, casi todo él, sin pruebas interiores para mi alma. Pero durante el retiro para la segunda comunión me vi asaltada por la terrible enfermedad de los escrúpulos... Hay que pasar por ese martirio para saber lo que es. ¡Imposible decir lo que sufrí durante un año y medio...! Todos mis pensamientos y mis acciones, aun los más sencillos, se me convertían en motivo de turbación. La única forma de recobrar la paz era confesárselo a María, lo cual me costaba mucho, pues me creía obligada a decir hasta los pensamientos extravagantes que tenía acerca de ella misma. En cuanto soltaba mi carga,

disfrutaba por un momento de paz; pero esa paz pasaba como un relâmpago, y enseguida volvía a comenzar mi martirio.

¡Cuânta paciencia tuvo que tener mi querida Maria para escucharme [39vo] sin dar nunca muestras de cansancio...!

Apenas volvía de la Abadía, ya se ponía a rizarme el pelo para el día siguiente (pues, para dar gusto a papa, la reinécita llevaba todos los días el pelo rizado, con gran admiración de sus compañeras, y especialmente de las profesoras, que no veían a niñas tan bien atendidas por sus padres). Durante la sesión, yo no dejaba de llorar, contando todos mis escrúpulos.

Al terminar el año, Celina terminó sus estudios y regresó a casa. Y la pobre Teresa, que tuvo que volver sola al colegio, no tardó en caer enferma. El único atractivo que la retenía en el internado era vivir con su inseparable Celina; sin ella, «su hijita» ya no podía seguir allí...

## **Senora de Papinau**

Sali, pues, de la Abadía a la edad de 13 años, y continué mi educación recibiendo varias clases a la semana en casa de la «Sra. de Papinau». Era una persona muy buena, y muy culta, pero con ciertos aires de solterona. Vivía con su madre, y era una maravilla ver las buenas migas que hacían las très (pues la gata era también de la familia, y yo tenía que soportar que ronronease sobre mis cuadernos, e incluso admirar su linda figura).

Tenia la ventaja de vivir en la intimidad de la familia. Como los Buissonnets quedaban demasiado lejos para las piernas ya un poco viejas de mi profesora, había pedido que fuera yo a su casa para las clases.

Cuando llegaba, normalmente no encontraba más que a la anciana senora de Cochain, que me miraba «con sus grandes ojos claros» y luego llamaba con voz serena y juiciosa: «¡Senora de Papinau..., la se...norita Te...resa esta aquí...!» Su hija le contestaba inmediatamente, con voz infantil: «Ya voy, marna». Y luego empezaba la clase.

Estas clases tenían también la ventaja (además de la instrucción que en ellas recibía) de hacerme conocer el mundo... ¡Quién lo hubiera creído...! En aquella sala, amueblada a la antigua, yo asistía con frecuencia, rodeada de libros y de cuadernos, [40rº] a visitas de toda índole: sacerdotes, señoras, señoritas, etc. La senora de Cochain llevaba la batuta de la conversación todo lo que podía, para que su hija pudiera darme la

clase; pero esos dias no aprendia apenas nada: con la nariz encima del libro, escuchaba todo lo que decian, e incluso lo que mas me valiera no haber escuchado, pues la vanidad se desliza muy fâcilmente en el corazôn... Una seriora decia que yo tenia un pelo precioso; otra, al despedirse, creyendo que yo no la oia, preguntaba quién era aquella muchacha tan bonita. Y esas palabras, tanto mas halagadoras cuanto que no se decian delante de mi, dejaban en mi alma una sensation de placer que me demostraba a las claras lo llena de amor propio que yo estaba.

¡Qué lâstima me dan las almas que se pierden...! Es tan facil extraviarse por los senderos floridos dei mundo... Ciertamente, para un alma un tanto elevada, la dulzura que él ofrece va mezclada de amargura, y el vatio inmenso de los deseos nunca podrâ llenarse con las alabanzas de un instante... Pero si mi corazôn no se hubiese elevado hacia Dios desde su primer despertar, si el mundo me hubiese sonreido desde mi entrada en la vida, <,qué habria sido de mi...?

¡Madré querida, con cuânta gratitud canto las misericordias del Serior...! <,No me retiré él dei mundo, segùn las palabras de la Sabiduria, «antes que la malitia pervirtiera mi conciencia y que la perfidia sedujera mi aima...»?

También la Santisima Virgen velaba por su florecita, y no queriendo que se marchitase al contacto con las cosas de la tierra, se la llevô a su montana antes de que se abriese su corola... Mientras esperaba la llegada de ese momento feliz, Teresita iba creciendo en el amor a su Madré del cielo, y para demostrarle ese amor hizo algo que le costô mucho y que voy a contar en pocas palabras a pesar de su extension.

## **Hija de Maria**

[40vº] Casi inmediatamente después de mi entrada en la Abadia, ingresé en la Congregation de los Santos Angeles. Me gustaban mucho los ejercicios de dévotion que en ella se prescribian, pues sentia una especial inclination a invocar a los bienaventurados espíritus celestiales, y en particular al que Dios me dio para que fuera el companero de mi destierro .

Poco tiempo después de mi primera comuniôn, la banda de aspirante a las Hijas de Maria sustituyô a la de los Santos Angeles, pero abandoné la Abadia sin haber sido recibida en esa congrégation de la Santisima Virgen. Como sali antes de terminar los estudios, no se me permitia entrar en ella como antigua alumna. Confieso que ese privilegio no me atraia demasiado; pero pensando que todas mis hermanas habian sido «hijas de

Maria», no quería ser menos hija que ellas de mi Madré del cielo, y fui muy humildemente (a pesar de lo mucho que costaba) a pedir permiso para ingresar en la congrégation de la Santísima Virgen, en la Abadía. La primera profesora no quiso negármelo, pero me puso como condition que tenía que venir al colegio dos días a la semana , por la tarde, para demostrar que era digna de ser admitida.

Este permiso, lejos de agradarme, me costô enormemente. Yo no tenía, como las demás alumnas, una profesora amiga con quien poder ir a pasar el tiempo. Así es que me conformaba con ir a saludar a la profesora, y luego trabajaba en silencio hasta que terminaba la clase de labores. Nadie se fijaba en mí. Así que subía a la tribuna de la capilla y me estaba allí delante del Santísimo hasta que papa venía a buscarme.

Este era mi único consuelo. <,No era, acaso, Jesûs mi único amigo...? No sabía hablar con nadie mas que con él. Las conversaciones con las criaturas, incluso las conversaciones piadosas, me cansaban el alma... Sentía que vale mas hablar con Dios que [41 rº] hablar de Dios, ¡pues se suele mezclar tanto amor propio en las conversaciones espirituales...!

¡Solo por la Santísima Virgen iba a la Abadía...!

A veces me sentía sola, muy sola. Como en los días de mi vida de internado, cuando me paseaba triste y enferma por el enorme patio, yo repetía siempre estas palabras, que hacían renacer siempre la paz y la fuerza en mi corazón: «La vida es tu navío, no tu morada». Cuando era pequeña, estas palabras me levantaban la moral. Y todavía hoy, a pesar de los años, que hacen que desaparezcan tantos sentimientos de piedad infantil, la imagen del navío sigue cautivando mi alma y la ayuda a soportar el destierro... <,No dice la Sabiduría que la vida es «como nave que surca las aguas agitadas sin dejar rastro alguno de su travesía...?»

Cuando pienso en estas cosas, mi alma se abisma en el infinito y me parece estar tocando ya las riberas eternas... Me parece estar ya recibiendo el abrazo de Jesûs... Creo ver a mi Madré del cielo salirme al encuentro con papa..., con marna... y con los cuatro angelitos... Creo estar gozando, por fin, para siempre de la verdadera, de la única vida de familia...

## **Nuevas separaciones**

Pero antes de ver a la familia reunida en el hogar paterno del cielo, tenía que sufrir aún muchas separaciones.



El mismo año en que fui recibida como hija de la Santísima Virgen, ésta me arrebató a mi querida María, el único sostén de mi alma... María era quien me guiaba, quien me consolaba, quien me ayudaba a practicar la virtud, ella era mi único oráculo. Es cierto que Paulina ocupaba un lugar privilegiado en mi corazón, pero Paulina estaba lejos, muy lejos de mí... Me había costado un verdadero martirio acostumbrarme a vivir sin ella, a ver interpuestos entre ella y yo unos muros infranqueables, pero al fin había acabado por aceptar la triste realidad: había perdido a Paulina, casi como si se hubiera muerto. Ella me seguía queriendo, sí, y rezaba por mí; pero a mis ojos, mi Paulina querida se había convertido en una santa que ya no sabía de las cosas de la tierra, y las miserias de su pobre Teresa, si las conociera, le extranarían y la llevarían a no quererla tanto... Además, aunque hubiera querido confiarle mis secretos, como en los Buissonnets, no hubiera podido hacerlo, pues las visitas en el locutorio eran solo para María. Celina y yo no teníamos permiso para entrar más que al final, y justo el tiempo para que se nos oprimiese el corazón...

Por eso, no tenía en realidad más que a María, que me era, por así decirlo, indispensable. Solo a ella le contaba mis escrúpulos; y la obedecía tan ciegamente, que mi confesor nunca llegó a conocer mi vergonzosa enfermedad: yo solo le decía el número de pecados que María me permitía confesar, ni uno más. Así que podría haber pasado por el alma menos escrupulosa del mundo, a pesar de serlo en sumo grado.

María sabía, pues, todo lo que pasaba en mi alma y conocía también mis deseos del Carmelo; y yo la quería tanto, que no podía vivir sin ella. Todos los años, nuestra tía nos invitaba a ir, turnándonos, a su casa de Trouville. A mí me gustaba mucho ir, pero con María; cuando no la tenía a mi lado, me aburría mucho.

Una vez, sin embargo, me lo pasé bien en Trouville. Fue el año en que papa realizó el viaje a Constantinopla. Para distraernos un poco (pues estábamos muy tristes porque papa estaba tan lejos), María nos mandó a Celina y a mí a pasar quince días en la playa. Yo me divertí mucho, porque tenía conmigo a Celina. Nuestra tía nos daba todos los gustos posibles: paseos en burro, pesca de agujas, etc.

Yo era todavía muy niña [42r°], a pesar de mis doce años y medio. Me acuerdo de la alegría que sentí cuando me puse las preciosas cintas azules que mi tía me regaló para el pelo; y también me acuerdo que me confesé en Trouville de esa complacencia infantil, que me parecía pecado...

Una noche, tuve una experiencia que me abrió mucho los ojos. Maria (Guérin), que casi siempre estaba enferma, lloriqueaba con frecuencia, y entonces mi fia la mimaba y le prodigaba los nombres mas tiernos, sin que por eso mi querida primita dejase de lloriquear y de quejarse de que le dolia la cabeza. Yo, que tenía también casi todos los dias dolor de cabeza, y no me quejaba, quise una noche imitar a Maria y me puse a lloriquear echada en un sillón, en un rincón de la sala. Enseguida Juana y mi tia vinieron sollicitas a mi lado, preguntándome qué tenía. Yo les contesté, como Maria: «Me duele la cabeza». Pero al parecer eso de quejarme no se me daba bien, pues no puede convencerlas de que fuese el dolor de cabeza lo que me hacia llorar. En lugar de mimarme, me hablaron como a una persona mayor y Juana me reproché el que no tuviera confianza con mi tia, pues pensaba que lo que yo tenia era un problema de conciencia... En fin, sali sin mas dano que el haber trabajado en balde y muy decidida a no volver a imitar nunca a los demás, y comprendí la fabula de «El asno y el perrito». Yo era como el asno, que, viendo las caricias que le hacian al perrito, fue a poner su pesada pata sobre la mesa para recibir también él su ración de besos. Pero, ¡ay!, si no recibí palos, como el pobre animal, recibí realmente el pago que me merecia, y la lección me curé para toda la vida del deseo de atraer sobre mi la atención de los demás. ¡El único intento que hice para ello me costó demasiado caro...!

Al año siguiente, que fue el de la partida de mi querida madrina, nuestra tia me volví a invitar, pero en esta ocasión a mi sola, y me encontré tan perdida y tan fuera de lugar, que al [42vº] cabo de dos o tres dias caí enferma y tuvieron que llevarme de vuelta a Lisieux. La enfermedad, que temian que fuese grave, no era mas que nostalgia de los Buissonnets, y apenas puse los pies en ellos me curé ...

Bien, pues a esa nina iba Dios a arrebatarle el único apoyo que la ataba a la vida...

En cuanto supe la decision de Maria, tomé la resolution de no volver a apegar mi corazón a nada en la tierra...

Después de salir del internado, me habia instalado en el cuarto de pintura de Paulina y lo habia arreglado a mi gusto. Era una verdadera leonera, una mezcla de objetos de piedad y curiosidades, un jardín y una pajarera...

Así, por ejemplo, en el fondo destacaba sobre la pared una gran cruz de madera negra, sin Cristo, y unos dibujos que me gustaban. En otra pared, una cesta adornada con muselina y con cintas de color rosa con hierbas finas y flores. Finalmente, en la otra pared, campeaba el retrato de Paulina a los diez años. Y bajo este retrato tenia una mesa sobre la que estaba

colocada una gran jaula en la que habia encerrados un gran número de pájaros cuyo gorjeo melodioso aturdió a los visitantes, pero no a su amita, que los quería mucho...

Tenia también el «mueblecito blanco», repleto de mis libros de texto, cuadernos, etc.; y sobre este mueble tenía colocada una estatua de la Santísima Virgen con floreros siempre llenos de flores naturales y con candeleros; y, todo alrededor, una gran cantidad de imagencitas de santos y santas, cestitas de conchas, cajas de cartulina, etc. Por último, delante de la ventana, mi jardín colgante, en el que cuidaba macetas (con las flores más raras que lograba encontrar). Tenía también, en el interior de «mi museo», una jardinera, en la que ponía mi planta favorita...

Frente a la [43r°] ventana, estaba colocada la mesa, cubierta con un tapete verde, y sobre el tapete, en el medio, tenía puesto un reloj de arena, una imagencita de san José, un portarrelojes, cestas de flores, un tintero, etc... Algunas sillas rotas y la preciosa cuna de muñecas de Paulina completaban mi ajuar.

Realmente, esta pobre buhardilla era un mundo para mí, y, como el Sr. de Maistre, también yo podría componer un libro titulado «Paseo alrededor de mi cuarto». En esta habitación me gustaba pasarme horas enteras, estudiando y meditando ante el hermoso panorama que se abría ante mis ojos...

Al conocer la partida de María, mi cuarto perdió para mí todo su encanto. No quería separarme ni un solo instante de la hermana querida que pronto iba a levantar el vuelo... ¡Cuántos actos de paciencia le hice practicar! Cada vez que pasaba ante la puerta de su habitación, llamaba hasta que me abría y la besaba con toda el alma; quería hacer provisión de besos para todo el tiempo que iba a verme privada de ellos.

Un mes antes de su entrada en el Carmelo, papa nos llevó a Alençon, pero este viaje estuvo muy lejos de parecerse al primero: todo fue para mí tristeza y amargura. Imposible decir cuántas lágrimas lloré sobre la tumba de mamá porque me había olvidado de llevar un ramillete de acianos que había cogido para ella.

Verdaderamente, en todo encontraba motivos para sufrir. Todo lo contrario que ahora, pues Dios me concede la gracia de no abatirme por nada pasajero. Cuando me acuerdo del pasado, mi alma desborda de gratitud al ver los favores que he recibido del cielo. Se ha operado en mí tal cambio, que estoy desconocida... Verdad es que deseaba alcanzar la gracia «de tener un dominio absoluto sobre mis acciones, de ser su dueña y no su

esclava». [43vº] Estas palabras de la Imitación me llegaban muy a lo hondo, pero, por así decirlo, tenía que comprar con mis deseos esta gracia inestimable. No era todavía más que una niña que no parecía tener otra voluntad que la de los demás, lo cual hacía decir a la gente de Alençon que era débil de carácter...

Fue durante este viaje cuando Leonia entré a prueba en las clarisas. A mí me dolió su extrana entrada, pues la quería mucho y no pude darle un abrazo antes de que se fuera.

Nunca olvidaré la bondad y la confusión de nuestro pobre papaito cuando vino a comunicarnos que Leonia vestía ya el hábito de clarisa... A él, igual que a nosotras, le parecía una cosa muy rara, pero no quería decir nada al ver lo disgustada que estaba María. Nos llevé al convento y allí sentí una congoja como nunca la había sentido a la vista de un monasterio. Me produjo el efecto contrario al del Carmelo, donde todo me dilataba el alma... Tampoco me entusiasmé más la vista de las religiosas, y no sentí la menor tentación de quedarme con ellas.

No obstante, nuestra pobre Leonia estaba muy guapa con su nuevo traje. Nos dijo que la miráramos bien a los ojos, pues ya no volveríamos a verlos (las clarisas no se dejan ver más que con los ojos bajos). Pero Dios se conformó con dos meses de sacrificio, y Leonia volvió a enseñarnos sus ojos azules, muy a menudo banados en lágrimas...

Al dejar Alençon, yo pensé que Leonia se quedaría con las clarisas, por lo que me alejé de la triste calle de la Media Luna con el corazón muy apenado. Ya no quedábamos más que tres, y pronto nuestra querida María nos iba también a dejar...

¡El 15 de octubre fue el día de la separación! De la alegre y numerosa familia de los Buissonnets ya solo quedaban las dos últimas hijas... Las palomas habían huido del nido paterno, y las que aún quedaban hubiesen querido volar tras ellas, pero sus alas [44rº] eran aún demasiado débiles para que pudieran levantar el vuelo...

Dios, que quería llamar hacia sí a la más pequeña y más débil de todas, se apresuró a hacerle crecer las alas. Él, que se complace en mostrar su bondad y su poder sirviéndose de los instrumentos menos dignos, quiso llamarme a mí antes que a Celina, que sin duda merecía más que yo este favor. Pero Jesús conocía muy bien mi debilidad, y por eso me escondió a mí primero en las cavernas de la roca.

Cuando Maria entré en el Carmelo, yo era todavía muy escrupulosa. Como ya no podía confiarme a ella, me volví hacia el cielo. Me dirigí a los cuatro angelitos que me habían precedido allá arriba, pues pensé que aquellas almas inocentes, que nunca habían conocido ni las turbaciones ni los miedos, deberían tener compasión de su pobre hermanita que estaba sufriendo en la tierra.

Les hablé con la sencillez de un niño, haciéndoles notar que, al ser la última de la familia, siempre había sido la más querida y la más colmada de ternuras por mis hermanas, y que si ellos hubieran permanecido en la tierra me habrían dado también sin duda algunas pruebas de cariño... Su partida para el cielo no me parecía una razón suficiente para que me olvidasen; al contrario, ya que se hallaban en situación de disponer de los tesoros divinos, debían tomar de ellos la paz para mí y mostrarme así que también en el cielo se sabe amar...

La respuesta no se hizo esperar. Pronto la paz vino a inundar mi alma con sus olas deliciosas, y comprendí que si era amada en la tierra, también lo era en el cielo...

A partir de aquel momento, fue creciendo mi devoción hacia mis hermanitos y hermanitas, y me gusta conversar a menudo con ellos y hablarles de las tristezas del destierro... y de mi deseo de ir pronto a reunirme con ellos en la patria...

## CAPITULO V

### DESPUÉS DE LA GRACIA DE NAVIDAD

(1886-1887)

Si el cielo me colmaba de gracias, no era porque yo lo mereciese, pues era aún muy imperfecta. Es cierto que tenía un gran deseo de practicar [44vº] la virtud, pero lo hacía de una manera muy peregrina. He aquí un ejemplo.

Como era la más pequeña, no estaba acostumbrada a arreglármelas yo sola. Celina arreglaba la habitación donde dormíamos las dos juntas, y yo no hacía ni la menor labor de la casa. Después de la entrada de Maria en el Carmelo, a veces, por agradar a Dios, intentaba hacer la cama, o bien, cuando Celina no estaba, le metía por la noche sus macetas de flores. Como he dicho, hacía esas cosas únicamente por Dios, y por tanto no

tenia por qué esperar el agradecimiento de las criaturas. Pero sucedia todo lo contrario: si Celina tenia la desgracia de no parecer feliz y sorprendida por mis pequenos servicios, yo no estaba contenta y se lo hacia saber con mis lagrimas...

Debido a mi extremada sensibilidad, era verdaderamente insoportable. Si, por ejemplo, sucedia que hacia sufrir involuntariamente un poquito a un ser querido, en vez de sobreponerme y no llorar, lloraba como una Magdalena, lo cual aumentaba mi falta en lugar de atenuarla, y cuando comenzaba a consolarme de lo sucedido, lloraba por haber llorado. Todos los razonamientos eran inútiles, y no lograba corregirme de tan feo defecto.

No sé como podia ilusionarme con la idea de entrar en el Carmelo estando todavia, como estaba, en los panales de la infancia...

Era necesario que Dios hiciera un pequeno milagro para hacerme crecer en un momento, y ese milagro lo hizo el dia inolvidable de Navidad. En esa noche luminosa que esclarece las delicias de la Santisima Trinidad, Jesûs, el dulce ninito recién nacido, cambiô la noche de mi aima en torrentes de luz... En esta noche, en la que él se hizo débil y doliente por mi amor, me hizo a mi fuerte y valerosa; me revistiô de sus armas, y desde aquella noche bendita ya no conocí la derrota en ningûn combate, sino que, al contrario, fui de victoria en victoria y comencé, por asi decirlo, «una carrera de gigante ».

[45r°] Se secô la fuente de mis lâgrimas, y en adelante ya no volviô a abrirse sino muy raras veces y con gran dificultad, lo cual justifico estas palabras que un dia me habian dicho: «Lloras tanto en la ninez, que mas tarde no tendras ya lâgrimas que derramar...»

Fue el 25 de diciembre de 1886 cuando recibí la gracia de salir de la ninez; en una palabra, la gracia de mi total conversion.

Volviâmos de la Misa de Gallo, en la que yo habia tenido la dicha de recibir al Dios fuerte y poderoso.

Cuando llegâbamos a los Buissonnets, me encantaba ir a la chimenea a buscar mis zapatos. Esta antigua costumbre nos habia proporcionado tantas alegrías durante la infancia, que Celina queria seguir tratândome como a una nina, por ser yo la pequeha de la familia... Papa gozaba al ver mi alborozo y al escuchar mis gritos de jûbilo a medida que iba sacando las sorpresas de mis zapatos encantados, y la alegría de mi querido rey aumentaba mucho mas mi propia felicidad.

Pero Jesûs, que queria hacerme ver que ya era hora de que me liberase de los defectos de la ninez, me quitô también sus inocentes alegrías: permitiô que papa, que venia cansado de la Misa del Gallo, sintiese fastidio a la vista de mis zapatos en la chimenea y dijese estas palabras que me traspasaron el corazôn: «¡Bueno, menos mal que éste es el último ano...!»

Yo estaba subiendo las escaleras, para ir a quitarme el sombrero. Celina, que conocia mi sensibilidad y veia brillar las lâgrimas en mis ojos, sintiô también ganas de llorar, pues me queria mucho y se hacia cargo de mi pena. «¡No bajes, Teresa! -me dijo-, sufririas demasiado al mirar asi de golpe dentro de los zapatos».

Pero Teresa ya no era la misma, ¡Jesûs habia cambiado su corazôn! Reprimiendo las lâgrimas, bajé râpidamente la escalera, y conteniendo los latidos del corazôn, cogi los zapatos y, poniéndolos delante de papâ, fui sacando alegremente todos los regalos, con el aire feliz de una reina. Papâ reia, recobrado ya su buen humor, y Celina creia estar sonando ... Felizmente, era un hermosa realidad: ¡Teresita habia vuelto a encontrar la fortaleza de ânimo que habia perdido a los cuatro anos y medio, y la conservaria ya para siempre...!

45v°] Aquella noche de luz comenzô el tercer periodo de mi vida, el mäs nerroso de todos, el mäs lleno de gracias del cielo...

La obra que yo no habia podido realizar en diez anos Jesûs la consumé en un instante, conformândose con mi buena voluntad, que nunca me habia faltado.

Yo podia decide, igual que los apôstoles: «Sehor, me he pasado la noche bregando, y no he cogido nada». Y mäs misericordioso todavia conmigo que con los apôstoles, Jesûs mismo cogiô la red, la echo y la sacô repleta de peces... Hizo de mi un pescador de aimas, y senti un gran deseo de trabajar por la conversion de los pecadores, deseo que no habia sentido antes con tanta intensidad... Senti, en una palabra, que entraba en mi corazôn la caridad, senti la necesidad de olvidarme de mi misma para dar gusto a los demäs, ¡y desde enfonces fui feliz...!

## **La sangre de Jesûs**

Un domingo, mirando una estampa de Nuestro Senor en la cruz, me senti profundamente impresionada por la sangre que caia de sus divinas manos.

Senti un gran dolor al pensar que aquella sangre caia al suelo sin que nadie se apresurase a recogerla. Tomé la resolución de estar siempre con el espíritu al pie de la cruz para recibir el rocío divino que goteaba de ella, y comprendí que luego tendría que derramarlo sobre las aïmas...

También resonaba continuamente en mi corazón el grito de Jesûs en la cruz: «¡Tengo sed!». Estas palabras encendian en mi un ardor desconocido y muy vivo... Quería dar de beber a mi Amado, y yo misma me sentía devorada por la sed de aïmas... No eran todavía las aïmas de los sacerdotes las que me atraían, sino las de los grandes pecadores; ardía en deseos de arrancarles del fuego eterno... Y para avivar mi celo, Dios me mostró que mis deseos eran de su agrado.

### **Pranzini, mi primer hijo**

Oí hablar de un gran criminal que acababa de ser condenado a muerte por unos crímenes horribles. Todo hacía pensar que moriría impénitente. Yo quise evitar a toda costa que cayese en el infierno, y para conseguirlo empleé todos los medios imaginables.

Sabiendo que por mi misma no podía nada, ofrecí [46rº] a Dios todos los méritos infinitos de Nuestro Señor y los tesoros de la santa Iglesia; y por último, le pedí a Celina que encargase una Misa por mis intenciones, no atreviéndome a encargarla yo misma por miedo a verme obligada a confesar que era por Pranzini, el gran criminal.

Tampoco quería decirselo a Celina, pero me hizo tan tiernas y tan apremiantes preguntas, que acabé por confiarle mi secreto. Lejos de burlarse de mí, me pidió que la dejara ayudarme a convertir a mi pecador. Yo acepté, agradecida, pues hubiese querido que todas las criaturas se unieran a mí para implorar gracia para el culpable.

En el fondo de mi corazón yo tenía la plena seguridad de que nuestros deseos serían escuchados. Pero para animarme a seguir rezando por los pecadores, le dije a Dios que estaba completamente segura de que perdonaría al pobre infeliz de Pranzini, y que lo creería aunque no se confesase ni diese muestra alguna de arrepentimiento, tanta confianza tenía en la misericordia infinita de Jesûs; pero que, simplemente para mi consuelo, le pedía tan solo «una señal» de arrepentimiento...

Mi oración fue escuchada al pie de la letra. A pesar de que papa nos había prohibido leer periódicos, no creí desobedecerle leyendo los pasajes que hablaban de Pranzini. Al día siguiente de su ejecución, cayó en mis manos



el periodico «La Croix». Lo abri apresuradamente, <,y qué fue lo que vi...? Las lágrimas traicionaron mi emoción y tuve que esconderme... Pranzini no se habia confesado, habia subido al cadalso, y se disponia a meter la cabeza en el lùgubre agujero, cuando de repente, tocado por una súbita inspiration, se volviô, cogiô el crucifijo que le presentaba el sacerdote y besô por très veces sus llagas sagradas...! Después su aima volé a recibir la sentencia misericordiosa de Aquel que dijo que habrà mas alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por los noventa y nueve justos que no necesitan convertirse...

Habia obtenido «la senal» pedida, y esta serial era la fiel reproducciôn de las [46v°] gracias que Jesûs me habia concedido para inclinarme a rezar por los pecadores. <,No se habia despertado en mi corazôn la sed de almas precisamente ante las llagas de Jesûs, al ver gotear su sangre divina? Yo queria darles a beber esa sangre inmaculada que los purificaria de sus manchas, jny los labios de «mi primer hijo» fueron a posarse precisamente sobre esas llagas sagradas...!!! ¡Qué respuesta de inefable dulzura...!

A partir de esta gracia sin igual, mi deseo de salvar aimas fue creciendo de dia en dia. Me parecia oir a Jesûs decirme como a la Samaritana: «¡Dame de beber!»

Era un verdadero intercambio de amor: yo daba a las aimas la sangre de Jesûs, y a Jesûs le ofrecia esas mismas aimas refrescadas por su rocío divino. Asi me parecia que aplacaba su sed. Y cuanto mas le deba de beber, mas crecia la sed de mi pobre aima, y esta sed ardiente que él me daba era la bebida mas deliciosa de su amor...

En poco tiempo Dios supo sacarme del estrecho circulo en el que yo daba vueltas y vueltas sin acertar a salir. Al contemplar ahora el camino que él me hizo recorrer, es grande mi gratitud.

Pero he de reconocer que, si el paso mas importante estaba dado, todavia eran muchas las cosas que tenía que dejar.

Mi espiritu, liberado ya de los escrúpulos y de su excesiva sensibilidad, comenzô a desarrollarse. Yo siempre habia amado lo grande, lo bello, pero en esta época me entraron unos deseos enormes de saber. No me conformaba con las clases y con los deberes que me ponia mi profesora, y me dediqué a hacer por mi cuenta estudios extras de historia y de ciencias. Las otras materias me eran indiferentes, pero estos dos campos del saber despertaban todo mi interés. Y asi, en pocos meses adquiri mas conocimientos que durante todos mis años de estudio.

¡Pero eso no era mas que vanidad y aflicción de espíritu...! Me venia con frecuencia a la memoria el capitulo de la Imitación en que se habia de las ciencias. Pero, no obstante, yo encontraba la forma de seguir, diciéndome a mi misma que, estando en edad de estudiar, ningùn mal habia [47r°] en hacerlo.

No creo haber ofendido a Dios (aunque reconozco que perdi inútilmente el tiempo), pues solo le dedicaba un número limitado de horas, que no queria rebasar, a fin de mortificar mi deseo exacerbado de saber...

Estaba en la edad mas peligrosa para las chicas. Pero Dios hizo conmigo lo que cuenta Ezequiel en sus profecias: «Al pasar junto a mi, Jesûs vio que yo estaba ya en la edad del amor. Hizo alianza conmigo, y fui suya... Extendió su manto sobre mi, me lavé con perfumes preciosos, me vistiô de bordados y me adorno con collares y con joyas sin precio... Me alimenté con flor de harina, miel y aceite en abundancia... Me hice cada vez mas hermosa a sus ojos y llegué a ser como una reina...»

Si, Jesûs hizo todo eso conmigo. Podria repetir esas palabras que acabo de escribir y demostrar que todas ellas, una por una, se han realzado en mi; pero las gracias que he referido mas arriba son ya prueba suficiente de ello. Solo voy a hablar dei alimento que me dio «en abundancia».

## **La Imitación y Arminjon**

Desde hacia mucho tiempo yo me venia alimentando con «la flor de harina» contenida en la Imitación. Este era el único libro que me ayudaba, pues no habia descubierto todavia los tesoros escondidos en el Evangelio. Me sabia de memoria casi todos los capitulos de mi querida Imitación, y ese librito no me abandonaba nunca; en verano lo llevaba en el bolsillo, y en invierno en el manguito, era ya una costumbre. En casa de mi tia se divertian mucho a costa de eso, y abriéndolo al azar, me hacian recitar el capitulo que tenian ante los ojos.

A mis 14 anos, con mis deseos de saber, Dios pensô que era necesario anadir a «la flor de harina miel y aceite en abundancia». Esa miel y ese aceite me los hizo encontrar en las charlas del Sr. abate Arminjon sobre el fin dei mundo présente y los misterios de la vida futura. Este libro se lo habian prestado a papa mis queridas carmelitas; por eso, contra mi [47v°] costumbre (pues yo no leia los libros de papa), le pedi permiso para leerlo.

Esa lectura fue también una de las mayores gracias de mi vida. La hice asomada a la ventana de mi cuarto de estudio, y la impresión que me produjo es demasiado íntima y demasiado dulce para poder contarla...

Todas las grandes verdades de la religión y los misterios de la eternidad sumergían mi alma en una felicidad que no era de esta tierra... Vislumbraba ya lo que Dios tiene reservado para los que le aman (pero no con los ojos del cuerpo, sino con los del corazón). Y viendo que las recompensas eternas no guardaban la menor proporción con los insignificantes sacrificios de la vida, quería amar, amar apasionadamente a Jesús y darle mil muestras de amor mientras pudiese...

Copie varios pasajes sobre el amor perfecto y sobre la acogida que Dios dispensara a sus elegidos cuando él mismo sea su grande y eterna recompensa. Y repetía sin cesar las palabras de amor que habían abrazado mi corazón...

Celina se había convertido en la confidente íntima de mis pensamientos. Desde la noche de Navidad ya podíamos comprendernos: la diferencia ya no existía, pues yo había crecido en estatura, y sobre todo en gracia.

Anteriormente a esta época, yo me quejaba con frecuencia de no conocer los secretos de Celina; ella me contestaba que yo era demasiado pequeña, y que tendría que crecer la altura de un taburete para que pudiese tener confianza en mí... A mí me gustaba subirme a aquel precioso taburete cuando estaba junto a ella, y le decía que me hablase íntimamente; pero la treta no me daba resultado, la distancia nos seguía separando...

Jesús, que quería hacernos progresar juntas, formé en nuestros corazones unos lazos más fuertes que los de la sangre. Nos hizo hermanas del alma. Se hicieron realidad en nosotras las palabras del Cántico Espiritual de san Juan de la Cruz (cuando la esposa exclama, hablando al Esposo):

«A zaga de tu huella,

las jóvenes discurren al camino,

al toque de [48r°] centella,

al adobado vino,

emisiones de bálsamo divino».

Si, seguimos muy ligeras las huellas de Jesûs. Las centellas de amor que él sembraba a manos llenas en nuestras almas y el vino fuerte y delicioso que nos daba a beber hacian desaparecer de nuestra vista las cosas pasajeras, y de nuestros labios brotaban emisiones de amor inspiradas por él.

¡Qué dulces eran las conversaciones que todas las noches teniamos en el mirador! Con la mirada hundida en la lejanía, contemplâbamos la blanca luna que se elevaba lentamente por detrás de los altos ârboles... y los reflejos plateados que derramaba sobre la naturaleza dormida, las brillantes estrellas que titilaban en el azul profundo..., el soplo ligero de la brisa nocturna que hacia flotar las nubes de nieve. Y todo elevaba nuestras aimas hacia el cielo, del que no contemplâbamos todavia mas que «el limpido reverso»...

No sé si me equivoco, pero creo que la expansion de nuestras aimas se parecia a la de santa Monica y su hijo, cuando en el puerto de Ostia caian los dos sumidos en éxtasis a la vista de las maravillas del creador...

Me parece que recibiamos gracias de un orden tan elevado como las concedidas a los grandes santos. Como dice la Imitaci3n, a veces Dios se comunica en medio de un fuerte resplandor, a veces «tenuemente velado, bajo sombras y figuras». De esta manera se dignaba manifestarse a nuestras aima, ¡pero qué fino y transparente era el vélo que ocultaba a Jesûs de nuestras miradas...! No habia lugar para la duda, ya no eran necesarias la fe ni la esperanza: el amor nos hacia encontrar en la tierra al que buscâbamos. «Al encontrarlo solo en la calle, nos besé, para que en adelante nadie pudiera despreciarnos».

Gracias tan grandes no podian quedar sin frutos, y éstos fueron abundantes. La prâctica de la virtud se nos hizo dulce y natural. Al principio, mi rostro delataba muchas veces el combate, pero poco a poco esa impresi3n fue desapareciendo y la renuncia se me hizo fâcil, incluso desde el primer momento. Ya lo dijo Jesûs: «Al [48v°] que tiene se le darâ, y tendra de sobra». Por una gracia acogida con fidelidad, me otorgaba cantidad de gracias nuevas...

Se entregaba a mi en la sagrada comuni3n con mucha mas frecuencia de la que yo me hubiera atrevido a esperar. Yo tenia como norma de conducta comulgar todas las veces que el confesor me lo permitiera, sin fallar una sola vez, pero dejando que fuese él quien decidiese cuântas, sin pedirselo nunca yo. En esa época no ténia la audacia que ahora tengo; de haberla tenido, hubiera actuado de distinta manera, pues estoy convencida de que un alma debe decir a su confesor el deseo que siente de recibir a

su Dios. El no baja del cielo un dia y otro dia para quedarse en un copôn dorado, sino para encontrar otro cielo que le es infinitamente mas querido que el primero: el cielo de nuestra aima, creada a su imagen y templo vivo de la adorable Trinidad...

Jesûs, que veia mis deseos y la rectitud de mi corazôn, permitiô que mi confesor me dijese que durante el mes de mayo comulgase cuatro veces por semana; y cuando pasô ese hermoso mes, todavia afiadî una quinta mas cada vez que cayese alguna fiesta. Al salir del confesonario, brotaron de mi ojos làgrimas muy dulces. Me parecia como si Jesûs mismo quisiera entregarse a mi, pues echaba muy poco tiempo para confesarme y nunca dije ni una palabra acerca de mis sentimientos interiores.

El camino por el que iba eran tan recto y luminoso, que no necesitaba mas guia que a Jesûs... Comparaba a los directores a espejos fieles que reflejaban a Jesûs en las aimas, y decia que en mi caso Dios no se servia de intermediarios, sino que actuaba directamente él...

## **Deseos de entrar en el Carmelo**

Cuando un jardinera rodea de cuidados a una fruta que quiere que madure antes de tiempo, no es para dejarla colgada en el ârbol, sino para presentaria en una mesa ricamente servida. Con parecida intenciôn [49rº] prodigaba Jesûs sus gracias a su florecita... El, que en los dias de su vida mortal exclamo en un transporte de alegria: «Te doy gracias, Padre, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los entendidos, y las has revelado a la gente sencilla», queria hacer resplandecer en mi su misericordia. Porque yo era débil y pequena, se abajaba hasta mi y me instruia en secreto en las cosas de su amor. Si los sabios que se pasan la vida estudiando hubiesen venido a preguntarme, se hubieran quedado asombrados al ver a una nina de catorce anos comprender los secretos de la perfection, unos secretos que toda su ciencia no puede descubrirles a ellos porque para poseerlos es necesario ser pobres de espiritu...

Como dice san Juan de la Cruz en su Cântico:

«Sin otra luz ni guia

sino la que en el corazôn ardia.

Aquesta me guiaba

mas cierto que la luz del mediodia

adonde me esperaba

quien yo bien me sabia».

Ese lugar era el Carmelo. Pero antes de «sentarme a la sombra de Aquel a quien deseaba», tenia que pasar por muchas pruebas. Pero la Hamada divina era tan apremiante, que si hubiera tenido que pasar entre llamas, lo habria hecho por ser fiel a Jesûs...

Solo encontré un alma que me animase en mi vocación: la de mi Madre querida... Mi corazón encontró en el suyo un eco fiel; y sin ella, yo no habria llegado en modo alguno a la ribera bendita que la habia acogido a ella cinco años antes en su suelo impregnado del rocío celestial...

Si, hacia cinco años que yo estaba separada de ti, Madre querida, y creia que te habia perdido. Pero en el momento de la prueba fue tu mano la que me indicó el camino que debia seguir... Necesitaba ese consuelo, pues las visitas al locutorio del Carmelo me resultaban cada vez mas penosas; no podia hablar de mis deseos de entrar, sin verme rechazada. Maria pensaba que era demasiado joven y hacia todo lo posible por impedirme entrar; y tú misma, Madre, a fin de probarme, tratabas a veces de moderar mi entusiasmo [49v0]. En fin, que si no hubiese tenido verdadera vocación, me hubiera vuelto atrás desde el primer momento, pues en cuanto empecé a responder a la Hamada de Jesûs me encontré con obstáculos.

No quise hablarle a Celina de mis deseos de entrar tan joven en el Carmelo, y eso aumentó mi sufrimiento, pues me resultaba muy difícil ocultarle nada... Pero este sufrimiento no duré mucho, pues pronto mi hermanita querida se enteró de mi determinación, y, lejos de intentar disuadirme, aceptó con un valor admirable el sacrificio que Dios le pedía; para entender cuán grande era ese sacrificio, habria que saber hasta qué punto estábamos unidas...

Una misma alma, por así decirlo, nos hacia vivir. Desde hacia algunos meses, disfrutábamos juntas de la vida mas dulce que unas jóvenes puedan sonar. Todo alrededor de nosotras respondia a nuestros gustos. Teníamos una gran libertad. En una palabra, yo solia decir que nuestra vida era en la tierra el ideal de la felicidad...

Pero apenas habíamos comenzado a saborear este ideal de la felicidad, tuvimos que renunciar libremente a él, y mi querida Celina no se rebeló ni por un instante.

Sin embargo, podría haberse quejado, ya que Jesûs no la llamaba a ella la primera... Tenia la misma vocaciôn que yo, por lo cual le tocaba a ella partir antes... Pero asi como, en tiempos de los mârtes, los que quedaban en la cârcel daban gozosos el beso de paz a sus hermanos que partian primera para combatir en la arena, y se consolaban pensando que tai vez a ellos se les reservaba para combates todavia mayores, igualmente Celina dejô alejarse a su Teresa y se quedô sola para el glorioso y sangriento combate al que Jesûs la tenia destinada como privilegiada de su amor...

Celina, pues, se convirtiô en confidente de mis luchas y de mis sufrimientos, y tomô en ellos tanta parte como si se hubiera tratado de su propia vocaciôn. De parte de ella no temia yo ninguna oposiciôn.

## **Confidencia a mi padre**

Lo que no sabia era qué medio emplear para decirselo a papa... ^Cômo hablarle de separarse de su reina, a él que acababa de sacrificar a sus três hijas mayores...? ¡Cuântas luchas interiores no tuve que sufrir antes [50rº] de sentirme con ànimos para hablar...! Sin embargo, ténia que decidirme. Yo iba cumplir catorce anos y medio, y solo seis meses nos separaban de la hermosa noche de Navidad, en que habia decidido ingresar a la misma hora en que el ano anterior habia recibido «mi gracia».

Escogi el dia de Pentecostés para hacerle a papa mi gran confidencia. Todo el dia estuve suplicando a los santos apôstoles que intercedieran por mi y que me inspiraran ellos las palabras que habria de decir... <,No eran ellos, en efecto, quienes tenian que ayudar a aquella nina timida que Dios ténia destinada a ser apôstol de apôstoles por medio de la oraciôn y el sacrificio...?

Hasta por la tarde, al volver de Visperas, no encontré la ocasiôn de hablar a mi papaito querido. Habia ido a sentarse al borde del aljibe, y desde alli, con las manos juntas, contemplaba las maravillas de la naturaleza. El sol, cuyos rayos habian perdido ya su ardor, doraba las copas de los altos ârboles, en los que los pajarillos cantaban alegres su oraciôn de la tarde.

El hermoso rostro de papa ténia una expresiôn celestial. Comprendí que la paz inundaba su corazôn. Sin decir una sola palabra, fui a sentarme a su lado, con los ojos baüados ya en làgrimas. Me miré con ternura, y cogiendo mi cabeza la apoyô en su pecho, diciéndome: »<,Qué te pasa, reinecita... Cuéntamelo...» Luego, levantândose, como para disimular su

propia emociôn, echo a andar lentamente, manteniendo mi cabeza apoyada en su pecho.

A través de las lâgrimas, le confié mi deseo de entrar en el Carmelo, y entonces sus lâgrimas se mezclaron con las mias; pero no dijo ni una palabra para hacerme desistir de mi vocation. Simplemente se contenté con hacerme notar que yo era todavia muy joven para tomar una decision tan grave.

Pero yo defendi tan bien mi causa, que papa, con su modo de ser sencillo y recto, quedé pronto convencido de que mi deseo era el de Dios; y con su fe profunda, me dijo que Dios le hacia un gran honor al pedirle asi a sus hijas.

Seguimos paseando un largo rato. Mi corazôn, confortado por la bondad con que aquel padre incomparable habia acogido mis confidentias, [50v°] se volcê dulcemente en el suyo. Papa parecia gozar de esa alegria serena que da el sacrificio consumado. Me hablé como un santo, y me gustaria acordarme de sus palabras para transcribirlas aqui, pero solo conservo de ellas un recuerdo demasiado perfumado para poderlo expresar.

De lo que si me acuerdo perfectamente es de la action simbélica que mi querido rey realizé sin saberlo. Acercândose a un muro poco elevado, me mostra unas florecillas blancas, parecidas a lirios en miniatura ; y tornando una de aquellas flores, me la dio, explicândome con cuânto esmero Dios la habia hecho nacer y la habia conservado hasta aquel dia. Al oirle hablar, me parecia estar escuchando mi propia historia, tanta semejanza habia entre lo que Jesûs habia hecho con aquella florecilla y con Teresita ...

Recibi aquella flor como una reliquia, y observé que, al querer cogerla, papa habia arrancado todas sus raices sin troncharlas, como si estuviera destinada a seguir viviendo en otra tierra mas fértil que el blando musgo en el que habian transcurrido sus primeras alboradas... Era exactamente lo mismo que papa acababa de hacer conmigo poco antes al permitirme subir a la montana del Carmelo y abandonar el dulce valle testigo de mis primeras pasos por la vida.

Puse mi florecita blanca en mi libro de la Imitation, en el capitulo titulado: «Del amor a Jesûs sobre todas las cosas», y todavia sigue alli. Solo el tallo se ha roto muy cerca de la raiz, y Dios parece decirme con eso que pronto rampera los lazos de su florecita y que no la dejarâ marchitarse en la tierra.



Una vez obtenido el consentimiento de papa, pensé que podría volar ya sin temor alguno hacia el Carmelo. Pero muchos y muy dolorosos contratiempos debían aún someter a prueba mi vocación.

## **Mi tío cambia de opinión**

Cuando fui a comunicarle a mi tío la decisión que había tomado, lo hice temblando. Me prodigo las mayores muestras de ternura, pero no me dio permiso para irme; al contrario, me prohibió [51 rº] hablarle de mi vocación antes de cumplir los 17 años. Era un atentado a la prudencia humana, decía, dejar entrar en el Carmelo a una niña de 15 años. Siendo la vida de las carmelitas a los ojos del mundo una vida propia de filósofos, sería hacer un grave daño a la religión permitir que la abrazase una niña sin experiencia... Todo el mundo hablaría, etc... etc... Hasta llegó a decir que para decidirle a dejarme partir haría falta un milagro.

Vi claro que todos mis razonamientos serían inútiles, así que me fui con el corazón sumido en la más profunda amargura.

Mi único consuelo era la oración. Suplicaba a Jesús que hiciese el milagro que exigía mi tío, ya que solo a ese precio podría yo responder a su llamada.

Pasó bastante tiempo hasta que me atreví a volver a hablarle a mi tío; me costaba horrores ir a su casa. Él, por su parte, no parecía pensar ya en mi vocación; pero supe más tarde que mi enorme tristeza lo predispuso mucho a mi favor.

Antes de hacer brillar en mi alma un rayo de esperanza, Dios quiso enviarme un martirio sumamente doloroso, que duró tres días. Nunca como en aquella prueba comprendí de bien el dolor de la Santísima Virgen y de san José mientras buscaban al divino Niño Jesús... Me encontraba en un triste desierto, o, mejor, mi alma parecía un frágil esquife, abandonado sin piloto a merced de las olas tempestuosas...

Lo sé, Jesús estaba allí, dormido en mi barquilla; pero la noche era tan negra, que me era imposible verle. Ni una luz. Ni siquiera un relámpago que viniese a surcar las sombrías nubes... Es cierto que es muy triste el resplandor de los relámpagos; pero, al menos, si la tormenta hubiese estallado abiertamente, habría podido ver por un momento a Jesús... Pero era la noche, la noche profunda del alma... Y como Jesús en el huerto de la agonía, me sentía sola, sin encontrar consuelo alguno ni en la tierra ni en el cielo. ¡¡¡Como si el mismo Dios me hubiese abandonado...!!!

La naturaleza parecia participar también de mi amarga tristeza: durante esos tres dias, el sol no hizo brillar ni uno de [51v°]sus rayos y la lluvia cayô a torrentes. (He observado que en todas as ocasiones importantes de mi vida la naturaleza ha sido como una imagen de mi aima. En los dias de lâgrimas el cielo lloraba conmigo; en los dias de alegria el cielo enviaba con profusion sus alegres rayos y ni una sola nube oscurecia el cielo azul...)

Por fin, al cuarto dia, que era sâbado, dia dedicado a la dulce Reina del cielo, fui a ver a mi tio. ¡Y cuâl no sería mi sorpresa al ver que me miraba y que me hacia entrar en su despacho sin que yo le hubiese manifestado deseo alguno de hacerlo...! Empezô dirigiéndome tiernos reproches por portarme con él como si le tuviera miedo, y luego me dijo que no hacia falta pedir un milagro: que él solo habia pedido a Dios que le diera «una simple inclination del corazén», y que habia sido escuchado...

Ya no senti la tentacién de pedir un milagro, pues para mi el milagro ya estaba concedido: mi tio no era el mismo.

Sin hacer la menor alusién a la «prudencia humana», me dijo que yo era una florecita que Dios queria cortar, y que él no seguiria oponiéndose a ello...

Esta respuesta definitiva era realmente digna de él. Por tercera vez, este cristiano de otros tiempos permitia que una de las hijas adoptivas de su corazén fuera a sepultarse lejos dei mundo.

También mi tia fue admirable por su ternura y su prudencia. No recuerdo que, durante el tiempo de mi prueba, me haya dicho una sola palabra que pudiera aumentarla. Yo veia que le daba mucha pena su pobre Teresita. Por eso, cuando obtuve el consentimiento de mi tio, también ella me dio el suyo, aunque no sin hacerme ver de mil maneras que mi partida le iba a costar mucho... ¡Ay, qué lejos estaban nuestros queridos parientes de sospechar [52r°] entonces que tendrian que renovar otras dos veces ese mismo sacrificio...! Pero Dios, al tender la mano para seguir pidiendo, no la présenté vacia: sus amigos mas queridos pudieron beber en ella, y con abundancia, la fuerza y el valor que tanto necesitaban...

Pero mi corazén me ha llevado muy lejos dei tema; vuelvo a él casi a disgusto.

Después de la respuesta de mi tio, ya comprenderâs, Madré mia, [51 v° sigue] con qué alegria emprendi el camino de regreso a los Buissonnets

bajo «un hermoso cielo en el que las nubes se habían disipado por completo»...

También en mi alma había cesado la noche. Jesús, despertándose, me había devuelto la alegría, el ruido de las olas se había calmado. En lugar del viento de la prueba, hinchaba mi vela una brisa ligera, y yo creía que pronto llegaría a la ribera bendita que ya divisaba muy cerca de mí. Y esa ribera estaba, en efecto, muy cerca de mi barquilla; pero aún debía levantarse más de una tormenta, que ocultaría a su vista el faro luminoso, haciéndole temer que se había alejado para siempre de la playa tan ardientemente deseada...

### **Oposición del superior**

Pocos días después de haber conseguido el consentimiento de mi tío, fui a verte, Madré querida, y te hablé de mi alegría por que todas mis pruebas hubiesen ya pasado. Pero ¡cuáles no fueron mi sorpresa y mi aflicción al oírte decir que [52r°] el Superior no permitía que entrara antes de los 21 años...!

Nadie había pensado en esta oposición, la más invencible de todas. Sin embargo, sin desanimarme, yo misma fui con papá y con Celina a ver a nuestro Padre, para intentar conmoverle haciéndole ver que tenía verdadera vocation de carmelita.

Nos recibió con gran frialdad. Y por más que mi incomparable papaito unió sus instantias a las mías, nada pudo hacerle cambiar de parecer. Me dijo que no había ningún peligro en esperar, que yo podía llevar vida de carmelita en mi casa, que no estaría todo perdido porque no me diera disciplina, etc... etc... Por último, añadió que él no era más que el delegado de Monsenor, y que si éste quería permitirme entrar en el Carmelo, él no tendría nada que decir...

Sali de la rectoral hecha un mar de lágrimas; gracias a Dios, estaba escondida bajo el paraguas, pues la lluvia caía torrencialmente.

Papá no sabía como consolarme... Me prometió llevarme a Bayeux en cuanto se lo pedí, pues estaba decidida a conseguir mi propósito. Llegué incluso a decir que iría hasta el Santo Padre, si Monsenor no quería permitirme entrar en el Carmelo a los 15 años...

Muchas cosas pasaron antes del viaje a Bayeux. Exteriormente, mi vida parecía la misma. Seguía estudiando, Celina me daba clases de dibujo, y mi experta profesora encontraba en mí muchas cualidades para su arte.

Sobre todo, crecía en el amor de Dios. Sentía en mi corazón unos ímpetus que hasta entonces no conocía. A veces tenía verdaderos transportes de amor. Una noche, no sabiendo cómo decirle a Jesús que le amaba y cómo deseaba que fuese amado y glorificado en todas partes, pensé con dolor que él nunca podría recibir en el infierno un solo acto de amor; y entonces le dije a Dios que, por agradarle, aceptaría gustosa verme sumergida allí, a fin de que fuese amado eternamente en ese lugar de blasfemias... Yo sabía bien que eso no podía glorificarle, porque él solo desea nuestra felicidad. Pero cuando se [52v°] ama, una siente necesidad de decir mil locuras.

Si hablaba de esa manera, no era porque el cielo no atrajera mis deseos, sino porque en aquel entonces mi único cielo era el amor, y sentía, como san Pablo, que nada podría apartarme del objeto divino que me había hechizado...

Antes de abandonar el mundo, Dios me concedió el consuelo de contemplar de cerca las almas de los niños. Al ser la más pequeña de la familia, nunca había tenido esta suerte. He aquí las tristes circunstancias que me la depararon.

Una buena mujer, pariente de nuestra sirvienta, murió en la flor de la edad, dejando tres niños muy pequeños. Durante su enfermedad, trajimos a nuestra casa a las dos niñas pequeñas, la mayor de las cuales no tenía todavía seis años. Yo me encargaba de cuidarlas durante todo el día, y era para mí un auténtico placer ver con qué candor creían todo lo que les decía. Tiene que dejar el santo bautismo en las almas un germen muy profundo de las virtudes teológicas, ya que aparecen ya desde la infancia, y basta la esperanza de los bienes futuros para hacerles aceptar los sacrificios.

Cuando quería ver a mis dos niñas haciendo buenas migas entre ellas, en vez de prometer juguetes o bombones a la que cediese primera, les hablaba de las recompensas eternas que el Niño Jesús daría en el cielo a los ninitos buenos. La mayor, cuya razón empezaba ya a despertarse, me miraba con ojos resplandecientes de alegría, me hacía mil preguntas encantadoras sobre el Niño Jesús y su hermoso cielo, y me prometía entusiasmada ceder siempre ante su hermana. Y me decía que jamás en la vida olvidaría lo que la «gran señorita», como ella me llamaba, le había enseñado...

Viendo de cerca a estas almas inocentes, comprend! la desgracia que supone el no formarias bien desde su mismo despertar, cuando se asemejan a la cera blanda sobre la que se puede dejar grabada la huella de las virtudes, pero también la huella del mal... Comprend! lo que dice Jesûs en el Evangelio: «Mejor seria ser arrojado al mar que escandalizar a uno solo de estos pequenos».

[53rº] ¡Cuântas aimas llegarían a la santidad si fuesen bien dirigidas...!

Sé muy bien que Dios no tiene necesidad de nadie para realizar su obra. Pero así como permite a un hàbil jardinero cultivar plantas delicadas y le da para ello los conocimientos necesarios, reservândose para sí la misiôn de fecundarlas, de la misma manera quiere Jesûs ser ayudado en su divino cultivo de las aimas.

<¿Qué ocurriría si un jardinero desmanado no injertase bien los ârboles?  
6 Si no conociese bien la naturaleza de cada uno de ellos y se empenase en hacer brotar rosas de un melocotonero...? Haría morir al ârbol, que, sin embargo, era bueno y capaz de producir frutos.

De la misma manera hay que saber reconocer desde la infancia lo que Dios pide a las aimas y secundar la acciôn de su gracia, sin acelerarla ni frenarla nunca.

Como los pajaritos aprender a cantar escuchando a sus padres, así los niños aprenden la ciencia de las virtudes, el canto sublime del amor de Dios, de las aimas encargadas de formarles para la vida.

Recuerdo que entre mis pâjaros tenía un canario que cantaba de maravilla. Tenía también un pardillo al que le prodigaba cuidados verdaderamente maternos porque lo había adoptado antes que pudiese gozar la dicha de la libertad. Este pobre prisionerito no tenía padres que le enseñasen a cantar, pero como oía de la mañana a la noche a su compañero el canario lanzar sus alegres trinos, quiso imitarlo... Empresa difícil para un pardillo, por lo que a su dulce voz le costó mucho acordarse a la voz vibrante de su profesor de música. Era asombroso ver los esfuerzos que hacía el pobrecito, pero al fin se vieron coronados por el éxito, pues su canto, aunque un poco más apagado, era absolutamente idéntico al del canario.

[53vº] ¡Madre mía querida! Tu fuiste quien me enseñé a mí a cantar... Tu voz me cautivé desde la infancia, y ahora ¡¡¡me encanta oír decir que me parezco a tí! Sé cuánto me falta para ello, pero, a pesar de mi debilidad, espero cantar eternamente el mismo cântico que tú...

Antes de mi entrada en el Carmelo, tuve también otras muchas experiencias sobre la vida y las miserias del mundo. Pero esos detalles me llevarían demasiado lejos. Voy a reanudar el relato de mi vocación.

## **Viaje a Bayeux**

El 31 de octubre fue el día fijado para mi viaje a Bayeux. Partí sola con papa, con el corazón henchido de esperanza, pero también muy emocionada al pensar que iba a presentarme al obispo. Por primera vez en mi vida iba a hacer un visita sin que me acompañaran mis hermanas, ¡y esta visita era nada menos que a un obispo! Yo, que nunca hablaba, a no ser para contestar a las preguntas que me hacían, tenía que explicar por mi misma el motivo de mi visita y exponer las razones que me movían a solicitar la entrada en el Carmelo. En una palabra, iba a tener que demostrar la solidez de mi vocación.

¡Cuánto me costó hacer ese viaje! Tuvo que concederme Dios una gracia muy especial para que pudiera vencer mi gran timidez... Aunque también es verdad que «para el amor nada hay imposible, porque todo lo cree posible y permitido». Y realmente solo el amor de Jesús podía hacerme vencer aquellas dificultades y las que vendrían más tarde, pues quiso hacerme comprar mi vocación a costa de pruebas muy grandes...

Hoy, que gozo de la soledad del Carmelo (descansando a la sombra de Aquel a quien tan ardientemente deseé), creo que he comprado mi dicha a muy bajo precio y estaría dispuesta a soportar sufrimientos mucho mayores para alcanzarla si aún no la tuviese.

Cuando llegamos a Bayeux, llovía a cántaros. Papa, que no quería ver a su reinécita entrar en el obispado con su hermoso vestido hecho una sopa, la hizo subir a un omnibus que nos llevó a la catedral. Allí comenzaron mis desgracias.

Monsenor, con todo su presbiterio, estaba asistiendo a un solemne funeral. La iglesia estaba llena de señoras vestidas de luto, y todo el mundo me miraba a mi con mi [54rº] vestido claro y mi sombrero blanco. Hubiera querido salir de la iglesia, pero no había ni que pensarlo a causa de la lluvia. Y para humillarme más todavía, Dios permitió que papa, con su sencillez patriarcal, me hiciese pasar hasta el fondo de la catedral; yo, por no disgustarlo, obedecí de buen grado y ofrecí aquella distracción a los habitantes de Bayeux, a los que deseaba no haber conocido en mi vida...

Por fin pude respirar tranquila en una capilla que habia detrás dei altar mayor, y alii me quedé un largo rato rezando con fervor, en espera de que la lluvia cesase y nos dejase salir.

Al salir, papa me hizo admirar la belleza dei edificio, que al estar vacio parecia mucho mayor. Pero a mi solo una idea me ocupaba el pensamiento, y no podia encontrarle gusto a nada.

Fuimos directamente a ver al Sr. Révérony, que estaba informado de nuestra llegada y que habia fijado él mismo la fecha dei viaje; pero estaba ausente. Asi que tuvimos que andar errando por las calles, que me parecieron muy tristes.

Por fin, volvimos cerca dei obispado, y papa me llevô a un hotel en el que no hice honor al buen cocinero.

Mi pobre papaito me demostraba una ternura casi increíble. Me decia que no me preocupase, que seguro que Monsenor me concederia lo que iba a pedirle.

Después de descansar un poco, volvimos en busca del Sr. Révérony. Llegé al mismo tiempo que nosotros un señor, pero el Vicario general le pidié cortésmente que esperara y nos hizo entrar a nosotros primera en su despacho (el pobre señor tuvo tiempo de aburrirse, pues nuestra visita fue larga).

El Sr. Révérony se mostré muy amable, pero creo que le sorprendié mucho el motivo de nuestro viaje. Después de mirarme sonriente y de hacerme algunas preguntas, nos dijo: «Voy a presentarles a Monsenor, tengan la bondad de acompanarme». Y al ver brillar lâgrimas en mis ojos, anadié: «¡Pero buenol, estoy viendo diamantes... ¡No podemos ensenârselos a Monsenor...!»

Nos hizo atravesar varios aposentos muy amplios, adornados [54v°] con retratos de obispos. Viéndome en aquellos enormes salones, me sentia como una pobre hormiguita y me preguntaba qué me atreveria a decirle a Monsenor.

El estaba paseando por una galeria con dos sacerdotes. Vi que el Sr. Révérony le decia unas palabras y volvia con él. Nosotros lo esperâbamos en su despacho, donde habia tres enormes sillones colocados delante de la chimenea en la que chisporroteaba un buen fuego.

Al ver entrar a Su Excelencia, papa se arrodillé a mi lado para recibir su bendición. Luego Monsenor hizo tomar asiento a papa en uno de los sillones, se sentô trente a él, y el Sr. Révérony quiso que yo ocupara el del medio. Rehusé cortésmente, pero él insistió, diciéndome que tenia que demostrar si era capaz de obedecer. Me senté enseguida, sin pensarlo dos veces, y tuve que pasar por la vergüenza de verle a él tomar una silla mientras yo me veia arrellanada en un sillón donde habrian cabido cómodamente cuatro como yo (y mas cómodas que yo, ¡pues me hallaba muy lejos de estarlo...!)

Yo esperaba que hablaria papa, pero me dijo que explicara yo misma a Monsenor el motivo de nuestra visita. Lo hice lo mas elocuentemente que pude. Pero Su Excelencia, acostumbrado a la elocuencia, no pareció conmoverse mayormente por mis razones. Una sola palabra del Superior me hubiera valido mucho mas que todas ellas, pero lamentablemente no la tenia y su oposición no abogaba precisamente en mi favor...

Monsenor me pregunté si hacia mucho tiempo que deseaba entrar en el Carmelo. -«Si, Monsenor, muchisimo tiempo...» -«¡Vamos!, replico riendo el Sr. Révérony, ¿no diras que hace quince años que lo estas deseando?» -«Desde luego, respondi yo riendo también. Pero no hay que quitar muchos años, porque deseo ser religiosa desde que tengo uso de razón, y deseé el Carmelo desde que lo conocí, porque me parecia que en esta Orden se verian satisfechas todas las aspiraciones de mi alma».

[55r°] No sé, Madré querida, si fueron éstas exactamente mis palabras, creo que lo dije todavia peor; pero, bueno, ese fue el sentido.

[54v° sigue] Monsenor, creyendo agradar a papa, intenté hacer que me quedara con él algunos años mas. Por eso, no fue poca su sorpresa y su edificación al verlo ponerse de mi parte e intercéder para que me concediera permiso para volar a los quince años.

Sin embargo, todo fue inútil. Dijo que antes de tomar una decision, era indispensable tener una entrevista con el Superior del Carmelo.

Nada podia yo escuchar que me causase una pena mayor, pues conocia la abierta oposición de nuestro Padre. Asi que, sin tener en cuenta ya la recomendación del Sr. Révérony, hice algo mas que enseñar diamantes a Monsenor: ¡se los regalé...!

Vi muy bien que estaba emocionado. Poniendo su mano en mi cuello, apoyé mi cabeza sobre su hombro y me acaricié como creo que nunca [55r°] habia acariciado a nadie. Me dijo que no todo estaba perdido, que



estaba muy contento de que hiciese el viaje a Roma para afianzar mi vocación, y que, en vez de llorar, debería alegrarme. Añadió que, a la semana siguiente, tenía que ir a Lisieux y que le hablaría de mi al párroco de Santiago, y que no dudase que en Italia recibiría su respuesta.

Comprendí que era inútil seguir insistiendo. Además, ya no tenía nada más que decir, pues había agotado todos los recursos de mi elocuencia.

Monsenor nos acompañó hasta el jardín. Papa le hizo reír mucho contándole que, para aparentar más edad, me había hecho recoger el pelo. (Este detalle no lo echo Monsenor en saco roto, pues cuando había de su «hijita» nunca dejó de contar la historia de su pelo...)

El Sr. Révérony quiso acompañarnos hasta la puerta del jardín del obispado, y dijo a papa que nunca se había visto una cosa así: «¡Un padre tan deseoso de entregar a Dios su hija como ésta de ofrecerse a él!»

Papa le pidió algunas explicaciones sobre la peregrinación, entre otras como había que ir vestidos para presentarse ante el Santo Padre. Aún lo estoy viendo darse vuelta ante el Sr. Révérony, diciéndole: «¿Estaré bien así...?»

El le había dicho también a Monsenor que si él no me daba permiso para entrar en el Carmelo, yo pediría esta gracia al Sumo Pontífice.

Era muy sencillo en sus palabras y en sus modales mi querido rey, pero era tan guapo... Tenía una distinción tan natural, que debió de agradarle mucho a Monsenor, acostumbrado a verse rodeado de personajes que conocían todas las reglas de la etiqueta, pero no al Rey de Francia y de Navarra en persona con su reinocita ...

Cuando llegué a la calle, volvieron a correr las lágrimas, pero no tanto a causa de mi disgusto cuanto por ver que mi papaito querido acababa de hacer un viaje inútil... El, que saboreaba ya por adelantado la alegría de enviar un telegrama al Carmelo anunciando la feliz respuesta de Monsenor, se veía obligado a [55vº] volver sin respuesta de ninguna clase...

¡Qué disgusto tan grande tenía yo...! Me parecía que mi futuro estaba roto para siempre. Cuanto más me acercaba a la meta, más veía embrollarse mis asuntos.

Mi aima estaba hundida en la amargura, pero también en la paz, pues lo único que buscaba era la voluntad de Dios.

En cuanto llegamos a Lisieux, fui a buscar consuelo en el Carmelo, y lo encontré a tu lado, Madre querida. ¡No!, nunca olvidaré todo lo que tú sufriste por mi causa. Si no temiera profanarlas sirviéndome de ellas, podría repetir las palabras que Jesûs dirigiô a los apôstoles la noche de su Pasiôn: «Tû has permanecido siempre conmigo en mis pruebas...»

También mis queridísimas hermanas me ofrecieron muy dulces consuelos...

## CAPITULO VI

### EL VIAJE A ROMA (1887)

Tres días después del viaje a Bayeux, tenía que emprender otro mucho más largo: el viaje a la ciudad eterna...

¡Qué viaje aquél...! Solo en él aprendí más que en largos años de estudios, y me hizo ver la vanidad de todo lo pasajero y que todo es aflicción de espíritu bajo el sol...

Sin embargo, vi cosas muy hermosas; contemplé todas las maravillas del arte y de la religión; y, sobre todo, pisé la misma tierra que los santos apôstoles y la tierra regada con la sangre de los mártires, y mi alma se ensanchó al contacto con las cosas santas...

Me alegro mucho de haber estado en Roma; pero comprendo a quienes, en el mundo, pensaron que papa me había hecho hacer este largo viaje para hacerme cambiar de idea sobre la vida religiosa. Y la verdad es que hubo cosas en él capaces de hacer vacilar una vocación poco firme.

Celina y yo, que nunca habíamos vivido entre gentes del gran mundo, nos encontramos metidas en medio de la nobleza, de la cual se componía casi exclusivamente la peregrination. Pero todos aquellos títulos y aquellos «de», lejos de deslumbrarnos, no nos parecían más que humo... Vistos de lejos, me habían ofuscado un poco alguna vez, pero de cerca, vi que «no todo lo que brilla es oro» y comprendí estas palabras [56r°] de la Imitation: «No vayas tras esa sombra que se llama el gran nombre, ni desees tener muchas e importantes relaciones, ni la amistad especial de ningún hombre».

Comprend! que la verdadera grandeza esta en el aima, y no en el nombre, pues como dice Isaias: «El Señor dará otro nombre a sus elegidos», y san Juan dice también: «Al vencedor le daré una piedra blanca, en la que hay escrito un nombre nuevo que solo conoce quien lo recibe». Solo en el cielo conoceremos, pues, nuestros titulos de nobleza. Entonces cada cual recibirá de Dios la alabanza que merece. Y el que en la tierra haya querido ser el más pobre y el más olvidado, por amor a Jesûs, jése será el primera y el más noble y el más rico...!

La segunda experiencia que vivi se refiere a los sacerdotes. Como nunca habia vivido en su intimidad, no podia comprender el fin principal de la reforma del Carmelo. Orar por los pecadores me encantaba; jpero orar por las aimas de los sacerdotes, que yo creia más puras que el cristal, me parecia muy extraño...!

En Italia comprend! mi vocación. Y no era ir a buscar demasiado lejos un conocimiento tan importante...

Durante un mes convivi con muchos sacerdotes santos, y pude ver que si su sublime dignidad los eleva por encima de los ángeles, no por eso dejan de ser hombres débiles y frágiles... Si los sacerdotes santos, a los que Jesûs llama en el Evangelio «sal de la tierra», muestran en su conducta que tienen una enorme necesidad de que se rece por ellos, <,qué habrá que decir de los que son tibios? ^No ha dicho también Jesûs: «Si la sal se vuelve sosa, ^con qué la salarán?»

jQué hermosa es, Madré querida, la vocación que tiene como objeto conservar la sal destinada a las aimas! Y ésta es la vocación del Carmelo, pues el único fin de nuestras oraciones y de nuestros sacrificios es ser apóstoles de apóstoles, rezando por ellos mientras ellos evangelizan a las aimas con su palabra, y sobre todo con su ejemplo...

[56vº] He de detenerme, pues si continuase hablando de este tema, jno acabaria nunca...!

Voy a contarte mi viaje, Madré querida, con algùn detalle; perdóname si te doy demasiados, pues no pienso lo que voy a escribir, y lo hago en tantos ratos perdidos, debido al poco tiempo libre que tengo, que mi narration quizás te resulte aburrida... Me consuela pensar que en el cielo volveré a hablarte de las gracias que he recibido y que entonces podré hacerlo con palabras amenas y arrobadoras... Alli nada vendrá ya a interrumpir nuestros desahogos intimos y con una sola mirada lo comprenderás todo... Mas como ahora necesito todavia emplear el lenguaje de esta triste tierra,

trataré de hacerlo con la sencillez de un niño que conoce el amor de su madre...

## **Paris: Nuestra Señora de las Victorias**

La peregrinación salía de París el 7 de noviembre, pero papá nos llevó allí unos días antes para que la visitáramos.

Una mañana, a las tres de la madrugada, atravesaba la ciudad de Lisieux, que aún dormía. Muchas emociones pasaron en esos momentos por mí. Sabía que iba hacia lo desconocido y que allá lejos me esperaban grandes cosas... Papá iba feliz. Cuando el tren arrancó, él se puso a cantar aquella vieja canción: «Rueda, rueda, diligencia, que ya estamos en camino».

Llegamos a París por la mañana, y comenzamos enseguida a visitar la ciudad. Nuestro pobre papá se desvió por complacernos, así que en poco tiempo teníamos vistas todas las maravillas de la capital.

Yo solo encontré una que verdaderamente me encantara, y esa maravilla fue: «Nuestra Señora de las Victorias», ¡imposible decir lo que sentí a sus pies...! Las gracias que me concedió me emocionaron tan profundamente, que solo mis lágrimas traducían mi felicidad, como en el día de mi primera comunión... La Santísima Virgen me hizo sentir que había sido realmente ella quien me había sonreído y curado. Comprendí que velaba por mí y que yo era su hija; y que, entonces, yo no podía darle ya [57rº] otro nombre que el de «mamá», que me parecía mucho más tierno que el de Madre...

¡Con qué fervor le pedí que me amparara siempre y que convirtiera pronto mi sueño en realidad, escondiéndome a la sombra de su manto virginal...! Ese había sido uno de mis primeros deseos de niña... Luego, al crecer, había comprendido que solo en el Carmelo podría encontrar de verdad el manto de la Santísima Virgen, y hacia esa fértil montaña volaban todos mis deseos...

Supliqué también a Nuestra Señora de las Victorias que alejase de mí todo lo que pudiese empañar mi pureza. No ignoraba que en un viaje como éste a Italia, se encontrarían muchas cosas capaces de turbarme, sobre todo porque, al no conocer el mal, temía descubrirlo, por no haber experimentado todavía que para el puro todo es puro y que las cosas sencillas y rectas no ven mal en ninguna parte, pues el mal solo existe en los corazones impuros y no en los objetos inanimados...

Rogué también a san José que velase por mi. Desde mi niñez le tenía una devoción que se confundía con mi amor a la Santísima Virgen. Todos los días le rezaba la oración: «San José, padre y protector de las vírgenes».

Con esto, emprendí sin miedo el largo viaje. Iba tan bien protegida, que me parecía imposible tener miedo.

Después de consagrarnos al Sagrado Corazón en la basílica de Montmartre, salimos de París el lunes 7 muy de madrugada. No tardamos en ir conociendo a las demás personas de la peregrinación. Yo, que era tan tímida que no solía atreverme casi a hablar, me hallé completamente libre de tan molesto defecto. Con gran sorpresa mía, hablaba libremente con todas las grandes damas, con los sacerdotes, e incluso con el obispo de Coutances. Como si hubiese vivido siempre en ese mundo.

Creo que [57vº] todo el mundo nos quería, y a papa se le veía orgulloso de sus hijas. Pero si él estaba orgulloso de nosotras, nosotras no lo estábamos menos de él, pues en toda la peregrinación no había un caballero más apuesto ni distinguido que mi querido rey. Le gustaba verse acompañado de Celina y de mi, y muchas veces, cuando no íbamos en coche y yo me alejaba de su lado, me llamaba para que le diese el brazo como en Lisieux...

El Sr. abate Révérony se fijaba muy atentamente en todo lo que hacíamos. Con frecuencia le sorprendía mirándonos de lejos. En la mesa, cuando yo no estaba enfrente de él, encontraba la manera de inclinarse para verme y para escuchar lo que decía. Quería, sin duda, conocerme para saber si yo era realmente capaz de ser carmelita. Y creo que debió quedar satisfecho del examen, pues al final del viaje pareció estar bien dispuesto en mi favor. Pero en Roma estuvo muy lejos de serme favorable, como luego diré.

## **Suiza**

Antes de llegar a la ciudad eterna, meta de nuestra peregrinación, tuvimos ocasión de contemplar muchas maravillas. Primero fue Suiza, con sus montañas cuyas cimas se pierden entre las nubes, y sus impetuosas cascadas despenándose de mil diferentes maneras, y sus profundos valles plagados de helechos gigantes y de brezos rosados.

¡Cuánto bien, Madré querida, hicieron a mi alma todas aquellas maravillas de la naturaleza derramadas con tanta profusión! ¡Cómo la hicieron elevarse hacia Quien quiso sembrar de tanta obra maestra esta tierra

nuestra de destierro que no ha de durar más que un día...! No tenía ojos basiantes para mirar. De pie, pegada a la ventanilla, casi se me cortaba la respiration. Hubiera querido estar a los dos lados del vagôn, pues, al volverme, contemplaba paisajes de auténtica fantasia y totalmente diferentes de los que se extendían ante mí.

Unas veces nos hallâbamos en la cima de una montaña. A nuestros pies, [58rº] precipicios cuya profundidad no podía sondear nuestra mirada parecían dispuestos a engullirnos...

Otras veces era un pueblecito encantador, con sus esbeltas casitas de montaña y su campanario sobre el que se cernían blandamente algunas nubes resplandecientes de blancura...

Alla más lejos, un ancho lago, dorado por los últimos rayos del sol. Sus ondas, serenas y claras, tenidas del color azul del cielo mezclado con las luces rojizas del atardecer, ofrecían a nuestros ojos maravillados el espectáculo más poético y encantador que se pueda imaginar...

En lontananza, sobre el vasto horizonte, se divisaban las montañas cuyos contornos imprecisos hubieran escapado a nuestra vista si sus cumbres nevadas, que el sol volvía deslumbrantes, no hubiesen añadido un encanto más al hermoso lago que nos fascinaba...

La contemplation de toda esa hermosura hacía nacer en mí ideas y pensamientos muy profundos. Me parecía comprender ya en la tierra la grandeza de Dios y las maravillas del cielo...

La vida religiosa se me aparecía tal cual es, con sus sujeciones y sus pequeños sacrificios realizados en la sombra. Comprendía lo fácil que es replegarse sobre uno mismo y olvidar el fin sublime de la propia vocation, y pensaba: Más tarde, en la hora de la prueba, cuando, prisionera en el Carmelo, no pueda contemplar más que una esquinita del cielo estrellado, me acordaré de lo que estoy viendo hoy; y ese pensamiento me dará valor; y al ver la grandeza y el poder de Dios -el único a quien quiero amar-, olvidaré fácilmente mis pobres y mezquinos intereses. Ahora que «mi corazón ha vislumbrado lo que Jesús tiene preparado para los que lo aman», no tendré la desgracia de apegarme a unas pajas...

## **Milan, Venecia, Bolonia, Loreto**

Después de haber admirado el poder de Dios, pude también admirar el que él ha concedido sus criaturas.

La primera ciudad de Italia que visitâmes fue Milan. La catedral, toda de mârmo blanco, y con sus estatuas suficientemente numerosas como para formar un pueblo innumerable, [58v°] la visitâmes hasta en sus mas pequenos detalles.

Celina y yo éramos intrépidas. Siempre ibamos las primeras y seguimos muy de cerca a Monsenor para ver todo lo referente a las reliquias de los santos y escuchar bien las explicaciones. Por ejemplo, mientras él celebraba el santo sacrificio sobre la tumba de san Carlos, nosotras estâbamos con papa detrás del altar, con la cabeza apoyada en la urna que guarda el cuerpo del santo revestido de sus ornamentos pontificales. Y asi haciamos en todas partes... Excepto cuando se trataba de subir adonde la dignidad de un obispo no lo permitia, pues en tales casos sabiamos muy bien separarnos de Su Excelencia...

Dejando a las timidas senoras tapândose la cara con las manos después de subir a los primeros campaniles que coronaban la catedral, nosotras seguimos a los peregrinos mas audaces y llegamos hasta lo alto del último campanario de mârmo, y tuvimos el placer de contemplar a nuestros pies la ciudad de Milan, cuyos numerosos habitantes parecian un pequeno hormiguero...

Bajamos de nuestro pedestal, y comenzamos nuestros paseos en coche, que iban a durar un mes jy que iban a saciarme para siempre de mis ganas de rodar sin nunca cansarme!

El camposanto nos gusto todavia mas que la catedral. Todas aquellas estatuas de mârmo blanco, a las que el cincel dei genio parece haber insuflado vida, estân colocadas por el enorme campo de los muertos con una especie de estudiado descuido que, para mi gusto, aumenta aùn mas su encanto... Uno casi se siente tentado de acercarse a consolar a aquellos personajes idealizados que te rodean. Su expresiôn es tan real, y su dolor tan sereno y resignado, que uno no puede por menos de reconocer los pensamientos de inmortalidad que debian llenar el corazôn de los artistas que realizaron esas obras de arte

Hay una nina arrojando flores sobre la tumba de sus padres. Parece como si el mârmo hubiera perdido su pesadez y los delicados pétalos se deslizaran entre los dedos de la nina; el viento parece dispersarlos, y parece [59r°] también hacer flotar el vélo ligero de las viudas y las cintas con que las jôvenes adornan sus cabellos.

Papa estaba tan encantado como nosotras. En Suiza se había sentido cansado; pero aquí recobró su jovialidad y disfrutó del hermoso espectáculo que contemplábamos. Su alma de artista se reflejaba en las expresiones de fe y de admiración que aparecían en su hermoso rostro.

Un señor ya mayor (francés), que no tenía, sin duda, un alma tan poética, nos miraba con el rabillo del ojo y decía malhumorado, como con aire de lamentar el no poder compartir nuestra admiración: «¡Pero qué entusiastas son los franceses!»! Creo que aquel pobre señor hubiera hecho mejor quedándose en su casa, pues no me pareció que estuviera satisfecho del viaje; con frecuencia se ponía a nuestro lado, y de su boca no salían más que quejas: estaba descontento de los coches, de los hoteles, de las personas, de las ciudades, en suma, de todo... Papa, con su habitual grandeza de alma, trataba de animarlo, le cedía su sitio, etc.; en definitiva, se encontraba siempre a gusto en todas partes y era de un temperamento diametralmente opuesto al de su desagradable vecino... ¡Cuántos y cuán diferentes personajes encontramos! ¡Y qué interesante el estudio del mundo cuando uno está a punto de abandonarlo...!

En Venecia la escena cambió por completo. Allí, en lugar de los ruidos de las grandes ciudades, solo se oyen, en medio del silencio, los gritos de los gondoleros y el murmullo del agua agitada por los remos.

Venecia no carece de encantos, pero a mí me pareció una ciudad triste. El palacio de los Duces es espléndido; pero resulta también triste, con sus enormes salones en los que se hace una verdadera ostentación de oro, de maderas, de los mármoles más preciosos y de los cuadros de los más célebres maestros. Hace ya muchos años que sus bóvedas sonoras han dejado de escuchar la voz de los gobernadores pronunciando sentencias de vida o de muerte en aquellas salas que atravesábamos... Han dejado de sufrir los desdichados prisioneros encerrados por los duces en los calabozos y en las [59v°] mazmorras subterráneas...

Al visitar aquellas espantosas prisiones, me parecía estar viviendo en los tiempos de los mártires, ¡y me habría gustado poder quedarme allí para imitarlos...! Pero tuvimos que salir prontamente y pasar el puente de los suspiras, así llamado a causa de los suspiras de alivio que daban los condenados al verse libres del horror de los sótanos, a los que preferían la muerte...

Desde Venecia nos dirigimos a Padua, donde veneramos la lengua de san Antonio. Y de allí a Bolonia, donde vimos el cuerpo de santa Catalina, que conserva la huella del beso del Niño Jesús.



Muchos son los detalles interesantes que podría dar sobre cada ciudad y sobre las mil peripecias de nuestro viaje, pero sería para nunca acabar, por lo que solo voy a escribir los detalles más importantes.

Respiré al salir de Bolonia. Esa ciudad se me había hecho insoportable a causa de los estudiantes que la llenaban y que formaban un auténtico cerco a nuestro alrededor cuando teníamos la desgracia de salir a pie, y sobre todo a causa de la pequeña aventura que me sucedió con uno de ellos. Me alegré de emprender el camino hacia Loreto.

No me extraña que la Santísima Virgen haya elegido este lugar para transportar a él su bendita casa. Allí la paz, la alegría y la pobreza reinan como soberanas. Todo es sencillo y primitivo. Las mujeres han conservado su vistoso traje italiano y no han adoptado, como en otras ciudades, la moda de París. En una palabra, ¡Loreto me encanté!

¿Y qué puedo decir de la santa casa...? Me emocioné profundamente encontrarme bajo el mismo techo que la Sagrada Familia, contemplar las paredes en las que Jesús posó sus ojos divinos, pisar la tierra que José regó con su sudor y donde María llevó en brazos a Jesús después de haberlo llevado en su seno virginal... Visité la salita donde el ángel se apareció a la Santísima Virgen... Metí mi rosario en la pequeña escudilla del Niño Jesús... ¡Qué recuerdos tan maravillosos...!

[60rº] Pero nuestra mayor alegría fue recibir al mismo Jesús en su casa y convertirnos en su templo vivo en el mismo lugar que él honró con su presencia.

Es costumbre en Italia conservar el Santísimo, en las iglesias, solo en un altar, y solamente allí se puede recibir la sagrada comunión. Este altar se encuentra en la misma basilica donde está la Santa Casa, encerrada como un diamante precioso en un estuche de mármol blanco. Esto no nos gustó, pues queríamos recibir la comunión, no en el estuche, sino en el mismo diamante.

Papa, con su finura habitual, hizo como todo el mundo. Pero Celina y yo fuimos a buscar a un sacerdote que nos acompañaba por todas partes, y que en aquel preciso momento se disponía a celebrar la santa misa, por un privilegio especial, en la Santa Casa. Pidió dos hostias pequeñas, que puso en la patena con la hostia grande. Ya comprenderás, Madre querida, cuál sería nuestra ilusión al recibir las dos juntas la sagrada comunión en aquella casa bendita... Fue una alegría totalmente celestial que no se puede expresar en palabras. ¿Qué será entonces cuando recibamos la comunión en la morada celestial del rey de los cielos...? Allí ya no veremos

que se nos acaba la alegría, ni existirá ya la tristeza de la partida, y para llevarnos un recuerdo no tendremos que rascar furtivamente las paredes santificadas por la presencia divina, pues su casa será la nuestra por toda la eternidad....

Dios no quiere darnos su casa de la tierra; se conforma con enseñarnosla para hacernos amar la pobreza y la vida escondida. La que nos reserva es su propio palacio de la gloria, donde ya no le veremos escondido bajo las apariencias de un niño o de una blanca hostia, ¡¡¡sino tal cual es en el esplendor de su gloria infinita...!!!

## **El coliseo y las catacumbas**

Ahora solo me falta ya hablar de Roma. ¡De Roma, meta de [60vº] nuestro viaje, donde yo esperaba encontrar el consuelo, pero donde encontré la cruz...!

Llegamos a Roma de noche y dormidos. Nos despertaron los empleados de la estación, que gritaban: «Roma, Roma». No era un sueño, ¡estaba en Roma...!

El primer día lo pasamos extramuros, y fue quizás el más delicioso de todos, pues todos los monumentos han conservado su sello de antigüedad, mientras que en el centro de Roma, ante el fausto de los hoteles y de las tiendas, uno tiene la impresión de estar en París.

Aquel paseo por la campiña romana me ha dejado un gratisimo recuerdo. No hablaré de los lugares que visitamos, pues hay bastantes libros que los describen por extenso, sino solamente de las principales emociones que viví.

Una de las más dulces fue la que me hizo estremecerme a la vista del Coliseo. Por fin, podía ver aquella arena en la que tantos mártires habían derramado su sangre por Jesús, y ya me disponía a besar la tierra que ellos habían santificado. ¡Pero qué decepción la mía! El centro no era más que un montón de escombros que los peregrinos tenían que conformarse con mirar, pues una valla les impedía entrar. Por otra parte, nadie sintió la tentación de intentar meterse por en medio de aquellas ruinas...

tsPero valía la pena haber venido a Roma y quedarse sin bajar al Coliseo...? Aquello me parecía imposible. Ya no escuchaba las explicaciones del guía, solo un pensamiento me rondaba por la cabeza: bajar a la arena...

Al ver pasar a un obrero con una escalera, estuve a punto de pedirselas. Afortunadamente no puse en práctica mi idea, pues me habría tornado por loca...

Se dice en el Evangelio que la Magdalena, perseverando junto al sepulcro y agachándose insistentemente para mirar dentro, acabó por ver dos ángeles. Yo, igual que ella, aun reconociendo la imposibilidad de ver cumplidos mis deseos, [61 rº] seguía agachándome hacia las ruinas, adonde quería bajar.

Por fin, no vi ángeles, pero sí lo que buscaba. Lancé un grito de alegría y le dije a Celina: «¡Ven corriendo, vamos a poder pasar...!»

Inmediatamente sorteamos la valla, hasta la que en aquel sitio llegaban los escombros, y comenzamos a escalar las ruinas, que se hundían bajo nuestros pies.

Papa nos miraba, completamente asombrado de nuestra audacia, y no tardé en indicarnos que volviéramos. Pero las dos fugitivas ya no oían nada. Lo mismo que los guerreros sienten aumentar su valor en medio del peligro, así nuestra alegría iba en aumento en proporción al trabajo que nos costaba alcanzar el objeto de nuestros deseos.

Celina, más previsora que yo, había escuchado al guía, y acordándose de que éste acababa de señalar un pequeño adoquín marcado con una cruz como el lugar en el que combatían los mártires, se puso a buscarlo. No tardé en encontrarlo, y, arrodillándonos sobre aquella tierra sagrada, nuestras aïmas se fundieron en una misma oración...

Al posar mis labios sobre el polvo purpurado por la sangre de los primeros cristianos, me latía fuertemente el corazón. Pedí la gracia de morir también mártir por Jesùs, y sentí en el fondo del corazón que mi oración había sido escuchada...

Todo esto sucedió en muy poco tiempo, y después de coger algunas piedras, volvimos hacia los muros en ruinas para volver a comenzar nuestra arriesgada empresa. Papa, al vernos tan contentas, no tuvo valor para renirnos, y me di cuenta de que estaba orgulloso de nuestra valentía...

Dios nos protegió visiblemente, pues los peregrinos no se dieron cuenta de nuestra empresa por estar algo más lejos que nosotros, ocupados sin duda en contemplar las magníficas arcadas, de las que el guía estaba

resaltando «las pequeñas cornisas y los cupidos colocados sobre ellas». Y así, ni él ni los «seriores abates» se enteraron de la alegría que embargaba nuestros corazones...

También las catacumbas me dejaron una gratisima impresi3n. Son [61 vº] tal como me las habia imaginado leyendo su descripci3n en la vida de los m3rtires. La atm3sfera que all3 se respira esta tan llena de fragancia, que, despu3s de pasar en ellas buena parte de la tarde, me daba la impresi3n de haber estado tan solo unos instantes...

Teniamos que llevarnos alg3n recuerdo de las catacumbas. Asi que, dejando que se alejase un poco la procesi3n, Celina y Teresa se deslizaron las dos juntas hasta el fondo dei antiguo sepulcro de santa Cecilia y cogieron un poco de la tierra santificada por su presencia.

Antes del viaje a Roma, yo no tenia especial devoci3n a esta santa. Pero al visitar su casa, convertida en iglesia, y el lugar de su martirio, al saber que habia sido proclamada reina de la armonia, no por su hermosa voz ni por su talento musical, sino en memoria del canto virginal que hizo oir a su Esposo celestial escondido en el fondo de su coraz3n, senti por ella algo mas que devoci3n: una aut3ntica ternura de amiga... Se convirti3 en mi santa predilecta, en mi confidente intima... Todo en ella me fascina, sobre todo su abandono y su confianza sin limites, que la hicieron capaz de virginizar a unas aimas que nunca habian deseado mas alegrias que las de la vida pr3sente...

Santa Cecilia se parece a la esposa del Cantar de los Cantares. Veo en ella «un coro en medio de un campo de batalla...» Su vida no fue mas que un canto melodioso, aun en medio de las mayores pruebas, y no me extraria, pues «el santo Evangelio reposaba sobre su coraz3n» y en su coraz3n reposaba el Esposo de las virgenes...

Tambi3n la visita a la iglesia de Santa In3s fue para mi muy dulce. All3 iba a visitar en su casa a una amiga de la infancia. Le habl3 largamente de la que tan dignamente lleva su nombre, e hice todo lo posible por conseguir una reliquia de la angelical patrona de mi Madr3 querida para tra3rsela. [62rº] Pero no pudimos conseguir mas que una piedrecita roja que se desprendi3 de un rico mosaico cuyo origen se remonta a los tiempos de santa In3s y que ella debi3 de mirar muchas veces. <,No resulta encantadora la amabilidad de la santa, al regalarnos ella misma lo que busc3bamos y que nos estaba prohibido tomar...? Siempre me ha parecido aquello una delicadeza y una prueba del amor con que la dulce santa In3s mira y protege a mi Madr3 querida...

## **Audiencia con Leon XIII**

Seis dias pasamos visitando las principales maravillas de Roma, y el séptimo vi la mayor de todas: «Leon XIII...»

Deseaba que llegase aquel dia, y al mismo tiempo lo temia. De él dependia mi vocaciôn, pues la respuesta que debia recibir de Monsenor no habia llegado y habia sabido, Madre querida, por una carta tuya, que ya no estaba muy bien dispuesto en mi favor. Asi que mi ùnica tabla de salvation era el permiso del Santo Padre...

Pero para obtenerlo, habia que pedirlo. Tenia que atreverme a hablar «al Papa» delante de todo el mundo. Y simplemente el pensarlo me hacia temblar. Solo Dios sabe, y mi querida Celina, lo que sufrí antes de la audiencia. Nunca olvidaré como me acompañô ella en todas mis pruebas; parecia como si mi vocaciôn fuese la suya.

(Los sacerdotes de la peregrination se dieron cuenta de como nos queriamos. Una noche estâbamos en una reunion tan numerosa, que faltaban sillas; enfonces Celina me sentô sobre sus rodillas y nos miramos con tanto carino, que un sacerdote exclamé: «¡Cômo se quieren! ¡Esas dos hermanas serân siempre inseparables!» Si, nos queriamos; pero nuestro carino era tan puro y tan fuerte, que el pensamiento de la separation no nos inquietaba, pues sabiamos que nada en el mundo, ni siquiera el océano, podria alejarnos una de otra... Celina veia tranquila como mi [62v°] barquilla se iba acercando a la ribera del Carmelo y se resignaba a quedarse en el mar tempestuoso del mundo todo el tiempo que Dios quisiera, segura de que un dia también ella llegaria a la ribera objeto de nuestros deseos...)

El domingo 20 de noviembre, vestidas segùn la étiqueta dei Vaticano (es decir, de negro, y con mantilla de encaje por tocado) y adornadas con una gran medalla de Leon XIII que colgaba de una tinta azul y blanca, hicimos nuestra entrada en el Vaticano, en la capilla dei Sumo Pontifice.

A las 8, nuestra emotion fue muy profunda al verle entrar para celebrar la santa Misa... Tras bendecir a los numerosos peregrinos congregados a su alrededor, subiô las gradas del altar y nos demostrô con su piedad, digna del Vicario de Jesûs, que era verdaderamente «el Santo Padre». Cuando Jesûs bajô a las manos de su Pontifice, mi corazôn latiô con fuerza y mi oraciôn se hizo ardiente. Sin embargo, la confianza llenaba mi corazôn. El Evangelio de ese dia contenia estas palabras: «No temas, pequeno rebano, porque mi Padre ha tenido a bien daros su reino».

No, no temia. Esperaba que muy pronto seria mio el reino del Carmelo. No pensaba entonces en aquellas otras palabras de Jesûs: «Yo os transmito el reino como me lo transmitié mi Padre a mi». Es decir, te reservo cruces y tribulaciones; asi te haras digna de poseer ese reino por el que suspiras. Si fue necesario que Cristo sufriera, para entrar asi en su gloria, si tû quieres tener un sitio a su lado, jtendrâs que beber el câliz que él mismo bebiô...! Ese câliz me lo présenté el Santo Padre, y mis lâgrimas fueron a mezclarse con la amarga bebida que se me ofrecia.

Después de la misa de acciën de gracias que siguié a la de Su Santidad, comenzé la audiència.

Leon XIII estaba sentado en un gran sillón. Vestia simplemente [63r°] una sotana blanca y una muceta del mismo color, y en la cabeza no llevaba mâs que un pequeno solideo. A su lado estaban, de pie, varios cardenales, arzobispos y obispos, pero yo solo los vi globalmente, pues mi atenciën estaba centrada en el Santo Padre.

Ibamos desfilando procesionalmente ante él. Cada peregrino, cuando le llegaba su turno, se arrodillaba, besaba el pie y la mano de Leon XIII, recibia su bendiciën y dos guardias nobles le tocaban, por ceremonia, indicândole asi que debia levantarse (al peregrino, pues me explico tan mal, que podria entenderse que era al Papa).

Antes de entrar en el salon pontificio, yo estaba completamente decidida a hablar; pero senti que mi valor flaqueaba cuando vi a la derecha del Santo Padre jal «Serior Révérony...! Casi en aquel mismo instante nos dijeron de su parte que prohibia hablar a Leon XIII, pues la audiència se estaba prolongando demasiado...

Yo me volvi hacia mi Celina querida para conocer su opinion. «¡Hablal!», me dijo. Un momento después estaba yo a los pies del Santo Padre. Después de besarle la sandalia, me présenté la mano; pero en lugar de besârsela, junté las mias y elevando hacia su rostro mis ojos banados en lâgrimas, exclamé:

«¡Santisimo Padre, tengo que pedir os una gracia muy grande...!»

Entonces el Sumo Pontifice incliné hacia mi su cabeza, de manera que mi rostro casi tocaba el suyo, y vi sus ojos negros y profundos que se fijaban en mi y parecian querer penetrarme hasta el fondo del aima.

«¡Santisimo Padre, en honor de vuestras bodas de oro, permitidme entrar en el Carmelo a los 15 años...!»

Sin duda, la emoción hacia temblar mi voz. Por lo que el Santo Padre, volviéndose hacia el Sr. Révérony, que me miraba asombrado y disgustado, le dijo:

«No comprendo bien».

Si Dios lo hubiera permitido, le habría sido fácil al Sr. Révérony alcanzarme lo que deseaba, pero Dios quería darme cruz, y no consuelo.

«Santisimo Padre (respondió el Vicario General), se trata de una niña que desea entrar en el Carmelo a los 15 años; pero los superiores están en estos momentos estudiando la cuestión».

«Bueno, hija mía, respondí el Santo Padre mirándome bondadosamente, haz lo que te digan los superiores»:

Entonces, apoyando mis manos [63v°] en sus rodillas, hice un último intento y le dije con voz suplicante:

«¡Si, Santísimo Padre! Pero si usted dijese que sí, todo el mundo estaría de acuerdo».

Me miré fijamente y pronuncié estas palabras, recalcando cada sílaba:

«Vamos... vamos... Entrarás si Dios lo quiere...» (Y su acento tenía un no sé qué de tan penetrante y convincente, que aún me parece estar oyéndole).

Animada por la bondad del Santo Padre, quise seguir hablando, pero los dos guardias nobles me tocaron cortésmente, para que me levantara; y viendo que con eso no bastaba, me cogieron por los brazos y el Sr. Révérony les ayudé a levantarme, pues seguía con las manos juntas apoyadas en las rodillas del Santo Padre, y tuvieron que arrancarme de sus pies a viva fuerza...

Mientras me quitaban de en medio de esa manera, el Santo Padre acercó su mano a mis labios y después la levante para bendecirme. Entonces los ojos se me llenaron de lágrimas, y el Sr. Révérony pudo contemplar al menos tantos diamantes como había visto en Bayeux...

Los dos guardias nobles me llevaron en volandas, por así decirlo, hasta la puerta, donde un tercero me dio una medalla de León XIII.

Celina, que iba detrás de mí, acababa de ser testigo de la escena que acababa de ocurrir. Casi tan emocionada como yo, tuvo no obstante valor para pedir al Santo Padre una bendición para el Carmelo. El Sr. Révérony, con voz, malhumorada, respondió:

«El Carmelo ya está bendecido».

Y el Santo Padre contestó con ternura:

«Sí, sí, ¡ya está bendecido!»

Papá se había acercado a los pies de León XIII antes que nosotras (con los caballeros). El Sr. Révérony había estado con él encantador, presentándolo como el padre de dos carmelitas. El Santo Padre, como muestra de especial benevolencia, posó su mano sobre la cabeza venerable de mi querido rey, como marcándole con un sello misterioso en nombre de Aquel de quien era verdadero representante...

Ahora que este padre de cuatro carmelitas está en el cielo, ya no es la mano del Pontífice la que reposa sobre su frente, [64r°] profetizándole el martirio... Es la mano del Esposo de las Vírgenes, la del Rey de la gloria, la que hace resplandecer la cabeza de su fiel servidor. ¡Y ya nunca esa mano adorada dejará de apoyarse en la frente que ella misma ha glorificado...!

Mi papá querido se llevó un disgusto muy grande cuando, al salir de la audiencia, me encontré deshecha en lágrimas, e hizo todo lo posible por consolarme; pero en vano...

En el fondo del corazón yo sentía una gran paz, puesto que había hecho absolutamente todo lo que estaba en mis manos para responder a lo que Dios pedía de mí. Pero esa paz estaba en el fondo, mientras la amargura inundaba mi alma, pues Jesús callaba. Parecía estar ausente, nada me revelaba su presencia... Tampoco aquel día el sol se atrevió a brillar, y el hermoso cielo de Italia, cargado de oscuros nubarrones, no cesó de llorar conmigo...

Todo había terminado. El viaje no tenía ya el menor atractivo para mí, pues su objetivo había fracasado

Sin embargo, las últimas palabras del Santo Padre deberían haberme consolado: <no eran, en realidad, una verdadera profecía? A pesar de



todos los obstáculos, se realice) lo que Dios quiso. No permitiô a las criaturas hacer lo que ellas querian, sino lo que queria él...

Desde hacia algùn tiempo, me habia ofrecido al Nino Jesûs para ser su juguetito. Le habia dicho que no me tratase como a uno de esos juguetes caros que los ninos se contentan con mirar sin atreverse a tocarlos, sino como a una pelotita sin valor que pudiera tirar al suelo, o golpear con el pie, o agujerear, o dejarla en un rincon, o bien, si le apetecia, estrecharla contra su corazôn. En una palabra, queria divertir al Nino Jesûs, agradarle, entregarme a sus caprichos infantiles... Y él habia escuchado mi oraciôn...

En Roma Jesûs agujereô su juguetito. Quería ver lo que habia dentro. Y luego, una vez que lo vio, satisfecho de su descubrimiento, dejô caer su [64v°] pelotita y se quedô dormido...

ôY qué hizo mientras dormia dulcemente, y qué fue de la pelotita abandonada...? Jesûs sono que seguia divirtiéndose con su juguete, tiràndolo y cogiéndolo una y otra vez; y luego, que, después de haberlo echado a rodar muy lejos, lo estrechaba contra su corazôn sin dejarlo alejarse ya nunca mas de su manita...

Imaginate, Madré querida, lo triste que se sentiria la pelotita al verse tirada por el suelo... Sin embargo, no dejé de esperar contra toda esperanza.

Unos dias después de la audiencia con el Santo Padre, papa fue a visitar al hermano Simeon, y encontré alli al Sr. Révérony, que se mostrô muy amable. Papa le reproché jovialmente que no me hubiese ayudado en mi difícil empresa, y luego le contô la historia de su reina al hermano Simeon. El venerable anciano escuchô su relato con gran interés, tomo incluso algunas notas y dijo emocionado: «¡Estas cosas no se ven en Italia!»

Creo que aquella entrevista causé muy buena impresiôn al Sr. Révérony, que a partir de entonces no dejô de darme muestras de que por fin estaba convencido de mi vocacion.

## **Nâpoles, Asis, regreso a Francia**

Al dia siguiente de la memorable jornada, tuvimos que salir de madrugada para Nâpoles y Pompeya. El Vesubio, en nuestro honor, no dejô de meter ruido en todo el dia, dejando escapar entre sus canonazos una espesa columna de humo. Las huellas que ha dejado en las ruinas de Pompeya son horribles y muestran el poder de Dios, que «mira a la tierra y la hace temblar, toca los montes y humean...»

Me hubiera gustado pasearme sola por entre las ruinas y meditar en la fragilidad de las realidades humanas, pero la cantidad de viajeros quitaba a la ciudad destruida buena parte de su melancólico encanto...

En Nâpoles fue todo lo contrario. La gran cantidad de coches de dos caballos hizo que resultara espléndido nuestro paseo al monasterio de San Martin, situado en la cima de [65r°] una alta colina que dominaba toda la ciudad. Lamentablemente, los caballos que nos conducian se desbocaban a cada paso, y mas de una vez creí llagada mi última hora. Por mas que el cochero repetia continuamente la palabra mágica de los conductores italianos: «Appipô, appipô...», los pobres caballos estaban empeñados en volcar el coche. Por fin, gracias a la protection de nuestros ângeles de la guarda, llegamos a nuestro magnifico hotel.

A lo largo de todo nuestro viaje nos alojamos en hoteles principescos. Nunca antes me habia visto rodeada de tanto lujo. Y aqui si que cabe decir que la riqueza no hace la felicidad, pues yo me habria sentido mucho mas feliz bajo un techo de paja con la esperanza del Carmelo, que entre artesonados de oro, escaleras de mârmo blanco y tapices de seda, con amargura en el corazôn...

Comprend! bien que la alegria no se halla en las cosas que nos rodean, sino en lo mas intimo de nuestra aima; se la puede poseer lo mismo en una prisiôn que en un palacio. La prueba esta en que yo soy mas feliz en el Carmelo, aun en medio de mis sufrimientos interiores y exteriores, que entonces en el mundo, rodeada de las comodidades de la vida y sobre todo de la ternura dei hogar paterno...

Llevaba el aima sumida en la tristeza. Sin embargo, exteriormente era la misma, pues creia que nadie conocia la petition que habia hecho al Santo Padre. Pronto me conventi de lo contrario. Habiéndome quedado sola con Celina en el vagôn (los demâs peregrinos habian bajado a la cantina de la estaciôn, aprovechando unos pocos minutos de parada), vi que el Sr. Legoux, Vicario General de Coutances, abria la puerta y mirândome me decia sonriendo: «^Como esta nuestra pequena carmelita...?» Entonces comprend! que toda la peregrination conocia mi secreto. Gracias a Dios, nadie me hablô sobre ello, pero, por la simpatia con que me miraban, me di cuenta de que mi petition no les habia producido mala [65v°] impresiôn, sino todo lo contrario...

En la pequena ciudad de Asis tuve ocasiôn de subir al coche del Sr. Révérony, un honor que no le fue concedido a ninguna dama durante todo el viaje. Te cuento como conseguí ese privilegio.

Después de visitar los lugares impregnados por el aroma de las virtudes de san Francisco y santa Clara, terminámes en el monasterio de Santa Inès, hermana de santa Clara.

Yo habia estado contemplando a mis anchas la cabeza de la santa y cuando me retiraba, una de las últimas, me di cuenta de que habia perdido el cinturôn. Lo busqué en medio de la muchedumbre. Un sacerdote se compadeció de mi y me ayudé; pero después de habérmelo encontrado, le vi alejarse, y yo me quedé sola buscando, pues aunque tenía el cinturôn no me lo podia poner, pues faltaba la hebilla... Por fin, la vi brillar en un rincôn. Cogerla y ajustarla al cinturôn no me llevô mucho tiempo, pero todo el trabajo anterior si que me lo habia llevado. Asi que me quedé de una pieza al ver que estaba sola al salir de la iglesia. Todos los coches, y eran muchos, habian desaparecido, excepto el del Sr. Révérony. <¿Qué decision tomar? ^Echarme a correr detrás de los coches, que ya no se veian, exponiéndome a perder el tren, con la consiguiente preocupaciôn de mi querido papa, o bien pedir un sitio en la calesa del Sr. Révérony...?

Me decidi por esta última solution. Con la mayor amabilidad y lo menos apurada que pude, a pesar de mi apuro, le expuse mi critica situation y lo puse a él mismo en un apuro, pues su coche iba lleno de los mas distinguidos caballeros de la peregrination. Imposible encontrar una plaza libre. Pero un caballero muy galante se apresurô a bajar, me hizo ocupar su asiento, y se puso él modestamente al lado del cochero. Parecia una ardilla atrapada en un cepo, y estaba muy lejos de encontrarme a gusto, rodeada de todos aquellos personajes ilustres, y sobre todo del mas temible de todos ellos, frente al cual iba sentada... Sin embargo, estuvo muy [66r°] amable conmigo, interrumpiendo de vez en cuando su conversation con los caballeros para hablarme del Carmelo.

Antes de llegar a la estaciôn, todos aquellos grandes personajes sacaron sus grandes monederos para dar una propina al cochero (que ya estaba pagado). Yo hice lo mismo, y saqué mi diminuto monedero, pero el Sr. Révérony no me permitiô sacar mis pretiosas moneditas y prefiriô dar él una grande de las suyas por los dos.

En otra ocasiôn volvi a encontrarme a su lado en el omnibus. Estuvo mas amable todavia, y me prometiô hacer todo lo que pudiera para que entrase en el Carmelo...

Aunque estos breves encuentros pusieron un poco de bálamo en mis Hagas, no pudieron evitar que el regreso fuese mucho menos placentero que la ida, pues ya no tenía la esperanza «del Santo Padre». No

encontraba ayuda alguna en la tierra, que me parecia un desierto agostado y sin agua. Solo en Dios tenia puesta toda mi esperanza... Acababa de conocer por experiencia que vale mas recurrir a él que a sus santos...

La tristeza de mi alma no fue obstaculo para que pusiese un gran interés en los santos lugares que visitâbamos.

En Florencia tuve la dicha de contemplar a santa Maria Magdalena de Pazzis, colocada en medio del coro de las carmelitas, que nos abrieron la reja. Como no sabiamos que ibamos a disfrutar de tal privilegio, y muchas personas deseaban hacer tocar sus rosarios en el sepulcro de la santa, no habia nadie mas que yo que pudiese pasar la mano por entre la reja que nos separaba de él. Por eso, todos me traian sus rosarios, y yo me sentia muy orgullosa de mi oficio...

Siempre ténia que encontrar la forma de tocarlo todo. Asi, en la iglesia de la Santa Cruz de Jerusalén (en Roma) pudimos venerar varios fragmentes de la verdadera Cruz, dos espinas y uno de los sagrados clavos, encerrado en un magnifico relicario de oro labrado, pero sin cristal, por lo que, al venerar la sagrada reliquia, encontré la forma de pasar mi dedito por una [66v°] de las aberturas del relicario y pude tocar el clavo que bané la sangre de Jesûs...

La verdad es que era demasiado atrevida... Por suerte, Dios, que conoce el fondo de los corazones, sabe que mi intencién era pura y que por nada dei mundo hubiera querido desagradarle. Me portaba con él como un nino que piensa que todo le esta permitido y mira como suyos los tesoros de su padre.

Todavia hoy sigo sin comprender por qué en Italia se excomulga tan fâcilmente a las mujeres. A cada paso nos decian: «¡No entréis aqui... No entréis alla, que quedaréis excomulgadas...!» ¡Pobres mujeres! ¡Qué despreciadas son...! Sin embargo, ellas aman a Dios en nûmero mucho mayor que los hombres, y durante la pasién de Nuestro Senor las mujeres tuvieron mas valor que los apéstoles, pues desafiaron los insultos de los soldados y se atrevieron en enjugar la Faz adorable de Jesûs... Seguramente por eso él permite que el desprecio sea su lote en la tierra, ya que lo escogió también para si mismo... En el cielo demostrarâ claramente que sus pensamientos no son los de los hombres, pues enfonces los ûltimos seràn los primeros...

Mas de una vez, durante el viaje, no tuve la paciencia de esperar al cielo para ser la primera... Un dia en que visitâbamos un convento de Padres

carmelitas, no me conformé con seguir a los peregrinos por las galerias exteriores y me meti por los claustro interiores... De pronto vi a un anciano carmelita que desde lejos me hacia senas de que me alejase; pero yo, en vez de marcharme, me acerqué a él y, señalándole los cuadros del claustro, le di a entender por senas que eran bonitos. El se dio cuenta, por mis cabellos que caian sobre la espalda y por mi aspecto juvenil, que era una nina, me sonrió con bondad y se alejó, al ver que no tenia delante de él a una enemiga. Si hubiese podido hablarle en italiano, le habria dicho que era un futura carmelita; pero por culpa de los constructores de la torre de Babel, no pude hacerlo.

Después de visitar también Pisa y Génova, volvimos a Francia.

En el trayecto, [67rº] el panorama era magnifico. A veces bordeabamos el mar, y la via del tren pasaba tan cerca de él, que me parecia que las olas iban a llegar hasta nosotros (aquel espectâculo fue debido a una tempestad, y era de noche, lo que hacia que la escena fuese aùn mas impresionante). Otras veces atravesabamos llanuras cubiertas de naranjos con su fruta ya madura, o de verdes olivos de escaso follaje, o de esbeltas palmeras... A la caida de la tarde, veiamos los numerosos puertecitos de mar iluminarse con multitud de luces, mientras en el cielo empezaban a brillar las primeras estrellas...

Y a la vista de todas aquellas cosas, que yo miraba por primera y por última vez en mi vida, jmi alma se llenaba de poesia...!

Pero las veia desvanecerse sin la menor pena. Mi corazón aspiraba a otras maravillas. Habia contemplado ya bastante las bellezas de la tierra, y solo las del cielo eran ya el objeto de sus deseos. Y para ofrecérselas a las almas, jqueria convertirme en prisionera ...!

### **Très meses de espera**

Mas antes de ver abrirse ante mi las puertas de la bendita prision por la que suspiraba, tenia aùn que luchar y que sufrir. Lo presentia al volver a Francia. Sin embargo, mi confianza era tan grande, que no perdi la esperanza de que me permitieran entrar en el Carmelo el 25 de diciembre...

Apenas llegamos a Lisieux, nuestra primera visita fue para el Carmelo. jQué encuentro aquél...! jTeniamos tantas cosas que decimos después de un mes de separación, mes que me pareció larguisimo y en el que aprendi mas que en muchos afios...!

¡Qué dulce fue para mi, Madre querida, volverte a ver y abrirte mi pobre aima herida! ¡A ti, que sabias comprenderme tan bien; a ti, a quien bastaba una palabra o una mirada para adivinarlo todo!

Me abandoné con entera confianza. Habia hecho todo lo que dependia de mi, todo, hasta hablarle al Santo Padre; por lo que ya no sabia qué mas tenía que hacer. Tú me dijiste que escribiese a Monsenor, recordándole su promesa. Lo hice enseguida lo mejor que supe, pero en unos términos que a nuestro tío le parecieron demasiado [67vº] ingenuos. El rehizo la carta. Cuando yo iba a echarla al correo, recibí una tuya, diciéndome que no escribiese, que esperase unos días mas. Obedecí enseguida, pues estaba segura de que ésa era la mejor forma de no equivocarme.

Por fin, diez días antes de Navidad, ¡salió mi carta! Plenamente convencida de que la respuesta no se haría esperar, todas las mañanas iba a correos con papa después de misa, pensando encontrar allí el permiso para echarme a volar; pero cada mañana me traía una nueva deception, que sin embargo no hacía vacilar mi fe...

Pedia a Jesûs que rompiese mis ataduras. Y las rompió, pero de una forma totalmente diferente a como yo esperaba... Llegó la fiesta de Navidad, y Jesûs no despertó... Dejé en el suelo a su pelotita, sin echarle siquiera una mirada...

Al ir a la Misa de Gallo llevaba roto el corazón. ¡Tenía tantas esperanzas de asistir a ella tras las rejas del Carmelo...!

Esta prueba fue muy dura para mi fe. Pero Aquel cuyo corazón vela mientras él duerme me hizo comprender que él obra auténticos milagros y cambia las montañas de lugar en favor de quienes tienen una fe como un grano de mostaza, pero que con sus íntimos, con su Madre, él no hace milagros hasta haber probado su fe. <,No dejé morir a Lázaro, a pesar de que Marta y María le habían hecho saber que estaba enfermo...? Y en las bodas de Caná, cuando la Virgen le pidió que ayudara a los anfitriones, <,no le contesté que todavía no había llegado su hora...? Pero después de la prueba, ¡qué recompensa! ¡El agua se convierte en vino...! ¡Lázaro resucita...!

Así actuó Jesûs con su Teresita: después de haberla probado durante mucho tiempo, colmó todos los deseos de su corazón...

Por la tarde de aquel radiante día de fiesta, que yo pasé llorando, fui a visitar a las carmelitas. Me llevé una gran sorpresa cuando, al abrir la [68rº]

reja, vi un precioso Nino Jesûs que tenia en la mano una pelota en la que estaba escrito mi nombre. Las carmelitas, en lugar de Jesûs, que era demasiado pequeno todavia para hablar, me cantaron una canciôn compuesta por mi Madré querida. Cada una de sus palabras derramaba en mi aima un dulce consuelo. Jamâs olvidaré aquella delicadeza del corazôn maternai que siempre me colmô de los mas exquisitos detalles de ternura...

Después de dar las gracias derramando dulces lâgrimas, les conté la sorpresa que me habia dado mi querida Celina al volver de la Misa de Gallo. En mi habitation, en medio de una preciosa jofaina, habia encontrado un barquito que llevaba al Nino Jesûs dormido con una pelotita a su lado. En la blanca vela Celina habia escrito estas palabras: «Duermo, pero mi corazôn vêla», y en el barco esta sola palabra: «jAbandono!»

jAy!, si Jesûs no hablaba todavia a su pequena prometida, si sus ojos divinos seguian cerrados, por lo menos se revelaba a ella por medio de otras aimas que comprendian todas las delicadezas y todo el amor de su corazôn...

El primer dia del ano 1888, Jesûs me hizo una vez mas el regalo de su cruz. Pero esta vez la llevé yo sola, pues fue tanto mas dolorosa cuanto menos la comprendia... Una carta de Paulina me comunicaba que la respuesta de Monsenor habia llegado el 28, fiesta de los Santos Inocentes, pero que no me lo habia hecho saber porque se habia decidido que mi entrada no tuviera lugar hasta después de la cuaresma. Al pensar en una espera tan larga, no pude contener las lâgrimas.

Esta prueba tuvo para mi un carâcter muy particular. Veia mis ataduras rotas por parte dei mundo, pero ahora era el area santa la que negaba la entrada a la pobre palomita...

Convengo en que debi parecer poco razonable al no aceptar gozosa esos très meses de destierro. Pero creo también que esta prueba, aunque no lo pareciese, fue muy grande y me ayudô a crecer mucho en el abandono y en las demâs virtudes.

[68v°] <,Cômo transcurrieron estos très meses tan ricos en gracias para mi aima...?

Al principio me vino a la cabeza la idea de no molestarme en llevar una vida tan ordenada como solia. Pero pronto comprend! el valor de aquel tiempo que se me concedia, y decidí entregarme con mâs intensidad que nunca a una vida seria y mortificada.

Cuando digo mortificada, no es para hacer creer que hiciera penitencias, pues nunca las he hecho. Lejos de parecerme a esas aimas grandes que desde la niñez practicaron toda serie de mortificaciones, yo no sentía por ellas el menor atractivo. Esto se debía, sin duda, a mi flojedad, pues hubiera podido encontrar, como Celina, mis pequeños recursos para mortificarme. En vez de eso, siempre me dejé mecer entre algodones y cebar como un pajarito que no necesita hacer penitencia...

Mis mortificaciones consistían en doblegar mi voluntad, siempre dispuesta a salirse con la suya; en callar cualquier palabra de réplica; en prestar pequeños servicios sin hacerlos valer; en no apoyar la espalda cuando estaba sentada, etc., etc...

Con la práctica de estas naderías me fui preparando para ser la prometida de Jesús, y no sabía decir cuán dulces recuerdos me ha dejado esta espera...

Tres meses se pasan muy pronto, y por fin llegó el momento tan ardientemente deseado.

## CAPITULO VII

### PRIMEROS AÑOS EN EL CARMELO (1888-1890)

El lunes 9 de abril, día en que el Carmelo celebraba la fiesta de la Anunciación, trasladada a causa de la cuaresma, fue el día elegido para mi entrada.

La vispera, toda la familia se reunió en torno a la mesa, a la que yo iba a sentarme por última vez. ¡Ay, qué desgarradoras son estas reuniones íntimas...! Cuando una quisiera pasar inadvertida, te prodigan las caricias y las palabras más tiernas, y te hacen más duro el sacrificio de la separación...

Mi rey querido apenas hablaba, pero su mirada se posaba en mí con amor... Mi tía lloraba de vez en cuando, y mi tío me dispensaba mil atenciones de cariño. También Juana y María me colmaban de delicadezas, sobre todo María, que, [69rº] llevándome aparte, me pidió perdón por todo lo que creía haberme hecho sufrir. Y finalmente, mi



querida Leonia, que habia vuelto de la Visitaciôn hacia algunos meses, me colmaba como nadie de besos y caricias.

Solo de Celina no he dicho nada. Pero ya puedes imaginarte, Madre querida, como transcurriô la ùltima noche en que dormimos juntas...

En la manana del gran dia, tras echar una ùltima mirada a los Buissonnets, nido cálido de mi ninez que ya no volveria a ver, parti del brazo de mi querido rey para subir a la montana del Carmelo...

Al igual que la vispera, toda la familia se reuniô para escuchar la santa Misa y recibir la comuniôn. En cuanto Jesûs bajô al corazôn de mis parientes queridos, ya no escuché a mi alrededor mas que sollozos. Yo fui la ûnica que no llorô, pero senti latir mi corazôn con tanta fuerza, que, cuando vinieron a decirnos que nos acercâramos a la puerta claustral, me parecia imposible dar un solo paso. Me acerqué, sin embargo, pero preguntândome si no iria a morirme, a causa de los fuertes latidos de mi corazôn... ¡Ah, qué momento aquél! Hay que pasar por él para entenderlo...

Mi emociôn no se tradujo al exterior. Después de abrazar a todos los miembros de mi familia querida, me puse de rodillas ante mi incomparable padre, pidiéndole su bendiciôn. Para dârmela, también él se puso de rodillas, y me bendijo llorando...

¡El espectâculo de aquel anciano ofreciendo su hija al Senor, cuando aûn estaba en la primavera de la vida, tuvo que hacer sonreir a los ângeles...!

Pocos instantes después, se cerraron tras de mi las puertas del arca santa y recibí los abrazos de las hermanas queridas que me habian hecho de madrés y a las que en adelante tomaria por modelo de mis actos...

Por fin, mis deseos se veian cumplidos. Mi aima sentia una PAZ tan dulce y tan profunda, que no acierto a [69v°] describirla. Y desde hace siete anos y medio esta paz intima me ha acompaado siempre, y no me ha abandonado ni siquiera en medio de las mayores tribulaciones.

Como a todas las postulantes, inmediatamente después de mi entrada, me llevaron al coro. Estaba en penumbra, porque estaba expuesto el Santisimo, y lo primero que atrajo mi mirada fueron los ojos de nuestra santa Madre Genoveva, que se clavaron en mi. Estuve un momento arrodillada a sus pies, dando gracias a Dios por el don que me concedia de conocer a una santa, y luego seguí a nuestra Madre Maria de Gonzaga a los diferentes lugares de la comunidad. Todo me parecia maravilloso. Me

creía transportada a un desierto. Nuestra celdita, sobre todo, me encantaba.

Pero la alegría que sentía era una alegría serena. Ni el más ligero céfiro hacía ondular las tranquilas aguas sobre las que navegaba mi barquilla, ni una sola nube oscurecía mi cielo azul... Si, me sentía plenamente compensada de todas mis pruebas... ¡Con qué alegría tan honda repetía estas palabras: «Estoy aquí, para siempre, para siempre...»!

Aquella dicha no era efímera, no se desvanecería con las ilusiones de los primeros días. ¡Las ilusiones! Dios me concedió la gracia de no llevar NINGUNA al entrar en el Carmelo. Encontré la vida religiosa tal como me la había imaginado. Ningún sacrificio me extrajo. Y sin embargo, tú sabes bien, Madre querida, que mis primeros pasos encontraron más espinas que rosas...

Si, el sufrimiento me tendió los brazos, y yo me arrojé en ellos con amor... A los pies de Jesús-Hostia, en el interrogatorio que precedió a mi profesión, declaré lo que venía a hacer en el Carmelo: «He venido para salvar almas, y, sobre todo, para orar por los sacerdotes».

Cuando se quiere alcanzar una meta, hay que poner los medios para ello. Jesús me hizo comprender que las almas quería darme por medio de la cruz; y mi anhelo de sufrir creció a medida que aumentaba el sufrimiento.

Durante cinco años, éste fue mi camino. Pero, [70rº] al exterior, nada revelaba mi sufrimiento, tanto más doloroso cuanto que sólo yo lo conocía. ¡Qué sorpresas nos llevaremos al fin del mundo cuando leamos la historia de las almas...! ¡Y cuántas personas se quedarán asombradas al conocer el camino por el que fue conducida la mía...!

## **Confesión con el P. Pichon**

Esto es tan verdad, que dos meses después de mi entrada, cuando vino el P. Pichon para la profesión de sor María del Sagrado Corazón, se quedó sorprendido al ver lo que Dios estaba obrando en mi alma, y me dijo que, la víspera, al verme hacer oración en el coro, mi fervor le pareció totalmente infantil y muy dulce mi camino.

Mi entrevista con el Padre fue para mí un consuelo muy grande, aunque velado por las lágrimas a causa de la dificultad que encontré para abrirle mi alma.

Hice, no obstante, una confesião general, como nunca la habia hecho. Al terminar, el Padre me dijo estas palabras, las mãs consoladoras que jamas hayan resonado en los oidos de mi alma: «En presencia de Dios, de la Santisima Virgen y de todos los santos, declaro que nunca has cometido ni un solo pecado mortal». Y luego anadiô: Da gracias a Dios por todo lo que hace por ti, pues, si te abandonase, en vez de ser un pequeno angel, sêrias un pequeno demonio.

iNo, no me costô nada creerlo! Sabia lo dèbil e imperfecta que era. Pero la gratitud embargaba mi alma. Tenia tanto miedo de haber empanado la vestidura de mi bautismo, que una garantia como aquèlla, salida de la boca de un director espiritual como los queria nuestra Madre santa Teresa -es decir, que uniesen la ciencia y la virtud-, me parecia como salida de la misma boca de Jesûs...

El Padre me dijo tambièn estas palabras que se me grabaron dulcemente en el corazôn: «Hija mia, que Nuestro Senor sea siempre tu superior y tu maestra de novicias».

## **Teresa y sus superiores**

De hecho, lo fue. Y tambièn «mi director espiritual». No quiero decir con esto que mi aima estuviese cerrada a cal y canto para mis superiores. No, mãs bien siempre he procurado que fuese para ellas un libro [70v°] abierto. Pero nuestra Madre estaba enferma con frecuencia y ténia poco tiempo para ocuparse de mi. Sé que me queria mucho y que hablaba muy bien de mi. Sin embargo, Dios permitiô que, sin darse cuenta, fuese MUY DURA. No podia cruzarme con ella sin tener que besar el suelo. Y lo mismo ocurría en las escasas conferencias espirituales que ténia con ella...

jQué gracia inestimable...! jCòmo actuaba Dios visiblemente a través de la que estaba en su lugar...! ^Qué habria sido de mi si, como pensaba la gente del mundo, hubiese sido «el juguete» de la comunidad...? Quizàs, en lugar de ver a Nuestro Senor en mis superiores, no me hubiera fijado mãs que en las personas; y enfonces mi corazôn, que habia estado tan protegido en el mundo, se habria atado humanamente en el claustro... Gracias a Dios, no cai en esa trampa. Ciertamente, que yo queria mucho a nuestra Madre, pero con un afecto puro que me elevaba hacia el Esposo de mi aima...

Nuestra maestra de novicias era una verdadera santa, el tipo acabado de las primitivas carmelitas. Yo pasaba todo el dia a su lado, pues era la que me enseñaba a trabajar.

Su bondad para conmigo no tenia limites, y, sin embargo, mi aima no lograba expansionarse con ella... Me suponía un gran esfuerzo hacer con ella la conferencia espiritual. Como no estaba acostumbrada a hablar de mi aima, no sabia como expresar lo que sucedia en mi interior. Una Madré ya mayor intuyô un dia lo que me pasaba y me dijo, sonriendo, en la recreaciôn: -«Hijita, me parece que tû no debes de tener gran cosa que decir a las superiores».-«ôPor qué dice eso, Madré...?» -«Porque tu aima es extremadamente sencilla ; y cuando seas perfecta, seras mas sencilla todavia, pues cuanto uno mas se acerca a Dios, mas se simplifica».

Aquella anciana Madre tenia razon. No obstante, la dificultad que yo tenia para abrir mi alma, aun cuando proviniese de mi sencillez, era un auténtico problema para mi. Lo reconozco hoy que, sin dejar de ser sencilla, [71 rº] expreso con gran facilidad lo que pienso.

He dicho que Jesûs habia sido «mi director espiritual». Cuando entré en el Carmelo, conocí al que podia haberlo sido. Pero apenas me habia admitido entre el número de sus hijas, tuvo que partir para el exilio... Asi que solo lo conocí para perderle enseguida... Reducida a no recibir de él mas que una carta al afio, por doce que yo le escribia, pronto mi corazôn se volviô hacia el Director de los directores, y él fue quien me instruyô en esa ciencia escondida a los sabios y a los prudentes, que él quiere revelar a los mas pequenos...

## **La Santa Faz**

La florecita trasplantada a la montana del Carmelo tenia que abrirse a la sombra de la cruz; las lagrimas y la sangre de Jesûs fueron su rocío, y su Faz adorable velada por el liante fue su sol...

Hasta enfonces todavia no habia yo sondeado la profundidad de los tesoros escondidos en la Santa Faz. Fuiste tû, Madre querida, quien me enseno a conocerlos. Lo mismo que, hacia anos, nos habias precedido a las demás en el Carmelo, asi también fuiste tû la primera en penetrar los misterios de amor ocultos en el rostro de nuestro Esposo. Enfonces tû me llamaste, y comprend!...

Comprend! en qué consistia la verdadera gloria. Aquel cuyo reino no es de este mundo me hizo ver que la verdadera sabiduria consiste en «querer ser ignorada y tenida en nada», en «cifrar la propia alegria en el desprecio de si mismo».

Si, yo queria que «mi rostro», como el de Jesûs, «estuviera verdaderamente escondido, y que nadie en la tierra me reconociese». Tenia sed de sufrir y de ser olvidada...

¡Qué misericordioso es el camino por donde me ha llevado siempre Dios! Nunca me ha hecho desear algo que luego no me haya concedido. Por eso, su câliz amargo siempre me ha parecido delicioso...

Pasadas las fiestas radiantes del mes de mayo -las fiestas de la profesiôn y de la torna de velo [71vº] de nuestra querida Maria, la mayor de la familia, a quien la mas pequena tuvo la dicha de coronar el dia de sus bodas-, tenia que visitarnos la tribulation...

Ya el ano anterior, en el mes de mayo, papa habia sufrido un ataque de parâlisis en las piernas, y la cosa nos preocupô mucho. Pero la fuerte constitution de mi querido rey hizo que se recuperara pronto, y nuestros temores desaparecieron. Sin embargo, durante el viaje a Roma, notamos mas de una vez que se cansaba fâcilmente y que no estaba tan alegre como de costumbre...

Lo que yo observé, sobre todo, fueron los progresos que papa hacia en la perfection. A ejemplo de san Francisco de Sales, habia llegado a dominar su impulsividad natural hasta tai punto, que parecia tener el temperamento mas dulce del mundo... Las cosas de la tierra apenas parecian rozarle, y se sobreponia fâcilmente a las contrariedades de la vida.

En una palabra, Dios lo inundaba de consuelos. Durante sus visitas diarias al Santisimo, se le llenaban con frecuencia los ojos de lâgrimas y su rostro reflejaba una dicha celestial...

Cuando Leonia saliô de la Visitation, no se disgustô ni se quejo a Dios porque no hubiera escuchado las orationes que le habia dirigido para obtener la vocation de su querida hija. Hasta fue a buscarla con cierta alegria...

Y he aqui con qué fe acepté papa la separation de su reinecita. Se la anuncié en estos términos a sus amigos de Alençon: «Queridissimos amigos: ¡Teresa, mi reinecita, entré ayer en el Carmelo...! Solo Dios puede exigir tal sacrificio... No me tengâis lâstima, pues mi corazôn rebosa de alegria.»

Habia llegado la hora de que un servidor tan fiel recibiera el premio de sus trabajos. Y era justo que su salario fuera parecido al que Dios dio al Rey del cielo, a su Hijo ûnico... Papa acababa de hacer a Dios ofrenda de un

altar, y él fue la víctima escogida para ser inmolada en él con el Cordero sin mancha.

[72rº] Tú ya conoces, Madré querida, nuestras amarguras del mes de junio -y, sobre todo, las del día 24- del año 1888. Esos recuerdos han quedado demasiado grabados en el fondo de nuestros corazones para que haga falta escribirlos... ¡Cuánto sufrimos, Madré querida...! ¡Y aquello no era más que el principio de nuestra tribulación...!

## **Toma de hábito**

Entretanto, había llegado la fecha de mi toma de hábito. Fui aprobada por el capítulo conventual. Pero ¿cómo pensar en una ceremonia solemne? Ya se hablaba de darme el santo hábito sin hacerme salir de la clausura, cuando se optó por esperar.

Contra toda esperanza, nuestro padre querido se repuso de su segundo ataque, y Monsenor fijó la ceremonia para el día 10 de enero.

La espera había sido larga, pero, también, ¡qué hermosa fue la fiesta...! No faltó nada, nada, ni siquiera la nieve...

No sé si te he hablado ya de mi amor a la nieve... Cuando aún era muy pequeña, me fascinaba su blancura. Uno de mis mayores deleites era pasearme bajo los copos de nieve. ¿De donde me venía esta afición a la nieve...? Tal vez de que, siendo yo una florecita invernal, el primer ropaje con que mis ojos de niña vieron adornada a la naturaleza debió ser su manto blanco...

Lo cierto es que siempre había deseado que, el día de mi toma de hábito, la naturaleza estuviese vestida de blanco como yo. La víspera de ese hermoso día, yo miraba tristemente el cielo plomizo, del que de vez en cuando se desprendía una lluvia fina; pero la temperatura era tan suave, que ya no esperaba que nevase.

A la mañana siguiente, el cielo no había cambiado. Sin embargo, la fiesta resultó maravillosa, y la flor más bella, la más preciosa de todas, fue mi rey querido. Nunca había estado tan guapo y tan digno... Fue la admiración de todo el mundo. Aquel día fue su triunfo, su última fiesta aquí en la tierra. Había entregado todas sus hijas a Dios, pues cuando Celina le confió su vocación, él había llorado de alegría, y había ido a dar gracias a Quien «le hacía el honor de tomar para sí a todas sus hijas».

[72v°] Al final de la ceremonia, Monsenor entonô el Te Deum. Un sacerdote traté de advertirle que aquel cântico solo se cantaba en las profesiones, pero ya estaba entonado, y el himno de acciôn de gracias se cantô hasta el final.

<,No debia ser completa aquella fiesta, si en ella se resumian todas las demâs...? Después de abrazar por ùltima vez a mi rey querido, volvi a entrar en la clausura. Lo primero que vi en el claustro fue a «mi Nino Jesûs color rosa» sonriéndome en medio de flores y de luces. Inmediatamente después mi mirada se posé sobre los copos de nieve... ¡El patio estaba blanco, como yo!

¡Qué delicadeza la de Jesûs! En atención a los deseos de su prometida, le regalaba nieve... ¡Nieve! <,Qué mortal, por poderoso que sea, puede hacer caer nieve del cielo para hechizar a su amada...? Tal vez la gente del mundo se hizo esta pregunta; lo cierto es que la nieve de mi toma de hâbito les pareció un pequeno milagro y que toda la ciudad se extrané. Les pareció rara mi afición por la nieve... ¡Tanto mejor! Eso hizo resaltar aún mas la incomprendible condescendenda del Esposo de las virgenes..., de ese Dios que siente un carino especial por los lirios blancos como la NIEVE...

Monsenor entré en clausura después de la ceremonia, y estuvo conmigo muy paternal. Creo que estaba orgulloso de que lo hubiera conseguido, y decia a todo el mundo que yo era «su hijita». Siempre que Su Excelencia volvié a visitarnos después de aquella hermosa fiesta, se mostré muy bueno conmigo. Me acuerdo muy especialmente de su visita con ocasiôn dei centenario de N. P. san Juan de la Cruz. Me tomé la cabeza entre sus manos y me acaricié de mil maneras. ¡Nunca me habia visto tan honrada! En aquel momento Dios me hizo pensar en las caricias [73r°] que un dia él me prodigarâ delante de los ângeles y los santos, de las que me daba ya en este mundo una tenue imagen. Por eso, fue muy grande el consuelo que senti...

## **Enfermedad de papa**

Como acabo de decir, la jornada del 10 de enero fue el triunfo de mi rey. Yo la comparo a la entrada de Jesûs en Jerusalén el Domingo de Ramos. Su gloria de un dia, como la de nuestro divino Maestro, fue seguida de una pasiôn dolorosa, y esa pasiôn no fue solo para él. Asi como los dolores de Jesûs atravesaron como una espada el corazôn de su divina Madré, asi también se desgarraron nuestros corazones ante los sufrimientos de aquel a quien mas tiernamente amâbamos en la tierra...

Recuerdo que en el mes de junio de 1888, cuando empezaron nuestras primeras angustias, yo decia: «Sufro mucho, pero creo que puedo soportar todavia mayores sufrimientos». No sospechaba entonces los que Dios me tenia reservados... No sabia que el 12 de febrero, un mes después de mi toma de hábito, nuestro padre querido beberia el mas amargo, el mas humillante de todos los calices...

¡¡¡No, ese dia ya no dije que podia sufrir todavia mas...!!! Las palabras no pueden expresar nuestras angustias; por eso, no intentaré describirlas. Algùn dia, en el cielo, nos gustará hablar de nuestras gloriosas tribulaciones, ¿no nos alegramos ya ahora de haberlas sufrido...? Si, los très afios del martirio de papa me parecen los mas preciosos, los mas fructiferos de toda nuestra vida. No los cambiaria por todos los éxtasis y revelaciones de los santos. Mi corazón rebosa de gratitud al pensar en ese tesoro que debe de despertar una santa envidia en los ángeles de la corte celestial...

Mi deseo de sufrir se vio colmado. No obstante, mi amor al sufrimiento no decreí, por lo que pronto mi alma participé también en los sufrimientos de mi [73vº] corazón. La sequedad se hizo mi pan de cada dia. Mas aunque estaba privada de todo consuelo, era la mas feliz de las criaturas, pues veia cumplidos todos mis deseos...

¡Madre mia querida, qué hermosa ha sido nuestra gran tribulation, ya que de todos nuestros corazones no brotaron mas que suspiros de amor y de gratitud...! No era ya caminar por los senderos de la perfection: ¡volabamos las cinco! Las dos pobres desterraditas de Caen, aunque estaban en el mundo, no eran ya del mundo... ¡Y qué maravillas opéré el dolor en el alma de mi Celina querida...! Todas las cartas que escribí en esas fechas están impregnadas de resignation y de amor... ¿Y quién sera capaz de describir las conversaciones que teniamos juntas en el locutorio...? Las rejas del Carmelo, lejos de separarnos, unian todavia mas estrechamente nuestras aimas. Teniamos las dos los mismos pensamientos, los mismos deseos, el mismo amor a Jesûs y a las aimas...

Cuando hablaban Celina y Teresa, ni una sola palabra de las cosas de la tierra se mezclaba nunca en sus conversaciones, que eran ya totalmente del cielo. Como tiempo atrás en el mirador, sonaban con las realidades eternas. Y para poder gozar cuanto antes de esa dicha sin fin, elegian aqui en la tierra por único lote «el sufrimiento y el desprecio».

Asi transcurrió el tiempo de mis esponsales..., ¡que se le hizo muy largo a la pobre Teresita!



Al terminar mi año de noviciado, nuestra Madre me dijo que ni sonara en pedir la profesión, pues con toda seguridad el superior rechazaría mi petición. Tuve que esperar ocho meses más...

En un primer momento se me hizo muy difícil aceptar ese gran sacrificio; pero pronto se hizo la luz en mi alma. Estaba meditando, aquellos días, los «Fundamentos de la vida espiritual» del P. Surin. Un día, durante la oración, comprendí que mi deseo tan intenso de hacer la profesión iba mezclado con un gran amor propio. Si me había entregado a Jesús para agradarle y consolarle, [74rº] no debía obligarle a hacer mi voluntad en lugar de la suya.

Comprendí también que una prometida debería estar engalanada para el día de sus bodas, y que yo no había hecho nada para ello... Y entonces le dije a Jesús: «Dios mío, no te pido pronunciar los santos votos, esperaré todo el tiempo que quieras. Lo único que deseo es que mi unión contigo no se vea diferida por mi culpa. Por eso, voy a poner todo mi empeño en prepararme un hermoso vestido recamado de piedras preciosas. Cuando tú creas que ya está lo suficientemente rico y adornado, estoy segura de que ni todas las criaturas juntas podrán impedirte bajar hasta mí para unirte a mí para siempre, Amado mío...»

## **Pequeñas virtudes**

A partir de la toma de hábito, yo había recibido ya abundantes luces sobre la perfección religiosa, especialmente respecto al voto de pobreza. Durante el postulanteo, me gustaba tener cosas bonitas para mi uso y encontrar a mano todo lo que necesitaba. «Mi Director» soportaba aquello con paciencia, pues no es amigo de enseñárselo todo a las almas de una vez. Normalmente va dando sus luces poco a poco.

(Al principio de mi vida espiritual, hacia los 13 o los 14 años, me preguntaba qué progresos tendría que hacer más adelante, pues creía que no podría comprender ya mejor la perfección. Pero no tardé en convencerme de que cuanto más adelanta uno en este camino, más lejos se ve del final. Por eso, ahora me resigno a verme siempre imperfecta, y encuentro en ello mi alegría...)

Vuelvo a las enseñanzas de «mi Director». Una noche, después de Completas, busqué en vano nuestra lámpara en los estantes destinados a ese fin. Era tiempo de silencio riguroso, por lo que no podía reclamarla... Supuse que alguna hermana, creyendo coger su lámpara, había cogido la

nuestra, que, por cierto, yo necesitaba mucho. En vez de disgustarme por verme privada de ella, me alegré mucho, pensando que la pobreza consiste en verse una privada, no solo de las cosas superfluas, sino también [74vº] de las indispensables. Y de esa manera, en medio de las tinieblas exteriores, fui iluminada interiormente...

En esa época me entré un verdadero amor a los objetos mas feos e incómodos. Y así, senti una gran alegría cuando me quitaron de la celda el precioso cantarillo que tenía y me dieron en su lugar un cántaro tosco y todo desportillado...

Hacia también grandes esfuerzos por no disculparme, lo cual me resultaba muy difícil, sobre todo con nuestra maestra de novicias, a la que no quería ocultarle nada.

He aquí mi primera victoria, que no fue grande, pero que me costé mucho. Se encontré roto un vasito colocado detrás de una ventana. Nuestra maestra, creyendo que había sido yo quien lo había tirado, me lo enseñé, diciendo que otra vez tuviera mas cuidado. Sin decir nada, besé el suelo y prometí ser mas cuidadosa en adelante.

Debido a mi poca virtud, estos actos de vencimiento me costaban mucho, y tenía que pensar que en el juicio final todo saldrá a la luz. Me hacia también esta reflexión: cuando uno cumple con su deber, sin excusarse nunca, nadie lo sabe; las imperfecciones, por el contrario, se dejan ver enseguida...

Me aplicaba, sobre todo, a la práctica de las virtudes pequeñas, al no tener facilidad para practicar las grandes. Así, por ejemplo, me gustaba plegar las capas que dejaban olvidadas las hermanas y prestarles todos los pequeños servicios que podía.

También se me concedió el amor a la mortificación, que era tanto mayor cuanto que no me permitían hacer nada para satisfacerlo... La única mortificación que yo hacia en el mundo, que consistía en no apoyar la espalda cuando me sentaba, me la prohibieron, debido a la propensión que tenía a encorvarme. Claro, que si me hubiesen dado permiso para hacer muchas penitencias, seguramente ese entusiasmo no me habría durado mucho... Las únicas que podía hacer sin pedir permiso consistían en mortificar mi amor propio, lo cual me aprovechaba mucho mas que las penitencias corporales...

[75rº] El refectorio, que fue mi oficio nada mas tomar el hábito, me ofreció mas de una ocasión para poner mi amor propio en su lugar, es decir,

debajo de los pies... Es cierto que para mi era una gran alegría, Madre querida, estar en el mismo oficio que tÙ y poder ver de cerca tus virtudes. Pero esa misma cercanía era para mi motivo de sufrimiento. No me sentía libre, como antano, para decirtelo todo. Teníamos que observar la régla, y no podía abrirte mi aima. En una palabra, jyo estaba ya en el Carmelo, y no en los Buissonnets bajo el techo paterno...!

Entretanto, la Santísima Virgen me ayudaba a preparar el vestido de mi aima; y en cuanto ese vestido estuvo terminado, los obstáculos desaparecieron solos. Monsenor me envié el permiso que habia solicitado, la comunidad me aprobé, y se fijé la profesién para el 8 de septiembre...

Todo lo que acabo de escribir en pocas palabras requeriria muchas paginas de pormenores y detalles, pero esas paginas no se leerân nunca en la tierra. Pronto, Madre querida, te hablaré de todo ello en nuestra casa paterna, jen ese hermoso cielo hacia el que se elevan los suspiros de nuestros corazones...!

Mi traje de bodas estaba listo. Se hallaba recamado con las antiguas joyas que mi Prometido me habia regalado; pero aùn no era suficiente para su generosidad. Quería regalarme un nuevo diamante de innumerables destellos.

Las antiguas joyas eran la tribulacién de papa, con todas sus dolorosas circunstancias; el nuevo diamante fue una prueba, muy pequena en apariencia, pero que me hizo sufrir mucho.

Desde hacia algùn tiempo, a nuestro pobre papaito, que estaba un poco mejor, lo sacaban a pasear en coche. Incluso se pensé en hacerle tomar el tren para venir a vernos.

Y, naturalmente, Celina pensé enseguida que habia que escoger para ese viaje el dia de mi toma de vélo. Para que no se canse, decia, no le haré [75v°] asistir a toda la ceremonia; solo al final iré a buscarle y le llevaré muy despacito hasta la reja para que Teresa reciba su bendicién.

jQué bien retratado estaba ahi el corazôn de mi Celina...! jQué gran verdad es que «al amor nada le parece imposible, porque para él todo es posible y permitido...!» La prudencia humana, por el contrario, tiembla a cada paso y no se atreve, por asi decirlo, a posar el pie en el suelo.

Asi, Dios, que queria probarme, se sirviô de ella como de un instrumento décil en sus manos, y el dia de mis bodas estuve realmente huérfana de

padre en la tierra, pero pudiendo mirar con confianza al cielo y decir con toda verdad: «Padre nuestro, que estas en el cielo».

## CAPITULO VIII

### DESDE LA PROFESIÃO HASTA LA OFRENDA AL AMOR

(1890-1895)

Antes de hablarte de esta prueba, Madre querida, deberia haberte hablado de los ejercicios espirituales que precedieron a mi profesião. Esos ejercicios, no solo no me proporcionaron ningùn consuelo, sino que en ellos la aridez mas absoluta y casi casi el abandono fueron mis companeros. Jesûs dormia, como siempre, en mi navecilla.

¡Qué penal, tengo la impresião de que las aimas pocas veces le dejan dormir tranquilamente dentro de ellas. Jesûs esta ya tan cansado de ser él quien corra con los gastos y de pagar por adelantado, que se apresura a aprovecharse del descanso que yo le ofrezco. No se despertará, seguramente, hasta mi gran retira de la eternidad; pero esto, en lugar de afligirme, me produce una enorme alegría...

Verdaderamente, estoy lejos de ser santa, y nada lo prueba mejor que lo que acabo de decir. En vez de alegrarme de mi sequedad, deberia atribuirla a mi falta de fervor y de fidelidad. Deberia entristecerme por dormirme (jdespués de siete anos!) en la oracião y durante la acciã de gracias. Pues bien, no me entristezco... Pienso que los ninos agradan tanto a sus padres mientras duermen como cuando estãn despiertos; pienso que los médicos, para hacer las operaciones, [76rº] duermen a los enfermos. En una palabra, pienso que «el Señor conoce nuestra masa, se acuerda de que no somos mas que polvo».

Mis ejercicios para la profesião fueron, pues, como todos los que vinieron después, unos ejercicios de gran aridez. Sin embargo, Dios me mostrô claramente, sin que yo me diera cuenta, la forma de agradarle y de practicar las mas sublimes virtudes.

He observado muchas veces que Jesûs no quiere que haga provisiones. Me alimenta momento a momento con un alimento totalmente nuevo, que encuentro en mi sin saber de dõnde viene... Creo simplemente que Jesûs

mismo, escondido en el fondo de mi pobre corazón, es quien me concede la gracia de actuar en mí y quien me hace descubrir lo que él quiere que haga en cada momento.

Unos días antes de mi profesión tuve la dicha de recibir la bendición del Sumo Pontífice. La había solicitado, a través del hermano Simeon, para papa y para mí, y fue para mí una inmensa alegría el poder devolverle a mi querido papaito la gracia que él me había proporcionado llevándome a Roma.

Por fin, llegó el hermoso día de mis bodas. Fue un día sin nubes. Pero la vispera, se levantó en mi alma la mayor tormenta que había conocido en toda mi vida...

Nunca hasta entonces me había venido al pensamiento una sola duda acerca de mi vocación. Pero tenía que pasar por esa prueba. Por la noche, al hacer el Viacrucis después de Maitines, se me metió en la cabeza que mi vocación era un sueño, una quimera... La vida del Carmelo me parecía muy hermosa, pero el demonio me insuflaba la convicción de que no estaba hecha para mí, de que engañaba a los superiores empenándome en seguir un camino al que no estaba llamada...

Mis tinieblas eran tan oscuras, que no veía ni en-[76vº] tendía más que una cosa: ¡que no tenía vocación...!

¿Cómo describir la angustia de mi alma...? Me parecía (pensamiento absurdo, que demuestra a las claras que esa tentación venía del demonio) que si comunicaba mis temores a la maestra de novicias, ésta no me dejaría pronunciar los votos. Sin embargo, prefería cumplir la voluntad de Dios, volviendo al mundo, a quedarme en el Carmelo haciendo la mía.

Hice, pues, salir del coro a la maestra de novicias, y, llena de confusión, le expuse el estado de mi alma...

Gracias a Dios, ella vio más claro que yo y me tranquilizó por completo. Por lo demás, el acto de humildad que había hecho acababa de poner en fuga al demonio, que quizás pensaba que no me iba a atrever a confesar aquella tentación. En cuanto acabé de hablar, desaparecieron todas las dudas.

Sin embargo, para completar mi acto de humildad, quise confiarle también mi extraña tentación a nuestra Madre, que se contentó con echarse a reír.

En la mañana del 8 de septiembre, me senti inundada por un rio de paz. Y en medio de esa paz, «que supera todo sentimiento», emiti los santos votos...

Mi union con Jesûs no se consumé entre rayos y relâmpagos -es decir, entre gracias extraordinarias-, sino al sopio de un ligero céfiro parecido al que oyé en la montana nuestro Padre san Elias...

¡Cuântas gracias pedi aquel dia...! Me sentia verdaderamente reina, asi que me aproveché de mi titulo para liberar a los cautivos y alcanzar favores del Rey para sus sùbditos ingratos. En una palabra, queria liberar a todas las almas dei purgatorio y convertir a los pecadores...

Pedi mucho por mi Madre, por mis hermanas queridas..., por toda la familia, pero sobre todo por mi papaito, tan probado y tan santo...

Me ofreci a Jesûs para que se hiciese en mi con toda perfection su voluntad, sin que las criaturas fuesen nunca obstaculo para ello...

[77rº] Paso por fin ese hermoso dia, como pasan los mâs tristes, pues hasta los dias mâs radiantes tienen un mañana. Y deposité sin tristeza mi corona a los pies de la Santisima Virgen. Estaba segura de que el tiempo no me quitaria mi felicidad...

¡Qué fiesta tan hermosa la de la Natividad de Maria para convertirme en esposa de Jesûs! Era la Virgencita recién nacida quien presentaba su florecita al Nino Jesûs... Todo fue pequeno, excepto las gracias y la paz que recibí y excepto la alegria serena que senti por la noche al ver titilar las estrellas en el firmamento mientras pensaba que pronto el cielo se abriria ante mis ojos extasiados y podria unirme a mi Esposo en una alegria eterna...

## **Toma de vélo**

El 24 tuvo lugar la ceremonia de mi toma de vélo. Fue un dia totalmente velado por las lâgrimas... Papâ no estaba alli para bendecir a su reina... El Padre estaba en Canadá... Monsenor, que iba a ir a corner en casa de mi tío, estaba enfermo, y tampoco vino. Todo fue tristeza y amargura... Sin embargo, en el fondo del câliz habia paz, siempre la paz ...

Aquel dia Jesûs permitié que no pudiese contener las lâgrimas, y mis lâgrimas no fueron comprendidas... De hecho, ya habia soportado pruebas mucho mayores sin llorar, pero enfonces me ayudaba una gracia muy

poderosa; en cambio, el día 24 Jesûs me abandonô a mis propias fuerzas, y demostré lo escasas que éstas eran.

Ocho días después de mi torna de velo tuvo lugar la boda de Juana. Me sería imposible decirte, Madre querida, cuánto me enseñé su ejemplo acerca de las delicadezas que una esposa debe prodigar a su esposo. Escuchaba àvidamente todo lo que podría aprender al respecto, pues no quería hacer yo por mi amado Jesûs menos de lo que Juana hacía por Francis, una criatura ciertamente muy perfecta, jpero a fin de cuentas una criatura...!

[77v°] Hasta me divertí componiendo una tarjeta de invitaciôn para compararla con la suya. Estaba concebida en los siguientes términos:

#### TARJETA DE INVITACIÔN A LAS BODAS

#### DE SOR TERESA DEL NIÑO JESÛS DE LA SANTA FAZ

No habiendo podido invitaros a la bendiciôn nupcial que les fue otorgada en la montana del Carmelo, el 8 de septiembre de 1890 (a la que solo fue admitida la Corte Celestial), se os suplica que asistâis a la Tornaboda, que tendra lugar Manana, Día de la Eternidad, día en que Jesûs, el Hijo de Dios, vendra sobre las Nubes del Cielo en el esplendor de su Majestad, para juzgar a vivos y muertos.

Dado que la hora es incierta, os invitamos a estar preparados y velar.

#### **Madre Genoveva de Santa Teresa**

[78r°] Ahora, Madre querida, <,qué me queda por decirte?

Creía haber terminado, pero aún no te he dicho nada sobre la suerte que tuve de haber conocido a nuestra santa madre Genoveva... Ha sido una gracia inestimable. Pues Dios, que ya me había dado tantas, quiso que viviese con una santa, no de ésas inimitables, sino una santa que se santificô por medio de virtudes ocultas y ordinarias...

Mas de una vez he recibido de ellas grandes consuelos, especialmente un domingo. Ese día fui, como de costumbre, a hacerle una breve visita, y encontré a otras dos hermanas con la madre Genoveva. La miré sonriendo, y me disponía a salir, pues no nos está permitido estar très con una enferma, pero ella, mirândome con aire inspirado, me dijo: «Espéra, hija mia, solo quiero decirte unas palabritas. Siempre que vienes a verme,

me pides que te dé un ramillete espiritual. Bueno, pues hoy voy a darte éste: Sirve a Dios con paz y con alegría. Recuerda, hija mia, que nuestro Dios es el Dios de la paz».

Le di las gracias con sencillez y sali emocionada hasta las lágrimas y convencida de que Dios le habia revelado el estado de mi aima: aquel dia me encontraba duramente probada, casi triste, en una noche tal, que no sabia ya si Dios me amaba. ¡Puedes, pues, adivinar, Madré querida, la alegría y el consuelo que senti...!

Al domingo siguiente, quise saber qué revelación habia tenido la madré Genoveva. Me aseguré que no habia tenido ninguna, y entonces mi admiración subié de punto al comprobar en qué grado eminente Jesûs vivia en ella y la hacia hablar y actuar.

Si, esa santidad me parece la mas auténtica, la mas santa, y es la que yo deseo para mi, pues en ella no cabe ilusión...

[78vº] El dia de mi profesión recibí otra gran alegría al saber de labios de la madré Genoveva que también ella habia pasado por la misma prueba que yo antes de pronunciar sus votos...

<,Te acuerdas, Madré querida, del consuelo que encontramos a su lado en los momentos de nuestros grandes sufrimientos?

En una palabra, el recuerdo que la madré Genoveva dejô en mi corazôn es un recuerdo impregnado de fragancia...

El dia de su partida para el cielo viví una emoción muy especial. Era la primera vez que asistia a una muerte, y el espectáculo fue realmente encantador... Yo estaba colocada justamente a los pies de la cama de la santa moribunda y veia perfectamente sus mas ligeros movimientos.

Durante las dos horas que pasé allí, me parecia que mi aima deberia estar llena de fervor; por el contrario, se apoderé de mi una especie de insensibilidad. Pero en el momento mismo en que nuestra santa madré Genoveva nacia para el cielo, mis disposiciones interiores dieron un vuelco: en un abrir y cerrar de ojos me senti henchida de una alegría y de un fervor inexplicables. Era como si la madré Genoveva me hubiese dado una parte de la felicidad de que ella ya gozaba, pues estoy plenamente convencida de que fue derecha al cielo...

Cuando aún vivia, le dije una vez:



-«Listed, Madré, no ira al purgatorio».

-«Asi lo espero», me contesté con dulzura.

Y seguro que Dios no defraudô una esperanza tan llena de humildad. Prueba de ello son todos los favores que de ella hemos recibido...

Todas las hermanas se apresuraron a pedir alguna reliquia, y tù ya sabes, Madré querida, la que yo tengo la dicha de poseer... Durante la agonía de la madre Genoveva, vi que una lâgrima brillaba en uno de sus pârpados como un diamante. Esa lâgrima, la ùltima de todas las que derramô, no llegô a desprenderse, y vi que seguía brillando en el coro sin que nadie pensara en recogerla. Enfonces, tornando un panito fino, me acerqué por la noche, sin que nadie me viera, y recogí como reliquia la ùltima lâgrima de una santa... Desde enfonces la he llevado siempre en la [79r°] bolsita donde guardo encerrados mis votos.

No doy importancia a mis sueños. Por otra parte, rara vez tengo sueños simbólicos, e incluso me pregunto como es posible que, pensando como pienso todo el día en Dios, no ocupe él un mayor lugar en mis sueños...

Normalmente sueño con bosques, con flores, con arroyos, con el mar; casi siempre veo preciosos ninitos, o cazo mariposas y pâjaros que nunca he visto. Ya ves, Madré, que si mis sueños tienen un aspecto poético, estàn muy lejos de ser místicos...

Una noche, después de la muerte de la madre Genoveva, tuve uno mas entranable. Soné que la Madré estaba haciendo testamento, y que a cada una de las hermanas le dejaba algo de lo que le habia pertenecido. Cuando me llegô el turno a mi, pensé que no iba a recibir nada, pues ya no le quedaba nada. Pero, incorporândose, me dijo por très veces con acento penetrante: «A ti te dejo mi corazôn».

## **Epidemia de la gripe**

Un mes después de la partida de nuestra santa Madré, se declaró la gripe en la comunidad. Solo otras dos hermanas y yo quedamos en pie. Nunca podré expresar todo lo que vi, y lo que me pareció la vida y todo lo que es pasajero...

El día en que cumplí 19 años, lo festejamos con una muerte, a la que pronto siguieron otras dos.

En esa época, yo estaba sola en la sacristia, por estar muy gravemente enferma mi primera de oficio. Yo tenia que preparar los entierros, abrir las rejas del coro para la misa, etc. Dios me dio muchas gracias de fortaleza en aquellos momentos. Ahora me pregunto como pude hacer todo lo que hice sin sentir miedo. La muerte reinaba por doquier. Las mas enfermas eran cuidadas por las que apenas se tenian en pie. En cuanto una hermana exhalaba su último suspiro, habia que dejarla sola.

Una manana, al levantarme, tuve el presentimiento de que sor Magdalena se habia muerto. El claustro estaba a oscuras y nadie salia de su celda. Por fin, me decidi [79v°] a entrar en la celda de la hermana Magdalena, que tenía la puerta abierta. Y la vi, vestida y acostada en su jergón. No senti el menor miedo. Al ver que no tenía cirio, se lo fui a buscar, y también una corona de rosas.

La noche en que murió la madre subpriora, yo estaba sola con la enfermera. Es imposible imaginar el triste estado de la comunidad en aquellos dias. Solo las que quedaban de pie pueden hacerse una idea.

Pero en medio de aquel abandono, yo sentia que Dios velaba por nosotras. Las moribundas pasaban sin esfuerzo a mejor vida, y enseguida de morir se extendia sobre sus rostros una expresiôn de alegria y de paz, como si estuviesen durmiendo un dulce sueno. Y asi era en realidad, pues, cuando haya pasado la apariencia de este mundo, se despertarán para gozar eternamente de las delicias reservadas a los elegidos...

Durante todo el tiempo que duré esta prueba de la comunidad, yo tuve el inefable consuelo de recibir todos los dias la sagrada comuniôn... ¡Qué felicidad...! Jesûs me mimé mucho tiempo, mucho mas tiempo que a sus fieles esposas, pues permitiô que a mi me lo dieran, cuando las demàs no tenian la dicha de recibirle.

También me sentia feliz de poder tocar los vasos sagrados y de preparar los corporales destinados a recibir a Jesûs. Sabia que tenía que ser muy fervorosa y recordaba con frecuencia estas palabras dirigidas a un santo diácono: «Sé santo, tû que tocas los vasos del Señor».

No puedo decir que haya recibido frecuentes consuelos durante las acciones de gracias; tal vez sean los momentos en que menos los he tenido... Y me parece muy natural, pues me he ofrecido a Jesûs, no como quien desea recibir su visita para propio consuelo, sino, al contrario, para complacer al que se entrega a mi.

Me imagino a mi alma como un terreno libre, y pido a la Santísima Virgen que quite los escombros que pudieran impedirle [80rº] esa libertad. Luego le suplico que monte ella una gran tienda digna del cielo y que la adorne con sus propias galas. Después invito a todos los àngeles y santos a que vengan a dar un magnífico concierto. Y cuando Jesùs baja a mi corazón, me parece que esta contento de verse tan bien recibido, y yo estoy contenta también...

Pero todo esto no impide que las distracciones y el sueño vengan a visitarme. Pero al terminar la acción de gracias y ver que la he hecho tan mal, tomo la resolución de vivir todo el día en una continua acción de gracias...

Ya ves, Madré querida, que Dios esta muy lejos de llevarme por el camino del temor. Sé encontrar siempre la forma de ser feliz y de aprovecharme de mis miserias... Y estoy segura de que eso no le disgusta a Jesùs, pues él mismo parece animarme a seguir por ese camino...

Un día, contra mi costumbre, estaba un poco turbada al ir a comulgar; me parecía que Dios no estaba contento de mi y pensaba en mi interior: «Si hoy solo recibo la mitad de una hostia, me llevaré un disgusto, pues creeré que Jesùs viene como de mala gana a mi corazón». Me acerco... y, joh, felicidad!, por primera vez en mi vida veo que el sacerdote toma dos hostias bien separadas y me las da...! Comprenderás mi alegría y las dulces lágrimas que derramé ante tan gran misericordia...

## **Retiro del P. Alejo**

Al año siguiente de mi profesión, es decir, dos meses antes de la muerte de la madre Genoveva, recibí grandes gracias durante los ejercicios espirituales.

Normalmente, los ejercicios predicados me resultan más penosos todavía que los que hago sola. Pero ese año no fue así.

Había hecho con gran fervor una novena de preparación, a pesar del presentimiento íntimo que tenía, pues me parecía que el predicador no iba a poder comprenderme, ya que se dedicaba sobre todo a ayudar a los grandes pecadores y no [80vº] a las almas religiosas. Pero Dios, que quería demostrarme que solo él era el director de mi alma, se sirvió precisamente de este Padre, al que yo fui la única que aprecié en la comunidad...

Yo sufría por aquel entonces grandes pruebas interiores de todo tipo (hasta llegar a preguntarme a veces si existía un cielo ). Estaba decidida a no decidir nada acerca de mi estado interior, por no saber explicarme. Pero apenas entré en el confesionario, sentí que se dilataba mi alma. Apenas pronuncié unas pocas palabras, me sentí maravillosamente comprendida, incluso adivinada... Mi alma era como un libro abierto, en el que el Padre leía mejor incluso que yo misma... Me lanzó a velas desplegadas por los mares de la confianza y del amor, que tan fuertemente me atraían, pero por los que no me atrevía a navegar... Me dijo que mis faltas no desagradaban a Dios, y que, como representante suyo, me decía de su parte que Dios estaba muy contento de mí...

¡Qué feliz me sentí al escuchar esas consoladoras palabras...! Nunca había oído decir que hubiese faltas que no desagradaban a Dios. Esas palabras me llenaron de alegría y me ayudaron a soportar con paciencia el destierro de la vida... En el fondo del corazón yo sentía que eso era así, pues Dios es más tierno que una madre. <No estás tú siempre dispuesta, Madre querida, a perdonarme las pequeñas indelicadezas de que te hago objeto sin querer...? ¡Cuántas veces lo he visto por experiencia...! Ningún reproche me afectaba tanto como una sola de tus caricias. Soy de tal condición, que el miedo me hace retroceder, mientras que el amor no solo me hace correr sino volar...

## **Priorato de la madre Inès**

Y desde el día bendito de tu elección, Madre querida, sí, desde ese día volé por los caminos del amor... Ese día, ¡Paulina pasó a ser mi Jesús viviente... y se convirtió por segunda vez en mi «mama»...!

[81 rº] De tres años a esta parte, vengo teniendo la dicha de contemplar las maravillas que obra Jesús por medio de mi Madre querida... Veo que solo el sufrimiento es capaz de engendrar almas, y estas sublimes palabras de Jesús se revelan como nunca en toda su profundidad: «Os aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto».

¡Y qué cosecha tan abundante has recogido...! Has sembrado entre lágrimas, pero pronto verás el fruto de tus trabajos y volverás llena de alegría trayendo en tus manos las gavillas...

Entre esas gavillas floridas, Madre mía, va oculta ahora la florecilla blanca; pero en el cielo tendrá voz para cantar tu dulzura y las virtudes que te ve

practicar día tras día a la sombra y en el silencio de esta vida de destierro...

Si, en estos últimos tres años he comprendido muchos misterios que hasta entonces estaban escondidos para mí. Dios me ha mostrado la misma misericordia que mostró al rey Salomón. No ha querido que yo tuviese un solo deseo que no viese realizado. Y no solo mis deseos de perfección, sino también aquellos cuya vanidad comprendía sin haberla experimentado.

Como siempre te he mirado, Madre querida, como mi ideal, deseaba parecerme a ti en todo. Al verte pintar primorosamente y componer poesías tan encantadoras, pensaba: «¿Cómo me gustaría poder pintar y saber expresar en versos mi pensamiento, y hacer así el bien a las almas...!»

No quería pedir estos dones naturales, y mis deseos permanecían ocultos en el fondo de mi corazón. Pero Jesús, oculto también él en mi pobre corazón, tuvo a bien demostrarle que todo es vanidad y aflicción de espíritu bajo el sol... Con gran extraneza de las hermanas, me pusieron a pintar, y Dios permitió que supiese sacar jugo a las lecciones que mi Madre querida me dio... Y quiso también [81vº] que, a ejemplo suyo, pudiese hacer poesías y componer piezas teatrales que a las hermanas les parecieran bonitas...

Al igual que Salomón, después de examinar todas las obras de sus manos y la fatiga que le costó realizarlas, vio que todo era vanidad y caza de viento, así también yo conocí por EXPERIENCIA que la felicidad solo se halla en esconderse y en vivir en la ignorancia de las cosas creadas. Comprendí que, sin el amor, todas las obras son nada, incluso las más brillantes, como resucitar a los muertos o convertir a los pueblos...

Los dones que Dios me ha prodigado (sin yo pedirselos), en lugar de perjudicarme y de producirme vanidad, me llevan hacia él. Veo que solo él es inmutable y que solo él puede llenar mis inmensos deseos...

Hay también deseos de otra índole que Jesús ha querido convertirme en realidad, deseos infantiles como el de la nieve para mi toma de hábito. Tú sabes bien, Madre querida, como me gustan las flores. Al hacerme prisionera a los 15 años, renuncié para siempre a la dicha de correr por los campos esmaltados con los tesoros de la primavera. Pues bien, nunca he tenido tantas flores como desde que entré en el Carmelo...

Es costumbre que los novios regalen con frecuencia ramos de flores a sus novias. Jesûs no lo echo en olvido y me mandô, a montones, gavillas de acianos, margaritas gigantes, amapolas, etc., todas las flores que mâs me gustan. Hay incluso una florecita, Hamada la neguilla de los trigos, que yo no habia vuelto a encontrar desde cuando viviamos en Lisieux; tenia muchas ganas de volver a ver esa flor de mi ninez que yo cogia en los campos de Alençon. Pues también ella vino a sonreirme en el Carmelo y a mostrarme que, tanto en las cosas mâs pequenas como en las grandes, Dios da el ciento por uno ya en esta vida a las aimas que lo han dejado todo por su amor.

## **Entrada de Celina**

Pero mi deseo mâs entranable, el mayor de todos, el que nunca pensé [82rº] que veria hecho realidad, era la entrada de mi Celina querida en el mismo Carmelo que nosotras... Vivir bajo el mismo techo, compartir las alegrías y las penas de la companera de mi infancia me parecia un sueno inverosimil. Por eso, habia hecho por completo el sacrificio. Habia puesto en manos de Jesûs el porvenir de mi hermana querida y estaba dispuesta a veria partir, si era necesario, para el ûltimo rincon del mundo.

Lo ûnico que no podia aceptar era que no fuese esposa de Jesûs, pues, al quererla tanto como a mi misma, se me hacia imposible veria entregar su corazôn a un mortal.

Ya habia sufrido mucho sabiendo que en el mundo estaba expuesta a peligros que yo no habia conocido. Puedo decir que mi cariiiio a Celina, desde mi entrada en el Carmelo, era un amor de madré tanto como de hermana...

Un dia en que ténia que ir a una fiesta nocturna, tenia yo un disgusto tan grande que supliqué a Dios que no la dejase bailar, y hasta derramé (contra mi costumbre) un torrente de lâgrimas. Jesûs se dignô escucharme y no permitiô que su joven prometida pudiese bailar aquella noche (aunque sabia hacerlo muy bien cuando era necesario). La sacaron a bailar y no podia negarse, pero el caballero fue absolutamente incapaz de hacerle dar un solo paso de baile, y, con gran confusion de su parte, se vio condenado a caminar sencillamente a su lado para acompañarla a su sitio; luego se esfumô y no volviô a aparecer por la velada.

Aquella aventura, ûnica en su género, me hizo crecer en confianza y en amor hacia Aquel que, al depositar su senal en mi trente, la estampé al mismo tiempo sobre la de mi Celina querida...

El 29 de julio del año pasado, cuando Dios rompió la ataduras de su incomparable servidor, llamándole a las recompensas eternas, rompió a la vez las que retenían en el mundo a su querida prometida. Ella había cumplido ya su primera misión: encargada de representarnos a todas nosotras al lado de nuestro padre, al que amábamos con tanta ternura, la cumplió como un ángel... Y los ángeles no se quedan [82v°] en la tierra: una vez que han cumplido la voluntad de Dios, vuelven enseguida hacia él, que para eso tienen alas...

También nuestro ángel batió sus blancas alas. Estaba dispuesto a volar muy lejos para encontrarse con Jesús, pero Jesús le hizo volar muy cerca... Se conformó con aceptar el gran sacrificio, que fue extremadamente doloroso para Teresita... Durante dos años su Celina le había ocultado un secreto. ¡Y cuánto había sufrido también ella...!

Por fin, desde lo alto del cielo, mi rey querido, al que en la tierra no le gustaban las demoras, se dio prisa en arreglar los embrollados asuntos de su Celina, ¡y el 14 de septiembre se reunía con nosotras...!

Un día en que las dificultades parecían insuperables, le dije a Jesús durante mi acción de gracias: «Tú sabes, Dios mío, cuánto deseo saber si papá ha ido derecho al cielo. No te pido que me hables, solo dame una señal. Si sor A. de J. consiente en la entrada de Celina, o al menos no pone obstáculos para ello, será la respuesta de que papá ha ido derecho a estar contigo».

Como tú sabes, Madre querida, esta hermana pensaba que très éramos ya demasiadas, y por consiguiente no quería admitir otra más. Pero Dios, que tiene en sus manos el corazón de las criaturas y lo inclina hacia donde él quiere, cambió los pensamientos de esa hermana: la primera persona que encontré después de la acción de gracias fue precisamente a ella, que me llamó con un semblante muy amable, me dijo que subiera a tu celda y me habló de Celina con lágrimas en los ojos...

¡Cuántas cosas tengo que agradecer a Jesús, que ha sabido colmar todos mis deseos...!

Ahora no tengo ya ningún deseo, a no ser el de amar a Jesús con locura... Mis deseos infantiles han desaparecido. Ciertamente que aún me gusta adornar con flores al altar del Niño Jesús. Pero desde que él me dio la flor que yo anhelaba, mi querida Celina, ya no deseo ninguna más: ella es [83r] el ramillete más precioso que le ofrezco...

Tampoco deseo ya ni el sufrimiento ni la muerte, aunque sigo amandolos a los dos. Pero es el amor lo único que me atrae... Durante mucho tiempo los deseé; poseí el sufrimiento y creí estar tocando las riberas del cielo, creí que la florecilla iba a ser cortada en la primavera de su vida... Ahora solo me guía el abandono, jno tengo ya otra brújula...!

Ya no puedo pedir nada con pasión, excepto que se cumpla perfectamente en mi alma la voluntad de Dios sin que las criaturas puedan ser un obstáculo para ello. Puedo repetir aquellas palabras del Cántico Espiritual de nuestro Padre san Juan de la Cruz:

«En la interior bodega  
de mi Amado bebi, y cuando salia  
por toda aquesta vega,  
ya cosa no sabia;  
y el ganado perdi que antes seguia.

Mi alma se ha empleado,  
y todo mi caudal, en su servicio;  
ya no guardo ganado,  
ni ya tengo otro oficio,  
que ya solo en amar es mi ejercicio».

O bien estas otras:

«Hace tai obra el AMOR,  
después que le conoci,  
que, si hay bien o mal en mi,  
todo lo hace de un sabor,  
y al aima transforma en si».



¡Qué dulce es, Madre querida, el camino del amor! Es cierto que se puede caer, que se pueden cometer infidelidades; pero el amor, haciéndolo todo de un sabor, consume con asombrosa rapidez todo lo que puede desagradar a Jesûs, no dejando mas que una paz humilde y profunda en el fondo del corazôn...

¡Cuântas luces he sacado de las obras de nuestro Padre san Juan de la Cruz...! A la edad de 17 y 18 anos, no tenia otro alimento espiritual. Pero mas tarde, todos los libros me dejaban en la aridez, y aùn sigo en este estado. Si abro un libro escrito por un autor espiritual (aunque sea el mas hermoso y el mas conmovedor), siento que se me encoge el corazôn y leo, por asi decirlo, sin entender; o si entiendo, mi espiritu se detiene, incapaz de meditar...

En medio de esta mi impotencia, la Sagrada Escritura y la Imi-[83v°]taciôn de Cristo vienen en mi ayuda. En ellas encuentro un alimento sôlido y completamente puro. Pero lo que me sustenta durante la oraciôn, por encima de todo, es el Evangelio. En él encuentro todo lo que necesita mi pobre aima. En él descubro de continuo nuevas luces y sentidos ocultos y misteriosos...

Comprendo y sé muy bien por experiencia que «el reino de los cielos esta dentro de nosotros». Jesûs no tiene necesidad de libros ni de doctores para instruir a las aimas. El, el Doctor de los doctores, ensena sin ruido de palabras... Yo nunca le he oido hablar, pero siento que esta dentro de mi, y que me guia momento a momento y me inspira lo que debo decir o hacer. Justo en el momento en que las necesito, descubro luces en las que hasta enonces no me habia fijado. Y las mâs de las veces no es precisamente en la oraciôn donde esas luces mâs abundan, sino mâs bien en medio de las ocupaciones del dia...

Madre querida, después de tantas gracias, ¿no podré cantar yo con el salmista: «El Señor es bueno, su misericordia es eterna»?

Me parece que si todas las criaturas gozasen de las mismas gracias que yo, nadie le tendria miedo a Dios sino que todos le amarian con locura; y que ni una sola aima consentiria nunca en ofenderle, pero no por miedo sino por amor...

Comprendo, sin embargo, que no todas las aimas se parezcan; tiene que haberlas de diferente alcurnias, para honrar de manera especial cada una de las perfecciones divinas.

A mi me ha dado su misericordia infinita, jy a través de ella contemplo y adoro las demás perfecciones divinas...! Enfonces todas se me presentan radiantes de amor; incluso la justicia (y quizâs mâs aùn que todas las demás) me parece revestida de amor...

¡Qué dulce alegría pensar que Dios es justo!; es decir, que tiene en cuenta nuestras debilidades, que conoce perfectamente la debilidad de nuestra naturaleza. Siendo asi, <,de qué voy a tener miedo? El Dios infinitamente justo, que se dignô [84rº] perdonar con tanta bondad todas las culpas del hijo prodigo, ^no va a ser justo también conmigo, que «estoy siempre con él»...?

## **Fin del Manuscrito A**

Este ano, el 9 de junio, fiesta de la Santisima Trinidad, recibí la gracia de entender mejor que nunca cuánto desea Jesûs ser amado.

Pensaba en las aimas que se ofrecen como victimas a la justicia de Dios para desviar y atraer sobre si mismas los castigos reservados a los culpables. Esta ofrenda me parecia grande y generosa, pero yo estaba lejos de sentirme inclinada a hacerla.

«Dios mio, exclamé desde el fondo de mi corazôn, <,sôlo tu justicia aceptarâ aimas que se inmolen como victimas...? <,No tendra también necesidad de ellas tu amor misericordioso...? En todas partes es desconocido y rechazado. Los corazones a los que tû deseas prodigârselo se vuelven hacia las criaturas, mendigândoles a ellas con su miserable afecto la felicidad, en vez de arrojarse en tus brazos y aceptar tu amor infinito...

«¡Oh, Dios mio!, tu amor despreciado ^tendra que quedarse encerrado en tu corazôn? Creo que si encontraras aimas que se ofreciesen como victimas de holocausto a tu amor, las consumirias rápidamente. Creo que te sentirias feliz si no tuvieses que reprimir las oleadas de infinita ternura que hay en ti...

«Si a tu justicia, que solo se extiende a la tierra, le gusta descargarse, ¡cuánto mâs desearâ abrasar a las aimas tu amor misericordioso, pues u misericordia se eleva hasta el cielo...!

«¡Jesûs mio!, que sea yo esa victima dichosa. ¡Consume tu holocausto con el fuego de tu divino amor...!»

Madré mia querida, tû que me permitiste ofrecerme a Dios de esa mariera, tû conoces los rios, o, mejor los océanos de gracias que han venido a inundar mi aima... Desde aquel dia feliz, me parece que el amor me penetra y me cerca, me parece que ese amor misericordioso me renueva a cada instante, purifica mi aima y no déjà en ella el menor rastro de pecado. Por eso, [84vº] no puedo temer el purgatorio...

Sé que por mi misma ni siquiera mereceria entrar en ese lugar de expiación, al que solo pueden tener acceso las aimas santas. Pero sé también que el fuego del amor tiene mayor fuerza santificadora que el del purgatorio. Sé que Jesûs no puede desear para nosotros sufrimientos inútiles, y que no me inspiraria estos deseos que siento si no quisiera hacerlos realidad...

¡Qué dulce es el camino del amor...! ¡Cômo deseo dedicarme con la mayor entrega a hacer siempre la voluntad de Dios...!

Esto es, Madré querida, todo lo que puedo decirte de la vida de tu Teresita. Tú conoces mucho mejor por ti misma como es y todo lo que Jesûs ha hecho por ella. Por eso, me perdonaràs que haya resumido mucho la historia de su vida religiosa...

¿,Oòp'lo acabara esta «historia de una florecita blanca»...? ^Serâ tal vez cortada en plena lozania, o quizâs trasplantada a otras riberas...? No lo sé. Pero de lo que si estoy segura es de que la misericordia de Dios la acompañarâ siempre, y de que nunca la florecita dejarâ de bendecir a la madré querida que la entregé a Jesûs. Eternamente se alegrara de ser una de las flores de su corona... Y eternamente cantarâ con esa madré querida el cântico siempre nuevo del amor...

## ESCUDO DE ARMAS Y SU EXPLICACIÓN [85Vº]

El blason JHS es el que Jesûs se digné entregar como dote a su pobre esposa. La huérfana de la Bérésina se ha convertido en Teresa del NINO JESÛS de la SANTA FAZ. Estos son sus titulos de nobleza, su riqueza y su esperanza.

La vid que divide en dos el blason es también figura de Aquel que se dignó decirnos: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos, quiero que deis mucho fruto»

Las dos ramas que rodean, una a la Santa Faz y la otra al Nino Jesûs, son la imagen de Teresa, que no tiene otro deseo aquí en la tierra que el de ofrecerse como un racimito de uvas para refrescar a Jesûs nino, para divertirlo, para dejarse estrujar por él a capricho y poder así apagar la sed ardiente que sintió durante su pasión.

El arpa representa también a Teresa, que quiere cantarle incesantemente a Jesûs melodias de amor.

El blason FMT es el de Maria Francisca Teresa, la florecita de la Santisima Virgen. Por eso, esa florecita aparece representada recibiendo los rayos bienhechores de la dulce Estrella de la mañana.

La tierra verde representa a la familia bendita en cuyo seno creció la florecita.

Más a lo lejos se ve una montana, que representa al Carmelo. Este es el lugar bendito que Teresa ha escogido para representar en su escudo de armas el dardo inflamado del amor que ha de merecerle la palma del martirio, en espera de que un día pueda dar verdaderamente su sangre por su Amado. Pues para responder a todo el amor de Jesûs, ella quisiera hacer por él lo que él hizo por ella...

Pero Teresa no olvida que ella no es más que una débil caria, y por eso la ha colocado en su blason.

El triângulo luminoso representa a la adorable Trinidad, que no cesa de derramar sus dones inestimables sobre el aima de la pobre Teresita, que, agradecida, no olvidará jamás esta divisa: «El amor solo con amor se paga».

## CARTA A SOR MARIA DEL SAGRADO CORAZON

### **Manuscrite «B»**

#### CAPITULO IX

MI VOCACION: EL AMOR (1896) [1 rº]

J.M.J.T.

+ Jesûs

Querida hermana, me pides que te deje un recuerdo de mis ejercicios espirituales, ejercicios que quizás sean los últimos...

Puesto que nuestra Madré lo permite, me alegro mucho de ponerme a conversar contigo que eres dos veces mi hermana; contigo, que me prestaste tu voz cuando yo no podia hablar, prometiendo en mi nombre que no queria servir mas que a Jesûs...

Querida madrinita, aquella nina que tû ofreciste a Jesûs es la que te habia esta noche, la que te ama como solo una hija sabe amar a su madré... Solo en el cielo conocerás toda la gratitud de que rebosa mi corazén...

### **Los secretos de Jesûs**

Hermana querida, tû querrias escuchar los secretos que Jesûs confia a tu hijita. Yo sé que esos secretos te los confia también a ti, pues fuiste tû quien me enseñé a acoger las enseñanzas divinas. Sin embargo, trataré de balbucir algunas palabras, aunque siento que a la palabra humana le resulta imposible expresar ciertas cosas que el corazén del hombre apenas si puede vislumbrar...

No creas que estoy nadando entre consuelos. No, mi consuelo es no tenerlo en la tierra. Sin mostrarse, sin hacerme oír su voz, Jesûs me instruye en secreto; no lo hace sirviéndose de libros, pues no entiendo lo que leo. Pero a veces viene a consolarme una frase como la que he encontrado al final de la oración (después de haber aguantado en el silencio y en la sequedad): «Este es el maestro que te doy, él te enseñará todo lo que debes hacer. Quiero hacerte leer en el libro de la vida, donde esta contenida la ciencia del amor».

¡La ciencia del amor! ¡Si, estas palabras resuenan dulcemente en los oídos de mi alma! No deseo otra ciencia. Después de haber dado por ella todas mis riquezas, me parece, como a la esposa del Cantar de los Cantares, que no he dado nada todavía... Comprendo tan bien que, fuera del amor, no hay nada que pueda hacernos gratos a Dios, que ese amor es el único bien que ambiciono.

Jesús se complace en mostrarme el único camino que conduce a esa hoguera divina. Ese camino es el abandono del niño que se duerme sin miedo en brazos de su padre... «El que sea pequenito, que venga a mí», dijo el Espíritu Santo por boca de Salomón. Y ese mismo Espíritu de amor dijo también que «a los pequeños se les compadece y perdona». Y, en su nombre, el profeta Isaías nos revela que en el último día «el Señor apacentará como un pastor a su rebaño, reunirá a los corderitos y los estrechará contra su pecho». Y como si todas esas promesas no bastaran, el mismo profeta, cuya mirada inspirada se hundía ya en las profundidades de la eternidad, exclama en nombre del Señor: «Como una madre acaricia a su hijo, así os consolaré yo, os llevaré en brazos y sobre las rodillas os acariciaré».

Si, madrina querida, ante un lenguaje como éste, solo cabe callar y llorar de agradecimiento [1vº] y de amor... Si todas las almas débiles e imperfectas sintieran lo que siente la más pequeña de todas las almas, el alma de tu Teresita, ni una sola perdería la esperanza de llegar a la cima de la montaña del amor, pues Jesús no pide grandes hazanas, sino únicamente abandono y gratitud, como dijo en el salmo XLIX: «No aceptaré un becerro de tu casa ni un cabrito de tus rebaños, pues las fieras de la selva son mías y hay miles de bestias en mis montes; conozco todos los pájaros del cielo... Si tuviera hambre, no te lo diría, pues el orbe y cuanto lo llena es mío. Comeré yo carne de toros, beberé sangre de cabritos?... Ofrece a Dios sacrificios de alabanza y de acción de gracias».

He aquí, pues, todo lo que Jesús exige de nosotros. No tiene necesidad de nuestras obras, sino solo de nuestro amor. Porque ese mismo Dios que declara que no tiene necesidad de decirnos si tiene hambre, no vacila en mendigar un poco de agua a la Samaritana. Tenía sed... Pero al decir: «Dame de beber», lo que estaba pidiendo el Creador del universo era el amor de su pobre criatura. Tenía sed de amor...

Si, me doy cuenta, más que nunca, de que Jesús está sediento. Entre los discípulos del mundo, solo encuentra ingratos e indiferentes, y entre sus propios discípulos ¡qué pocos corazones encuentra que se entreguen a él sin reservas, que comprendan toda la ternura de su amor infinito!

Hermana querida, ¡dichosas nosotras que comprendemos los íntimos secretos de nuestro Esposo! Si tú quisieras escribir todo lo que sabes acerca de ellos, ¡qué hermosas páginas podríamos leer! Pero ya lo sé, prefieres guardar «los secretos del Rey» en el fondo de tu corazón, mientras que a mí me dices que «es bueno publicar las obras del altísimo». Creo que tienes razón en guardar silencio, y solo por complacerte escribo yo estas líneas, pues siento mi impotencia para expresar con palabras de la tierra los secretos del cielo; y además, aunque escribiera páginas y más páginas, tendría la impresión de no haber empezado todavía... Hay tanta variedad de horizontes, matices tan infinitamente variados, que solo la paleta del Pintor celestial podrá proporcionarme, después de la noche de esta vida, los colores apropiados para pintar las maravillas que él descubre a los ojos de mi alma.

Hermana querida, me pedías que te escribiera mi sueño y «mi doctrinita», como tú la llamas... Lo he hecho en las páginas que siguen; pero tan mal, que me parece imposible que consigas entender nada. Tal vez mis expresiones te parezcan exageradas... Perdéname, eso se debe a mi estilo demasiado confuso. Te aseguro que en mi pobre alma no hay exageración alguna: en ella todo es sereno y reposado...

(Al escribir, me dirijo a Jesús; así me resulta más fácil expresar mis pensamientos... Lo cual, ¡ay!, no impide que vayan horriblemente expresados) [2rº],

J.M.J.T.

8 de septiembre de 1896

(A mi querida sor María del Sagrado Corazón.)

¡Jesús, Amado mío!, ¿quién podrá decir con qué ternura y con qué suavidad diriges tú mi pequeña alma, y como te gusta hacer brillar el rayo de tu gracia aun en medio de la más oscura tormenta...?

Jesús, la tormenta rugía muy fuerte en mi alma desde la hermosa fiesta de tu triunfo -la fiesta radiante de Pascua-, cuando un sábado del mes de mayo, pensando en los sueños misteriosos que a veces concedes a ciertas almas, me decía a mí misma que debía de ser un consuelo muy dulce tener uno de esos sueños; pero no lo pedía.

Por la noche, mi alma, observando las nubes que encapotaban su cielo, se repitiô a si misma que aquellos hermosos suenos no estaban hechos para ella, y se durmió bajo el vendaval...

## **La Venerable Ana de Jesûs**

El día siguiente era el 10 de mayo, segundo domingo del mes de Maria, quizâs aniversario de aquel día en que la Santísima Virgen se dignô sonreírle a su florecita...

A las primeras luces del alba, me encontraba (en sueños) en una especie de galería. Había en ella varias personas más, pero alejadas. Solo nuestra Madre estaba a mi lado.

De pronto, sin saber como habían entrado, vi a três carmelitas, vestidas con capas blancas y con los grandes vélos echados. Me pareció que venían por nuestra Madre, pero lo que entendí claramente fue que venían del cielo.

Yo exclamé en lo hondo del corazón: ¡Cómo me gustaría ver el rostro de una de esas carmelitas! Y entonces la más alta de las santas, como si hubiese oído mi oración, avanzó hacia mí. Al instante caí de rodillas.

Y, ¡oh, felicidad!, la carmelita se quitó el velo, o, mejor dicho, lo alzó y me cubrió con él. Sin la menor vacilación, reconocí a la Venerable Ana de Jesûs, la fundadora del Carmelo en Francia.

Su rostro era hermoso, de una hermosura inmaterial. No desprendía ningún resplandor; y sin embargo, a pesar del vélo que nos cubría a las dos, yo veía aquel rostro celestial iluminado con una luz inefablemente suave, luz que el rostro no recibía sino que él mismo producía...

Me sería imposible decir la alegría de mi alma; estas cosas se sienten, pero no se pueden expresar... Varios meses han pasado desde este dulce sueño; pero el recuerdo que dejó en mi alma no ha perdido nada de su frescor ni de su encanto celestial... Aún me parece estar viendo la mirada y la sonrisa llenas de amor de la Venerable Madre. Aún creo sentir las caricias de que me colmo ...

...Al verme tan tiernamente amada, me atreví a pronunciar estas palabras: «Madre, te lo ruego, dime si Dios me dejará todavía mucho tiempo en la tierra... Vendrá pronto a buscarme...?» Sonriendo con ternura, la santa murmuré: «Si, pronto, pronto... Te lo prometo». «Madre, añadi, dime



también si Dios no me pide tal vez algo [2vº] mas que mis pobres acciones y mis deseos. «¿Está contento de mí?» El rostro de la santa asumió una expresión incomparablemente mas tierna que la primera vez que me habló. Su mirada y sus caricias eran ya la mas dulce de las respuestas. Sin embargo, me dijo: «Dios no te pide ninguna otra cosa. Esta contento, ¡muy contento...!»

Y después de volver a acariciarme con mucho mas amor con que jamás acaricié a su hijo la mas tierna de las madres, la vi alejarse... Mi corazón rebosaba de alegría, pero me acordé de mis hermanas y quise pedir algunas gracias para ellas. Pero, ¡ay!..., me desperté...

¡Jesús!, ya no rugia la tormenta, el cielo estaba en calma y sereno... Yo creia, sabia que hay un cielo, y que ese cielo esta poblado de aimas que me quieren y que me miran como a hija suya...

Esta impresión ha quedado grabada en mi corazón. Lo cual es tanto mas curioso, cuanto que la Venerable Ana de Jesús me habia sido hasta entonces del todo indiferente, nunca la habia invocado, y su pensamiento solo me venia a la mente cuando oia hablar de ella, lo que ocurría raras veces.

Por eso, cuando comprendí hasta qué punto me queria ella a mi, y qué lejos estaba yo de serle indiferente, mi corazón se deshizo en amor y gratitud, y no solo hacia la santa que me habia visitado, sino hacia todos los bienaventurados moradores del cielo...

¡Amado mío!, esta gracia no era mas que el preludio de otras gracias mayores con que tú querias colmarme. Déjame, mi único amor, que te las recuerde hoy..., hoy, sí, sexto aniversario de nuestra union... Y perdóname, Jesús mío, si digo desatinos al querer expresarte mis deseos, mis esperanzas que rayan el infinito, ¡¡¡perdóname y cura mi aima dándole lo que espera...!!!

## **Todas las vocaciones**

Ser tu esposa, Jesús, ser carmelita, ser por mi union contigo madre de almas, debería bastarme... Pero no es así... Ciertamente, estos tres privilegios son la esencia de mi vocación: carmelita, esposa y madre.

Sin embargo, siento en mi interior otras vocaciones : siento la vocación de guerrero, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir. En una palabra, siento la necesidad, el deseo de realizar por ti, Jesús, las mas heroicas

hazanas... Siento en mi alma el valor de un cruzado, de un zuavo pontificio. Quisiera morir por la defensa de la Iglesia en un campo de batalla...

Siento en mi la vocation de sacerdote . ¡Con qué amor, Jesûs, te llevaria en mis manos cuando, al conjuro de mi voz, bajaras del cielo...! ¡Con qué amor te entregaria a las almas...! Pero, ¡ay!, aun deseando ser sacerdote, admiro y envidio la humildad de san Francisco de Asis y siento en mi la vocation de imitarle renunciado a la sublime dignidad dei sacerdotio.

¡Oh, Jesûs, amor mio, mi vida...!, ¿cômo hermanar estos contrastes? [3rº]  
¿Cémo convertir en realidad los deseos de mi pobrecita aimas?

Si, a pesar de mi pequenez, quisiera iluminar a las aimas como los profetas y como los doctores.

Tengo vocation de apóstol... Quisiera recorrer la tierra, predicar tu nombre y plantar tu cruz gloriosa en suelo infiel. Pero Amado mio, una sola misién no sería suficiente para mi. Quisiera anunciar el Evangelio al mismo tiempo en las cinco partes dei mundo, y hasta en las islas más remotas... Quisiera se misionero no solo durante algunos anos, sino haberlo sido desde la creation dei mundo y seguirlo siendo hasta la consumacién de los siglos...

Pero, sobre todo y por encima de todo, amado Salvador mio, quisiera derramar porti hasta la última gota de mi sangre...

¡El martirio! ¡El sueño de mi juventud! Un sueño que ha ido creciendo conmigo en los claustros del Carmelo... Pero siento que también este sueño mio es una locura, pues no puedo limitarme a desear una sola clase de martirio... Para quedar satisfecha, tendria que sufrirlos todos...

Como tû, adorado Esposo mio, quisiera ser flagelada y crucificada... Quisiera morir desollada, como san Bartolomé... Quisiera ser sumergida, como san Juan, en aceite hirviendo... Quisiera sufrir todos los suplicios infligidos a los mártires... Con santa Inès y santa Cecilia, quisiera presentar mi cuello a la espada, y como Juana de Arco, mi hermana querida, quisiera susurrar tu nombre en la hoguera, Jesûs... Al pensar en los tormentos que serán el lote de los cristianos en tiempos del anticristo, siento que mi corazón se estremece de alegría y quisiera que esos tormentos estuviesen reservados para mi... Jesûs, Jesûs, si quisiera poner por escrito todos mis deseos, necesitaria que me prestaras tu libro de la vida, donde están consignadas las hazanas de todos los santos, y todas esas hazanas quisiera realizarlas yo por ti...

Jesûs mio, <,y tû qué responderas a todas mis locuras...? «^Existe acaso un aima pequena y mâs impotente que la mia...? Sin embargo, Señor, precisamente a causa de mi debilidad, tû has querido colmar mis pequenos deseos infantiles, y hoy quieres colmar otros deseos mios mâs grandes que el universo...

Como estos mis deseos me hacian sufrir durante la oraciôn un verdadero martirio, abri las cartas de san Pablo con el fin de buscar una respuesta. Y mis ojos se encontraron con los capitulos 12 y 13 de la primera carta a los Corintios...

Lei en el primera que no todos pueden ser apôstoles, o profetas, o doctores, etc...; que la Iglesia estâ compuesta de diferentes miembros, y que el ojo no puede ser al mismo tiempo mano.

...La respuesta estaba clara, pero no colmaba mis deseos ni me daba la paz...

Al igual que Magdalena, inclinândose sin césar sobre la tumba vacia, acabô por encontrar [3v°] lo que buscaba, asi también yo, abajândome hasta las profundidades de mi nada, subi tan alto que logré alcanzar mi intento...

Segui leyendo, sin desanimarme, y esta frase me réconforté: «Ambicionad los carismas mejores. Y aún os voy a mostrar un camino inigualable». Y el apôstol va explicando cômolo los mejores carismas nada son sin el amor... Y que la caridad es ese camino inigualable que conduce a Dios con total seguridad.

Podia, por fin, descansar... Al mirar el cuerpo mistico de la Iglesia, yo no me habia reconocido en ninguno de los miembros descritos por san Pablo; o, mejor dicho, queria reconocerme en todos ellos...

La caridad me dio la clave de mi vocaciôn. Comprend! que si la Iglesia tenía un cuerpo, compuesto de diferentes miembros, no podia faltarle el mâs necesario, el mâs noble de todos ellos. Comprend! que la Iglesia tenía un corazôn, y que ese corazôn estaba ardiendo de amor.

Comprend! que solo el amor podia hacer actuar a los miembros de la Iglesia; que si el amor llegaba a apagarse, los apôstoles ya no anunciarian el Evangelio y los mâtires se negarian a derramar su sangre...

Comprend! que el amor encerraba en si todas las vocaciones, que el amor lo era todo, que el amor abarcaba todos los tiempos y lugares... En una palabra, ¡que el amor es eterno...!

Entonces, al borde de mi alegría delirante, exclamé: ¡Jesûs, amor mio..., al fin he encontrado mi vocacion! ¡Mi vocaciôn es el amor...!

Si, he encontrado mi puesto en la Iglesia, y ese puesto, Dios mio, eres tû quien me lo ha dado... En el corazôn de la Iglesia, mi Madré, yo seré el amor... Asi lo seré todo... ¡¡¡Asi mi suefio se verâ hecho realidad...!!!

¡,Por qué hablar de alegría delirante? No, no es ésta la expresiôn justa. Es, mâs bien, la paz tranquila y serena del navegante al divisar el faro que ha de conducirle al puerto... ¡Oh, faro luminoso del amor, yo sé como llegar hasta ti! He encontrado el secreto para apropiarme tu llama.

No soy mâs que una nina, impotente y débil. Sin embargo, es precisamente mi debilidad lo que me da la audacia para ofrecirme como victima a tu amor, ¡oh Jesûs! Antiguamente, solo las hostias puras y sin mancha eran aceptadas por el Dios fuerte y poderoso. Para satisfacer a la justicia divina, se necesitaban victimas perfectas. Pero a la ley del temor le ha sucedido la ley del amor, y el amor me ha escogido a mi, débil e imperfecta criatura, como holocausto... <,No es ésta una election digna del amor...? Si, para que el amor quede plenamente satisfecho, es preciso que se abaje hasta la nada y que transforme en fuego esa nada...

4r°] Lo sé, Jesûs, el amor solo con amor se paga. Por eso he buscado y hallado la forma de aliviar mi corazôn devolviéndote amor por amor.

«Ganaos amigos con el dinero injusto, para que os reciban en las moradas eternas». Este es, Señor, el consejo que diste a tus discipulos después de dícides que «los hijos de las tinieblas son mâs astutos en sus negocios que los hijos de la luz».

Y yo, como hija de la luz, comprend! que mis deseos de serlo todo, de abarcar todas las vocaciones, eran riquezas que podian muy bien hacerme injusta; por eso me he servido de ellas para ganarme amigos...

Acordândome de la oration de Eliseo a su Padre Elias, cuando se atreviô a pedirle su doble espiritu, me presenté ante los ângeles y los santos y les dije: «Yo soy la mâs pequena de las criaturas. Conozco mi miseria y mi debilidad. Pero sé también cuânto les gusta a los corazones nobles y generosos hacer el bien. Os suplico, pues, bienaventurados moradores del cielo, os suplico que me adoptéis por hija. Solo vuestra serâ la gloria que

me hagâis adquirir, pero dignaos escuchar mi sùplica. Ya sé que es temeraria, sin embargo me atrevo a pedirós que me alcancéis: vuestro doble amor ».

Jesûs, no puedo ir mas alla en mi peticiôn, temeria verme aplastada bajo el peso de mis audaces deseos...

La excusa que tengo es que soy una nina, y los nihos no piensan en el alcance de sus palabras. Sin embargo sus padres, cuando ocupan un trono y poseen inmensos tesoros, no dudan en satisfacer los deseos de esos pequenajos a los que aman tanto como a si mismos; por complacerles, hacen locuras y hasta se vuelven débiles...

Pues bien, yo soy la HIJA de la Iglesia, y la Iglesia es Reina, pues es tu Esposa, oh, divino Rey de reyes...

## **Arrojar flores**

No son riquezas ni gloria (ni siquiera la gloria del cielo) lo que pide el corazôn del ninito... El entiende muy bien que la gloria pertenece a sus hermanos, los ângeles y los santos... La suya sera un reflejo de la que irradia de la trente de su madré.

Lo que él pide es el amor... No sabe mas que una cosa: amarte, Jesûs... Las obras deslumbrantes le estân vedadas: no puede predicar el Evangelio, ni derramar su sangre... Pero <,qué importa?, sus hermanos trabajan en su lugar, y él, como un nino pequeno, se queda muy cerquita del trono del Rey y de la Reina y ama por sus hermanos que luchan...

i, Pero como podrâ demostrar él su amor, si es que el amor se demuestra con obras? Pues bien, el ninito arrojarâ flores, aromarâ con sus perfumes el trono real, cantarâ con su voz argentina el cântico del amor...

Si, Amado mio, asi es como se consumirâ mi vida... No tengo otra forma de demostrarte mi amor que arrojando flores, es decir, no dejando escapar ningûn pequeho sacrificio, ni una sola mirada, [4v°] ni una sola palabra, aprovechando hasta las mas pequehas cosas y haciéndolas por amor...

Quiero sufrir por amor, y hasta gozar por amor. Asi arrojaré flores delante de tu trono. No encontraré ni una sola en mi camino que no deshoje para ti. Y ademâs, al arrojar mis flores, cantaré (<,puede alguien llorar mientras realiza una acciôn tan alegre?), cantaré aun cuando tenga que coger las

flores entre las espinas, y tanto más melodioso será mi canto, cuanto más largas y punzantes sean las espinas.

¡Y de qué te servirán, Jesús, mis flores y mis cantos...? Si, lo sé muy bien: esa lluvia perfumada, esos pétalos frágiles y sin valor alguno, esos cánticos de amor del más pequeño de los corazones te fascinarán.

Si, esas naderías te gustarán y harán sonreír a la Iglesia triunfante, que recogerá mis flores deshojadas por amor y las pasará por tus divinas manos, Jesús. Y luego esa Iglesia del cielo, queriendo jugar con su hijito, arrojará también ella esas flores -que habrán adquirido a tu toque divino un valor infinito- arrojará esas flores sobre la Iglesia sufriente para apagar sus llamas, y las arrojará también sobre la Iglesia militante para hacerla alcanzar la victoria...

¡Jesús mío, te amo! Amo a la Iglesia, mi Madre. Recuerdo que «el más pequeño movimiento de puro amor es más útil a la Iglesia que todas las demás obras juntas».

<Pero hay de verdad puro amor en mi corazón...? Mis inmensos deseos <,no serán un sueño, una locura...? ¡Ay!, si así fuera, dame luz tú, Jesús. Tú sabes que busco la verdad... Si mis deseos son temerarios, hazlos tú desaparecer, pues estos deseos son para mí el mayor de los martirios...

Sin embargo, Jesús, siento en mi interior que, si después de haber ansiado con toda el alma llegar a las más elevadas regiones del amor, no llegase un día a alcanzarlas, habré saboreado una mayor dulzura en medio de mi martirio, en medio de mi locura, que la que gozaría en el seno de los gozos de la patria; a no ser que, por un milagro, me dejes conservar allí el recuerdo de las esperanzas que he tenido en la tierra.

Así pues, déjame gozar durante mi destierro las delicias del amor. Déjame saborear las dulces amarguras de mi martirio...

Jesús, Jesús, si tan delicioso es el deseo de amarte, <,qué será poseer al Amor, gozar del Amor...?

¡O cómo puede aspirar un alma tan imperfecta como la mía a poseer la plenitud del Amor...?

## El pajarillo

¡Oh, Jesús, mi primer y único amigo, el UNICO a quien yo amo, dime qué misterio es éste. ¿Por qué no reservas estas aspiraciones tan inmensas para las águilas grandes, para las águilas que se ciernen en las alturas...? Yo me considero un débil pajarito cubierto únicamente por un ligero plumón. Yo no soy un águila, solo tengo de águila los ojos y el corazón, pues, a pesar de mi extrema pequenez, me atrevo a mirar fijamente al Sol divino, al Sol del Amor, y mi corazón siente en sí todas las [5rº] aspiraciones del águila...

El pajarillo quisiera volar hacia ese Sol brillante que encandila sus ojos; quisiera imitar a sus hermanas las águilas, a las que ve elevarse hacia el foco divino de la Santísima Trinidad... Pero, ¡ay, lo más que puede hacer es alzar sus alas, ¡pero eso de volar no está en su modesto poder!

¿Qué será de él? ¿Morirá de pena al verse tan impotente...? No, no, el pajarillo ni siquiera se desconsolará. Con audaz abandono, quiere seguir con la mirada fija en su divino Sol. Nada podrá asustarlo, ni el viento ni la lluvia. Y si oscuras nubes llegaran a ocultarle el Astro del amor, el pajarito no cambiará de lugar: sabe que más allá de las nubes su Sol sigue brillando y que su resplandor no puede eclipsarse ni un instante.

Es cierto que, a veces, el corazón del pajarito se ve embestido por la tormenta, y no le parece que pueda existir otra cosa que las nubes que lo rodean. Esa es la hora de la alegría perfecta para ese pobre y débil ser. ¡Qué dicha para él seguir allí, a pesar de todo, mirando fijamente a la luz invisible que se oculta a su fe...!

Jesús, hasta aquí puedo entender tu amor al pajarito, ya que éste no se aleja de ti... Pero yo sé, y tú también lo sabes, que muchas veces la imperfecta criaturita, aun siguiendo en su lugar (es decir, bajo los rayos del Sol), acaba distrayéndose un poco de su único quehacer: coge un granito acá y allá, corre tras un gusanito...; luego, encontrando un charquito de agua, moja en él sus plumas apenas formadas; ve una flor que le gusta, y su espíritu débil se entretiene con la flor... En una palabra, el pobre pajarito, al no poder cernirse como las águilas, se sigue entreteniendo con las bagatelas de la tierra.

Sin embargo, después de todas sus travesuras, el pajarillo, en vez de ir a esconderse en un rincón para llorar su miseria y morir de arrepentimiento, se vuelve hacia su amado Sol, expone a sus rayos bienhechores sus alas mojadas, gime como la golondrina; y, en su dulce canto, confía y cuenta detalladamente sus infidelidades, pensando, en su

temerario abandono, adquirir así un mayor dominio, atraer con mayor plenitud el amor de Aquel que no vino a buscar a los justos sino a los pecadores...

Y si el Astro adorado sigue sordo a los gorjeos lastimeros de su criaturita, si sigue oculto..., pues bien, entonces la criaturita seguirá allí mojada, aceptará estar aterida de frío, y seguirá alegrándose de ese sufrimiento que en realidad ha merecido...

¡Qué feliz, Jesús, es tu pajarito de ser débil y pequeño! Pues ¿qué sería de él si fuera grande...? Jamás tendría la audacia de comparecer en tu presencia, de dormitar delante de ti...

Si, ésta es también otra debilidad del pajarito cuando quiere mirar fijamente al Sol divino y las nubes no le dejan ver ni un solo rayo: a pesar suyo, sus ojitos se cierran, su cabecita se esconde bajo el ala, y el pobrecito se duerme creyendo seguir mirando fijamente a su Astro querido.

Pero al despertar, no se desconsuela, su corazoncito sigue en paz. Y vuelve a comenzar su oficio de amor. Invoca a los ángeles y a los santos, que se elevan como águilas hacia el Foco devorador, objeto de sus anhelos, [5v°] y las águilas, compadeciéndose de su hermanito, le protegen y defienden y ponen en fuga a los buitres que quisieran devorarlo.

El pajarito no teme a los buitres, imágenes de los demonios, pues no está destinado a ser su presa, sino la del Águila que él contempla en el centro del Sol del amor.

## **El águila divina**

¡Oh, Verbo divino!, tú eres el Águila adorada que yo amo, la que atrae . Eres tú quien, precipitándote sobre la tierra del exilio, quisiste sufrir y morir a fin de atraer a las almas hasta el centro del Foco eterno de la Trinidad bienaventurada. Eres tú quien, remontándote hacia la Luz inaccesible que será ya para siempre tu morada, sigues viviendo en este valle de lágrimas, escondido bajo las apariencias de una blanca hostia...

Águila eterna, tú quieres alimentarme con tu sustancia divina, a mí, pobre e insignificante ser que volvería a la nada si tu mirada divina no me diese la vida a cada instante.



Jesûs, déjame que te diga, en el exceso de mi gratitud, déjame, si, que te diga que tu amor llega hasta la locura... <,Cômo quieres que, ante esa locura, mi corazôn no se lance hacia ti? ^Cômo va a conocer limites mi confianza...?

Si, ya sé que también los santos hicieron locuras por ti, que hicieron obras grandes porque ellos eran âguilas...

Jesûs, yo soy demasiado pequena para hacer obras grandes..., y mi locura consiste en esperar que tu amor me acepte como victima... Mi locura consiste en suplicar a las âguilas mis hermanas que me obtengan la gracia de volar hacia el Sol del amor con las propias alas del Aguila divina...

Durante todo el tiempo que tû quieras, Amado mio, tu pajarito seguirâ sin fuerzas y sin alas, seguirâ con los ojos fijos en ti. Quiere ser fascinado por tu mirada divina, quiere ser presa de tu amor...

Un dia, asi lo espero, Aguila adorada, vendras a buscar a tu pajarillo; y, remontândote con él hasta el Foco dei amor, lo sumergirâs por toda la eternidad en el ardiente Abismo de ese amor al que él se ofrecio como victima

## **Fin del Manuscrite B**

¡Que no pueda yo, Jesûs, revelar a todas las aimas pequenas cuán inefable es tu condescendenda...!

Estoy convencida de que, si por un imposible, encontrases un aima más débil y más pequena que la mia, te complacerias en colmarla de gracias todavia mayores, con tal de que ella se abandonase con entera confianza a tu misericordia infinita.

^Pero por qué estos deseos, Jesûs, de comunicar los secretos de tu amor? <,No fuiste tû, y nadie más que tû, el que me los enseñé a mi? no puedes, entonces, revelârselos también a otros...?

Si, lo sé muy bien, y te conjura a que lo hagas. Te suplico que hagas descender tu mirada divina sobre un gran nûmero de aimas pequenas... ¡Te suplico que escojas una legion de pequenas victimas dignas de tu AMOR...!

La insignificante sor Teresa del Nino Jesûs de la Sta. Faz, rel. carm. ind.

## MANUSCRITO DIRIGIDO A LA MADRE MARIA DE GONZAGA

### Manuscrite «C»

#### CAPITULO X

#### LA PRUEBA DE LA FE

(1896-1897) [1 rº]

J.M.J.T.

Madré mia querida, me ha manifestado el deseo de que termine de cantar con usted las misericordias del Señor.

Este dulce canto habia empezado a cantarlo con su hija querida, Inès de Jesûs, que fue la madré a quien Dios encomendô la misiôn de guiarme en los anos de mi niñez. Con ella, pues, tenia que cantar las gracias otorgadas a la florecita de la Santisima Virgen en la primavera de su vida.

Pero ahora que los timidos rayos de la aurora han dado paso a los ardientes rayos del mediodia, es con usted con quien debo cantar la felicidad de esa florecilla.

#### **Teresa y su priora**

Si, Madré querida, con usted. Y para responder a su deseo, intentaré expresar los sentimientos de mi aima, mi gratitud a Dios y también a usted que lo representa visiblemente a mis ojos. <,No me entregué toda a El precisamente entre sus manos maternas?

<,Se acuerda, Madré, de aquel dia...? Si, yo sé que su corazôn no lo olvida... En cuanto a mi, tendré que esperar a estar en el cielo, pues aqui abajo en la tierra no encuentro palabras para traducir lo que aquel dia bendito pasô en mi corazôn.

Madré querida, hay otro dia en que mi aima se uniô aún mas, si es posible, a la suya. Fue el dia en que Jesûs volviô a poner sobre sus hombros la carga del prioratol. Aquel dia, Madré querida, usted sembrô entre lâgrimas, pero en el cielo rebosará de alegria [1 vº] al ver sus manos cargadas de preciosas gavillas.

Perdôname, Madre, mi sencillez infantil. Yo sé que me va a permitir hablarle sin andar rebuscando lo que a una joven religiosa le esta permitido decirle a su priora. Tal vez no siempre me mantenga dentro de los limites prescritos a los sùbditos; pero, Madre, me atrevo a decir que la culpa sera suya, pues yo la trato como una hija<sup>2</sup>, ya que usted no me trata como priora sino como madre...

Sé muy bien, Madre querida, que a través de usted me habla Dios.

Muchas hermanas piensan que usted me ha mimado, que desde mi entrada en el area santa no he recibido de usted mas que halagos y caricias. Sin embargo, no es asi.

En el cuaderno que contiene mis recuerdos de la infancia, podrâ ver lo que pienso sobre la education recia y maternai que usted me dio. Desde lo mas hondo de mi corazôn le agradezco que no me haya tratado con miramientos. Jesûs sabia muy bien que su florecita necesitaba el agua vivificante de la humiliation, que era demasiado débil para echar raices sin esa ayuda, y quiso prestârsela, Madre, por medio de usted.

De un ano y medio a esta parte, Jesûs ha querido cambiar la forma de hacer crecer a su florecita; sin duda pensô que estaba ya suficientemente regada, pues ahora es el sol quien la hace crecer. Jesûs no quiere ya para ella mas que su sonrisa divina, y esa sonrisa se la da también por medio de usted, Madre querida. Y ese dulce sol, lejos de ajar a la florecita, la [2r<sup>o</sup>] hace crecer de una manera maravillosa. En el fondo de su câliz conserva las pretiosas gotas de rociô que recibió, y esas gotas le recuerdan incesantemente que es pequena y débil...

Ya pueden todas las criaturas inclinarse hacia ella, admirarla, colmarla de alabanzas. No sé por qué, pero nada de eso lograria anadir ni una gota de falsa alegria a la verdadera alegria que saborea en su corazôn al ver lo que es en realidad a los ojos de Dios: una pobre nada, y solo eso.

Digo que no sé por qué, <,pero no sera porque hasta tanto que su pequeno câliz no estuvo lo suficientemente lleno del rocío de la humiliation, se vio privada del agua de las alabanzas? Ahora ya no existe ese peligro; al contrario, a la florecita le parece tan delicioso el rocío que la llena, que no lo cambiaria por el agua insipida de los halagos.

No quiero hablar, Madre querida, de las muestras de amor y de confianza que usted me ha dado<sup>3</sup>. Pero no piense que el corazôn de su hija sea insensible a ellas. Lo que pasa es que sé muy bien que ahora no tengo nada que temer; al contrario, puedo gozarme de ellas, atribuyendo a Dios

todo lo bueno que él ha querido poner en mi. Si a él le gusta hacerme parecer mejor de lo que soy, no es cosa mía, es muy libre de hacer lo que quiera...

¡Por qué caminos tan diferentes, Madre, lleva el Señor a las almas! En la vida de los santos, vemos que hay muchos que no han querido dejar nada de sí mismos [2vº] después de su muerte: ni el menor recuerdo, ni el menor escrito; hay otros, en cambio, como nuestra Madre santa Teresa, que han enriquecido a la Iglesia con sus sublimes revelaciones, sin temor alguno a revelar los secretos del Rey, a fin de que sea más conocido y más amado de las almas.

¿Cuál de estos dos tipos de santo agrada más a Dios? Me parece, Madre, que ambos le agradan por igual, pues todos ellos han seguido las mociones del Espíritu Santo, y el Señor dijo: Decid al justo que todo está bien. Sí, cuando solo se busca la voluntad de Jesús, todo está bien. Por eso, yo, pobre florecita, obedezco a Jesús tratando de complacer a mi Madre querida.

Listo, Madre, sabe bien que yo siempre he deseado ser santa. Pero, ¡ay!, cuando me comparo con los santos, siempre constato que entre ellos y yo existe la misma diferencia que entre una montaña cuya cumbre se pierde en el cielo y el oscuro grano que los caminantes pisan al andar. Pero en vez de desanimarme, me he dicho a mí misma: Dios no puede inspirar deseos irrealizables<sup>4</sup>; por lo tanto, a pesar de mi pequeñez, puedo aspirar a la santidad. Agrandarme es imposible; tendré que soportarme tal cual soy, con todas mis imperfecciones. Pero quiero buscar la forma de ir al cielo por un caminito muy recto y muy corto, por un caminito totalmente nuevo.

## **El ascensor divino**

Estamos en un siglo de inventos. Ahora no hay que tomarse ya el trabajo de subir los peldaños de una [3rº] escalera: en las casas de los ricos, un ascensor la suple ventajosamente.

Yo quisiera también encontrar un ascensor para elevarme hasta Jesús, pues soy demasiado pequeña para subir la dura escalera de la perfección. Entonces busqué en los Libros Sagrados algún indicio del ascensor, objeto de mi deseo, y leí estas palabras salidas de la boca de Sabiduría eterna: El que sea pequenito, que venga a mí.

Y entonces fui, adivinando que habia encontrado lo que buscaba. Y queriendo saber, Dios mio, lo que harias con el que pequenito que responda a tu Hamada, continué mi bûsqueda, y he aqui lo que encontré: Como una madré acaricia a su hijo, asi os consolaré yo; os llevaré en mis brazos y sobre mis rodillas os meceré.

Nunca palabras mâs tiernas ni mâs melodiosas alegraron mi aima ¡El ascensor que ha de elevarme hasta el cielo son tus brazos, Jesûs! Y para eso, no necesito crecer; al contrario, tengo que seguir siendo pequena, tengo que empequenecerme mâs y mâs.

Tû, Dios mio, has rebasado mi esperanza, y yo quiero cantar tus misericordias: «Me instruiste desde mi juventud, y hasta hoy relato tus maravillas, y las seguiré publicando hasta mi edad mâs avanzada». Sal. LXX.

¡,Cuâl serâ para mi esta edad avanzada? Me parece que podria ser ya ahora, pues dos mil anos no son mâs a los ojos de Dios que veinte anos..., que un solo dia...

No piense, Madré querida, que su hija quiera dejarla... No créa que estime como una [3vº] gracia mayor morir en la aurora de la vida que al atardecer. Lo que ella estima, lo ûnico que desea es agradar a Jesûs... Ahora que él parece acercarse a ella para llevarla a la morada de su gloria, su hija se alegra. Hace ya mucho que ha comprendido que Dios no tiene necesidad de nadie (y mucho menos de ella que de los demâs) para hacer el bien en la tierra.

Perdéneme, Madré, si la estoy poniendo triste..., me gustaria tanto alegrarla... Pero si sus oraciones no son escuchadas en la tierra, si Jesûs separa durante algunos dias a la Madré de la hija, <,cree que esas oraciones no serân escuchadas en el cielo...?

Yo sé que su deseo es que yo realice junto a usted una misién muy dulce y muy fácil. <,Pero no podria concluirla desde el cielo...? Como un dia Jesûs dijo a san Pedro, también usted le dijo a su hija: «Apacienta mis corderas». Y yo me quedé aténita, y le dije que «era demasiado pequena...», y le pedi que apacentase usted misma a sus corderitos, y que me cuidase también a mi y me concediera la gracia de pastar con ellos. Y usted, Madré querida, respondiendo en parte a mi justo deseo, cuidé de los corderitos a la vez que de las ovejasô, encargândome a mi de llevarlos a ellos con frecuencia a pacer a la sombra, de enseñarles las hierbas mejores y las mâs nutritivas, y también de mostrarles las flores de

brillantes colores que nunca deben tocar a no ser para aplastarlas con sus pies...

Listed no ha temido, Madre querida, que yo extraviase a sus corderitos. Ni mi inexperiencia ni mi [4rº] juventud la han asustado. Tal vez se acordô de que el Señor se suele complacer en concéder la sabiduria a los pequenos, y de que un dia, exultante de gozo, bendijo a su Padre por haber escondido sus secretos a los sabios y entendidos y habérselas revelado a los mâs pequenos.

Listed, Madre, sabe bien que son muy pocas las aimas que no miden el poder divino por la medida de sus cortos pensamientos y que quieren que haya excepciones a todo en la tierra. ¡Sôlo Dios no tiene derecho alguno a hacerlas! Sé que hace mucho tiempo que entre los humanos se practica esta forma de medir la experiencia por los anos, pues ya el santo rey David en su adolescencia cantaba al Señor: «Soy joven y despreciado». Sin embargo, no terne decir en ese mismo salmo 118: «Soy mâs sagaz que los ancianos, porque busco tu voluntad... Tu palabra es lâmpara para mis pasos... Estoy dispuesto para cumplir tus mandatos, y nada me turba...»

Madre querida, usted no tuvo reparo en decirme un dia que Dios iluminaba mi aima, que hasta me daba la experiencia de los anos... Madre, yo soy demasiado pequena para sentir vanidad, soy demasiado pequena también para hacer frases bonitas con el fin de hacerle creer que tengo una gran humildad. Prefiero reconocer con toda sencillez que el Todopoderoso ha hecho obras grandes en el aima de la hija de su divina Madre, y que la mâs grande de todas es haberle hecho ver su pequenez, su impotencia.

[4vº] Madre querida, usted sabe como Dios ha querido que mi aima pasara por muchas clases de pruebas. He sufrido mucho desde que estoy en la tierra. Pero si en mi ninez sufría con tristeza, ahora ya no sufro así: lo hago con alegría y con paz, soy realmente feliz de sufrir.

Madre, muy bien tiene que conocer usted todos los secretos de mi aima para no sonreír al leer estas lineas. Pues, a juzgar por las apariencias, ¿existe acaso un aima menos probada que la mia? Pero ¡qué extranada se quedaria mucha gente si la prueba que desde hace un ano vengo sufriendo apareciese ante sus ojos...!

Usted, Madre querida, conoce ya esta prueba. Sin embargo, quiero volver a hablarle de ella, pues la considero como una gracia muy grande que he recibido durante su bendito priorato.

## **Primeras hemoptisis**

El año pasado, Dios me concedió el consuelo de observar los ayunos de cuaresma en todo su rigor. Nunca me había sentido tan fuerte, y estas fuerzas se mantuvieron hasta Pascua.

Sin embargo, el día de Viernes Santo<sup>7</sup> Jesús quiso darme la esperanza de ir pronto a verle en el cielo... ¡Qué dulce es el recuerdo que tengo de ello...! Después de haberme quedado hasta media noche ante el monumento, volví a nuestra celda. Pero apenas había apoyado la cabeza en la almohada, cuando sentí como un flujo que subía, que me subía borboteando hasta los labios.

Yo no sabía lo que era, pero pensé que a lo mejor me iba a morir, y mi alma se sintió inundada [5r°] de gozo... Sin embargo, como nuestra lámpara estaba apagada, me dije a mi misma que tendría que esperar hasta la mañana para cerciorarme de mi felicidad, pues me parecía que lo que había vomitado era sangre.

La mañana no se hizo esperar mucho, y lo primero que pensé al despertarme fue que iba a descubrir algo muy hermoso. Acercándome a la ventana, pude comprobar que no me había equivocado..., ¡y mi alma se llenó de una enorme alegría! Estaba íntimamente convencida de que Jesús, en el aniversario de su muerte, quería hacerme oír una primera Hamada. Era como un tenue y lejano murmullo que me anunciaba la llegada del Esposo...

Asistí con gran fervor a Prima y al capítulo de los perdones<sup>8</sup>. Estaba impaciente porque me llegara el turno, para, al pedirle perdón, Madre querida, poder confiarle mi esperanza y mi felicidad. Pero añadí que no sufría lo más mínimo (lo cual era muy cierto), y le pedí, Madre, que no me diese nada especial. Y, en efecto, tuve la alegría de pasar el Viernes Santo como deseaba. Nunca me parecieron tan deliciosas las austeridades del Carmelo. La esperanza de ir al cielo me volvía loca de alegría.

Cuando llegé la noche de aquel venturoso día, nos fuimos a descansar. Pero, como la noche anterior, Jesús me dio la misma señal de que mi entrada en la vida eterna no estaba lejos...

## **La mesa de los pecadores**

Yo gozaba por entonces de una fe tan viva y tan clara, que el pensamiento del cielo constituía toda mi felicidad. No me cabía en la cabeza [5v°] que

hubiese incrédulos que no tuviesen fe. Me parecía que hablaban por hablar cuando negaban la existencia del cielo, de ese hermoso cielo donde el mismo Dios quería ser su eterna recompensa.

Durante los días tan gozosos del tiempo pascual, Jesûs me hizo conocer por experiencia que realmente hay aïmas que no tienen fe, y otras que, por abusar de la gracia, pierden ese precioso tesoro, fuente de las ûnica alegrías puras y verdaderas.

Permitiô que mi aïma se viese invadida por las mäs densas tinieblas, y que el pensamiento del cielo, tan dulce para mi, solo fuese en adelante motivo de lucha y de tormento...

Esta prueba no debia durar solo unos días, o unas semanas: no se extinguirâ hasta la hora marcada por Dios..., y esa hora no ha sonado todavia...

Quisiera poder expresar lo que siento, pero, jay!, creo que es imposible. Es preciso haber peregrinado por este negro tûnel para comprender su oscuridad. Trataré, sin embargo, de explicarlo con una comparaciôn.

Me imagino que he nacido en un país cubierto de espesa niebla, y que nunca he contemplado el rostro risueno de la naturaleza inundada de luz y transfigurada por el sol radiante. Es cierto que desde la ninez estoy oyendo hablar de esas maravillas. Sé que el país en el que vivo no es mi patria y que hay otro al que debo aspirar sin césar. Esto no es una historia inventada por un habitante del triste país donde me encuentro, sino que es una verdadera realidad, porque el Rey de aquella patria del sol radiante ha venido a vivir 33 años [6r°] en el país de la tinieblas.

Las tinieblas, jay!, no supieron comprender que este Rey divino era la luz dei mundo... Pero tu hija, Señor, ha comprendido tu divina luz y te pide perdôn para sus hermanos. Acepta comer el pan del dolor todo el tiempo que tû quieras, y no quiere levantarse de esta mesa repleta de amargura, donde comen los pobres pecadores, hasta que llegue el día que tû tienes senalado... <,Y no podrâ también decir en nombre de ellos, en nombre de sus hermanos: Ten compasiôn de nosotros, Seûor, porque somos pecadores...? ¡Haz, Señor, que volvamos justificados...! Que todos los que no viven iluminados por la antorcha luminosa de la fe la vean, por fin, brillar...

¡Oh, Jesûs!, si es necesario que un aïma que te ama purifique la mesa que ellos han manchado, yo acepto comer sola en ella el pan de la tribulaciôn



hasta que tengas a bien introducirme en tu reino luminoso... La única gracia que te pido es la de no ofenderte jamás...

Madré querida, esto que le estoy escribiendo no tiene la menor ilación. Mi pequena historia, que se parecia a un cuento de hadas, se ha cambiado de pronto en oración.

Yo no sé qué interés pueda usted encontrar en leer todos estos pensamientos confusos y mal expresados. De todas maneras, Madré, no escribo para hacer una obra literaria, sino por obediencia. Si la aburro, verá al menos que su hija ha dado pruebas de su buena voluntad. Voy, pues, [6vº] a continuar con mi comparación, sin desanimarme, desde el punto en que la dejé.

Decía que desde niña crecí con la convicción de que un día me iría lejos de aquel país triste y tenebroso. No solo creía por lo que oía decir a personas más sabias que yo, sino porque en el fondo de mi corazón yo misma sentía profundas aspiraciones hacia una región más bella. Lo mismo que a Cristóbal Colón su genio le hizo intuir que existía un nuevo mundo, cuando nadie había sonado aún con él, así yo sentía que un día otra tierra me habría de servir de morada permanente.

Pero de pronto, las nieblas que me rodean se hacen más densas, penetran en mi alma y la envuelven de tal suerte, que me es imposible descubrir en ella la imagen tan dulce de mi patria. ¡Todo ha desaparecido...! Cuando quiero que mi corazón, cansado por las tinieblas que lo rodean, descansa con el recuerdo del país luminoso por el que suspira, se redoblan mis tormentos. Me parece que las tinieblas, adoptando la voz de los pecadores, me dicen burlándose de mí: «Sueñas con la luz, con una patria aromada con los más suaves perfumes; sueñas con la posesión eterna del Creador de todas esas maravillas; crees que un día saldrás de las nieblas que te rodean. ¡Adelante, adelante! Alégrate de la muerte, que te dará, no lo que tú esperas, sino una noche más profunda todavía, la noche de la nada».

[7rº] Madré querida, la imagen que he querido darle de las tinieblas que oscurecen mi alma es tan imperfecta como un boceto comparado con el modelo. Sin embargo, no quiero escribir más, por temor a blasfemar... Hasta tengo miedo de haber dicho demasiado...

Que Jesús me perdone si le he disgustado. Pero él sabe muy bien que, aunque yo no goce de la alegría de la fe, al menos trato de realizar sus obras. Creo que he hecho más actos de fe de un año a esta parte que durante toda mi vida. Cada vez que se presenta el combate, cuando los

enemigos vienen a provocarme, me porto valientemente: sabiendo que batirse en duelo es una cobardía, vuelvo la espalda a mis adversarios sin dignarme siquiera mirarlos a la cara, corro hacia mi Jesús y le digo que estoy dispuesta a derramar hasta la última gota de mi sangre por confesar que existe un cielo; le digo que me alegro de no gozar de ese hermoso cielo aquí en la tierra para que él lo abra a los pobres incrédulos por toda la eternidad.

Así, a pesar de esta prueba que me roba todo goce, aún puedo exclamar: «Tus acciones, Señor, son mi alegría» (Sal XCI). Porque existe alegría mayor que la de sufrir por tu amor...? Cuanto más íntimo es el sufrimiento, tanto menos aparece a los ojos de las criaturas y más te alegra a ti, Dios mío. Pero si, por un imposible, ni tú mismo llegases a conocer mi sufrimiento, yo aún me sentiría feliz de padecerlo si con él pudiese impedir o reparar un solo pecado contra la fe...

[7v0] Madre querida, quizás le parezca que estoy exagerando mi prueba. En efecto, si usted juzga por los sentimientos que expreso en las humildes poesías que he compuesto durante este año, debo de parecerle un alma llena de consuelos, para quien casi se ha rasgado ya el vélo de la fe. Y sin embargo, no es ya un vélo para mí, es un muro que se alza hasta los cielos y que cubre el firmamento estrellado...

Cuando canto la felicidad del cielo y la eterna posesión de Dios, no experimento la menor alegría, pues canto simplemente lo que quiero creer. Es cierto que, a veces, un rayo pequeñito de sol viene a iluminar mis tinieblas, y entonces la prueba cesa un instante. Pero luego, el recuerdo de ese rayo, en vez de causarme alegría, hace todavía más densas mis tinieblas.

Nunca, Madre, he experimentado tan bien como ahora cuán compasivo y misericordioso es el Señor: él no me ha enviado esta prueba hasta el momento en que tenía fuerzas para soportarla; antes, creo que me hubiese hundido en el desánimo... Ahora hace que desaparezca todo lo que pudiera haber de satisfacción natural en el deseo que yo tenía del cielo... Madre querida, ahora me parece que nada me impide ya volar, pues no tengo ya grandes deseos, a no ser el de amar hasta morir de amor... (9 de junio)9.

[8rº] Madre querida, estoy completamente asombrada de lo que le escribí ayer. ¡Qué garabatos...! Me temblaba tanto la mano, que no pude continuar, y ahora lamento hasta haber intentado seguir escribiendo. Espero poder hacerlo hoy de manera más legible, pues ya no estoy en la cama, sino en un pretioso silloncito todo blanco.

Veo, Madré, que todo esto que le digo no tiene la menor ilación; pero antes de hablarle del pasado, siento la necesidad de hablarle de mis sentimientos actuales, pues mas tarde quizá los haya olvidado

Quiero, ante todo, decirle como me conmueven todas sus delicadezas maternas. Créame, Madré querida, el corazón de su hija desborda de gratitud y nunca olvidará lo mucho que le debe...

Madré, lo que mas me ha emocionado de todo es la novena que esta haciendo a nuestra Seriora de las Victorias, son las Misas que ha encargado decir para obtener mi curación. Siento que todos esos tesoros espirituales hacen un gran bien a mi aima.

Al empezar la novena, yo le decia, Madré, que la Santisima Virgen tenia que curarme o bien llevarme al cielo, pues me parecia muy triste para usted y para la comunidad tener que cargar con una joven religiosa enferma. Ahora acepto estar toda la vida enferma, si eso le agrada a Dios, y me resigno incluso a que mi vida sea muy larga. La única gracia [8vº] que deseo es que mi vida acabe rota por el amor.

No, no temo una vida larga, no rehusó el combate, pues el Señor es la roca sobre la que me alzo, que adiestra mis manos para el combate, mis dedos para la pelea, él es mi escudo, yo confio en él (Sal CXLIII). Por eso, nunca he pedido a Dios morir joven, aunque es cierto que siempre he esperado que fuera ésa su voluntad.

Muchas veces el Señor se conforma con nuestros deseos de trabajar por su gloria, y usted sabe, Madré mia, que mis deseos son muy grandes. También sabe que Jesús me ha presentado mas de un cáliz amargo y que lo ha alejado de mis labios antes de que lo bebiera, pero no sin antes darme a probar su amargura.

Madré querida, tenia razón el santo rey David cuando cantaba: Ved qué dulzura, qué delicia convivir los hermanos unidos. Es verdad, y yo lo he experimentado muchas veces, pero esa union tiene que realizarse en la tierra a base de sacrificios. Yo no vine al Carmelo para vivir con mis hermanas, sino solo por responder a la Hamada de Jesús. Intuia claramente que vivir con las propias hermanas, cuando una no quiere hacer la menor concesión a la naturaleza, iba a ser un motivo de continuo sacrificio,

¿Cómo se puede decir que es mas perfecto alejarse de los suyos...? <,Se les ha reprochado alguna vez a los hermanos que combatan en el mismo

campo de batalla? <,Se les ha reprochado el volar juntos a recoger la palma del martirio...? Al contrario, se ha pensado, [9r°] y con razón, que se animaban mutuamente, pero también que el martirio de cada uno de ellos se convierte en el martirio de todos los demás.

Lo mismo ocurre en la vida religiosa, a la que los teólogos llaman martirio. El corazón, al entregarse a Dios, no pierde su cariño natural; al contrario, ese cariño crece al hacerse más puro y más divino.

Madre querida, con este cariño la amo yo a usted y amo a mis hermanas. Soy feliz de combatir en familiar<sup>1</sup> por la gloria del Rey de los cielos. Pero estoy dispuesta también a volar a otro campo de batalla, si el divino General me expresa su deseo de que lo haga. No haría falta una orden, bastaría una mirada, una simple señal.

## **La vocación misionera**

Desde mi entrada en el arca bendita, siempre he pensado que si Jesús no me llevaba muy pronto al cielo, mi suerte sería la misma que la de la palomita de Noé: que un día el Señor abriría la ventana del arca y me mandaría volar muy lejos, muy lejos, hacia las riberas infieles, llevando conmigo la ramita de olivo.

Este pensamiento, Madre, ha hecho que mi alma creciera, y me ha hecho cernerme por encima de todo lo creado. Comprendí que incluso en el Carmelo podía haber separaciones y que solo en el cielo la unión sería completa y eterna. Y entonces quise que mi alma habitase en el cielo y que solo de lejos mirase las cosas de la tierra. Acepté no solo desterrarme yo a un pueblo desconocido, sino que también -lo cual me resultaba mucho más amargo- acepté el destierro [9v°] de mis hermanas.

Nunca olvidaré el 2 de agosto de 1896. Aquel día, que coincidió precisamente con el de la partida de los misioneros<sup>12</sup>, se trató muy en serio de la partida de la madre Inés de Jesús. Yo no hubiera movido un solo dedo para impedirle partir; sin embargo, sentía una gran tristeza en mi corazón. Me parecía que su alma, tan sensible y delicada, no estaba hecha para vivir entre unas almas que no sabrían comprenderla. Otros mil pensamientos se agolpaban en mi mente. Y Jesús callaba, no increpaba a la tempestad... Y yo le decía: Dios mío, por tu amor lo acepto todo. Si así lo quieres, acepto sufrir hasta morir de pena.

Jesús se contentó con la aceptación. Pero algunos meses después se habló de la partida de sor Genoveva y de sor María de la Trinidad. Aquella

fue otra clase de sufrimiento, muy íntimo, muy profundo. Me imaginaba todos los trabajos y todas las decepciones que iban a tener que sufrir. En una palabra, mi cielo estaba cargado de nubarrones... Solo el fondo de mi corazón seguía en calma y en la paz.

Su prudencia, Madré querida, supo descubrir la voluntad de Dios, y en su nombre prohibió a las novicias pensar por el momento en abandonar la cuna de su infancia religiosa.

No obstante, usted comprendía sus aspiraciones, pues usted misma, Madré, había pedido en su juventud ir a Saigón. Ocurre con frecuencia que los deseos de las madres hallan eco en el alma [10r°] de sus hijas. Y usted sabe, Madré querida, que su deseo apostólico halla en mi alma un eco fiel. Permitame confiarle por qué he deseado, y aún sigo deseándolo, si la Santísima Virgen me cura, cambiar por una tierra extranjera el oasis donde vivo tan feliz bajo su mirada maternal.

Para vivir en los Carmelos extranjeros -usted, Madré, me lo dijo- hay que tener una vocación muy especial. Muchas almas se creen llamadas a ello sin estarlo en realidad. Usted también me dijo que yo tenía esa vocación, y que el único obstáculo para ello era mi salud. Sé que, si Dios me llamara a tierras lejanas, ese obstáculo desaparecería. Por eso, vivo sin la menor inquietud.

Si un día tuviese que dejar mi querido Carmelo, no lo haría, no, sin dolor. Jesús no me ha dado un corazón insensible; y justamente porque mi corazón es capaz de sufrir, deseo que le dé a Jesús todo lo que puede darle. Aquí, Madré querida, vivo sin la menor preocupación por las cosas de esta tierra miserable; mi único quehacer es cumplir la dulce y fácil misión que usted me ha encomendado.

Aquí me veo colmada de sus atenciones maternales; no sé lo que es la pobreza, pues nunca me ha faltado nada.

Pero, sobre todo, aquí me siento amada, por usted y por todas las hermanas, y este afecto es muy dulce para mí.

Por eso sueño con un monasterio donde nadie me conociese, donde tuviese que sufrir la pobreza, la falta de cariño, en una palabra, el destierro del corazón.

No, la razón para abandonar todo esto que tanto amo no sería la de prestar una serie de servicios al Carmelo que [10v°] quisiera recibirme. Ciertamente, haría todo lo que dependiese de mí; pero conozco mi

incapacidad<sup>13</sup> y sé que, aun haciendo todo lo posible, no lograría hacer nada de provecho, pues, como decía hace un momento, no tengo el menor conocimiento de las cosas de la tierra. Mi único objetivo sería, pues, hacer la voluntad de Dios y sacrificarme por él de la manera que a él más le agradase.

Estoy segura de que no sufriría la menor decepción, pues cuando se espera un sufrimiento puro y sin mezcla de ninguna clase, la menor alegría resulta una sorpresa inesperada. Y además, usted sabe, Madre, que el mismo sufrimiento, cuando se lo busca como el más preciado tesoro, se convierte en la mayor de las alegrías.

No, tampoco quiero partir con la intención de gozar del fruto de mis trabajos. Si eso fuera lo que busco, no sentiría esta dulce paz que me inunda, e incluso sufriría por no poder hacer realidad mi vocación en las lejanas misiones.

Hace ya mucho tiempo que no me pertenezco a mí misma, vivo totalmente entregada a Jesús. Por lo tanto, él es libre de hacer de mí lo que le plazca. Él me dio la vocación del destierro total, y me hizo comprender todos los sufrimientos que en él iba a encontrar, preguntándome si quería beber ese cáliz hasta las heces. Yo quise coger sin tardanza esa copa que Jesús me ofrecía; pero él, retirando la mano, me dio a entender que se conformaba con mi aceptación.

[11<sup>o</sup>] ¡De cuántas inquietudes nos libramos, Madre mía, al hacer el voto de obediencia! ¡Qué dichosas son las simples religiosas! Al ser su única brújula la voluntad de los superiores, tienen siempre la seguridad de estar en el buen camino. No tienen por qué temer equivocarse, aun cuando les parezca seguro que los superiores se equivocan.

Pero cuando dejamos de mirar a esa brújula infalible, cuando nos separamos del camino que ella nos señala, bajo pretexto de cumplir la voluntad de Dios, que no ilumina bien a los que sin embargo están en su lugar, entonces el alma se extravía por áridos caminos en los que pronto le faltará el agua de la gracia.

Madre queridísima, usted es la brújula que Jesús me ha dado para guiarme con seguridad a las riberas eternas. ¡Qué bueno es para mí fijar en usted la mirada y luego cumplir la voluntad del Señor! Desde que él permitió que sufriese tentaciones contra la fe, ha hecho crecer enormemente en mi corazón el espíritu de fe, que me hace ver en usted, no solo a una madre que me ama y a quien amo, sino que, sobre todo, me

hace ver a Jesûs que vive en su aima y que me comunica por medio de usted su voluntad.

Sé muy bien, Madre, que usted me trata como a un aima débil, como a una nina mimada; por eso, no me resulta pesado cargar con el yugo de la obediencia. Pero, a juzgar por lo que siento en el fondo del corazôn, creo que no cambiaria de conducta y que el amor que le tengo no sufriria merma alguna aunque [11v°] me tratase con severidad, pues seguiria pensando que era voluntad de Jesûs que usted actuase asi para el mayor bien de mi aima.

## **La caridad**

Este ano, Madre querida, Dios me ha concedido la gracia de comprender lo que es la caridad. Es cierto que también antes la comprendia, pero de manera imperfecta. No habia profundizado en estas palabras de Jesûs: «El segundo mandamiento es semejante al primero: Amarâs a tu prôjimo como a ti mismo».

Yo me dedicaba sobre todo a amar a Dios. Y amândolo, comprendí que mi amor no podia expresarse tan solo en palabras, porque: «No todo el que me dice Serior, Serïor entrarâ en el reino de los cielos, sino el que cumple la voluntad de Dios». Y esta voluntad, Jesûs la dio a conocer muchas veces, deberia decir que casi en cada pagina de su Evangelio. Pero en la última cena, cuando sabia que el corazôn de sus discipulos ardia con un amor mas vivo hacia él, que acababa de entregarse a ellos en el inefable misterio de la Eucaristia, aquel dulce Salvador quiso darles un mandamientos nuevo. Y les dijo, con inefable ternura: os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros, que os améis unos a otros igual que yo os he amado. La serial por la que conocerân todos que sois discipulos mios, sera que os amâis unos a otros.

[12r°] ^Y como amô Jesûs a sus discipulos, y por qué los amô? No, no eran sus cualidades naturales las que podian atraerle. Entre ellos y él la distancia era infinita. El era la Ciencia, la Sabiduria eterna; ellos eran unos pobres Pescadores, ignorantes y llenos de pensamientos terrenos. Sin embargo, Jesûs los llama sus amigos, sus hermanos. Quiere verles reinar con él en el reino de su Padre, y, para abrirles las puertas de ese reino, quiere morir en una cruz, pues dijo: Nadie tiene amor mas grande que el que da la vida por sus amigos.

Madre querida, meditando estas palabras de Jesûs, comprendí lo imperfecto que era mi amor a mis hermanas y vi que no las amaba como

las ama Dios. Si, ahora comprendo que la caridad perfecta consiste en soportar los defectos de los demás, en no extrañarse de sus debilidades, en edificarse de los más pequeños actos de virtud que les veamos practicar. Pero, sobre todo, comprend! que la caridad no debe quedarse encerrada en el fondo del corazón: Nadie, dijo Jesús, enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de la casa.

Yo pienso que esa lámpara representa a la caridad, que debe alumbrar y alegrar, no solo a los que me son más queridos, sino a todos los que están en la casa, sin exceptuar a nadie.

Cuando el Señor mandó a su pueblo amar al prójimo [12vº] como a sí mismo, todavía no había venido a la tierra. Por eso, sabiendo bien hasta qué grado se ama uno a sí mismo, no podía pedir a sus criaturas un amor mayor al prójimo. Pero cuando Jesús dio a sus apóstoles un mandamiento nuevo -su mandamiento, como lo llama más adelante-, ya no había de amar al prójimo como a uno mismo, sino de amarle como él, Jesús, le amó y como le amará hasta la consumación de los siglos...

Yo sé, Señor, que tú no mandas nada imposible. Tú conoces mejor que yo mi debilidad, mi imperfección. Tú sabes bien que yo nunca podría amar a mis hermanas como tú las amas, si tú mismo, Jesús mío, no las amaras también en mí. Y porque querías concederme esta gracia, por eso diste un mandamiento nuevo...

¡Y cómo amo este mandamiento, pues me da la certeza de que tu voluntad es amar tú en mí a todos los que me mandas amar...!

Si, lo sé: cuando soy caritativa, es únicamente Jesús quien actúa en mí. Cuanto más unida estoy a él, más amo a todas mis hermanas. Cuando quiero hacer que crezca en mí ese amor, y sobre todo cuando el demonio intenta poner ante los ojos de mi alma los defectos de tal o cual hermana que me cae menos simpática, me apresuro a buscar sus virtudes y sus buenos deseos, pienso que si la he visto caer una vez, puede haber conseguido un gran [13rº] número de victorias que oculta por humildad, y que incluso lo que a mí me parece una falta puede muy bien ser, debido a la recta intención, un acto de virtud. Y no me cuesta convencerme de ello, pues yo misma viví un día una experiencia que me demostró que no debemos juzgar a los demás..

Fue durante la recreación. La portera tocó dos campanadas, había que abrir la puerta de clausura a unos obreros para que metieran unos árboles destinados al belén. La recreación no estaba animada, pues faltaba usted,



Madré querida. Así que pensé que me gustaría mucho que me mandasen como tercera; y justo la madre superiora me dijo que fuese yo a prestar ese servicio, o bien la hermana que estaba a mi lado. Inmediatamente comencé a desatarme el delantal, pero muy despacio para que mi compañera pudiese quitarse el suyo antes que yo, pues pensaba darle un gusto dejándola hacer de tercera. La hermana que suplía a la procuradora nos miraba riendo, y, al ver que yo me había levantado la última, me dijo: Ya sabía yo que no eras tú quien iba a ganarse una perla para tu corona, ibas demasiado despacio...

Toda la comunidad, a no dudarlo, pensé que yo había actuado siguiendo mi impulso natural. Pero es increíble el bien que una cosa tan insignificante hizo a mi alma y lo comprensiva que me volví ante las debilidades de las demás.

Eso mismo me impide también tener vanidad cuando me juzgan favorablemente, pues razono así: Si mis pequeños actos de virtud los toman por imperfecciones, lo mismo pueden [13vº] enganarse tornando por virtud lo que solo es imperfección. Entonces digo con san Pablo: Para mí, lo de menos es que me pida cuentas un tribunal humano; ni siquiera yo me pido cuentas. Mi juez es el Señor. Por eso, para que el juicio del Señor me sea favorable, o, mejor, simplemente para no ser juzgada, quiero tener siempre pensamientos caritativos, pues Jesús nos dijo: No juzguéis, y no os juzgarán.

Madré, al leer lo que acabo de escribir, usted podría pensar que la práctica de la caridad no me resulta difícil. Es cierto que, desde hace algunos meses, ya no tengo que luchar para practicar esta hermosa virtud. No quiero decir con esto que no cometa algunas faltas. No, soy demasiado imperfecta para eso. Pero cuando caigo, no me cuesta mucho levantarme, porque en un cierto combate conseguí la victoria, y desde entonces la milicia celestial viene en mi ayuda, pues no puede sufrir verme vencida después de haber salido victoriosa en la gloriosa batalla que voy a tratar de describir.

Hay en la comunidad una hermana que tiene el don de desagradarme en todo. Sus modales, sus palabras, su carácter me resultan sumamente desagradables. Sin embargo, es una santa religiosa, que debe de ser sumamente agradable a Dios.

Entonces, para no ceder a la antipatía natural que experimentaba, me dije a mí misma que la caridad no debía consistir en simples sentimientos, sino en obras, y [14rº] me dediqué a portarme con esa hermana como lo hubiera hecho con la persona a quien más quiero. Cada vez que la

encontraba, pedia a Dios por ella, ofreciéndole todas sus virtudes y sus méritos.

Sabia muy bien que esto le gustaba a Jesûs, pues no hay artista a quien no le guste recibir alabanzas por sus obras. Y a Jesûs, el Artista de las almas, tiene que gustarle enormemente que no nos detengamos en lo exterior, sino que penetremos en el santuario intimo que él se ha escogido por morada y admiremos su belleza.

No me conformaba con rezar mucho por esa hermana que era para mi motivo de tanta lucha. Trataba de prestarle todos los servicios que podia; y cuando sentia la tentaciôn de contestarle de manera desagradable, me limitaba a dirigirle la mäs encantadora de mis sonrisas y procuraba cambiar de conversacion, pues, como dice la Imitation: Mejor es dejar a cada uno con su idea que pararse a contestar.

Con frecuencia también, tuera de la recreation (quiero decir durante las horas de trabajo), como tenía que mantener relaciones con esta hermana a causa del oficio<sup>14</sup>, cuando mis combates interiores eran demasiado fuertes, huia como un desertor.

Como ella ignoraba por completo lo que yo sentia hacia su persona, nunca sospeché los motivos de mi conducta, y vive convencida de que su carácter me resultaba agradable.

Un dia, en la recreation, me dijo con aire muy satisfecho más o menos estas palabras: «<sup>^</sup>Querria decirme, hermana Teresa del Nino Jesûs, qué es lo que la atrae tanto en mi? Siempre que me mira, la veo sonreir». ¡Ay!, lo que me atraia era Jesûs, escondido en el fondo de su aima... Jesûs, que hace dulce hasta lo más amargo... Le respondí que sonreia porque me alegraba verla (por supuesto que no anadi que era bajo un punto de vista espiritual).

[14v°] Madre querida, como le he dicho, mi último recurso para no ser vencida en los combates es la desertion. Este recurso lo empleaba ya durante el noviciado, y siempre me dio muy buenos resultados. Quiero, Madre, citarle un ejemplo que la va a hacer sonreir.

Durante una de sus bronquitis, fui una manana muy despacito a dejar en su celda las Hâves de la reja de la comunién, pues era sacristana. En el fondo, no me disgustaba aquella ocasiôn que tenía de verla a usted, incluso me agradaba mucho, aunque trataba de disimularlo. Una hermana, animada de un santo celo, pero que sin embargo me queria mucho, al verme entrar en su celda, pensô, Madre, que iba a despertarla, y quiso

cogerme las Haves; pero yo era demasiado lista para dârselas y ceder de mis derechos. Le dije, lo mäs educadamente que pude, que yo tenia tanto interés como ella en no despertarla, y que me tocaba a mi entregar las Hâves...

Ahora comprendo que habria sido mucho mäs perfecto ceder ante aquella hermana, joven, es cierto, pero al fin mäs antigua que yo<sup>15</sup>. Pero enfonces no lo comprendi; y por eso, queriendo a toda costa entrar a su pesar detrâs de ella, que empujaba la puerta para no dejarme pasar, pronto ocurriô la desgracia que las dos nos temiamos: el ruido que haciamos le hizo a usted abrir los ojos...

Enfonces, Madré, toda la culpa recayô sobre mi. La pobre hermana a la que yo habia opuesto resistenda se puso a echar un discurso, cuyo fondo sonaba asi: Ha sido sor Teresa del Nino Jesûs la que ha hecho ruido... ¡Dios mio, qué hermana tan antipâtica...!, etc. [15r<sup>o</sup>] Yo, que pensaba todo lo contrario, sentia unas ganas enormes de defenderme. Afortunadamente, me vino una idea luminosa: pensé en mi interior que, si empezaba a justificarme, no iba a poder conservar la paz en mi aima; sabia también que no ténia la suficiente virtud como para dejarme acusar sin decir nada. Asi que mi ùnica tabla de salvacién era la huida. Pensado y hecho: me fui sin decir ni mus, dejando que la hermana continuase su discurso, que se parecia a las imprecaciones de Camila contra Roma.

Me latia tan fuerte el corazôn, que no pude ir muy lejos, y me senté en la escalera para disfrutar en paz los frutos de mi victoria. Aquello no era valentia, ^verdad, Madré querida? Pero creo que, cuando la derrota es segura, vale mäs no exponerse al combate.

¡Ay!, cuando vuelvo con el pensamiento al tiempo de mi noviciado, me doy cuenta de lo imperfecta que era... Me angustiaba por tan poca cosa, que ahora me rio de ello. ¡Qué bueno es el Senor, que hizo crecer a mi aima y le dio alas...! Ahora ya ni todas las redes juntas de los cazadores me dan miedo, «pues de nada sirve tender redes a la vista de las aves» (Prov.).

Seguramente que mäs adelante el tiempo en que ahora vivo me parecerá también lleno de imperfecciones, pero ahora no me sorprendo ya de nada ni me aflijo al ver que soy la debilidad misma; al contrario, me glorio de ello y espero descubrir cada dia en mi nuevas imperfecciones. Acordândome de que la caridad cubre la multitud de los [15v<sup>o</sup>] pecados, exploto esta mina fecunda que Jesûs ha abierto ante mi.

El Senor explica en el Evangelio en qué consiste su mandamiento nuevo. Dice en san Mateo: «Habéis oido que se dijo: Amarâs a tu prôjimo y

aborrecerás a tu enemigo. Yo, en cambio, os digo: Amad a vuestros enemigos, y rezad por los que os persiguen».

La verdad es que en el Carmelo una no encuentra enemigos, pero si que hay simpatías. Se siente atracción por una hermana, mientras que ante otra darías un gran rodeo para evitar encontrarte con ella, y así, sin darse cuenta, se convierte en motivo de persecución. Pues bien, Jesús me dice que a esa hermana hay que amarla, que hay que rezar por ella, aun cuando su conducta me indujese a pensar que ella no me ama: «Pues si amáis solo a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores aman a los que los aman». San Lucas, VI.

Y no basta con amar, hay que demostrarlo. Es natural que nos guste hacer un regalo a un amigo, y sobre todo que nos guste dar sorpresas. Pero eso no es caridad, pues también los pecadores lo hacen. Y Jesús nos dice también: «A todo el que te pide, dale, y al que se lleve lo tuyo no se lo reclames».

Dar a todas las que pidan gusta menos que ofrecer algo una misma por propia iniciativa. Más aún, cuando se nos pide algo amablemente, no nos cuesta dar. Pero si, por desgracia, no se emplean palabras bastante delicadas, enseguida el alma se rebela si no está firmemente afianzada en la caridad. Encuentra mil razones para negar [16rº] lo que le piden y solo después de haber convencido de su falta de delicadeza a la que pide acaba dándole como un favor lo que reclama, o le presta un ligero servicio<sup>16</sup> que le habría exigido veinte veces menos tiempo del que le llevó hacer valer sus derechos imaginarios.

Si es difícil dar a todo el que nos pide, lo es todavía mucho más dejar que nos cojan lo que nos pertenece, sin reclamarlo. Digo, Madre, que es difícil, pero debería más bien decir que parece difícil, pues el yugo del Señor es suave y ligero. Cuando lo aceptamos, sentimos enseguida su suavidad y exclamamos con el salmista: «Corri por el camino de tus mandatos cuando me ensanchaste el corazón».

Solo la caridad puede ensanchar mi corazón. Y desde que esta dulce llama lo consume, Jesús, corro alegre por el camino de tu mandato nuevo... Y quiero correr por él hasta que llegue el día venturoso en que, uniéndome al cortejo de las vírgenes, pueda seguirte por los espacios infinitos cantando tu cántico nuevo, que será el cántico del amor.

Decía que Jesús no quiere que reclame lo que me pertenece. Y debería parecerme fácil y natural, pues no tengo nada mío. Por el voto de pobreza he renunciado a los bienes de la tierra. No tengo, pues, derecho a

quejarme si me quitan algo que no me pertenece; al contrario, debería alegrarme cuando se me ofrece la ocasión de vivir la pobreza.

Tiempo atrás creía no estar apegada a nada. Pero desde que comprendí las palabras de Jesûs, veo que, cuando llega la ocasión, [16vº] soy aún muy imperfecta.

Por ejemplo, en el oficio de pintura nada es mio, lo sé muy bien. Pero si, al ponerme a trabajar, encuentro los pinceles y las pinturas en completo desorden, si ha desaparecido una régla o un cortaplumas, ya me pongo en un tris de perder la paciencia y tengo que armarme de todo mi valor para no reclamar con aspereza los objetos que me faltan.

A veces, ¿cómo no?, hay que pedir las cosas indispensables; pero si se hace con humildad, no se falta al mandamiento de Jesûs, al contrario, se obra como los pobres, que tienden la mano para recibir lo que necesitan, y, si son rechazados, no se extranan, pues nadie les debe nada.

¡Y qué paz inunda el alma cuando se eleva por encima de los sentimientos de la naturaleza...! No, no existe alegría comparable a la que saborea el verdadero pobre de espíritu. Si pide con desprendimiento algo que necesita, y no solo se lo niegan sino que hasta intentan quitarle lo que tiene, esta siguiendo el consejo de Jesûs: «Al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, dale también la capa...» Darle también la capa es, creo yo, renunciar una a sus últimos derechos, considerarse como la sierva y la esclava de las demás.

Cuando se ha entregado la capa, es más fácil caminar, correr. Por eso Jesûs añade: «Y al que te exija caminar con él mil pasos, acompáñale dos mil».

Así que [17rº] no basta con dar a quien me pida; debo adelantarme a sus deseos, mostrarme muy agradecida y muy honrada de poder prestarle un servicio; y si me cogen una cosa que tengo a mi uso, no he de hacer ver que lo siento, sino, por el contrario, mostrarme contenta de que me hayan quitado de en medio ese estorbo.

Madre querida, estoy muy lejos de practicar lo que entiendo tan bien, pero el simple deseo que tengo de hacerlo me da paz.

Me doy cuenta, más aún que los días anteriores, que me he explicado rematadamente mal. He hecho una especie de discurso sobre la caridad, cuya lectura ha tenido que cansarla.

Perdôname, Madré querida, y piense que en este momento las enfermeras<sup>17</sup> estân practicando conmigo lo que acabo de escribir: no les importa caminar dos mil pasos cuando veinte bastarian. ¡He podido, pues, contemplar la caridad en acciôn<sup>18</sup>! Sin duda que mi alma debe sentirse perfumada por ello. Pero mi mente confieso que se ha paralizado un poco ante semejante abnegation, y mi pluma ha perdido agilidad.

Para poder trasladar al papel mis pensamientos, tendria que estar como el pãjaro solitario<sup>19</sup>, y pocas veces tengo esa suerte. En cuanto cojo la pluma, aparece una hermana que pasa junto a mi con la horca al hombro y que créé que me distraerã dândome un poco de palique: el heno, los patos, las gallinas, la visita del médico, todo sale a relucir.

A decir verdad, la escena no dura mucho; pero hay mas de una hermana caritativa, y de pronto otra heneadora me déjà unas flores sobre las rodillas, pensando quizã inspirarme pensamientos poéticos. Y yo, que en ese momento no los busco, [17vº] preferiria que las flores siguieran meciéndose en sus tallos.

Por fin, cansada de abrir y cerrar este famoso cuaderno, abro un libro (que no quiere quedarse abierto), y digo muy decidida que estoy copiando algunos pensamientos de los salmos y del Evangelio para el santo de nuestra Madré. Y es muy cierto, pues no economizo precisamente las citas...

Madré querida, creo que la divertirfa mucho si le contase todas mis aventuras en los bosquecillos del Carmelo. No sé si habré podido escribir diez lineas sin verme interrumpida. Esto no deberia hacerme reir, ni divertirme; pero, por amor a Dios y a mis hermanas (tan caritativas conmigo), trato de parecer contenta, y sobre todo de estarlo...

Ahora mismo acaba de irse una heneadora después de decirme con tono compasivo: -«Pobre hermanita, jcómo tiene que cansarte estar escribiendo asi todo el dial -«No te preocupes, le contesté, parece que escribo mucho, pero en realidad no escribo casi nada». -«Me alegro, me dijo ya mas tranquila; de todas formas, me alegro de que estemos con la siega, pues eso no dejarã de distraerte un poco».

Y, en efecto, es una distraction tan grande la que tengo (sin contar las visitas de las enfermeras), que no miento cuando digo que no escribo casi nada.

Por suerte, no me desanimo fácilmente. Para demostrárselo, Madre, voy a terminar de explicarte lo que Jesús me ha hecho comprender acerca de la caridad.

Hasta aquí solo le he hablado de lo exterior. Ahora quisiera decirle como entiendo yo la [18r°] caridad puramente espiritual.

Estoy segura, Madre, de que no tardaré en mezclar una con otra. Pero como es a usted a quien le hablo, sé que no le será difícil captar mi pensamiento y desenredar la madeja de su hija.

No siempre es posible en el Carmelo practicar al pie de la letra las enseñanzas del Evangelio. A veces una se ve obligada, en razón de su oficio, a negarse a hacer un favor. Pero cuando la caridad ha echado hondas raíces en el alma, se manifiesta al exterior. Hay una forma tan elegante de negar lo que no se puede dar, que la negativa agrada tanto como el mismo don. Es cierto que cuesta menos pedir un favor a una hermana que esta siempre dispuesta a complacernos. Pero Jesús dijo: «Al que te pide prestado, no lo rehuyas». Así pues, no debemos huir de las hermanas que tienen la costumbre de estar siempre pidiendo favores, con el pretexto de que tendremos que negárselos. Ni debemos tampoco ser serviciales por parecerlo, o con la esperanza de que en otra ocasión la hermana a la que ahora ayudamos nos devolverá el favor, pues Nuestro Señor nos dice también: «Y si prestáis a aquellos de los esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores prestar a otros pecadores con intención de cobrárselo. No, vosotros prestad sin esperar nada, y tendréis un gran premio».

Si, el premio es grande, incluso en esta tierra... En este camino, solo cuesta dar el primer paso. Prestar sin esperar nada a cambio parece duro a la naturaleza; preferiríamos dar, pues lo que damos [18v°] ya no nos pertenece.

Cuando alguien viene a decirnos con aire muy sincero: «Hermana, necesito tu ayuda durante unas horas; pero no te preocupes, que ya tengo permiso de nuestra Madre, y en otra ocasión te devolveré el tiempo que me dediques, pues sé lo ocupada que estas», como realmente sabemos muy bien que ese tiempo que prestamos nunca se nos devolverá, preferiríamos decir: Te lo regalo

Esto satisfaría nuestro amor propio, pues dar es un acto más generoso que prestar, y además así hacemos saber a la hermana que no contamos con sus servicios...

¡Qué contrarias a los sentimientos de la naturaleza son las enseñanzas de Jesûs! Sin la ayuda de su gracia, no solo no podríamos ponerlas por obra, sino ni siquiera comprenderlas.

## CAPITULO XI

### LOS QUE USTED ME DIO

(1896-1897)

Madre, Jesûs ha concedido a su hija la gracia de penetrar en las profundidades misteriosas de la caridad. Si ella pudiese expresar todo lo que se la ha dado a entender, usted escucharía una melodía de cielo. Pero, ¡ay!, lo único que puedo hacerle oír son simples balbuceos infantiles... Si no vinieran en mi ayuda las propias palabras de Jesûs, me sentiría tentada de pedirle disculpas y de dejar la pluma... Pero no, he de terminar por obediencia lo que comencé por obediencia.

### **Novicias y hermanos espirituales**

Madre querida, yo escribía ayer que, al no ser míos los bienes de aquí abajo, no debería resultarme difícil no reclamarlos nunca si alguien me los quita.

Tampoco los bienes del cielo me pertenecen. Me han sido prestados por Dios, que puede [19r°] quitármelos sin que yo tenga ningún derecho a quejarme.

Sin embargo, los bienes que vienen directamente de Dios, las intuiciones de la inteligencia y del corazón, los pensamientos profundos, todo eso constituye una riqueza a la que solemos apegarnos como a un bien propio que nadie tiene derecho a tocar...

Por ejemplo, si durante la licencia comunicamos a una hermana alguna luz recibida en la oración, y poco después esa hermana, hablando con otra, le dice lo que le habíamos confiado como si lo hubiese pensado ella misma, parece que se apropia de algo que no era suyo.

O bien, cuando en la recreación decimos por lo bajo a nuestra compañera una frase ingeniosa o que viene como anillo al dedo, si ella la repite en voz alta sin decir la fuente de donde procede, parece también un robo a la



propietaria, que no reclama nada pero que tiene muchas ganas de hacerlo y que aprovecharà la primera ocasiòn para hacer saber sutilmente que se han apropiado de sus pensamientos.

## **Instrumentes de Dios**

Madre, yo no sabia explicarle tan bien estos tristes sentimientos de la naturaleza si yo misma no los hubiese experimentado en mi propio corazòn. Y me gustaria mecerme en la dulce ilusiòn de que solo han visitado el mio, si usted no me hubiese mandado escuchar las tentaciones de sus queridas novicias.

En el cumplimiento de la misiòn que usted me confié he aprendido mucho. Sobre todo, me he visto obligada a practicar yo misma lo que enseñaba a las demás. Y asi, ahora puedo decir que Jesùs me ha concedido la gracia de no estar mas apegada a los bienes del espiritu y del corazòn que a los de la tierra.

Si alguna vez me ocurre pensar y decir algo [19vº] que les gusta a mis hermanas, me parece completamente natural que se apropien de ello como de un bien suyo propio. Ese pensamiento pertenece al Espiritu Santo y no a mi, pues san Pablo dice que, sin ese Espiritu de amor, no podemos llamar «Padre» a nuestro Padre que esta en el cielo. El es, pues, muy libre de servirse de mi para comunicar a un aima un buen pensamiento. Si yo creyera que ese pensamiento me pertenece, me pareceria al «asno que llevaba las reliquias», que pensaba que los homenajes tributados a los santos iban dirigidos a él.

No desprecio los pensamientos profundos que alimentan el aima y la unen a Dios. Pero hace mucho tiempo ya que he comprendido que el aima no debe apoyarse en ellos, ni hacer consistir la perfecciòn en recibir muchas iluminaciones. Los pensamientos mas hermosos no son nada sin las obras.

Es cierto que los demás pueden sacar mucho provecho de las luces que a ella se le conceden, si se humillan y saben dar gracias a Dios por permitirles tomar parte en el festin de un aima a la que él se digna enriquecer con sus gracias. Pero si esta alma se complace en sus grandes pensamientos y hace la oraciòn del fariseo, enfonces viene a ser como una persona que se muere de hambre ante una mesa bien surtida mientras todos sus invitados disfrutan en ella de comida abundante y hasta dirigen de vez en cuando una mirada de envidia al personaje poseedor de tantos bienes.

¡Qué gran verdad es que solo Dios conoce el fondo de los corazones...! ¡Y qué cortos son los pensamientos de las criaturas...! Cuando ven un alma con más luces que las otras, enseguida [20rº] sacan la conclusión de que Jesús las ama a ellas menos que a esa alma y de que no las llama a la misma perfección.

Desde cuando no tiene ya derecho el Señor a servirse de una de sus criaturas para conceder a las almas que ama el alimento que necesitan? En tiempos del faraón el Señor aún tenía ese derecho, pues en la Sagrada Escritura le dice a este monarca: «Te he constituido rey para mostrar en ti mi poder y para hacer famoso mi nombre en toda la tierra». Desde que el Todopoderoso pronuntio estas palabras han pasado siglos y siglos, y su forma de actuar sigue siendo la misma: siempre se ha servido de sus criaturas como de instrumentos para realizar su obra en las almas.

## **El pincelito**

Si el lienzo que pinta un artista pudiera pensar y hablar, seguramente no se quejaría de que el pincel lo toque y lo retoque sin cesar; ni tampoco envidiaría la suerte de ese instrumento, pues sabría que la belleza que lo adorna no se la debe al pincel sino al artista que lo maneja.

El pincel, por su parte, no puede gloriarse de haber hecho él la obra de arte. Sabe que los artistas no se atan a un instrumento, que se rien de las dificultades, que a veces les gusta escoger instrumentos débiles y defectuosos...

Madre querida, yo soy un pincelito que Jesús ha escogido para pintar su imagen en las almas que usted me ha confiado. Un artista no utiliza solamente un pincel, necesita al menos dos. El primero es el más útil, con él da los colores comunes, [20vº] y cubre totalmente el lienzo en muy poco tiempo; del otro, del más pequeño, se sirve para los detalles.

Madre querida, usted representa el precioso pincel que la mano de Jesús toma con amor cuando quiere hacer un gran trabajo en el alma de sus hijas; y yo soy el pequenito del que luego quiere servirse para los detalles menores.

La primera vez que Jesús se sirvió de su pincelito fue hacia el 8 de diciembre de 1892. Siempre recordaré aquella época como un tiempo de gracias. Voy a confiarle, Madre querida, aquellos dulces recuerdos.

Cuando, a los 15 años, tuve la dicha de entrar en el Carmelo, me encontré con una compañera de noviciado que había ingresado unos meses antes. Tenía ocho años más que yo; pero su temperamento infantil borraba la diferencia de los años, así que pronto usted, Madré, tuvo la alegría de ver que sus dos postulantes se entendían a las mil maravillas y se hacían inseparables.

En orden a propiciar aquel afecto naciente, que le parecía que había de dar buenos frutos, nos permitiô que tuviéramos juntas, de vez en cuando, algunas charlas espirituales.

Mi querida compañera me encantaba por su inocencia y por su carácter abierto. Pero, por otro lado, me extranaba ver cuán distinto era el afecto que ella le tenía a usted del que le tenía yo. Había también, en su comportamiento con las hermanas, muchas otras cosas que yo hubiera deseado que cambiase...

Ya en aquella época Dios me hizo [21 r°] comprender que hay almas a las que su misericordia no se cansa de esperar, a las que no concede su luz sino paso a paso. Por eso, yo me cuidaba muy bien de adelantar su hora y esperaba pacientemente a que Jesûs tuviese a bien hacerla llegar.

Reflexionando un día sobre el permiso que usted nos había dado para hablar y así inflamarnos más en el amor de nuestro Esposo, como dicen nuestras santas Constituciones, me di cuenta con tristeza de que nuestras conversaciones no alcanzaban el fin deseado. Entonces Dios me dio a entender que había llegado el momento y que ya no tenía por qué tener miedo a hablar, o que, de lo contrario, debería poner fin a unas conversaciones que tanto se parecían a las de dos amigas del mundo.

Aquel día era sábado. Al día siguiente, durante la acción de gracias, le pedí a Dios que pusiera en mi boca palabras tiernas y convincentes, o, más bien, que hablase él mismo por mi boca. Jesûs escuché mi oración y permitiô que el resultado colmase ampliamente mi esperanza, pues los que vuelvan su mirada hacia él quedarán radiantes (Sal XXXIII) y la luz brillará en las tinieblas para los rectos de corazón. Las primeras palabras se aplican a mí y las segundas a mi compañera, que realmente tenía un corazón recto...

Cuando llegó la hora en que habíamos quedado para encontrarnos, al poner los ojos en mí la pobre hermanita se dio cuenta enseguida de que yo no era la misma. Se sentô a mi lado, sonrojada, y yo, apoyando su cabeza en mi corazón, le dije, con liante en [21 v°] la voz, todo lo que pensaba de

ella, pero con palabras tan tiernas y manifestándole tanto cariño, que pronto sus lágrimas se mezclaron con las mías.

Reconoció con gran humildad que todo lo que le decía era verdad, me prometió comenzar una nueva vida y me pidió, como un favor, que le advirtiese siempre sus faltas. Al final, en el momento de separarnos, nuestro afecto se había vuelto totalmente espiritual, no había ya en él nada de humano. Se hacía realidad en nosotras aquel pasaje de la Sagrada Escritura: «Hermano ayudado por su hermano es como una plaza fuerte».

Lo que Jesús hizo con su pincelito se hubiera borrado pronto si él, Madré, no hubiese echado mano de usted para consumir su obra en aquella alma que él quería toda para sí.

A mi pobre compañera la prueba le pareció muy amarga, pero la firmeza que usted usó con ella acabé por triunfar. Y entonces fue cuando yo, tratando de consolarla, pude explicarle a quien usted me había dado por hermana entre todas las demás en qué consiste el verdadero amor. Le hice ver que era a sí misma a quien amaba, y no a usted. Le conté cómo la amaba a usted yo, y los sacrificios que me había visto obligada a hacer en los comienzos de mi vida religiosa para no encarifiarme con usted de manera puramente material, como el perro se encarina con su dueño. El amor se alimenta de sacrificios; y de cuantas más satisfacciones naturales se priva el alma, más fuerte y desinteresado se hace su cariño.

Recuerdo que, siendo postulante, me venían a veces tan fuertes [22rº] tentaciones de entrar en su celda por mi satisfacción personal, por encontrar algunas gotas de alegría, que me veía obligada a pasar a toda prisa por delante de la procura y a agarrarme fuertemente al pasamanos de la escalera; me venían a la cabeza un montón de permisos que pedir. En una palabra, encontraba mil razones para dar gusto a mi naturaleza...

## **Poder de la oración y el sacrificio**

¡Cuanto me alegro ahora de todas las renuncias que me impuse desde el comienzo de mi vida religiosa! Ahora gozo ya del premio prometido a los que luchan valientemente. Siento que ya no necesito negarme todos los consuelos del corazón, pues mi alma está afianzada en el Único a quien quería amar. Veo feliz que, amándolo a él, el corazón se ensancha y que puede dar un cariño incomparablemente mayor a los que ama que si se encerrase en un amor egoísta e infructuoso.

Madre querida, le he recordado el primer trabajo que usted y Jesûs quisieron llevar a cabo sirviéndose de mi. No era mäs que el preludio de los que iban a serme confiados.

Cuando me fue dado penetrar en el santuario de las almas, vi enseguida que la tarea era superior a mis fuerzas. Enfonces me eché en los brazos de Dios como un ninito, y, escondiendo mi rostro entre sus cabellos, le dije: Serior, yo soy demasiado pequena para dar de comer a tus hijas. Si tû quieres darie a cada una, por medio de mi, lo que necesita, llena tû mi mano; y enfonces, sin separarme de tus brazos y sin volver siquiera la cabeza, [22v°] yo entregaré tus tesoros al aima que venga a pedirme su alimento. Si lo encuentra de su gusto, sabré que no me lo debe a mi, sino a ti; si, por el contrario, se queja y encuentra amargo lo que le ofrezco, no perderé la paz, intentaré convencerla de que ese alimento viene de ti y me guardaré muy bien de buscarle otro.

Madre, desde que comprendí que no podia hacer nada por mi misma, la tarea que usted me encomendé dejô de parecerme dificil. Vi que la ûnica cosa necesaria era unirme cada dia mäs a Jesûs y que todo lo demäs se me daria por anadidura. Y mi esperanza nunca ha sido defraudada. Dios ha tenido a bien llenar mi manita cuantas veces ha sido necesario para que yo pudiese alimentar el aima de mis hermanas.

Le confieso, Madre querida, que si me hubiese apoyado lo mäs minimo en mis propias fuerzas, pronto le hubiera entregado las armas...

De lejos, parece de color de rosa eso de hacer bien a las aimas, hacerlas amar mäs a Dios, en una palabra modelarlas según los propios puntos de vista y los criterios personales. De cerca ocurre todo lo contrario: el color rosa desaparece..., y una ve por experiencia que hacer el bien es algo tan imposible sin la ayuda de Dios como hacer brillar el sol en plena noche... Se comprueba que hay que olvidarse por completo de los propios gustos y de las ideas personales, y guiar a las almas por los caminos que Jesûs ha trazado para ellas, sin pretender hacerlas ir [23r°] por el nuestro.

Pero esto no es todavia lo mäs dificil. Lo que mäs me cuesta de todo es tener que estar pendiente de las faltas y de las mäs ligeras imperfecciones y declararles una guerra a muerte. Iba a decir: por desgracia para mi; pero no, eso sería cobardia. Asi que digo: por suerte para mis hermanas.

Desde que me puse en brazos de Jesûs, soy como el vigia que observa al enemigo desde la torre mäs alta de una fortaleza. Nada escapa a mis ojos. Muchas veces yo misma me sorprendo de ver tan claro, y me parece muy digno de excusas el profeta Jonäs por haber huido en vez de ir a anunciar

la ruina de Ninive. Preferiria mil veces ser reprendida que reprender yo a las demás. Pero entiendo que es muy necesario que eso me resulte doloroso, pues cuando obramos por impulso natural, es imposible que el alma a quien queremos hacer ver sus faltas entienda sus errores, ya que no ve más que una cosa: la hermana encargada de guiarme esta enfadada, y pago los platos rotos yo, que estoy llena de la mejor voluntad.

Sé muy bien que a tus corderitos les parezco severa. Si leyeran estas líneas, dirían que no parece costarme lo más mínimo correr detrás de ellos, hablarles en tono severo mostrándoles su hermoso vellón manchado, o bien traerles algún ligero mechón de lana que han dejado prendido en los espinos del camino.

Los corderitos pueden decir lo que quieran. En el fondo, saben que les amo con verdadero amor y que yo nunca imitaré al mercenario, que, al ver venir al lobo, abandona el rebaño y [23vº] huye. Yo estoy dispuesta a dar mi vida por ellos. Pero mi afecto es tan puro, que no deseo que lo sepan. Nunca, por la gracia de Jesûs, he tratado de granjearme sus corazones. Siempre he tenido muy claro que mi misión consistía en llevarlos a Dios y en hacerles comprender que, aquí en la tierra, usted, Madre, era el Jesûs visible a quien deben amar y respetar.

Le he dicho, Madre querida, que yo misma había aprendido mucho instruyendo a las demás. Lo primero que descubrí es que todas las almas sufren más o menos las mismas luchas, pero que, por otra parte, son tan diferentes las unas de las otras, que no me resulta difícil comprender lo que decía el P. Pichon: «Hay mucha más diferencia entre las almas que entre los rostros».

Por tanto, no se las puede tratar a todas de la misma manera. Con ciertas almas, veo que tengo que hacerme pequeña, no tener reparo en humillarme confesando mis luchas y mis derrotas. Al ver que yo tengo las mismas debilidades que ellas, mis hermanitas me confiesan a su vez las faltas que se reprochan a sí mismas y se alegran de que las comprenda por experiencia. Con otras, por el contrario, he comprobado que, para ayudarlas, hay que tener una gran firmeza y no dar nunca marcha atrás de lo que se ha dicho. Abajarse no sería humildad, sino debilidad.

Dios me ha concedido la gracia de no temer el combate. Tengo que cumplir con mi deber al precio que sea. Más de una vez he oído decir esto: «Si quieres conseguir algo de mí, tendrás que ganarme por el camino de la dulzura; por [24rº] el de la fuerza no conseguirás nada». Sé que nadie es buen juez en propia causa, y que un niño al que el médico somete a una operación dolorosa no dejará de chillar y de decir que es peor el remedio

que la enfermedad; sin embargo, cuando a los pocos días se encuentre curado, se sentirá feliz de poder jugar y correr.

Lo mismo ocurre con las aïmas. No tardan en reconocer que, en ocasiones, un poco de acibar es preferible al azùcar, y no tienen reparo en confesarlo.

A veces no puedo dejar de sonreír en mi interior al ver qué cambio se opera de un día para otro. ¡Parece cosa de magia...! Vienen a decirme: «Tuviste razón ayer al ser tan severa. En un primer momento me sublevó lo que me dijiste, pero luego fui recordándolo todo y vi que tenía razón... Ya ves, cuando me fui de tu lado, pensé que todo había terminado, y me decía: Iré a ver a nuestra Madre y le diré que ya no volveré más con sor Teresa del Niño Jesús. Pero me di cuenta de que era el demonio quien me inspiraba esas cosas. Además, me pareció que tú estabas rezando por mí. Entonces recobré la paz y la luz empezó a brillar. Pero ahora necesito que me acabes de iluminar, y por eso he venido».

Y enseguida entablamos conversación. Y me siento feliz de seguir los dictados de mi corazón no teniendo ya que servir ningún plato amargo.

Si, pero... no tardo en darme cuenta de que no debo precipitarme, de que una sola palabra podría derribar todo el edificio construido entre lágrimas. Si tengo la mala suerte de decir una palabra que pueda atenuar lo que dije la víspera, veo que mi hermanita [24vº] intenta agarrarse a ella como a un clavo ardiendo; entonces rezo interiormente una oracioncita, y la verdad acaba triunfando.

Si, toda mi fuerza se encuentra en la oración y en el sacrificio; son las armas invencibles que Jesús me ha dado, y logran mover los corazones mucho más que las palabras. Muchas veces lo he comprobado por experiencia. Pero hay una, entre todas ellas, que me ha dejado una grata y profunda impresión.

Fue durante la cuaresma. Yo me encargaba por entonces de la única novicia que había en el convento, pues era su ángel. Un día vino a verme toda radiante: «Si supieras, me dijo, lo que soné anoche... Estaba con mi hermana e intentaba desasirla de todas las vanidades a que está tan apegada. Para lograrlo, me puse a explicarle esta estrofa del Vivir de amor: «¡Jesús, amarte es pérdida fecunda! / Tuyo son mis perfumes para siempre». Yo veía que mis palabras penetraban en su alma, y estaba loca de alegría. Este día, al despertarme, pensé que quizás Dios quería que le ofreciera esta alma. <Y si le escribiera después de la cuaresma contándole mi sueño y diciéndole que Jesús la quiere toda para sí?»

Yo, sin pensarlo demasiado, le dije que podía muy bien intentarlo, pero que antes tenía que pedir permiso a nuestra madre.

Como la cuaresma estaba todavía lejos de tocar a su fin, usted, Madre querida, se quedé muy sorprendida de semejante petición, que le parecía demasiado prematura. Y, ciertamente inspirada por Dios, le contesté que las carmelitas no [25rº] tienen que salvar las almas con cartas, sino con la oración.

Al conocer su decisión, vi enseguida que era la de Jesús, y le dije a sor María de la Trinidad: «Pongamos manos a la obra, recemos mucho. ¡Qué alegría si al final de la cuaresma hubiésemos sido escuchadas...!»

Y ¡oh, misericordia infinita del Señor, que se digna escuchar la oración de sus hijos...!, al final de la cuaresma, una nueva alma se consagraba a Jesús. Fue un verdadero milagro de la gracia, ¡un milagro alcanzado por el fervor de una humilde novicia!

¡Qué grande es, pues el poder de la oración! Se diría que es como una reina que en todo momento tiene acceso libre al rey y que puede alcanzar todo lo que pide.

Para ser escuchadas, no hace falta leer en un libro una hermosa fórmula compuesta para esa ocasión. Si fuese así..., ¡qué digna de lástima sería yo...! Fuera del Oficio divino, que tan indigna soy de recitar, no me siento con fuerzas para sujetarme a buscar en los libros hermosas oraciones; me produce dolor de cabeza, ¡hay tantas..., y cada cual más hermosa...! No podría rezarlas todas, y, al no saber cuál escoger, hago como los niños que no saben leer: le digo a Dios simplemente lo que quiero decirle, sin componer frases hermosas, y él siempre me entiende...

Para mí, la oración es un impulso del corazón, una simple mirada lanzada hacia el cielo, un grito de gratitud y de amor, tanto en medio del sufrimiento como en medio de la alegría. En una palabra, es algo [25vº] grande, algo sobrenatural que me dilata el alma y me une a Jesús.

No quisiera, sin embargo, Madre querida, que pensara que rezo sin devoción las oraciones comunitarias en el coro o en las ermitas. Al contrario, soy muy amiga de las oraciones comunitarias, pues Jesús nos prometió estar en medio de los que se reúnen en su nombre; siento entonces que el fervor de mis hermanas suple al mío.



Pero rezar yo sola el rosario (me da vergüenza decirlo) me cuesta más que ponerme un instrumento de penitencia... ¡Sé que lo rezo tan mal! Por más que me esfuerzo por meditar los misterios del rosario, no consigo fijar la atención... Durante mucho tiempo viví desconsolada por esta falta de atención, que me extrañaba, pues amo tanto a la Santísima Virgen, que debería resultarme fácil rezar en su honor unas oraciones que tanto le agradan. Ahora me entristezco ya menos, pues pienso que, como la Reina de los cielos es mi Madré, ve mi buena voluntad y se conforma con ella.

A veces, cuando mi espíritu está tan seco que me es imposible sacar un solo pensamiento para unirme a Dios, rezo muy despacio un «Padrenuestro», y luego la salutación angélica. Entonces, esas oraciones me encantan y alimentan mi alma mucho más que si las rezase precipitadamente un centenar de veces...

La Santísima Virgen me demuestra que no está disgustada [26r°] conmigo. Nunca dejó de protegerme en cuanto la invoco. Si me sobreviene una inquietud o me encuentro en un apuro, me vuelvo rápidamente hacia ella, y siempre se hace cargo de mis intereses como la más tierna de las madres. ¡Cuántas veces, hablando a las novicias, me ha ocurrido invocarla y sentir los beneficios de su protección maternal...

Con frecuencia me dicen las novicias: «Tú tienes respuesta para todo. Creía que esta vez iba a ponerte en un apuro... ¿De dónde sacas lo que nos dices?» Hay incluso algunas tan candidas, que creen que leo en sus almas porque me ha sucedido anticiparme a decídes lo que pensaban.

Una noche, una de mis compañeras había decidido ocultarme una pena que la hacía sufrir mucho. La encuentro por la mañana, me había con cara sonriente, y yo, sin contestar a lo que me decía, le digo muy segura: Tú tienes una pena. Creo que si hubiese hecho caer la luna a sus pies, no me habría mirado con mayor asombro. Su estupor era tan grande, que se me contagiò también a mí: por un instante, se apoderò de mí una especie de pavor sobrenatural. Estaba segura de no poseer el don de leer en las almas, y por eso me sorprendía más haber dado tan en el clavo. Sentí que Dios estaba allí muy cerca y que, sin darme cuenta, había dicho, como un niño, palabras que no provenían de mí sino de él.

Madré querida, usted sabe muy bien que a las novicias todo les está permitido. [26v°] Tienen que poder decir lo que piensan con total libertad, lo bueno y lo malo. Conmigo esto les resulta más fácil, pues a mí no me deben el respeto que se tiene a una maestra de novicias.

No puedo decir que Jesûs me lleve externamente por el camino de las humillaciones. Se conforma con humillarme en lo hondo del alma. A los ojos de las criaturas todo me sale bien, sigo el camino de los honores, en cuanto es posible en la vida religiosa. Comprendo que si tengo que marchar por este camino que parece tan peligroso, no es por mi, sino por las demâs. En efecto, si pasase por ser una religiosa llena de defectos, inepta, poco inteligente y alocada, usted, Madre, no podria dejarse ayudar por mi. Por eso Dios ha echado un vélo sobre todos mis defectos, exteriores e interiores.

A veces ese velo me vale algunos cumplidos por parte de las novicias. Yo sé que no me los hacen por adularme, sino que son una expresiôn de sus sentimientos inocentes. Y la verdad es que no me producen la menor vanidad, pues traigo siempre présente en la memoria el recuerdo de lo que soy.

No obstante, a veces siento un gran deseo de escuchar algo que no sean alabanzas. Usted, Madre querida, sabe que prefiero la vinagreta al azûcar. También mi alma se cansa de los alimentos demasiado azucarados, y entonces Jesûs permite que le sirvan una buena ensaladita, [27r°] con mucha vinagre y muchas especias, y en la que nada falta excepto el aceite, lo cual le da un nuevo sabor...

Esta buena ensaladita me la sirven las novicias cuando menos lo espero. Dios levanta el velo que oculta mis imperfecciones, y entonces mis queridas hermanitas, al verme tal cual soy, ya no me encuentran totalmente de su agrado. Con una sencillez que me encanta, me cuentan todas las luchas que les produzco y lo que no les gusta de mi. En una palabra, no se muerden mas la lengua que si se tratara de cualquier otra y no de mi, sabiendo que me producen un gran placer actuando asi.

Y verdaderamente es mâs que un placer, es un festin delicioso que me llena el alma de alegria. No puedo explicarme como algo que desagrade tanto a la naturaleza puede producir tanta felicidad; si no lo hubiese experimentado, no podria creerlo...

Un dia en que deseaba particularmente ser humillada, una novicia se encargó de colmar tan bien mis deseos, que me acordé de Semei maldiciendo a David, y pensé: Si, es el Senor quien le ordena decirme todo eso... Y mi aima saboreaba con verdadero deleite la amarga comida que le Servian en tanta abundancia.

Asi es como Dios cuida de mi. No siempre puede darme el pan reconfortante de la humiliation exterior; pero de vez en cuando me permite

alimentarme de las migajas que caen de la mesa de los hijos. ¡Qué grande es su misericordia! Solo podré [27vº] cantaria en el cielo.

Madre querida, ya que trato de empezar a cantar con usted aqui en la tierra esa misericordia infinita, debo contarle otra gran ganancia que saqué de la misiòn que usted me confié.

Antes, cuando una hermana hacia algo que no me gustaba y que me parecia contrario a la ley, pensaba: ¡qué tranquila me quedaria si pudiese decide lo que pienso, hacerle ver que esta actuando mal! Desde que vengo ejercitando un poco ese oficio, le aseguro, Madre, que he cambiado por completo de parecer. Cuando me acontece ver que una hermana hace algo que me parece imperfecto, lanzo un suspiro de alivio y me digo a mi misma: ¡Qué suerte!, no es una novicia, no estoy obligada a reprenderla. Y luego, trato enseguida de disculpar a la hermana y de atribuirle unas buenas intenciones, que seguramente tiene.

Madre querida, desde que estoy enferma, los cuidados que usted me prodiga me han enseñado también mucho sobre la caridad. Ningùn remedio le parece demasiado caro; y si no da resultado, prueba con otro sin cansarse.

Cuando yo iba todavia a la recreaciòn, ¡cómo se preocupaba porque estuviera en un buen lugar, al abrigo de las corrientes de aire! En una palabra, si quisiera contarle todo, no acabaria nunca.

Pensando en todo esto, me dije a mi misma que yo debia ser tan compasiva con las enfermedades espirituales de mis hermanas como usted, Madre querida, lo es cuidándome con tanto amor.

He observado (y es muy natural) que las hermanas mas santas son también las [28rº] mas queridas. Se busca su conversation, se les hacen favores sin que los pidan. En una palabra, estas aimas, tan capaces de soportar faltas de consideration o de delicadeza, se ven rodeadas del afecto de todas. A ellas puede aplicarse esta frase de nuestro Padre san Juan de la Cruz: «Cuando con propio amor no lo quise, diésemme todo sin ir tras ello».

Por el contrario, a las almas imperfectas no se las busca; se las trata, ciertamente, conforme a las réglas de la education religiosa; pero, por miedo a décidés alguna palabra menos delicada, se evita su compania.

Al decir almas imperfectas, no me refiero solamente a las imperfecciones espirituales, pues ni las mas santas serân perfectas hasta que lleguen al cielo. Quiero decir faltas de discretion, de education, la susceptibilidad de ciertos caractères, cosas todas que no hacen la vida muy agradable.

Sé muy bien que estas enfermedades morales son crônicas y que no hay esperanza de curation; pero sé también que mi Madre no dejaria de cuidarme y de tratar de aliviarme aunque siguiera enferma toda la vida.

Y ésta es la conclusion que yo saco: en la recreation y en la licencia, debo buscar la compania de las hermanas que peor me caen y desempeñar con esas aimas heridas el oficio de buen samaritano. Una palabra, una sonrisa amable bastan muchas veces para alegrar a un aima triste.

Pero no quiero en modo alguno practicar la caridad con este fin, pues sé muy bien que pronto cederia al desaliento: una palabra dicha con la mejor intencion puede ser interpretada completamente al rêvés. Por eso, para no perder el tiempo, quiero ser amable con todas [28v°] (y especialmente con las hermanas menos amables) por agradar a Jesûs y seguir el consejo que él da en el Evangelio, poco mas o menos en estos términos: «Cuando des un banqueté, no invites a tus parientes ni a tus amigos, porque corresponderân invitândote y asi quedarâs pagado. Invita a pobres, cojos, paraliticos; dichoso tû, porque no pueden pagarte: tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará».

ê,Y qué banqueté puede ofrecer una carmelita a sus hermanas sino un banqueté espiritual compuesto de caridad atenta y gozosa? Yo no conozco ningûn otro, y quiero imitar a san Pablo, que se alegraba con los que estaban alegres. Es cierto que también lloraba con los tristes, y que las lâgrimas han de aparecer también algunas veces en el banqueté que yo quiero servir; pero siempre intentaré que al final esas lâgrimas se conviertan en alegria, pues el Senor ama a los que dan con alegria.

## **Sor San Pedro**

Recuerdo un acto de caridad que el Sefior me inspiré hacer siendo todavia novicia. No fue nada importante, pero nuestro Padre, que ve en lo escondido y que mira mas a la intencion que a la importancia de la obra, ya me lo ha pagado sin esperar a la otra vida.

Era en la época en que sor San Pedro iba todavia al coro y al refectorio. En la oration de la tarde se ponía delante de mi. Diez minutos antes de las seis, una hermana ténia que encargarse de llevarla al refectorio, pues las

enfermeras tenían en aquel entonces demasiadas enfermas para venir a [29r°] buscarla a ella.

Me costaba mucho ofrecerme para prestar ese pequeño servicio, pues sabía que no era fácil contentar a la pobre sor San Pedro, que sufría tanto que no le gustaba andar cambiando de conductora. Sin embargo, no quería perder una ocasión tan hermosa de practicar la caridad, recordando que Jesûs había dicho: Lo que hagâis al mas pequeño de los míos, a mí me lo hacéis. Me ofrecí, pues, con mucha humildad a conducirla, ¡y no me costó poco trabajo conseguir que aceptara mis servicios! Al fin puse manos a la obra, y fue tanta mi buena voluntad, que el éxito fue completo.

Todas las tardes, cuando veía que sor San Pedro comenzaba a agitar su reloj de arena, sabía que eso quería decir: Vamos. Es increíble lo que me costaba hacer aquel esfuerzo, sobre todo al principio. Sin embargo, acudía inmediatamente, y a continuación comenzaba toda una ceremonia.

Había que mover y llevar la banqueta de una determinada manera, y, sobre todo, no ir de prisa. Luego venía el paseo. Había que ir detrás de la pobre enferma, sosteniéndola por la cintura. Yo lo hacía con toda la suavidad posible; pero si, por desgracia, ella daba un paso en falso, ya le parecía que la sostenía mal y que se iba a caer. «¡Dios mío, vas demasiado deprisa, voy a romperme la crisma!» Si trataba de ir mas despacio: «¡Pero sígueme, no siento tu mano, me has soltado, me voy a caer! Ya decía yo que tû eras demasiado joven para acompañarme»

Por fin, llegâbamos sin contratiempos al refectorio. Allí surgían nuevas dificultades. Había que sentar a sor San Pedro y actuar hábilmente para [29v°] no lastimarla; luego, había que recogerle las mangas (también de una manera determinada); y entonces ya quedaba libre para marcharme.

Con sus pobres manos deformadas, echaba el pan en la escudilla como mejor podía. No tardé en darme cuenta de ello, y ya ninguna tarde me iba sin haberle prestado ese pequeño servicio. Como ella no me lo había pedido, esa atención la conmovió mucho, y gracias a esa atención, que yo no había buscado intencionadamente, me gané por completo sus simpatías, y sobre todo (lo supe mas tarde) porque, después de cortarle el pan, le dirigía antes de marcharme mi mas hermosa sonrisa.

Madre querida, quizá le extrahe que le haya escrito este pequeño acto de caridad que tuvo lugar hace tanto tiempo. Si lo he hecho, es porque, gracias a él, tengo que cantar las misericordias del Serior. Dios ha querido que conserve este recuerdo como un perfume que me mueve a practicar la

caridad. A veces recuerdo ciertos detalles que son para mi aima como una brisa de primavera. He aqui uno que me viene a la memoria.

Una tarde de invierno estaba yo, como de costumbre, cumpliendo con mi tarea. Hacia frio y era de noche... De pronto, oi a lo lejos el sonido armonioso de un instrumento musical. Entonces me imaginé un salon muy iluminado, todo resplandeciente de ricos dorados; unas jôvenes elegantemente vestidas se hacian unas a otras toda suerte de cumplidos y de cortesias mundanas. Luego mi mirada se posé sobre la pobre enferma a la que estaba sosteniendo: en vez de una melodia, escuchaba de tanto en tanto sus gemidos lastimeros; en vez de ricos dorados, [30r°] veia los ladrillos de nuestro austero claustro apenas alumbrado por una lucecita.

No puedo expresar lo que paso en mi aima. Lo que si sé es que el Senor la iluminé con los rayos de la verdad, que excedian de tal forma el brillo tenebroso de las fiestas de la tierra, que no podia creer en mi felicidad...

No, no cambiaria los diez minutos que me llevé realizar mi humilde servicio de caridad por gozar mil anos de fiestas mundanas...

Si ya en el sufrimiento y en medio de la lucha es posible gozar un instante de una dicha que excede a todas las alegrias de la tierra solo con pensar que Dios nos ha sacado dei mundo, ¡qué sera en el cielo cuando, abismadas en un júbilo y en un descanso eternos, veamos la gracia incomparable que el Senor nos ha concedido al elegirnos para habitar en su casa, verdadero portico del cielo...!

No siempre he practicado la caridad entre estos transportes de júbilo. Pero en los comienzos de mi vida religiosa Jesûs quiso hacerme sentir qué dulce es verle a él en el aima de sus esposas. Asi, cuando llevaba a la hermana sor San Pedro, lo hacia con tanto amor, que no hubiera podido hacerlo mejor si hubiese tenido que llevar al mismo Jesûs.

No, la prâctica de la caridad no me ha sido siempre tan dulce, como acabo, Madré, de decirle. Para demostrârselo, voy a contarle algunos pequenos combates que seguramente la harân sonreir.

Durante mucho tiempo, en la oraciôn de la tarde, yo me colocaba delante de una hermana que ténia una curiosa mania, y pienso que también... muchas luces interiores, pues rara vez se servia de algûn libro. Verâ como [30v°] me di cuenta.

En cuanto llegaba esa hermana, se ponía a hacer un extraño ruido, parecido al que se haría frotando dos conchas una contra otra. Solo yo lo notaba, pues tengo un oído extremadamente fino (demasiado a veces).

Imposible decirle, Madré, cómo me molestaba aquel ruidito. Sentía unas ganas enormes de volver la cabeza y mirar a la culpable, que seguramente no se daba cuenta de su manía. Era la única forma de hacérselo ver. Pero en el fondo del corazón sentía que era mejor sufrir aquello por amor de Dios y no hacer sufrir a la hermana. Así que seguía quieta y trataba de unirme a Dios y de olvidar el ruidito...

Todo inútil. Me sentía bañada de sudor, y me veía forzada a hacer sencillamente una oración de sufrimiento.

Pero a la vez que sufría, buscaba la manera de hacerlo sin irritarme, sino con alegría y paz, al menos allá en lo íntimo del alma. Trataba de amar aquel ruidito tan desagradable: en vez de procurar no oírlo (lo cual era imposible), centraba toda mi atención en escucharlo bien, como si se tratara de un concierto maravilloso, y pasaba toda la oración (que no era precisamente de quietud) ofreciendo aquel concierto a Jesús.

En otra ocasión, en la lavandería, tenía enfrente de mí a una hermana que, cada vez que golpeaba los paños en la tabla de lavar, me salpicaba la cara de agua sucia. Mi primer impulso fue echarme hacia atrás y [31 rº] secarme la cara, con el fin de hacer ver a la hermana que me estaba asperjando que me haría un gran favor si ponía más cuidado. Pero enseguida pensé que sería bien tonta si rechazaba unos tesoros que me ofrecían con tanta generosidad, y me guardé bien de manifestar mi lucha interior. Me esforcé todo lo que pude por desear recibir mucha agua sucia, de manera que acabé por sacarle verdadero gusto a aquel nuevo tipo de aspersión e hice el propósito de volver otra vez a aquel venturoso sitio en el que tantos tesoros se recibían.

Madré querida, ya ve que yo soy una alma muy pequeña que no puede ofrecer a Dios más que cosas muy pequeñas. Con todo, muchas veces me ocurre que dejo escapar algunos de esos pequeños sacrificios que dan al alma tanta paz. Pero no me desanimo por eso: me resigno a tener un poco menos de paz, y procuro poner más cuidado la próxima vez.

El Señor es tan bueno conmigo, que no puedo tenerle miedo. Siempre me ha dado lo que deseaba, o, mejor dicho, me ha hecho desear lo que quería darme.

Así, poco tiempo antes de que comenzase mi prueba contra la fe, yo pensaba en mi interior: Realmente, no tengo grandes pruebas exteriores, y para tenerlas interiores Dios tendría que cambiar mi camino. No creo que lo haga. De todas formas, no puedo vivir siempre así, en el sosiego... ¿reorno se las arreglará, pues, Jesús para probarme?

La respuesta no se hizo esperar, y me hizo ver que mi Amado no es pobre en recursos. Sin cambiar mi camino, me envió una prueba que iba a mezclar una saludable amargura en todas mis alegrías.

## **Los misioneros**

Pero Jesús no se limita [31 vº] a hacérmelo presentir y desear cuando quiere probarme.

Desde hacía mucho tiempo, yo venía deseando algo que me parecía totalmente irrealizable: el de tener un hermano sacerdote. Pensaba con frecuencia que, si mis hermanitos no hubiesen volado al cielo, yo tendría la dicha de verles subir al altar. Pero como Dios los escogió para convertirlos en angelitos, ya no podía esperar ver mi sueño hecho realidad.

Y he aquí que Jesús no solo me ha concedido la gracia que deseaba, sino que me ha unido con los lazos del alma a dos de sus apóstoles, que se han convertido en hermanos míos...

Quiero contarle detalladamente, Madre querida, como Jesús colmo mi deseo, e incluso lo superó, pues yo solo deseaba un hermano sacerdote que se acordase de mí a diario en el altar santo.

Fue nuestra Madre santa Teresa quien, en 1895, me envió como ramillete de fiesta a mi primer hermanito. Estaba yo en el lavadero, muy ocupada en mi faena, cuando la madre Inès de Jesús me llamó aparte y me leyó una carta que acababa de recibir. Se trataba de un joven seminarista que, inspirado por santa Teresa -decía él-, pedía una hermana que se dedicase especialmente a la salvación de su alma y que, cuando fuese misionero, le ayudase con sus oraciones y sacrificios a salvar muchas almas. Por su parte, él prometía tener siempre un recuerdo por la que fuese su hermana cuando pudiera ofrecer el santo sacrificio. Y la madre Inès de Jesús me dijo que quería que fuese yo la hermana de ese futuro misionero.

[32rº] Imposible, Madre, decirle la dicha que sentí. El ver mi deseo colmado de manera inesperada hizo nacer en mi corazón una alegría que yo llamaría infantil, pues tengo que remontarme a los días de mi niñez para



encontrarme con el recuerdo de unas alegrías tan intensas que el alma es demasiado pequeña para contenerlas.

Hacia muchos años que no saboreaba esta clase de felicidad. Sentía que, en ese aspecto, mi alma estaba sin estrenar. Era como si alguien hubiese pulsado por primera vez en ella unas cuerdas musicales hasta entonces olvidadas.

Sabia las obligaciones que asumía, así que puse manos a la obra, tratando de redoblar mi fervor. Tengo que confesar que al principio no conté con ningún consuelo que estimulara mi celo. Mi hermanito, tras escribir una carta preciosa, muy emotiva y llena de nobles sentimientos, para darle las gracias a la madre Inês de Jesûs, no dio más seriales de vida hasta el mes de julio siguiente, excepto una tarjeta que envié en el mes de noviembre para decir que se incorporaba al servicio militar.

Dios le reservaba a usted, Madre querida, la consumación de la obra comenzada. Es muy cierto que a los misioneros podemos ayudarlos por medio de la oración y el sacrificio. Pero a veces, cuando Jesûs quiere unir dos almas para su gloria, permite que de tanto en tanto puedan comunicarse sus pensamientos y animarse así mutuamente a amar más a Dios.

Pero para ello se requiere la voluntad expresa de la autoridad, pues me parece que de lo contrario esa correspondencia haría más mal que bien, si no al misionero, si al menos a la carmelita, Hamada de continuo por su género de vida [32v°] a vivir replegada sobre sí misma. Y entonces esa correspondencia (incluso esporádica) pedida por ella, en vez de unirla a Dios, ocuparía su espíritu; imaginándose el oro y el moro, no haría otra cosa que buscarse, bajo color de celo, una distracción inútil.

A mi modo de ver, ocurre con esto como con todo lo demás. Creo que, para que mis cartas hagan provecho, he de escribirlas por obediencia y experimentar, al escribirlas, más repugnancia que placer.

De la misma manera, cuando hablo con una novicia, procuro hacerlo mortificándome y evito hacerle preguntas que puedan satisfacer mi curiosidad. Si ella empieza a hablar de una cosa interesante y luego, sin terminar la primera, pasa a otra que me aburre, me guardo muy bien de recordarle el tema que ha dejado a un lado, pues creo que no se puede hacer bien alguno cuando uno se busca a sí mismo.

Madre querida, veo que nunca me corregiré. Una vez más, con mis disertaciones, me he ido muy lejos del tema que estaba tratando. Le ruego

que me perdone, y disculpe si a la primera ocasiôn vuelvo a caer otra vez, pues no lo puedo remediar....

Usted hace como Dios, que nunca se cansa de escucharme cuando le cuento con sencillez mis penas y mis alegrías como si él no las conociera ya... Usted, Madre, también conoce desde hace mucho tiempo lo que pienso y todos los acontecimientos un poco señalados de mi vida, por lo que no puede contarle nada nuevo.

Cuando pienso que le estoy escribiendo pormenorizadamente tantas cosas que usted conoce tan bien como yo, no puedo evitar la risa. [33r°] En fin, Madre querida, no hago más que obedecerla. Y si ahora no le encuentra el menor interés a leer estas paginas, quizá le sirvan de distracciôn en los dias de su vejez y la ayuden también a avivar el fuego del amor, y así no habré perdido el tiempo... Pero me divierto hablando como un niño. No créa, Madre, que me pregunto por la utilidad que pueda tener mi humilde trabajo. Lo hago por obediencia, y eso me basta. Y si usted lo quemase ante mis ojos antes de leerlo, no lo sentiría lo más mínimo.

Es hora ya de que reanude la historia de mis hermanos, que ocupan ahora un lugar tan importante en mi vida.

Recuerdo que el año pasado, un día de finales del mes de mayo, usted me mandô llamar antes de ir al refectorio. Cuando entré en su celda, Madre querida, me latía muy fuerte el corazón; me preguntaba a mi misma qué sería lo que tenía que decirme, pues era la primera vez que me mandaba llamar de esa manera. Después de decirme que me sentara, me hizo esta propuesta: «¿Quieres encargarte de los intereses espirituales de un misionero que se va a ordenar de sacerdote y que partira dentro de poco»? Y a continuation, me leyô la carta de ese joven Padre para que supiera exactamente lo que pedía.

Mi primer sentimiento fue un sentimiento de alegría, que inmediatamente dio paso al de miedo. Yo le expliqué, Madre querida, que, al haber ofrecido ya mis pobres méritos por un futuro apóstol, no creía poder ofrecerlos también por las intenciones de otro, y que, además, había muchas hermanas mejores que yo, que podrían responder a sus deseos.

Todas mis objeciones fueron inútiles. Usted [33v°] me contesté que se podían tener varios hermanos. Entonces yo le pregunté si la obediencia no podría duplicar mis méritos. Usted me respondí que sí, anadiendo varias razones que me hicieron ver que debía aceptar sin ningún escrúpulo un nuevo hermano.

En el fondo, Madre, yo pensaba igual que usted. Es más: ya que «el celo de una carmelita debe abarcar el mundo entero», espero, con la gracia de Dios, ser útil a más de dos misioneros y nunca me olvidaré de rezar por todos, sin dejar de lado a los simples sacerdotes, cuya misión es a veces tan difícil de cumplir como la de los apóstoles que predicán a los infieles.

En una palabra, quiero ser hija de la Iglesia, como nuestra Madre santa Teresa, y rogar por las intenciones de nuestro Santo Padre el papa, sabiendo que sus intenciones abarcan todo el universo.

Esta es la meta global de mi vida. Pero esto no me habría impedido rezar y unirme de una manera muy especial a la actividad de mis angelitos queridos si ellos hubiesen sido sacerdotes.

Pues bien, así es como me he unido espiritualmente a los apóstoles que Jesús me ha dado por hermanos: todo lo mío es de cada uno de ellos. Sé muy bien que Dios es demasiado bueno para andarse con repartes. Es tan rico, que me da sin medida todo lo que le pido... Pero no vaya a creer, Madre, que me pierdo en largas enumeraciones.

## **Atráeme, y correremos**

Si desde que tengo a estos dos hermanos y a mis hermanitas, las novicias, quisiera pedir para cada una lo que cada una necesita y detallarlo todo bien, los días se me harían demasiado cortos y temería olvidarme de alguna cosa importante.

Las almas sencillas no necesitan usar medios complicados. Y como yo soy una de ellas, una mañana, durante la acción de gracias, Jesús me inspiró un medio muy sencillo de cumplir mi misión. Me hizo [34r°] comprender estas palabras del Cantar de los Cantares: «Atráeme, y correremos tras el olor de tus perfumes».

¡Oh, Jesús!, ni siquiera es, pues, necesario decir: Al atraerme a mí, atrae también a las niñas que amo. Esta simple palabra, «Atráeme», basta.

Lo entiendo, Señor. Cuando un alma se ha dejado fascinar por el perfume embriagador de tus perfumes, ya no puede correr sola, todas las niñas que ama se ven arrastradas tras de ella. Y eso se hace sin tensiones, sin esfuerzos, como una consecuencia natural de su propia atracción hacia ti. Como un torrente que se lanza impetuosamente hacia el océano arrastrando tras de sí todo lo que encuentra a su paso, así, Jesús mío, el

aima que se hunde en el océano sin riberas de tu amor atrae tras de sí todos los tesoros que posee...

Señor, tu sabes que yo no tengo más tesoros que las almas que tú has querido unir a la mía. Estos tesoros tú me los has confiado. Por eso, me atrevo a hacer mis palabras que tú dirigiste al Padre celestial la última noche que te vio, peregrino y mortal, en nuestra tierra. Jesús, Amado mío, yo no sé cuando acabará mi destierro... Más de una noche me verá todavía cantar en el destierro tus misericordias. Pero, finalmente, también para mí llegará la última noche, y entonces quisiera poder decirte, Dios mío: «Yo te he glorificado en la tierra, he coronado la obra que me encomendaste. He dado a conocer tu nombre a los que me diste. Tuyo eran y tú me los diste. Ahora han conocido que todo lo que me diste procede de ti, porque yo les he comunicado las palabras que tú me diste, y ellos las han recibido y han creído que tú me has enviado. Te ruego por éstos que tú me diste y que son tuyos.

[34v°] Yo no voy a estar ya en el mundo, pero ellos están en el mundo mientras yo voy a ti. Padre santo, guárdalos en tu nombre a los que me has dado. Ahora voy a ti, y digo esto mientras estoy en el mundo para que ellos puedan participar plenamente de mi alegría. No te ruego que los saques del mundo, sino que los preserves del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Pero no solo por ellos ruego, sino también por los que creerán en ti gracias a su palabra.

Padre, éste es mi deseo: que los que me confiaste estén conmigo y que el mundo sepa que tú los has amado como me has amado a mí».

Si, Señor, esto es lo que yo quisiera repetir contigo antes de volar a tus brazos. ¿Es tal vez una temeridad? No, no. Hace ya mucho tiempo que tú me has permitido ser audaz contigo. Como el padre del hijo prodigo cuando hablaba con su hijo mayor, tú me dijiste: «Todo lo mío es tuyo». Por tanto, tus palabras son mías, y yo puedo servirme de ellas para atraer sobre las almas que están unidas a mí las gracias del Padre celestial.

Pero, Señor, cuando digo que deseo que los que tú me diste estén también donde yo esté, no pretendo que ellos no puedan llegar a una gloria mucho más alta de la que quieras darme a mí. Quiero simplemente pedir que un día nos veamos todos reunidos en tu hermoso cielo.

Tú sabes, Dios mío, que yo nunca he deseado otra cosa que amarte. No ambiciono otra gloria. [35r°] Tu amor me ha acompañado desde la infancia, ha ido creciendo conmigo, y ahora es un abismo cuyas profundidades no puedo sondear.

El amor llama al amor. Por eso, Jesûs mio, mi amor se lanza hacia ti y quisiera colmar el abismo que lo atrae. Pero, ¡ay!, no es ni siquiera una gota de rocío perdida en el océano... Para amarme como tû me amas, necesito pedirte prestado tu propio amor. Solo entonces encontraré reposo.

Jesûs mio, tal vez sea una ilusiôn, pero creo que no podrâs colmar a un aima de mâs amor del que has colmado la mia. Por eso me atrevo a pedirte que âmes a los que me has dado como me has amado a mi. Si un dia en el cielo descubro que los amas mâs que a mi, me alegraré, pues desde ahora mismo reconozco que esas aimas merecen mucho mâs amor que la mia. Pero aqui abajo no puedo concebir una mayor inmensidad de amor del que te has dignado prodigarme a mi gratuitamente y sin mérito alguno de mi parte.

Madré querida, vuelvo a estar con usted. Estoy asombrada de lo que acabo de escribir, pues no ténia intenciôn de hacerlo. Ya que estâ escrito, habrâ que dejarlo.

Pero antes de volver a la historia de mis hermanos, quiero decirle, Madré, que las primeras palabras que he tornado del Evangelio -«Yo les he comunicado las palabras que tû me diste», etc.- no se las aplico a ellos, sino a mis hermanitas, pues no me creo capaz de enseñar nada a un misionero. ¡Gracias a Dios, todavia no soy tan orgullosa como para eso! Ni hubiera sido tampoco capaz [35vº] de dar ningûn consejo a mis hermanas si usted, madré, que representa a Dios, no me hubiese confiado esa misiôn.

Pero si que pensaba en sus queridos hijos, que son ya mis hermanos, cuando escribia estas palabras de Jesûs y las que va a continuaciôn de ellas: «No te ruego que los saques dei mundo... Te ruego también por los que creerân en ti gracias a su palabra». En efecto, ^cômo podria yo dejar de rezar por las aimas que ellos salvarân en sus misiones lejanas mediante el sufrimiento y la prédication?

Madré, creo necesario darle alguna explication mâs sobre aquel pasaje del Cantar de los Cantares: «Atrâeme y correremos», pues me parece que no quedô muy claro lo que queria decir.

«Nadie puede venir a mi, dice Jesûs, si no lo trae mi Padre que me ha enviado». Y a continuation, con parâbolas sublimes -y muchas veces incluso sin servirse de este medio, tan familiar para el pueblo-, nos enseña que basta llamar para que nos abran, buscar para encontrar, y tender

humildemente la mano para recibir lo que pedimos...Dice también que todo lo que pidamos al Padre en su nombre nos lo concédera. Sin duda, por eso el Espíritu Santo, antes del nacimiento de Jesûs, dicté esta oraci3n profética: Atrâeme y correremos.

<,Qué quiere decir, entonces, pedir ser atraídos, sino unirnos de una manera íntima al objeto que nos cautiva el corazón? Si el fuego y el hierro tuvieran inteligencia, y éste último dijera al otro «Atrâeme», <,no estaría demostrando que quiere identificarse con el fuego de tal manera que éste lo pénétre [36r°] y lo empape de su ardiente sustancia hasta parecer una sola cosa con él?

## **Fin del Manuscrito C**

Madre querida, ésa es mi oraci3n. Yo pido a Jesûs que me atraiga a las Hamas de su amor, que me una tan íntimamente a él que sea él quien viva y quien actúe en mí. Siento que cuanto más abrasa mi corazón el fuego del amor, con mayor fuerza diré «Atrâeme»; y que cuanto más se acerquen las aïmas a mí (pobre trocito de hierro, si me alejase de la hoguera divina), más ligeras correrán iras los perfumes de su Amado.

Porque un alma abrasada de amor no puede estarse inactiva. Es cierto que, como santa María Magdalena, permanece a los pies de Jesûs, escuchando sus palabras dulces e inflamadas. Parece que no da nada, pero da mucho más que Marta, que anda inquieta y nerviosa con muchas cosas y quisiera que su hermana la imitase.

Lo que Jesûs censura no son los trabajos de Marta. A trabajos como ésos se sometió humildemente su divina Madre durante toda su vida, pues tenía que preparar la comida de la Sagrada Familia. Lo único que Jesûs quisiera corregir es la inquietud de su ardiente anfitriona.

Así lo entendieron todos los santos, y más especialmente los que han llenado el universo con la luz de la doctrina evangélica. ^No fue en la oraci3n donde san Pablo, san Agustín, san Juan de la Cruz, santo Tomás de Aquino, san Francisco, santo Domingo y tantos otros amigos ilustres de Dios bebieron aquella ciencia divina que cautivaba a los más grandes genios?

Un sabio decía: «Dadme una palanca, un punto de apoyo, y levantaré el mundo».

Lo que Arquimedes no pudo lograr, porque su peticiôn no se dirigia a Dios y porque la hacia desde un punto de vista material, los santos lo lograron [36v°] en toda su plenitud. El Todopoderoso les dio un punto de apoyo: El mismo, El solo. Y una palanca: la oraciôn, que abraza con fuego de amor. Y asi levantaron el mundo. Y asi lo siguen levantando los santos que aùn militan en la tierra. Y asi lo seguirân levantando hasta el fin dei mundo los santos que vendrân.

Madre querida, quisiera decirle ahora lo que yo entiendo por el olor de los perfumes del Amado.

Dado que Jesûs ascendiô al cielo, yo solo puedo seguirle siguiendo las huellas que él dejô. ¡Pero qué luminosas y perfumadas son esas huellas! Solo tengo que poner los ojos en el santo Evangelio para respirar los perfumes de la vida de Jesûs y saber hacia donde correr... No me abalanzo al primer puesto, sino al ûltimo; en vez de adelantarme con el fariseo, repito llena de confianza la humilde oraciôn dei publicano. Pero, sobre todo, imito la conducta de la Magdalena. Su asombrosa, o, mejor dicho, su amorosa audacia, que cautiva el corazôn de Jesûs, seduce al mio.

Si, estoy segura de que, aunque tuviera sobre la conciencia todos los pecados que pueden cometerse, iria, con el corazôn roto de arrepentimiento, a echarme en brazos de Jesûs, pues sé como ama al hijo prôdigo que vuelve a él.

Es cierto que Dios, en su misericordia preveniente, ha preservado mi aima del pecado mortal. Pero no es ésa la razôn de que yo me eleve a él [37r°] por la confianza y el amor.

FIN DE LOS MANUSCRITOS AUTOBIOGRÂFICOS